
La amante del Zar
Amor prohibido, traición y poder
MARIBELSOLLE

Copyright © 2026 Maria Isabel Salsench Olle

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Resgiter code in Safe Creative: 92603275095108

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

A las mujeres que aprendieron a sobrevivir... y aun así eligieron sentir.

CONTENTS

Copyright
Dedication
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo final
El nacimiento de la Emperatriz
piel de luna

CAPÍTULO 1

Manteniéndote con Vida

Corría el año 1580.

Fue el año en que Rusia decidió que sobrevivir ya no era suficiente y que imponer su fuerza parecía, por fin, una opción legítima. Iván, el zar, llevaba años sosteniendo guerras sin explicación, pero que exigían hombres con la misma regularidad con la que el invierno exigía muertos.

En el Kremlin de Moscú, los hombres se reunían en torno a mesas cubiertas de mapas. Hombres que no tendrían que ponerse la armadura.

Inclinados sobre líneas que marcaban fronteras inestables, y que se daban el derecho de dictar órdenes. Señalaban ciudades, ríos y caminos con dedos limpios. Hablaban en voz baja, convencidos de que aquello —y solo aquello— era lo verdaderamente importante.

Vanora observó a su marido desde el umbral. No necesitaba acercarse para saber qué estaba ocurriendo.

Dos hombres ajustaban la armadura sobre su cuerpo con una destreza adquirida a fuerza de repetición. Primero la cota, luego la coraza, las correas tensadas con cuidado. Él permanecía quieto, los brazos ligeramente separados del torso, dejando que lo vistieran para la guerra con la paciencia de quien ha sido preparado para ese papel desde siempre. Rígido, como siempre. Así era él, Vanora no había conocido ninguna parte cálida de esa persona con la que compartía el lecho.

Vanora bajó la mirada justo cuando el hierro encajó con un sonido seco. Fue entonces cuando el dolor le atravesó el vientre, profundo y repentino, como si algo dentro de ella se hubiera soltado

sin pedir permiso. Instintivamente, se llevó las manos a la barriga. No apretó. No se dobló. Solo se sostuvo el vientre, como si eso bastara para mantenerlo todo en su sitio.

Su marido alzó la vista.

La miró apenas un instante a través del hueco de las cortinas. No con preocupación. No con urgencia. Con cansancio. Con fastidio. Con esa forma que siempre la miraba: con frialdad.

—Espero que no lo vuelvas a perder —dijo, ajustándose el guante de cuero—. Soy el único príncipe sin hijos.

Los hombres continuaron con la armadura, ajenos a todo o fingiendo estarlo. El metal volvió a sonar, una y otra vez, grave, constante, como un ritmo que no admitía interrupciones. Mucho menos las interrupciones de una mujer.

Entonces Vanora lo sintió. El calor descendiendo despacio por sus piernas, sin prisa, sin violencia. No hubo sorpresa. Solo reconocimiento.

Ya había estado allí antes.

No se movió. No dijo nada. Dejó que ocurriera. Había sido un niño la última vez. Un cuerpo pequeño que nunca llegó a pesar lo suficiente como para merecer un nombre. Nacido sin vida, dijeron. Como si la vida pudiera medirse en tan solo seis meses.

No hubo sepultura.
No hubo tierra.
No hubo palabras.

Lo habían apartado de ella con la misma discreción con la que se retira algo incómodo. En algún lugar que ella no conocía. En algún lugar al que nunca podría ir.

El metal siguió sonando. Las correas se tensaron. La armadura quedó cerrada. Y mientras todo se ajustaba alrededor de su marido, algo dentro de Vanora volvía a soltarse, silencioso, definitivo.

—Está todo listo, Mi General —escuchó decir ella a alguno de los hombres de su marido, el hijo del zar.

Dmitri Ivánovich miró a Vanora con sus ojos grises, tan duros como el metal que llevaba puesto. No dijo nada. No porque no hubiera palabras, sino porque nunca habían sido necesarias entre

ellos. Aquella podía ser la última vez que se vieran. En realidad, siempre lo era.

El zar era Iván el Terrible. Y Dmitri, su hijo, había aprendido bien lo que significaba marcharse sin despedidas.

Salió de la enorme estancia sin volver la cabeza. Sus pasos resonaron brevemente en el suelo de piedra antes de perderse en el pasillo. Nadie intentó detenerlo.

Vanora se quedó sola, consciente de que estaba perdiendo a su hijo. O a su hija. No lo sabía. Nadie lo sabía todavía, aunque Dmitri se había encargado de anunciar que sería un varón, esta vez con vida, como si decirlo en voz alta bastara para imponerlo al cuerpo.

Sus ojos se desviaron hacia la cuerda del servicio. Bastó ese gesto para que regresara el recuerdo. La última vez que la había tocado, las doncellas habían corrido a su alrededor con una prisa innecesaria. Alguien envió mensajes. Alguien avisó a su esposo. Hubo susurros, órdenes contradictorias y, al final, silencio. Recordó también los rostros: la decepción mal disimulada, el cansancio ajeno, la mirada dura de su suegro, el zar, como si aquella pérdida hubiera sido una falta personal.

No iba a tocar la cuerda esta vez.

Sabía lo que se esperaba de ella. La continuidad del linaje no era un deseo, era una obligación. El zar no tenía más hijos varones aparte de Dmitri; las mujeres no contaban. Y su vientre, una vez más, estaba fallando en el único deber que tenía.

Vanora apoyó la mano en el vientre y se tumbó, sintió las oleadas de dolor acompañadas de las ganas de empujar. Se arrastró entre las sábanas entre lágrimas de impotencia y de desgarre. La culpa le recorrió el cuerpo una vez más, no era digna de ser madre. Finalmente apoyó la espalda contra el cabecero de la cama y apretó con más fuerza, convirtiendo el agua en sangre.

Sentía un frío terrible, peor que el dolor del vientre, peor que el dolor del alma. Los pies estaban congelados, sus manos estaban rojas, quizás de apretar las sábanas. No lo sabía, había ratos en los que perdía la conciencia. La visión se le volvía borrosa y cuando entreabría los ojos solo podía ver el techo y los emblemas de la familia de su esposo. ¿La estaban matando? Era una de las

preguntas sin sentido que le pasaban por la mente como una tortura.

Entonces pensó en su vida, no en como se la habían contado, sino en como había sido de verdad. Hija de sangre peligrosa, criada entre miradas de desprecio, entregada como esposa para cerrar una herida que no era suya. Siempre importante. Nunca indispensable. Su existencia había servido para unir nombres, para sostener una familia que se odiaba, para cumplir expectativas ajenas. Y, aun así, allí estaba, sola, sangrando en silencio, reducida a un cuerpo que fallaba cuando más se le exigía.

El peso cedió cuando ya no podía oír las voces de los hombres en el patio del Kremlin, ni los cascos de los caballos. Hubiera deseado morir junto a la niña que yacía con vida delante de ella, entre sus piernas ensangrentadas, sobre los pliegues de su falda de terciopelo blanco. Era una niña, no había duda de ello a pesar de que apenas cumplía los cinco meses de gestación.

Era una niña, y era suya. Muerta, pero suya. Y de nadie más. Ni siquiera era de su marido. La tomó entre sus brazos y la acunó, la besó como si pudiera sentir el calor de sus labios, contó los dedos de sus manos y la olió.

—Elyana —nombró ella a su oreja—. Te llamarás Elyana —susurró contra la piel cálida de la niña, contra la piel que transparentaba los órganos que había debajo, contra su carita diminuta.

Fueron las pisadas metálicas de Iván IV de Rusia las que resonaron primero en el pasillo, a lo lejos, antes incluso de que la puerta se abriera. Vanora las reconoció al instante. No por el sonido del metal, sino por la forma en que el aire parecía tensarse a su paso. Todo el mundo temía al zar.

Iván era apenas dieciocho años mayor que ella.

Demasiado joven para cargar con el peso que llevaba, demasiado viejo para disimularlo. El hermano pequeño de su padre, o medio hermano. El padre de su marido. Y, sin embargo, no era la autoridad lo que más la inquietaba de él cuando entraba en una estancia.

Vanora siempre había sido consciente de las miradas de su medio tío. Desde antes incluso de su matrimonio. Desde antes de que la

entregaran a Dmitri, que era más joven que ella y nunca había sabido qué hacer con esa diferencia. Iván, en cambio, sí sabía mirar. Y lo hacía sin pudor, sin ternura, como se observa algo que no se posee, pero se reconoce como propio.

La puerta se abrió.

—Vanora —se oyó su voz, fuerte, imponente, acompasada al ritmo de sus pisadas metálicas.

Ella no lo vio hasta que él descorrió las cortinas del dosel.

La luz entró de golpe, fría, impersonal. Iván permaneció de pie, recortado contra ella, con la armadura imperial puesta y el peso del poder adherido al cuerpo como una segunda piel. No se inclinó. No se disculpó por irrumpir. Nunca lo hacía.

Durante un instante, no dijo nada.

Solo se quedó mirándola mientras ella sostenía el cuerpecito de Elyana.

Iván no la miró como se mira a una enferma ni como se mira a una esposa fallida. Ni siquiera como se mira a una sobrina indeseada o a una nuera forzada.

La miró con una atención antigua, peligrosa, como si el tiempo entre ambos hubiera quedado suspendido en algún punto que nadie se atrevía a entrar. Un punto en el tiempo que no existía en su mundo.

Él era el medio hermano de su padre, un zar casado, un suegro impuesto por el Imperio. Y ella... ella tan solo era Vanora, esa clase de mujeres que nacen rotas, esa clase de mujeres que todo el mundo desea comprender, poseer y que nadie puede hacerlo.

—Hubieras podido morir —dijo él, sin sentimiento en su voz, tan solo una mera humedad en sus ojos verdes con pupilas verticales. Iván había nacido con una condición extraña en los ojos, sus pupilas eran dos líneas rectas en lugar de esféricas. Muchos decían que eso era porque en su sangre corría sangre de serpiente, una antigua maldición de algunos hombres emparentados con el Imperio Ruso.

—Hubiera deseado hacerlo —fue todo lo que dijo ella con su voz etérea, una voz que muchos poetas habían calificado como etérea, sin sonido, pero penetrante, como la nota más aguda de un arpa.

—Te han dejado sola —Dio un paso más, lo justo para que ella notara el olor del metal, del cuero, del frío que traía consigo. No la tocó. Iván nunca había necesitado tocarla. Se limitó a apoyar una mano enguantada en uno de los postes del dosel, inclinándose apenas, acercándose lo suficiente como para que su voz no tuviera que alzarse—. Siempre te dejan sola cuando no saben qué hacer contigo.

Vanora sostuvo su mirada. No había súplica en sus ojos, pero tampoco miedo. Había cansancio, y algo más hondo: aquel hombre la veía de un modo que nadie más se permitía hacerlo. No como esposa. No como vientre. Ni siquiera como sobrina política. La veía como una igual en una soledad que no se compartía con nadie.

Él apretó la mandíbula un instante. Era un gesto mínimo, casi imperceptible, pero Vanora lo conocía demasiado bien. —Tengo a un ejército entero esperándome —añadió Iván IV.

—¿Y en qué puede ayudarle una mujer que acaba de perder a otra mujer, mi zar?

Vanora abrazó a Elyana, la apretó contra su pecho y cerró los ojos, ignorando a Iván Vasílievich, el hombre que había matado a su padre por poder. El hermano bastardo del zar legítimo, su padre; el padre de un hombre al que ella había sido entregada para arreglarlo todo delante de obispos y mandatarios.

Iván la observó un instante más, sin apartarse, sin pedir que lo mirara. Cuando habló, su voz no se alzó. No lo necesitaba.

—Manteniéndote con vida.

Iván apartó la mano del poste del dosel y se alejó despacio, como si cada paso tuviera que encajar en un orden que solo él conocía. El metal de la armadura volvió a sonar, apagado, lejano. No se giró ni una sola vez hacia ella.

Al llegar a la puerta, alzó la voz lo justo para que atravesara el pasillo.

—Que venga alguien.

Hubo un breve silencio antes de que Vanora oyera los pasos agitados de las doncellas y demás criados.

—Obedecerán las órdenes de la zarevna Vanora Vasílievna.

Dijo su nombre completo, con el peso de la sangre y del título, como si nombrarla así fuera una forma de fijarla al mundo, de impedirle desaparecer. Luego se marchó. Las doncellas entraron corriendo en su habitación, estupefactas al verla con la niña en las manos. Su doncella más joven se llevó las manos a la boca y empezó a llorar.

Pero Vanora permaneció inmóvil.

El frío seguía ahí. El vacío también. Apretó a Elyana contra su pecho y cerró los ojos. El mundo no se había detenido.

Solo había seguido sin ella, durante un instante.

Y luego había vuelto a reclamarla.

—Preparad su sepultura —dijo Vanora.

La voz no se quebró. No fue alta. Fue clara.

—Pero, zarevna... —se atrevió a decir una de las doncellas de más rango, Marfa, que llevaba años en el Kremlin y sabía perfectamente que los niños no natos no recibían entierro—. No corresponde. No es...

Vanora alzó la mano, apenas un gesto. Suficiente.

—Avisad a Yelena.

El nombre cayó con un peso distinto. Yelena no era una doncella cualquiera. Había sido asignada a Vanora desde niña. La única a la que se le permitía permanecer cuando el resto debía retirarse. La que no preguntaba.

Vanora respiró hondo. El frío seguía ahí. La sangre también.

La puerta se abrió con cuidado. Yelena entró sin prisa, como si supiera que cualquier movimiento brusco podía romper algo que aún se sostenía por pura misericordia de Dios. No preguntó. No miró a las otras doncellas. Fue directa al lecho, sentándose al lado de ella, cogiéndole la mano.

—Zarevna... —murmuró.

Vanora no respondió. Tenía los ojos cerrados, la respiración irregular, el cuerpo demasiado pesado para seguir fingiendo que quería quedarse. En ese instante, no había miedo. Solo cansancio. Un cansancio antiguo, acumulado, que no distinguía entre pérdida y vida.

Yelena le tomó la muñeca con dos dedos, buscando el pulso. Frunció el ceño apenas.

—Avisad al lekár —ordenó, sin alzar la voz—. Al imperial. Ahora.

Nadie discutió.

Vanora oyó la orden como desde lejos. Pensó que no importaba. Pensó que quizá no quería importar. La idea de dejarse ir era suave, casi amable, como cerrar una puerta que llevaba demasiado tiempo abierta.

Fue entonces cuando la voz de Iván regresó, no como un sonido, sino como recuerdo.

Manteniéndote con vida.

No había promesa en esas palabras.
No había consuelo.
Solo una imposición.

La imposición de un hombre que había dejado a su ejército a las puertas del Kremlin para despedirse de ella. Un hombre que la había encontrado moribunda, cuando no parecía importar nada más que la guerra de Rusia.

—No —Vanora apretó los dedos, un gesto mínimo, casi imperceptible. Yelena lo notó—. No quiero que avisen a nadie.

Yelena no respondió de inmediato. Se inclinó un poco más, acercándose lo justo para que solo ella pudiera oírla.

—No es una cuestión de querer —dijo—. No es su momento, zarevna.

Vanora dejó escapar el aire lentamente. La habitación volvió a girar. La sangre seguía saliendo, silenciosa, constante. Cerró los ojos otra vez, no para resistirse, sino para escuchar ese mandato que no había pedido y que, sin embargo, la sujetaba con más fuerza que cualquier mano.

No viviría por esperanza.
No viviría por fe.

Si seguía respirando, sería porque incluso derrotada, todavía había algo que reclamaba su nombre.

CAPÍTULO 2

Pan y Sangre

Vanora Vasílievna tenía el rostro de las mujeres que nacen rotas.

Los poetas de palacio decían que quien la miraba una sola vez quedaba condenado a buscarla para siempre. Pues era tan blanca como la nieve. Su piel, de una palidez casi irreal, parecía hecha de luz, como si el frío de los pasillos del Kremlin se hubiera rendido ante ella en lugar de herirla. No era una blancura enfermiza, sino solemne, majestuosa. Las malas lenguas incluso se habían atrevido a decir que ella debería ser la auténtica zarina, la auténtica soberana de Rusia, pero solo eran locuras.

¿Una mujer? ¿Reinar?

Su cabello, completamente blanco, caía sobre sus hombros como una cascada de nieve intacta, sin rastro de desgaste ni de edad, a pesar de haber cumplido ya los treinta años.

Y sus ojos... Sus ojos eran el verdadero misterio.

Habían nacido oscuros, pero el tiempo —o algo más profundo que él— los había transformado en un rojo legendario, un tono que no pertenecía del todo a la carne ni a la sangre. No era un rojo feroz, sino hondo, hipnótico. Ningún médico, ningún lekár, supo jamás nombrar aquella condición ni curarla. Algunos hombres quedaban obsesionados por ellos; otros no podían sostener su mirada más de un instante.

Vanora no hacía nada para provocarlos, no lo necesitaba. En su expresión no había súplica ni sumisión, sino una tristeza que nunca la abandonaba, una inteligencia impropia de una mujer según los hombres de su tiempo, y una belleza que no pedía ser salvada, sino amada.

—Sus ojos se han puesto más rojos —escuchó a alguien cuchichear a sus espaldas mientras los enterradores colocaban el ataúd de Elyana en un nicho del monasterio del Kremlin.

No era necia. Sabía perfectamente lo que se decía de ella. Que estaba perdiendo el juicio. Que la prueba irrefutable era haber enterrado un *trozo de carne* en un lugar sagrado como el monasterio del Kremlin, junto al nicho que, algún día, sería el suyo.

Vanora no bajó los hombros. No delante de esas mujeres que se creían poderosas. La capa le caía recta desde su cuello, pesada, oscura, hasta el mármol. El tejido, bordado con hilos apagados y símbolos de su linaje, hacía que pareciera más alta de lo que ya era, más firme.

Llevaba el cabello recogido en un peinado severo, trenzado hacia atrás y sujeto con una aguja de plata. Ningún mechón fuera de lugar. Ningún adorno superfluo. No había flores ni joyas que suavizaran el conjunto.

No inclinó la cabeza en ningún momento.
No buscó apoyo en nadie. Tampoco lloró.

Sus manos permanecieron entrelazadas frente a ella, quietas, controladas. Sus ojos, rojos e impenetrables, siguieron cada movimiento de los enterradores con atención exacta, sin perder ningún detalle, sin parpadear más de lo necesario.

Se limitó a mirar como Elyana era sepultada. A cumplir con su propósito: esta vez habría entierro. La anterior le fue arrebatada junto con su hijo, y nunca supo dónde ir a llorarlo. Esta vez no.

No hubo dramatismo en su postura. Hubo algo peor: una calma que daba miedo, una dignidad que nadie más podía ostentar. Las mujeres del palacio, a pesar de los rumores y cuchicheos, la observaban en silencio, algunas con lástima, otras con incomodidad, porque entendían —aunque no supieran nombrarlo ni entenderlo— que aquella mujer no estaba siendo vencida, aunque a muchas les hubiera gustado verla vencida. Sobre todo, a la zarina, la esposa de Iván el Terrible y a sus seguidoras.

Vanora permaneció allí hasta el final. No porque se lo exigieran, sino porque nadie habría sido capaz de moverla.

Y cuando el rito concluyó, fue la primera en darse la vuelta. La capa negra se desplazó con ella, amplia, firme. No miró atrás. No había nada que añadir.

Había cumplido.

Elyana acababa de ser enterrada en el monasterio del Arcángel Miguel, dentro del Kremlin. Allí donde reposaban los príncipes y los zares, cerca del que un día sería su lugar de descanso.

Cuando cruzó el umbral del monasterio, el aire la embistió. No fue el frío: fue el olor, la aspereza, esa suciedad que no existía dentro de los palacios. Detrás de ella avanzaban las nobles rusas, murmurando con fastidio, pero Vanora apenas las oyó.

Los gritos llegaron de golpe, desde más allá de las murallas.

No eran un rumor ni un lamento lejano. Eran voces desgarradoras y humanas.

Voces que raspaban la garganta al salir, que se clavaban en la piel. Pedían pan. Pedían calor. Pedían seguir respirando un día más.

Vanora se detuvo en seco. Fue un golpe. Las voces le entraron por el pecho como si alguien la hubiera llamado por su nombre sin conocerlo. Sintió un tirón extraño, incómodo, casi una vergüenza, como si estuviera escuchando algo que no le correspondía... y, al mismo tiempo, algo que sí.

Alzó la vista hacia las murallas rojas. Siempre habían estado ahí: altas, gruesas, protectoras. Nunca había salido de ellas. El Kremlin de Moscú había sido todo su mundo, todo su límite desde que había nacido.

Dentro, el frío era limpio, ordenado, mudo. Fuera, lo entendió sin mirar, era todo lo contrario.

Las voces volvieron a atravesarla. Y aunque aún no sabía por qué, supo que no volvería a oírlas igual.

Entonces oyó el sonido de cascos.

Un caballo cruzó el patio hacia ella con paso firme, escoltado por una decena de guardias y otra decena de doncellas, limpio, ajeno al clamor que llegaba desde lejos. Era la Zarina, la esposa del primer Gran Zar de Rusia. Ella no había acudido al entierro, por supuesto. Y ahora avanzaba erguida sobre la montura blanca, envuelta en pieles finas, con el rostro descubierto y la mirada alta.

Era casi de la misma edad que Vanora. Y, sin embargo, parecía pertenecer a otro tiempo.

—Zarevna —dijo desde lo alto del caballo, sin molestarse en desmontar—. Lamento no haber estado presente —No había lamento alguno en su voz. Solo distancia. Vanora no respondió enseguida. Alzó la vista despacio, obligándose a no entrecerrar los ojos. El cuello le tiraba al mirar hacia arriba, todavía estaba débil por toda la sangre perdida; pero no bajó la cabeza—. He oído que has obligado a los arzobispos a realizar el entierro —continuó la zarina—. Un gesto... singular.

Vanora notó el frío subirle por las piernas, no desde el suelo, sino desde dentro. Apretó los dedos bajo las mangas de su capa, buscando algo firme a lo que agarrarse. —Era un cuerpo —dijo al fin —. Y estaba muerto.

Nada más. No elevó la voz. No reprochó. No dejó escapar nada de lo que sentía ni de lo que pensaba sobre Elyana. En palacio, una grieta era una tumba abierta, y Vanora lo sabía desde siempre.

Aun así, algo se le coló en el tono de su voz, ya de por sí agudo. Fue seco. Inoportuno. Una verdad dicha donde no debía decirse.

El caballo blanco e inmaculado resopló. La Zarina no se movió, solo alzó la cabeza ligeramente (un poco más).

—No todas las mujeres pueden permitirse ese tipo de decisiones.

Vanora sostuvo su mirada. La zarina mantenía el cuerpo firme, intacto. Había parido dos veces desde su reciente unión con el zar. Dos niñas sanas, rosadas, celebradas. En la corte alababan su fecundidad, su fortaleza, su gracia.

Nadie mencionaba la ausencia de un heredero varón. Nadie se atrevía.

Al fin y al cabo, la primera esposa de Iván, Praskovia, ya había cumplido con la obligación suprema: dar a luz a un varón, Dmitri.

Praskovia murió al parirlo.

—El palacio habla —añadió la zarina—. Y también el lekár. Dice que vuestro cuerpo ha sufrido demasiado. Y que lo más probable sea que no puedas seguir cumpliendo con tu obligación —El caballo se movió apenas, impaciente—. Dmitri es el único hijo varón del zar —prosiguió—. El reino no puede permitirse incertidumbres.

Vanora apoyó el peso en ambos pies. La capa volvió a ensancharle los hombros. Detrás de ella, los gritos seguían subiendo desde las murallas, recordándole que incluso el poder tenía límites que no quería mirar de frente.

—El Imperio —la corrigió— ha permitido cosas peores.

La palabra no era un capricho. Tras las conquistas de Iván y la caída definitiva del yugo mongol, Rusia ya no era solo un reino: era un imperio que se expandía a fuerza de hierro y sangre rusa.

—Esta noche ofreceré un baile en la Palacio de las Facetas —anunció—, en honor a la victoria del gran zar en la campaña de Livonia, tras la toma de Polotsk. Espero que estés preparada. Es un día de celebración, no de luto.

Espoleó al caballo y siguió su camino sin esperar respuesta, rodeada de miradas complacientes. Vanora la observó alejarse, ¿preparada? Hacía tres días que había perdido a su hija, lo último que le apetecía era un baile, pero eso la Zarina lo sabía muy bien.



El Palacio de las Facetas estaba iluminado como si la noche no tuviera derecho a existir allí dentro. Antorchas alineadas, candelabros de plata, el reflejo del oro multiplicándose en las paredes talladas con relieves antiguos. El aire olía a resina, a vino especiado y a cuerpos encerrados demasiado tiempo en la misma celebración.

La música comenzó sin aviso. No era suave ni íntima: era ceremonial. Violines, laúdes, flautas que marcaban un ritmo solemne, pensado más para exhibir poder que para invitar al goce.

Aquello no era un baile para olvidar, sino para recordar quién mandaba: la esposa del Zar, el invicto, el que había derrotado a los mongoles, el que había extendido Rusia hasta límites impensables y que, pese a todo, seguía luchando allí fuera, y ganando batallas junto a su hijo Dmitri, el General del Ejército.

Los hombres ocupaban el centro del salón. Boyardos, generales, consejeros, todos vestidos con telas pesadas, bordados excesivos, pieles que hablaban de inviernos superados gracias a la sangre ajena. Reían alto. Bebían. Golpeaban las mesas con las manos cuando alguien pronunciaba el nombre del zar o el de la victoria reciente.

Las mujeres estaban dispuestas alrededor, como constelaciones secundarias. Algunas jóvenes, rígidas aún en su papel aprendido; otras ya expertas en sonreír sin escuchar. Todas sabían dónde sentarse. Todas sabían a quién mirar.

Vanora ocupaba una mesa lateral, junto a nobles de rango menor. No era un castigo explícito, sino algo más refinado: una corrección de su estatus. Desde allí podía ver el centro del salón sin formar parte de él.

Vestía de oscuro.

No negro ceremonial, sino un azul tan profundo que casi parecía noche. El vestido caía recto, sin vuelo innecesario, ajustado en los hombros para sostener el cuerpo cuando las fuerzas flaqueaban.

El escote era alto. Las mangas largas. Ningún adorno que distrajera de lo esencial. La tela, rica, pero no ostentosa. Ella era la verdadera sangre de Rusia, el auténtico linaje, que nadie quería mirar ni aceptar. Su padre, el legítimo zar, había sido ejecutado por su tío Iván con excusas pobres de traición al Imperio.

Llevaba el cabello recogido con la misma severidad de aquella mañana. Ninguna joya salvo un anillo antiguo, heredado de su madre, que no brillaba. Su piel, aún demasiado pálida, contrastaba con el color del vestido.

Por dentro, todo era distinto.

Cada sonido llegaba con retraso. Cada risa le atravesaba el pecho con enorme dolor. El cuerpo le recordaba, con un dolor sordo y persistente, que aún no estaba completo. Que algo faltaba. Que algo había salido de ella para no volver.

No bebió vino.
No probó comida.
Mantuvo las manos apoyadas en la mesa, firmes, como si el mármol pudiera sostenerla mejor que el aire.

En el centro del salón, la Zarina brillaba.

Vestía un traje claro, bordado en oro y perlas, rodeada de hombres que inclinaban la cabeza para hablarle. Reía con la cabeza alzada, cómoda en su lugar. Cuando alzó la mano, la música descendió apenas, lo justo para que su voz pudiera imponerse.

—Celebramos hoy la victoria del gran zar en Livonia —dijo—. La toma de Polotsk es una prueba más de la fuerza de nuestro Imperio —Aplausos. Brindis. Golpes de copas—. Y celebramos también la continuidad de nuestra casa —añadió, mirándola de reojo. Vanora sintió el impacto antes de oír su nombre. —Dmitri —prosiguió la Zarina—, orgullo de Rusia.

Las miradas se deslizaron, inevitables, hacia ella.

Vanora alzó la copa entonces. No con entusiasmo. Con precisión. Sus dedos no temblaron. Bebió un sorbo pequeño, suficiente para cumplir. No miró a la zarina. Miró al frente, como si nada de aquello la atravesara.

Aplaudió cuando fue necesario. Sonrió cuando el protocolo lo exigía. Por dentro, no celebraba nada.

El baile continuó. Las parejas comenzaron a moverse con pasos estudiados, lentos, circulares. No había abandono en esos cuerpos vestidos de gala, solo exhibición. El poder danzaba consigo mismo.

Vanora permaneció sentada, pues no debería haber estado allí.

Lo sabía por el peso constante en el bajo vientre, por el calor espeso que no se iba, por la forma en que el cuerpo le pedía detenerse mientras todo a su alrededor avanzaba. Bajo el vestido llevaba vendajes apretados, capas de lino colocadas con demasiada prisa, destinadas no a curar, sino a contener. A esconder. A permitirle cumplir.

La obligaron a beber antes de salir de sus estancias. Un brebaje oscuro, amargo, hecho con hierbas que decían que cortaban la sangre. Salvia, ortiga, vino caliente. No preguntó. Nunca preguntaba. Tragó despacio, aunque el estómago se le revolvió.

Cada vez que se movía, la presión aumentaba. Cada vez que se incorporaba, la sangre volvía a fluir, silenciosa, insistente. Tenía que apretar los muslos al caminar, medir los pasos, controlar la respiración para que el mareo no la traicionara delante de todos.

Una doncella se acercó más de una vez de lo habitual, con la excusa de ajustar el vestido, de ofrecer vino, de retirar una bandeja inexistente. Vanora sentía sus manos nerviosas, su mirada rápida bajando un instante de más, comprobando si el tejido seguía limpio.

—Aguantad, zarevna —susurró en una ocasión, casi sin voz—. El lekár dice que pasará.

Vanora no respondió. Sabía que no hablaba de alivio, sino de supervivencia, una vez más.

Cuando se levantó por obligación, al escuchar de nuevo el nombre de Dmitri pronunciado con orgullo, el mundo se inclinó apenas. No cayó. No se permitió ese lujo. Se apoyó un segundo en el respaldo de la silla, lo justo para recuperar el aire, lo justo para que nadie pudiera señalarla.

Cada risa del salón, cada brindis, cada paso de baile que otros ejecutaban, era una humillación más. No por crueldad abierta, sino por algo peor: porque todo se hacía como si nada hubiera ocurrido. Como si su cuerpo no estuviera desangrándose bajo capas de seda y protocolo.

La querían presente. Visible. Funcional. Como siempre.

La estaban exprimiendo hasta el límite permitido, comprobando cuánto podía aguantar. Y, aun así, permaneció erguida.

No por obediencia ni por orgullo.

Porque en un mundo que convertía el dolor en espectáculo, retirarse habría sido la única derrota verdadera. Y ella ya no estaba dispuesta a dejarse vencer.

Fue entonces cuando Borís Andréievich se levantó de su asiento, cerca del de la Zarina.

No era joven ni necesitaba alzar la voz. Su presencia bastó para que varias conversaciones se interrumpieran. Boyardo antiguo, hombre del Kremlin desde antes de que muchos de los que allí presentes aprendieran a andar, había servido a la casa de Vanora desde que ella era una niña. A su padre primero. A ella después. Sin juramentos públicos. Sin exhibición.

Se inclinó apenas hacia ella.

—Zarevna —dijo, con la formalidad justa.

Vanora alzó la vista. No habló. No hizo falta. El leve asentimiento de su cabeza fue suficiente. Borís se giró entonces hacia los sirvientes que aguardaban al fondo del salón.

—Que se recoja toda la comida que no haya sido tocada —ordenó —. Pan, carne, vino. Todo —Hubo un silencio breve. Incómodo—. Y que se prepare para ser distribuida fuera de las murallas —añadió—. Ahora.

Las miradas se tensaron. Algunos hombres cercanos a la Zarina intercambiaron gestos rápidos de desaprobación. Aquello no era caridad ni una limosna calculada. Aquello era una intervención a la fiesta de la Zarina, una fiesta orquestada para subordinar a Vanora y demostrar quien tenía el poder. Pero los lacayos obedecieron y empezaron a retirar las fastuosas bandejas de comida para repartirlas.

La Zarina, Yevdokia Nagaya, dejó la copa sobre la mesa.

—¿Qué espectáculo es este? —preguntó, sin perder la sonrisa—. ¿Desde cuándo las celebraciones del imperio se convierten en mercados?

Vanora se levantó.

El movimiento fue lento, acorde a su estado de salud. El cuerpo protestó, pero ella lo sostuvo con la misma disciplina con la que había sostenido todo lo demás. De pie, el salón pareció reajustarse a su altura, todos la miraron de forma distinta a como la habían estado mirando hasta entonces. Varias conversaciones murieron antes de empezar.

—Desde que el pueblo grita lo bastante alto —respondió ella.

No gritó. No explicó. Solo alzó la mano.

Dos doncellas acudieron de inmediato. No llevaban telas ni joyas, sino piezas de cuero endurecido, correas, placas ligeras de metal bruñido. No era una armadura de guerra completa —no era ese el lugar—, sino la que se usaba para montar, para resistir el frío, para proteger el cuerpo sin ocultarlo.

Un murmullo recorrió el salón.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo la Zarina, ahora sí con molestia, levantándose de su mesa—. Esto es una celebración, no es un desfile.

Vanora no la miró mientras las correas se ajustaban sobre el vestido, mientras el cuero le ceñía el torso con firmeza.

—¿Y qué mejor forma de celebrar la victoria del Gran Zar Iván IV que dándole al pueblo una parte del festejo?

Se colocó los guantes. El cuero ocultó el temblor de sus manos y se dirigió hacia la puerta del Palacio de las Facetas. El sonido de los cascos se oyó poco después.

En el patio del Kremlin aguardaban varios caballos. Vanora se acercó al suyo sin ayuda. Un alazán oscuro de piel rojiza bajo la luz de las antorchas, nervioso pero obediente. Había montado desde niña y el cuerpo lo recordaba incluso cuando la fuerza flaqueaba. Así que subió de un salto.

—¡No podéis salir! —gritó alguien desde la escalinata—. ¡Las murallas...!

Vanora, con su abrigo de pieles cubriéndole los hombros encuerados, se giró.

—Saldré —dijo—. Y quien tenga miedo, que se quede.

Borís ya estaba montando. Tras él, otros hombres hicieron lo mismo. Guardias. Soldados. Algunos boyardos jóvenes que quizá por primera vez se sentían inspirados.

Las puertas se abrieron.

El clamor del pueblo los golpeó de lleno cuando cruzaron el umbral. No hubo discurso. No hubo gesto grandilocuente. Solo carros de comida avanzando hacia manos abiertas, hacia rostros incrédulos, hacia una multitud que no esperaba nada y, por eso mismo, recibió todo con una mezcla de hambre y asombro.

Vanora permaneció en su caballo, erguida, el rostro pálido bajo el frío, la sangre aún insistente bajo los vendajes. No repartió con sus propias manos. No necesitaba hacerlo. Estar allí, asegurándose de que la gente recibiera la comida, bastaba.

Desde lo alto de las murallas, la Zarina observó.

Y comprendió, demasiado tarde, que aquel no había sido un acto de compasión.

Había sido un recordatorio. De quién podía cruzar los límites. Y de quién, por mucho que reinara, nunca se atrevería a hacerlo.

Desde dentro del Kremlin, Vanora era una silueta incómoda.

Desde las ventanas altas del palacio, desde las torres, hombres y mujeres la observaban sin atreverse a decir nada. Algunos con incredulidad, otros con una irritación difícil de disimular. No estaba donde debía. No hacía lo que se esperaba. No regresaba.

Para muchos, aquello no era valentía, sino un error peligroso.

Los hombres del consejo la veían como una grieta en el orden: una mujer a caballo, cruzando las murallas sin permiso explícito. Las mujeres del palacio la miraban con una mezcla de temor y algo peor que la envidia: la sospecha de que nunca podrían permitirse hacer lo mismo. Desde arriba, su figura parecía pequeña frente a la ciudad... y, aun así, imposible de ignorar.

El caballo rojo destacaba incluso desde esa distancia.

Fuera de las murallas, la percepción era otra.

Para el pueblo, Vanora no era una infracción del protocolo, sino una aparición. Un punto claro en medio de la multitud oscura, sucia y mal oliente. Un caballo rojo detenido entre cuerpos famélicos. Un cabello blanco que no pertenecía a ninguna anciana ni a ninguna visión conocida.

—¿Quién es? —empezó a preguntarse alguien.

—¿La ves? —respondió otro—. No es una santa.

—Ni una noble cualquiera.

Las voces corrían de boca en boca, mezclándose con el crujir del pan repartido, con el olor de la carne caliente, con el llanto de los niños que volvían a comer después de días.

—Es Vanora —dijo una mujer mayor, con la voz baja—. Vanora Vasílievna.

El nombre se quedó suspendido.

—¿La hija del antiguo zar?

—La misma.

Alguien escupió al suelo, por costumbre más que por convicción.

—Al que ejecutaron hace veinte años —añadió otro—. Por traición al Imperio.

Veinte años. Eso era lo que decían los registros. Eso era lo que convenía recordar.

—Dicen que no traicionó a nadie —murmuró alguien más—. Dicen que estorbaba.

—Dicen que Iván El Terrible, el que se lleva a nuestros hijos para sus guerras, lo hizo matar.

—Dicen muchas cosas.

El pueblo no hablaba con reverencia, pero tampoco con odio. La miraban con cautela, como se mira a algo que podría ser peligroso... o necesario. No gritaban su nombre. No se arrodillaban. La observaban mientras la comida pasaba de mano en mano, mientras el hambre se calmaba lo justo para que el pensamiento regresara.

Vanora permanecía inmóvil sobre el caballo. No buscaba agradecimiento. No sonreía. No levantaba la voz. Su sola presencia parecía sostener el orden, como si marcharse fuera a desatar el caos.

CAPÍTULO 3

Por su propio bien

—Mucho me temo que la zarevna empieza a mostrarse... inestable —comentó la zarina Yevdokia, sin apartar la vista de la ciudad, desde lo alto de una de las torres del Kremlin.

A su lado se encontraba Serguéi Mijáilovich Vorontsov, consejero antiguo, hombre delgado, de barba cuidada y ojos pequeños, siempre atentos. No era un soldado ni un santo: era algo más útil. Un hombre que sobrevivía a todos los cambios sin mancharse nunca las manos.

—Las pérdidas suelen hacer estragos —respondió él, con cautela —. Y la zarevna ha sufrido más de lo que corresponde a una mujer de su rango.

—Precisamente —dijo Yevdokia, esbozando una sonrisa casi amable.—. El lekár está convencido de que su cuerpo ya no responderá como se espera. Cree que es muy poco probable que vuelva a concebir. Ha quedado... exhausta.

—Eso complica las cosas —admitió Sérguei—. El Imperio necesita un heredero.

—Exactamente —concluyó la zarina—. Y no podemos permitirnos que una mujer sin un futuro útil se crea con derecho a intervenir en asuntos que no le corresponden —El viento agitó las pieles de Yevdokia. Abajo, más allá de las murallas, la ciudad seguía viva. Hambrienta. Ruidosa—. Habrá que protegerla —añadió, como si hablara de una niña enferma—. Incluso de sí misma.

El regreso de Vanora al interior de las murallas fue más lento.

La comida ya había sido repartida, las manos se habían cerrado sobre el pan, los gritos se habían transformado en un murmullo espeso que acompañó a la comitiva hasta que las murallas volvieron

a cerrarse tras ellos. El sonido de los cerrojos resonó en mitad de la noche.

Vanora no miró atrás.

El alazán avanzó hasta el patio interior del Kremlin y se detuvo. Durante un instante, permaneció inmóvil sobre la montura. Luego descendió. No con torpeza, pero tampoco con ligereza. Al tocar el suelo, una punzada le cruzó el vientre, breve, feroz. Apretó los dientes. Nadie debía notarlo.

Borís Andréievich se acercó, dispuesto a ofrecerle el brazo. Vanora negó con la cabeza. Agradeció el gesto sin aceptarlo, solo eso.

Desde la escalinata del palacio, Yevdokia la aguardaba.

No había cambiado de expresión. Seguía tranquila, compuesta, rodeada de consejeros y clérigos, como si todo lo ocurrido no hubiera sido más que una desviación menor en el curso natural del día.

—Mañana —anunció, elevando la voz lo justo para que todos la oyeran—, a primera hora, se celebrará una misa solemne —Algunos inclinaron la cabeza. Otros se miraron entre sí—. En acción de gracias por el gesto de la zarevna Vanora Vasílievna —prosiguió—. Por su... sensibilidad religiosa. Y para pedir fortaleza para su espíritu, por supuesto —Las mujeres de su entorno empezaron a cuchichear y a esbozar sonrisas malévolas hacia Vanora—. Será en la catedral —añadió—. Y todos los miembros del palacio estarán presentes.

Vanora cerró los ojos un instante. No por cansancio, sino por claridad. Yevdokia no quería humillarla en público. Quería algo peor: llevarla al límite, dejar claro que necesitaba "fuera espiritual". Que fuera Dios quien pareciera exigirle lo que el palacio no se atrevía a ordenar.

—Por supuesto —respondió Vanora al fin, sin temblar. Alzó la vista hacia la zarina. Por un segundo, sus miradas se cruzaron. No hubo victoria en ninguna de las dos. Solo cálculo.

Vanora se giró entonces hacia el interior del palacio. Sabía que aquella noche apenas descansaría. Sabía que al amanecer tendría que levantarse de nuevo, vestirse, sostenerse, arrodillarse durante horas sobre un suelo helado, con la sangre aun reclamando su lugar.

Sabía lo que Yevdokia pretendía.

Pero si aquello era una prueba, no pensaba fallarla.



La misa comenzó con el primer aliento del alba.

Vanora llegó cuando las velas ya estaban encendidas y el incienso empezaba a subir, espeso, dulce, casi asfixiante. Iba vestida de blanco. No un blanco ceremonial, sino uno absoluto, sin bordados. El tejido caía recto, limpio, como si no perteneciera al mundo de los vivos.

Sobre el rostro llevaba un velo corto, translúcido, al estilo antiguo, sujeto con sencillez, apenas rozándole las mejillas. No ocultaba su rostro: lo velaba lo justo para volverlo inalcanzable.

Su piel y la tela parecían confundirse.

A pesar de que todos conocían ya su albura, aquella mañana hubo un murmullo distinto. No de sorpresa, sino de algo más incómodo. Vanora no parecía una mujer que hubiera pasado la noche sangrando. No parecía frágil. No parecía vencida.

Parecía otra cosa.

Algunas mujeres cercanas a la zarina no pudieron evitar mirarla con cierta fascinación. Una admiración involuntaria, casi culposa, cruzó algunos rostros. Vanora avanzó entre ellas sin mirarlas, sin buscar nada. Sus pasos eran lentos, medidos, como siempre.

Yevdokia lo vio todo.

Vio cómo el blanco la coronaba en lugar de diluirla. Vio cómo el velo no la ocultaba, sino que la elevaba. Vio cómo incluso de rodillas, Vanora parecía ocupar más espacio que muchas de pie.

Tragó saliva.

La misa fue larga. Demasiado. Las palabras del sacerdote se sucedían una tras otra, pesadas, rituales, pensadas para quebrar la resistencia más firme. Vanora se arrodilló cuando correspondía. No apoyó las manos en el suelo. Mantuvo la espalda recta. El frío del mármol se le filtró despacio, cruel, subiéndole por las piernas.

No se movió.

Cuando todo terminó y las cabezas empezaron a alzarse, Yevdokia dio un paso al frente.

—Es evidente —dijo, con voz suave— que la zarevna no se encuentra bien —Varias miradas se dirigieron a Vanora. Nadie se atrevió a contradecirlo—. Su estado es cada vez más... delicado —continuó—. Por su propio bien —añadió—, lo más prudente sería trasladarla temporalmente al Palacio del Terem, dentro de las murallas. Un lugar más recogido. Más tranquilo.

El Terem.

No era un palacio, no de verdad. Era un edificio antiguo, adosado a la parte más vieja del Kremlin, levantado en una época en la que aislar se confundía con proteger. Era alto, sí, pero no para ofrecer vistas, sino para separar. Sus estancias estrechas y mal orientadas no retenían el calor; el viento se colaba por las grietas de la piedra y recorría los pasillos, dejando un silencio difícil de ignorar.

Hacía años que nadie vivía allí de forma permanente. El invierno lo volvía inhabitable, la primavera lo llenaba de humedad y, en cualquier estación, el silencio era casi terrorífico. No era un lugar para vivir, sino para apartar, para enviar aquello que debía desaparecer sin ruido, sin preguntas.

Vanora conocía bien aquel lugar. Allí habían encerrado a su padre antes de ejecutarlo.

No fue nada oficial ni ceremonioso, solo una solución práctica que muchos habían olvidado con el tiempo. Vanora no. Y Yevdokia tampoco, y por eso lo había elegido. Llamarlo descanso era una crueldad envuelta en palabras amables; decir que sería por su bien, una forma de fingir cuidado. En el Terem no se sanaba: se resistía, se esperaba, se aprendía a ocupar menos espacio.

Vanora no discutió. Sabía que negarse sería exponerse y entendió, con una claridad que no le dejó margen, que Yevdokia no quería verla morir. Quería verla doblegarse. Pero el Terem ya había albergado antes a alguien de su sangre y no había conseguido quebrarlo del todo. Eso recordó Vanora mientras alzaba la cabeza y dejaba que el velo ocultara lo único que aún no podían tocar: su dignidad.

—Allí podrá descansar —prosiguió—, lejos de las corrientes de aire, de las multitudes, de preocupaciones innecesarias. Solo con un par de doncellas de confianza. Debo admitir que la fiesta y la misa han sido demasiado para la zarevna, sobre todo teniendo en cuenta lo que sabemos ahora... sobre su estado de salud.

Vanora notó las miradas de la corte sobre ella: el rechazo por su incapacidad para concebir, la confirmación de lo que muchos ya sospechaban, que no era capaz de ser madre y, por ende, tampoco de ser esposa.

—Como deseéis —respondió.

La frase cayó limpia. Sin súplica. Sin agradecimiento.

Yevdokia sonrió, convencida de haber ganado algo.

Vanora se retiró acompañada por sus doncellas. El velo blanco desapareció entre los pilares de la catedral y, con él, la tensión más evidente. Solo entonces algunos hombros se relajaron y las voces regresaron, primero bajas, luego ya sin cuidado.

No fue una reunión formal; no hizo falta. En una sala contigua, todavía impregnada del olor del incienso, se dispuso una mesa: pan oscuro, queso, fruta seca, vino aguado. Un desayuno tardío, casi casual, como tantas decisiones que después se llamarían inevitables. Yevdokia se sentó sin desprenderse de las pieles.

A su derecha tomó asiento Serguéi Mijáilovich Vorontsov, atento como siempre. Cerca de él, Fiódor Petrovich Kurbátov, ancho, sólido, acostumbrado a seguir corrientes más que a iniciarlas. El archimandrita Pavel (el sacerdote) permaneció algo apartado, con las manos cruzadas sobre el vientre, observando en silencio.

Borís Andréievich no se sentó de inmediato. Permaneció de pie un instante más de lo necesario, apoyando una mano en el respaldo de la silla, como si aún no hubiera decidido si aquella conversación merecía su presencia.

—El traslado al Terem no es prudente —comentó él y la frase cayó sin aspereza, pero no admitía réplica. Yevdokia alzó la vista con lentitud.

—¿No lo es? Pensé que todos estaríamos de acuerdo en que la zarevna necesita descanso. Debo admitir que he sido un poco egoísta. No sabía cuán enferma estaba.

Borís se sentó entonces. —Descanso no es lo mismo que aislamiento. El Terem lleva años sin uso. No está preparado. El frío allí no es soportable.

Kurbátov frunció el ceño. —La zarevna no carecerá de nada. Tendrá doncellas, braseros, mantas...

—Y un cuerpo debilitado —lo interrumpió Borís—. Ha perdido sangre. Mucha.
Hizo una pausa breve—. Si enferma allí, no será discreto. Será un problema.

—No exageremos —El silencio se cerró sobre la mesa. Yevdokia apoyó los dedos en el borde, con un gesto tranquilo—. Nadie desea su mal. Todo esto es por su bien.

Anna Kurbátova, esposa de Fiódor, inclinó ligeramente la cabeza. Era una mujer aún joven, de rostro redondeado y manos siempre inquietas, acostumbrada a hablar solo cuando era prudente hacerlo. —La zarevna siempre ha sido delicada —dijo en voz baja—. Ya nació con esta condición extraña... Tan blanca. Luego lo de los ojos... Definitivamente, la agitación no es buena para una mujer como ella.

Daria Mijáilovna, viuda de un antiguo consejero y aún admitida en la mesa por costumbre más que por influencia, observó a Yevdokia con atención antes de hablar. —El Terem no ha albergado a nadie en años —dijo—. No es un lugar amable, ni siquiera para el recogimiento.

Hubo un leve asentimiento entre las mujeres, casi imperceptible. Entonces habló Irina Borísovna, la hija de Borís. Era joven, de figura esbelta y expresión serena, pero sus ojos oscuros no evitaban las miradas, era valiente. —He visto a la zarevna esta mañana —dijo—. Caminaba erguida. No parecía una mujer a la que hubiera que proteger de nada.

Borís no la miró, pero no la interrumpió. Yevdokia sostuvo la expresión un instante más de lo necesario, como si no solo evaluara las palabras, sino también quién se había atrevido a pronunciarlas.

—Lo ocurrido ayer fue... inapropiado —comentó Yevdokia mientras se llevaba una uva a la boca—. Una intervención directa en asuntos que no le corresponden.

—Repartir pan no es traición —dijo Borís—. Ni locura.

Una de las damas de la zarina intervino con cautela. —Su estado emocional...

—No justifica despojarla de su lugar —la cortó Borís—. Ni tratarla como una carga incómoda.

—Nadie ha hablado de despojarla de nada —dijo Yevdokia—. Solo de protegerla. Una vida más recogida, quizá... la oración, el silencio...

El archimandrita Pavel alzó la vista. —Un retiro espiritual puede ser un consuelo para las mujeres afligidas. Un convento adecuado...

—No —dijo Borís. La palabra fue seca—. No es el momento —añadió—. Y quizás no lo sea nunca. La zarevna es sangre del Kremlin. Apartarla ahora no parecerá piedad.

Kurbátov negó despacio. —El Imperio necesita estabilidad y ella no puede ofrecerla.

—Dmitri necesita una esposa fuerte. Y futuro —zanjó Yevdokia, con su pelo rubio bien recogido.

Borís sostuvo su mirada. —Dmitri tiene una esposa legítima. Y mientras lo sea, merece respeto.

—Por supuesto. No se tomará ninguna decisión apresurada. Que su corazón esté en paz, boyardo Borís —dijo el archimandrita y las conversaciones derivaron a otros temas menos interesantes.

CAPÍTULO 4

El nombre que no se pronuncia

El Kremlin llevaba días preparándose para la victoria.

No para recibir a los hombres —eso siempre se hacía—, sino para parecer inalterable, como si la guerra no hubiera manchado sus muros y la sangre derramada lejos de allí no se hubiera derramado jamás. Los estandartes se habían colgado de nuevo en las torres, las antorchas se renovaban cada noche y los pasillos olían a cera limpia y resina, ese aroma que en Moscú siempre anunciaba las celebraciones oficiales.

La victoria había llegado antes que el Gran Zar.

Se hablaba de ella en los patios, en las cocinas, en los corredores donde los sirvientes fingían no escuchar. Polotsk había caído. La campaña había sido un éxito. Rusia había avanzado otra frontera más hacia el oeste, a fuerza de hierro y disciplina. Los hombres volverían con cicatrices, botín y el derecho a ser recordados.

El Kremlin, sin embargo, no estaba en tanta calma como quería aparentar.

Había un silencio distinto, difícil de nombrar. No era el silencio del miedo ni el de la espera, sino uno más tenso, más calculado. Estratégico. Las mujeres caminaban con más cuidado. Los boyardos sonreían demasiado. Y los consejeros evitaban ciertos nombres en voz alta, aunque sus pensamientos los repitieran sin descanso.

Vanora Vasílievna.

No se hablaba de ella, pero su presencia estaba en todas partes.

En la forma en que se había cerrado el Terem. En las misas improvisadas. En el pan que ya no se desperdiciaba con tanta ligereza. En la incomodidad que recorría el salón cada vez que alguien mencionaba al pueblo.

El Kremlin había aprendido algo en aquellas semanas. Algo que no figuraba en ningún edicto ni en ningún registro oficial: que incluso dentro de sus murallas, podía librarse una guerra.

Iván IV, El Terrible, avanzaba al frente.

No cabalgaba rápido. No lo necesitaba. Moscú se abría ante él como se abre un cuerpo que sabe quién manda. El suelo estaba húmedo por la nieve pisada, por el barro arrastrado desde los caminos de guerra, y aun así el paso de su caballo era firme, medido, casi lento.

Los tambores comenzaron a sonar.

No eran música. Eran una señal para el palacio. Golpes graves, espaciados, hechos para marcar paso y obediencia. El sonido rebotaba contra las fachadas de madera, se metía bajo la piel, hacía vibrar el aire. Cada golpe decía lo mismo: *ha vuelto*.

A su derecha, un poco más atrás, Dmitri.

Su único hijo caminaba con la postura aprendida en campaña: espalda recta, hombros tensos, la cabeza apenas inclinada hacia delante. El ritmo de los tambores le marcaba el paso, como si aún marchara en formación. Tenía el rostro endurecido por la victoria reciente, aún joven, pero ya marcado por el peso de lo que había hecho y de lo que aún tendría que hacer.

Detrás de ellos, el ejército.

Las armaduras chocaban entre sí con un sonido grave, acompasado, fundido con el golpe seco de los tambores, un latido de metal y cuero que recorría las calles.

Moscú los recibía con gritos.

—¡Iván!

—¡El zar!

—¡Victoria!

Los vítores se elevaban y caían, pero los tambores no cedían. No aceleraban. No celebraban. Mantenían el pulso. El orden. La amenaza implícita de que aquello no era una fiesta, sino un recordatorio.

Iván no devolvía los gestos. No alzaba la mano. No sonreía.

Las mujeres lo sentían antes de pensarlo.

Algunas miraban a Dmitri, atraídas por su juventud. Otras, más sabias o más rotas, no podían apartar los ojos de Iván. El golpe de los tambores les cerraba el pecho, les apretaba el vientre, les recordaba que el poder no se suplica: se reconoce.

El Kremlin apareció a lo lejos.

Las murallas rojas se alzaban contra el cielo gris. Los tambores redoblaron, más lentos, más hondos, como si anunciaran no solo la llegada del zar, sino el momento exacto en que Moscú debía volver a arrodillarse.

Y, sin embargo, algo se le clavó en el pecho.

No fue una intuición clara. Fue un roce. Una nota fuera de lugar en el clamor de la multitud.

—Vanora.

No fue un grito aislado. Tampoco un clamor general. Fue una voz, luego otra, luego un murmullo que se coló entre los vítores dedicados a él. Un nombre pronunciado con cautela, con curiosidad, con algo que no era miedo.

—¿La ves?

—¿Dónde está?

—Vanora Vasílievna...

Iván no giró la cabeza. No detuvo el paso. No alteró el ritmo. Pero sus ojos se afilaron un instante más, si eso era posible. Vanora. No debería estar en las bocas del pueblo. No así. No después de cuarenta días sin él.

Sintió a Dmitri tensarse a su lado, apenas un cambio en la respiración. Iván lo notó. Siempre lo notaba. El hijo había oído lo mismo.

—Padre... —empezó Dmitri, en voz baja.

Iván alzó una mano. Un gesto seco. Bastó. Solo siguieron avanzando.

Los gritos no cesaron de inmediato. Se superponían, se deformaban, se confundían unos con otros. Nombres, títulos, bendiciones. Al final, todo volvía a concentrarse en un solo punto.

Iván. El zar. El conquistador. El hombre al que Rusia debía temer y agradecer en la misma medida.

No hubo orden ni señal visible. Los batientes cedieron justo cuando Iván alcanzó las puertas, como si la piedra misma supiera reconocerlo. El metal de los cerrojos resonó una única vez, seco, irrevocable, y el interior del Kremlin quedó expuesto ante él.

Arriba, en lo alto de la escalinata del Palacio de las Facetas, lo aguardaban su esposa y un comité interminable de nobles y damas.

Yevdokia.

No había avanzado para recibirlo ni descendido un solo peldaño. Permanecía inmóvil, colocada con precisión absoluta. Sobre los hombros llevaba un abrigo de armiño blanco, amplio, pesado, que caía casi hasta rozar la piedra: un regalo del padre de Yevdokia, uno de los boyardos más ricos de Moscú.

El cabello, recogido con esmero, brillaba como oro. Su rostro era perfecto, hermoso; la postura, impecable. Era la imagen exacta de lo que el Kremlin esperaba de una zarina en un día de victoria.

Iván avanzó sin prisa.

Cada paso de su caballo resonó contra la piedra. Yevdokia no se movió hasta que estuvo lo bastante cerca como para que nadie pudiera dudar de a quién pertenecía aquel instante.

Entonces descendió un solo escalón.

Solo uno.

El gesto era perfecto: ni sumiso ni desafiante. Respeto medido. Cálculo puro.

—Mi zar —dijo, inclinando la cabeza—. Moscú os recibe como vencedor.

Iván alzó la vista desde la montura.

El blanco del abrigo, la altura, la calma cuidadosamente compuesta. Todo estaba en su sitio. Demasiado en su sitio. Sus ojos, de pupilas estrechas, se detuvieron en ella un segundo más de lo necesario. No buscaban afecto. Buscaban grietas, problemas.

Yevdokia Nagaya era hija de Vasili Stepánovich Nagói, uno de los hombres más ricos del nordeste ruso, señor de extensas tierras y rutas comerciales que unían Moscovia con los puertos fluviales del Volga. Su poder no provenía de la guerra, sino de algo más estable y más peligroso: el dinero.

Vasili Nagói seguía vivo.

No residía en Moscú, donde la cercanía al Kremlin exigía sumisión constante, sino en Nizhni Nóvgorod, ciudad poderosa y próspera, cruce de caminos, centro de comercio y paso obligado para las caravanas que llevaban grano, pieles, hierro y sal hacia el interior del territorio ruso. Desde allí, el padre de Yevdokia controlaba almacenes, embarcaderos, recaudadores y hombres armados que no vestían los colores del zar, pero que respondían a su nombre con absoluta lealtad.

No era un noble antiguo ni un guerrero ilustre. Era algo más útil en tiempos de guerra prolongada: un financiador.

Cuando la primera esposa de Iván murió en el parto, dejando tras de sí un heredero varón y un vacío incómodo en la corte, Rusia no necesitaba amor ni consuelo. Necesitaba recursos. La campaña militar se extendía más allá de lo previsto, el coste humano y material aumentaba, y el tesoro imperial comenzaba a resentirse.

El matrimonio con Yevdokia Nagaya no fue una elección sentimental.

Fue una alianza.

La dote que aportó superó cualquier expectativa: plata, grano almacenado, rutas de suministro aseguradas durante años, préstamos sin interés inmediato y la promesa tácita de que, mientras Yevdokia fuera zarina, el dinero de los Nagói sostendría las guerras del zar.

Iván obtuvo lo que necesitaba. Yevdokia, a cambio, obtuvo la corona.

Desde entonces, había aprendido a ocupar su lugar con precisión. No interfería en la guerra, no cuestionaba la violencia, no pedía explicaciones. Sabía que su poder no residía en el afecto del zar, sino en la estabilidad que representaba. Mientras ella estuviera allí, Rusia no se quedaría sin recursos. Y eso la volvía intocable... hasta cierto punto.

Porque el dinero compraba tiempo, influencia y silencio. Pero no compraba legitimidad.

Y eso era algo que Yevdokia Nagaya sabía muy bien cada vez que el nombre de Vanora Vasílievna se pronunciaba sin su permiso.

Iván desmontó entonces. No hubo prisa ni ceremonia. Apoyó una mano enguantada en la silla y bajó con un movimiento seco, aprendido en la guerra. Cuando sus botas tocaron el suelo del Kremlin, el hierro de la armadura resonó con un golpe grave, definitivo.

El caballo resopló a su espalda. Un palafrenero se adelantó de inmediato para tomar las riendas y conducir al animal fuera del patio. Iván ya no le prestaba atención.

Había vuelto a pisar su casa.

Dmitri desmontó después.

Lo hizo con la misma disciplina, aunque su cuerpo aún conservaba la rigidez de la campaña, como si no hubiese terminado de abandonar el campo de batalla. Al poner los pies en tierra, varios hombres inclinaron la cabeza hacia él: boyardos jóvenes, oficiales del estado mayor, rostros de la corte que sabían reconocer al heredero cuando lo tenían delante.

Tras ellos, solo los hombres necesarios cruzaron el umbral.

Capitanes de confianza. Dos generales. Un pequeño grupo de guardias escogidos, todavía con la armadura puesta. No había desfile ni multitud.

Dentro de aquellas murallas, el poder no necesitaba espectáculo. El resto del ejército se había quedado fuera, alojado en los patios exteriores y en los campamentos preparados para ellos.

Iván avanzó un solo paso.

Fue suficiente. El espacio a su alrededor se reajustó como un tablero invisible. Los presentes retrocedieron apenas, lo justo para marcar distancia sin admitirla abiertamente. Yevdokia seguía en lo alto de la escalinata, envuelta en el armiño blanco, perfecta en su quietud.

Desde allí lo observaba abandonar la guerra para volver a ser lo que siempre había sido entre aquellas piedras.

El zar.

Yevdokia empezó a bajar las escaleras, no lo hizo con prisa ni con solemnidad exagerada, sino con la seguridad de quien sabe que cada movimiento es observado. Descendió los escalones uno a uno, mientras el abrigo de piel rozaba la piedra a cada paso. Su rostro

permanecía quieto, impenetrable, y nada en su expresión delataba emoción alguna.

Se detuvo delante de Iván y realizó una reverencia profunda, medida con exactitud.

—Mi zar.

Iván extendió la mano, y Yevdokia la tomó con cuidado. Inclinó la cabeza y rozó los nudillos con los labios en un gesto breve, casi austero, desprovisto de cualquier afectación. No hubo sonrisa ni palabras añadidas, solo la confirmación pública de un orden que nadie allí se habría atrevido a cuestionar.

Cuando Iván retiró la mano, sus ojos se movieron entre el comité. ¿Qué había ocurrido con Vanora?

Desde un paso más atrás, Dmitri observó la escena sin moverse. Mientras la atención del patio permanecía fija en los zares, él recorrió los rostros con impaciencia que fue tornándose en inquietud. Conocía bien las siluetas habituales de la corte, los gestos repetidos, las presencias que no faltaban a un acto como aquel. Esperaba verla cerca de la escalinata, entre las damas. ¿Dónde estaba su esposa? Y, lo más importante, ¿dónde estaba su heredero?

No la vio.

Volvió a recorrer el patio con la mirada, esta vez más despacio, deteniéndose en cada grupo, en cada figura. No encontró el azul oscuro de su vestido ni el modo familiar en que solía mantener las manos unidas sobre el vientre. No había rastro de ella.

Entonces miró a su padre.

Permanecía entre los boyardos, erguido. No miraba a Iván ni a Yevdokia. Mantenía la vista fija en los hombres sabios que lo recibían. Dmitri sintió cómo algo se le endurecía en el pecho.

Buscó sus ojos. Esos malditos ojos. Pero nada.

El ruido del patio regresó entonces con toda su fuerza: pasos contenidos, respiraciones medidas, el roce del metal. Todo seguía su curso. Todo estaba, en apariencia, en orden.

Pero algo había ocurrido en su ausencia. Algo que nadie se había atrevido a poner por escrito. Algo que había sucedido entre aquellas

mismas piedras, en una habitación cerrada, mientras él marchaba hacia la guerra convencido de que regresaría para ser padre.

Dmitri apretó la mandíbula, enderezó los hombros y avanzó tras su zar, dejando atrás el patio, la multitud.

Al entrar en el Palacio de las Facetas, el aire cambió. El sonido grave de los cuernos y las cuerdas se mezclaba con el murmullo de la corte; mesas interminables rebosaban carnes asadas, frutas confitadas y copas de metal labrado.

El olor a especias y vino caliente se elevaba entre las columnas, mientras damas enjoyadas y músicos aguardaban la señal para celebrar la victoria. Todo era abundancia, música y carne ofrecida al poder, una exhibición calculada destinada a recordar a cada presente quién gobernaba allí.

Yevdokia se inclinó ligeramente hacia él, lo justo para que solo Iván pudiera oírla. Su voz fue suave, medida, como todo en ella.

—Os he esperado con gran anhelo, mi zar. Moscú ha contado los días de vuestra ausencia... y yo también.

Iván no respondió de inmediato. La miró un instante, lo suficiente para registrar el tono exacto de sus palabras, y luego dejó que su atención se deslizara más allá de ella. Sus ojos de serpiente recorrieron el salón con lentitud, evaluando rostros, posturas, silencios. Buscaba algo —o a alguien— entre la abundancia cuidadosamente dispuesta. Vanora. No la vio junto a las damas ni cerca de las mesas principales. La ausencia no alteró su expresión, pero quedó anotada en algún lugar preciso de su mente.

El archimandrita se adelantó entonces entre los presentes, envuelto en sus ricas vestiduras, el rostro grave, las manos juntas en gesto de bendición. Comenzó a hablar con voz solemne, invocando la protección divina, dando gracias por la victoria y por el regreso del zar.

Iván lo miró.

No hubo reverencia ni asentimiento. Solo una mirada dura, desprovista de paciencia, que atravesó las palabras piadosas como si fueran humo. La fe nunca había ocupado un lugar cómodo en su ánimo, y menos aun cuando se exhibía como parte del ceremonial.

El archimandrita vaciló y guardó silencio.

—Habrá tiempo para oraciones y celebraciones —dijo Iván al fin, con voz baja pero firme—. Antes quiero saber qué ha ocurrido aquí mientras yo no estaba. Todo.

No alzó la voz. No fue necesario. El efecto fue inmediato. La música se apagó, los murmullos se extinguieron y el salón quedó suspendido en una expectación tensa.

Iván avanzó un paso más, dejando claro que la victoria no se celebraría hasta que el poder volviera a estar, por completo, en sus manos.

Luego se dio la vuelta sin esperar respuesta y se dirigió hacia la sala privada del palacio.

Lo siguieron su hijo y los hombres de su confianza. Boyardos escogidos. Generales. Consejeros.

El archimandrita quedó atrás, junto a las mujeres y a aquellos nobles que no formaban parte del círculo real. Las puertas se cerraron tras ellos, amortiguando la música, las risas y el brillo innecesario.

La sala era más austera. Mesa larga, muros gruesos, luz que entraba por los ventanales.

Antes de sentarse, Iván hizo un gesto breve.

Dos sirvientes se adelantaron de inmediato. Le retiraron la capa primero y luego comenzaron a desabrochar la armadura con movimientos precisos, acostumbrados al peso y al silencio. El metal fue cayendo pieza a pieza sobre un soporte dispuesto junto a la pared, apagando su sonido contra la madera. Cuando por fin quedó libre del acero, Iván estiró los hombros una sola vez, como quien abandona un hábito incómodo.

Entonces tomó asiento en la cabecera, sin ceremonia.

La sala parecía distinta sin el brillo del hierro. Más pequeña. Más real.

A su derecha se acomodó Serguéi Mijáilovich Vorontsov, atento como siempre, con el cuerpo inclinado apenas hacia delante, hombre de números y de memoria larga, encargado de que el tesoro del zar supiera más de silencios que de discursos. Cerca de él, Fiódor Petrovich Kurbátov ocupó su lugar con pesadez; ancho,

sólido, general por costumbre más que por genio, habituado a seguir corrientes antes que a crearlas.

Más allá tomó asiento Alekséi Ivánovich Belski, canciller de asuntos exteriores, delgado, de rostro afilado y ojos inquietos, uno de esos hombres que parecían escuchar incluso cuando nadie hablaba.

A su lado, Vasili Grigórievich Morózov, responsable de las rutas comerciales del norte, se sentó con un suspiro contenido; olía a pergamino y a sal, y su lealtad variaba según soplara el viento del comercio.

Mijaíl Fiódorovich Shuisky, boyardo de linaje antiguo, ocupó su silla con rigidez ceremonial, como si cada movimiento debiera recordar a los demás que su familia había gobernado cuando otros aún aprendían a obedecer.

Por último, Borís Andréievich tomó asiento sin reclamar espacio ni atención, pero con la mirada despierta y firme; era de los pocos en aquella sala que entendían que el poder no siempre necesitaba mostrarse para ser efectivo.

Durante unos instantes hablaron otros.

De cuentas. De impuestos atrasados. De grano almacenado y de rutas comerciales alteradas por la guerra. Vorontsov mencionó acuerdos sellados con discreción; Kurbátov asintió más de lo que opinó. Se habló también del padre de Yevdokia, de su generosidad calculada con el tesoro y de su creciente influencia entre los boyardos.

Dmitri escuchaba, pero la mandíbula le temblaba.

Finalmente apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Basta —dijo—. Cuando partí dejé un heredero en camino. Quiero saber si vive —El silencio fue inmediato. No mencionó a Vanora. No habló de su esposa. Nadie lo esperaba. Lo que reclamaba era otra cosa—. Cuando partí —continuó—, mi mujer estaba encinta. He vuelto y no he visto ni cuna ni vientre. Quiero respuestas.

Algunos desviaron la mirada. Otros fingieron ajustar su asiento.

Boris fue quien habló.

—La zarevna perdió la criatura —dijo con voz baja—. Ocurrió el mismo día de vuestra partida a la guerra. Fue enterrada conforme a la voluntad de la zarevna Vanora, según el rito dispuesto.

—¿Varón? —preguntó Dmitri, apretando la mandíbula.

—No, una hembra. La zarevna Vanora le puso de nombre...

—¿Nombre? —lo interrumpió Dmitri, alzando apenas la mano. Hubo un silencio breve, incómodo—. ¿Nombre para qué? —continuó, sin esperar respuesta—. ¿Desde cuándo se nombra lo que no ha respirado? ¿Desde cuándo se da palabra a lo que no ha llegado a ocupar un lugar? ¿Es acaso una burla?

Algunos evitaron mirarlo. Otros fingieron no escuchar.

—Ya es la segunda vez —añadió, con la voz tensa, contenida—. Dos pérdidas, y ninguna vida que permanezca. No hay heredero, no hay cuna, no hay continuidad... y aun así se ponen nombres, se realizan entierros... son demasiados años perdidos.

Nadie lo corrigió. Nadie mencionó a la madre. En aquella sala, lo que se había perdido no era una mujer ni su dolor, sino una línea que no continuaría.

Iván observó a su hijo sin intervenir.

—Durante vuestra ausencia, mi zar —comentó Borís—, se consideró necesario intervenir.

Uno de los consejeros carraspeó, incómodo, y habló sin convicción.

—Son asuntos... delicados. Cuestiones propias de mujeres.

Borís no se dignó a mirarlo. —No —dijo—. Son asuntos de poder —El murmullo se extinguió de inmediato. Iván alzó apenas la vista, lo justo para registrar el intercambio. No dio permiso ni lo negó. No inclinó la cabeza. Borís entendió que podía continuar—. La zarevna Vanora Vasílievna fue obligada a asistir a una misa pública —explicó —. No como acto de fe, sino como corrección. Se presentó como un gesto de cuidado. De amparo espiritual —Hizo una pausa breve, exacta—. Fue observada. Juzgada. Expuesta.

Alguien se removió en su asiento.

—Había hecho enterrar el cuerpo en la Capilla de los zares — intervino otro, a la defensiva—. Era razonable velar por su estabilidad.

Borís giró apenas la cabeza hacia él.

—Había perdido una hija —recalcó—. Y se la obligó a arrodillarse durante horas sobre mármol helado, delante de toda la corte.

El silencio se volvió espeso.

Iván seguía sin moverse. Su rostro no delataba pensamiento alguno, pero sus ojos, estrechos y atentos, no se apartaban de Borís.

—Después de la misa —prosiguió—, se decidió apartarla del palacio. La decisión no se presentó como castigo, sino como retiro. Descanso y protección —Apretó la mandíbula antes de continuar—. El Terem.

Algunos hombres bajaron la mirada. Otros fingieron no reconocer el nombre.

—Es un lugar tranquilo —objetó alguien—. Aislado. Adecuado para una mujer debilitada.

—Es un lugar de encierro —respondió Borís—. Siempre lo ha sido. Y es donde se encerró al padre de Vanora antes de ser ejecutado — Nadie replicó—. La orden partió de la zarina —continuó—. Respaldada por el clero. Justificada como necesidad espiritual. No se consultó al zar. Ni a su esposo, el heredero. Ni a la propia Vanora — Una exhalación lenta recorrió la sala.

—Está viva —añadió Borís—. Pero sola. Vigilada. Reducida al silencio.

Iván no reaccionó. No asintió. No frunció el ceño. No mostró nada que pudiera interpretarse como ira o aprobación. Se limitó a escuchar, y ese mutismo resultó más inquietante que cualquier estallido.

—Son cosas de mujeres —insistió Sérguei, más bajo ahora—. De vientres. De pérdidas.

Borís se volvió por fin hacia él.

—No —dijo—. Son cosas de linaje.

—Mi linaje, el linaje del zar —zanjó Dmitri—. Habrá que buscar una solución.

Iván se alzó de la silla como si todo eso no le importara en absoluto. —Vayamos a celebrar nuestra victoria —señaló la puerta—. El vino nos espera.

CAPÍTULO 5

Donde sangra el zar

Iván no durmió solo.

Yevdokia cumplió con lo que se esperaba de ella, con la misma precisión con la que cumplía todo lo demás. No hubo ternura ni preguntas. Solo un cuerpo ofrecido como parte del pacto que los había unido desde el principio. El zar aceptó sin palabras, solo complaciéndose con el cuerpo joven de su esposa, con sus senos generosos y su pelo rubio como el sol. La penetró una y otra vez apenas sin mirarla, solo disfrutando del momento.

Cuando todo terminó, Yevdokia volvió a dormirse con la calma de quien cree haber restablecido el orden.

Iván no.

Antes de que el cielo empezara a clarear, se levantó sin hacer ruido. Se vistió sin ayuda con una camisa de lino y unos pantalones limpios, con movimientos firmes, como si el palacio entero pudiera oírlo respirar. No llamó a ningún guardia. No dio órdenes. Salió de sus estancias como un hombre que no desea ser visto.

El Terem se alzaba al otro extremo del Kremlin, separado del corazón del palacio por patios que, a esa hora, permanecían vacíos. El silencio no era solo ausencia de gente, sino otra presencia en sí misma: espesa, vigilante, casi reverencial. Como algo que vivía entre esas paredes, sin ser humano.

Iván avanzó sin antorcha.

No la necesitaba. Conocía aquel camino de memoria. Había crecido entre esos muros, había aprendido a caminar sobre esas mismas losas, a callar antes de entender por qué era necesario hacerlo. Allí había vivido junto a Vanora, junto a su medio tío (que él mismo mandó a ejecutar), junto a unos padres que ya no estaban...

Cada paso despertaba recuerdos.

El Terem no era solo un edificio. Era una herida antigua del Kremlin, levantada para apartar, para ocultar, para esperar. Iván lo sabía. Siempre lo había sabido. Y, aun así, avanzó.

No fue allí para buscar a una medio sobrina ni para cumplir con ningún gesto compasivo.

Fue para comprobar, con sus propios ojos, si habían logrado doblegarla.

El sonido lo alcanzó antes de verla. No fue un estruendo, sino un ritmo reconocible, repetido con constancia, que no pertenecía al rezo ni al trabajo doméstico. El choque del metal, seco y medido, se abría paso en el aire frío del amanecer, seguido de una pausa breve, y luego otro golpe más, igual de preciso. No había prisa en aquel compás, sino disciplina. Entrenamiento.

Iván redujo el paso sin detenerse del todo, avanzando hasta quedar cubierto por la sombra del arco que daba al patio del Terem. Desde allí, el sonido se volvió más claro, más cercano, hasta adquirir forma.

Vanora no vestía de blanco.

Llevaba ropas de piel simples, ceñidas al cuerpo, de un tono oscuro que absorbía la luz del amanecer. El cabello blanco, herencia de su abuelo en común, estaba recogido con firmeza, sin adornos. En las manos, llevaba una espada de entrenamiento, más ligera que las de guerra, pero real. Frente a ella, un hombre mayor, ancho de hombros, con cicatrices visibles en los antebrazos: era su viejo instructor.

Se llamaba Maksim Yúrievich Volkov.

No era un maestro de armas cualquiera ni un mercenario al servicio del mejor postor. Había sido capitán de la guardia personal del zar legítimo, el padre de Vanora, cuando aún existía un orden que no dependía solo del miedo.

Había entrenado a los hijos de aquel zar cuando todavía eran niños: primero al heredero (que murió por enfermedad), luego a la niña pelirroja que insistía en no quedarse mirando desde la galería (casada lejos de allí), y más tarde al hermano menos querido, Iván. Un hermano de otro matrimonio.

Volkov había empuñado la espada con Iván cuando este apenas alcanzaba a sostenerla con firmeza. Le había enseñado a colocar los pies, a no desperdiciar fuerza, a esperar el momento exacto antes de atacar. Y también había sido testigo del día en que todo se quebró: el arresto del zar legítimo, el silencio impuesto, la sangre que todavía no se había borrado de la piedra del patíbulo.

Desde entonces, Maksim había permanecido sin hablar.

No porque jurara lealtad a un hombre concreto, sino porque creía en algo más antiguo: la continuidad de la sangre. No era familia por apellido, pero lo era por memoria. Por haberlos visto crecer. Por haber sobrevivido cuando otros desaparecieron.

Para Vanora, Volkov no era solo un instructor.

Era el último hombre que había obedecido órdenes de su padre sin traicionarlo. El único que no la miraba como un vientre ni como un problema, sino como hija de quien había sido zar por derecho. Cuando el palacio decidió apartarla, fue él quien aceptó entrenarla sin hacer preguntas, como había aceptado entrenar a un niño ilegítimo que acabaría convirtiéndose en Iván IV.

Por eso, cuando Iván lo vio frente a ella, corrigiendo cada movimiento con palabras secas, con la familiaridad de quien no necesita levantar la voz, lo entendió todo.

No necesitó que nadie se lo explicara.

Volkov no habría estado allí si aquello fuera un capricho. Y Vanora no habría empuñado una espada si no supiera exactamente contra qué se estaba preparando.

No era un juego.

Vanora avanzó, atacó, retrocedió y volvió a cargar. Sus movimientos no eran elegantes en el sentido cortesano, sino eficaces. Había aprendido a colocar los pies, a medir la distancia, a contener la fuerza para no desperdiciarla. El instructor corrigió una posición con una palabra breve. Ella asintió y repitió el gesto hasta hacerlo bien.

Iván los observó sin moverse.

Vio el sudor en la sien de Vanora. El control en su respiración. La forma en que apretaba la mandíbula al recibir una corrección. No

había rabia en ella. Tampoco desesperación. Había decisión. Aquello no era una distracción ni una locura nacida del encierro.

Era preparación.

Vanora desarmó al instructor con un movimiento limpio. El hombre sonrió, aprobador, y dio un paso atrás. Ella bajó la espada, apoyando la punta en el suelo mientras recuperaba el aliento.

Vanora alzó la vista sin saber por qué; fue un gesto instintivo, casi ajeno a su voluntad, como si algo la hubiera llamado desde la penumbra. Allí, bajo la sombra del arco, lo vio. Iván no intentó ocultarse ni dar un paso al frente, tampoco habló; permaneció donde estaba, envuelto en la quietud de la madrugada, sin abrigo, observándola con esa atención profunda que jamás le concedía en público. Vanora no se inclinó ante él ni retrocedió, no dejó caer la espada ni permitió que su pulso la delatara. Solo lo miró.

Y en ese silencio, Iván comprendió algo que no le había sido dicho en ningún informe, en ninguna misa, en ninguna explicación piadosa.

No la habían apartado para protegerla. La habían apartado porque había empezado a suponer una amenaza.

Iván no apartó la mirada de ella.

Durante un instante más largo de lo necesario, el patio del Terem se quedó suspendido en una quietud expectante, como si incluso la piedra aguardara una orden. El amanecer avanzaba despacio, filtrándose entre los muros altos, dibujando sombras alargadas sobre el suelo helado.

Iván giró la cabeza apenas.

—La espada —dijo.

No fue una petición.

Maksim Yúrievich Volkov reaccionó de inmediato. Dio un paso al frente, desenvainó sin prisa y ofreció el arma por la empuñadura, con ambas manos. No era una espada de guerra, pero tampoco un juguete: acero bien equilibrado, hoja cuidada, hecha para enseñar... y para herir si hacía falta.

Iván la tomó.

El peso le resultó familiar. Demasiado.

No llevaba armadura. Solo la camisa oscura. El acero desnudo contra la tela era una imprudencia que ningún hombre sensato habría aceptado. Iván no era un hombre sensato.

Iván avanzó.

—Ataca —dijo.

Vanora no lo hizo de inmediato. Lo observó con sus ojos rojos, midiendo la distancia, el peso de la espada en su mano, la ausencia deliberada de protección en el cuerpo de Iván. Él no adoptó una postura defensiva elaborada. Se limitó a colocarse de frente, los pies firmes, la hoja baja, como quien invita... o provoca.

Vanora dio el primer paso.

No fue un ataque precipitado. Fue una prueba. Una estocada rápida, directa al costado, que habría sido mortal contra un hombre sin experiencia. Iván giró el torso lo justo, desvió la hoja con un movimiento seco y respondió al instante, obligándola a retroceder.

El acero chocó.

El sonido fue distinto al de antes cuando Vanora entrenaba. Este era más profundo. Más real.

Vanora ajustó el agarre. Las pieles que llevaba ceñidas al torso amortiguaron el golpe siguiente, pero el impacto la hizo girar sobre sí misma. Recuperó el equilibrio sin perder el ritmo y volvió a la carga.

Iván no se contuvo.

No luchaba como un instructor ni como un cortesano. Luchaba como un hombre que había sobrevivido demasiadas veces como para fingir delicadeza. Cada movimiento suyo buscaba desequilibrarla, forzarla a cometer un error, obligarla a reaccionar desde el instinto.

Ella resistió a pesar de que era mucho más baja que él, y mucho más floja.

Retrocedió, giró, atacó desde un ángulo bajo. Iván bloqueó, avanzó, la obligó a ceder terreno hasta que el muro del patio quedó a su espalda. Durante un instante, la tuvo acorralada; pecho, contra pecho, respiración contra respiración.

Vanora no bajó la mirada.

Aprovechó una fracción de segundo, giró la muñeca y atacó la mano con la que Iván empuñaba la espada. Él retiró el brazo a tiempo, pero la hoja rozó la tela de su camisa, cortándola un poco, pero sin hacerle daño.

Iván sonrió. No fue una sonrisa amable. Él no sabía que era eso.

—Me habrías herido —dijo él, con su voz baja, pero profunda.

—Lo habría hecho —respondió ella, sin aliento, sin disculpa. Exhausta, pero negándose a rendirse.

El combate continuó.

El frío les mordía la piel. El vapor de sus respiraciones se mezclaba en el aire. El acero volvió a chocar una y otra vez, hasta que el ritmo cambió. Ya no se medían. Se reconocían. Eran viejos conocidos, quizás almas gemelas en otra vida.

Iván atacó con más fuerza.

Vanora resistió, cayó de rodillas al bloquear un golpe demasiado bajo, rodó sobre el suelo helado y se incorporó de nuevo antes de que él pudiera alcanzarla.

Iván avanzó con otro ataque frontal, rápido, confiado en su fuerza y en la retirada instintiva de ella. Vanora mantuvo la mente fría y giró la muñeca en el último segundo, cambió el ángulo de la hoja y atacó donde ningún hombre esperaba ser atacado: no al pecho, no al vientre, sino al brazo desnudo, justo donde la tela cedía con el movimiento. No era fuerza, era inteligencia.

El acero rozó la carne de Iván el Terrible.

No fue una herida profunda. Apenas un rasguño limpio, preciso. Pero la sangre brotó de inmediato, roja y brillante, deslizándose por el antebrazo de Iván antes de caer al suelo helado.

El mundo se detuvo.

Maksim Yúrievich Volkov dio un paso adelante, instintivamente, con el corazón golpeándole el pecho. Había visto a hombres morir por mucho menos. Había visto al zar matar por una ofensa menor. Su mano buscó la empuñadura sin darse cuenta.

—¡Mi zar...! —empezó.

Iván alzó la mano. Volkov se detuvo en seco.

El zar no miraba al instructor. No miraba la herida. Miraba a Vanora.

Durante un instante interminable, nadie respiró.

Luego Iván bajó la espada despacio y llevó la mirada al hilo de sangre que recorría su brazo. Alzó la mano con calma absoluta, como si el dolor no existiera, como si la herida fuera placentera. Pasó el pulgar por la sangre y lo llevó a los labios.

Se la lamió.

El gesto fue lento, deliberado. Sus pupilas estrechas parecieron oscurecerse aún más mientras saboreaba el hierro.

Sonrió.

No fue una sonrisa de burla. Fue algo mucho más inquietante.

—No hay nada —dijo al fin, con voz baja, casi devota— que me recuerde más claramente que sigo vivo... que mi propia sangre —Alzó la vista hacia ella—. Y no hay nada que me resulte más digno —añadió— que verla derramada por una mano que no tiembla.

Vanora no se movió.

No soltó la espada. No pidió perdón. No dio un paso atrás. Su respiración seguía agitada, pero su mirada era firme, sostenida, consciente de lo que acababa de hacer y del riesgo que había asumido.

Iván dio un paso hacia ella.

Volkov contuvo el aliento, preparado para intervenir, para morir si era necesario. Iván se detuvo a apenas un palmo de distancia.

—Podrías haber profundizado más —dijo—. La próxima vez, no dudes.

No había amenaza en sus palabras. Era una orden.

Iván bajó la mano ensangrentada y dejó que la herida siguiera abierta, sin vendaje, como si cerrar la piel demasiado pronto fuera una ofensa. Luego giró la cabeza hacia Volkov.

—Continúa entrenándola —ordenó—. Como si yo no existiera.

Volkov asintió, todavía pálido.

Iván volvió a mirar a Vanora una última vez antes de darse la vuelta. En sus ojos había algo que no había estado allí antes.

No era deseo.

Tampoco posesión, era reconocimiento.

Y eso, para alguien como él, era mucho más peligroso que el amor.

Iván se marchó sin girar la cabeza.

Sus pasos se perdieron entre los corredores del Terem con la misma discreción con la que había llegado. El patio volvió a quedar en calma, interrumpida solo por el leve tintinear del acero cuando Vanora apoyó la espada contra el muro.

Maksim Yúrievich Volkov fue el primero en moverse. —Habéis cruzado una línea —dijo, no como reproche, sino como constatación.

Vanora soltó la empuñadura despacio y flexionó los dedos entumecidos por el frío.

—Esa línea ya estaba cruzada —respondió—. Yo solo he dejado de fingir que no la veía.

Volkov la observó con atención renovada. Ya no como a la hija de su antiguo zar, ni como a la mujer apartada del palacio, sino como a alguien que acababa de ser vista por el hombre más peligroso de Rusia... y había sobrevivido.

Antes de que pudiera añadir nada más, unos pasos apresurados resonaron en el corredor. Un guardia apareció en el arco, se detuvo al verlos y bajó la cabeza.

—Zarevna —anunció—. Por orden del zar... el lekár imperial vendrá hoy mismo. Y se ha dispuesto un caballo para vos —Un caballo significaba una cosa: salir. Ser vista. Moverse. El guardia dudó un instante antes de añadir: —Y… el Terem deja de estar bajo custodia cerrada.

Vanora inspiró despacio. El zar no la había defendido en público, pero había hablado el idioma que mejor conocía: el de las órdenes.

Cuando el guardia se retiró, Volkov la miró con gravedad.

—La zarina no tardará en reaccionar.

—Lo sé —respondió Vanora. Alzó la vista hacia el cielo gris—. Por eso no pienso esperar.

CAPÍTULO 6

El arte de no inclinarse

Dmitri Ivánovich no había dormido solo aquella noche, ni la anterior.

Tampoco acompañado.

Había cuerpos a su alrededor —piel tibia, manos, bocas, respiraciones entrecortadas—, pero no compañía. El aire estaba cargado de vino, sudor y perfume, ese que se usa para tapar el miedo cuando una mujer sabe que no puede decir que no. Las velas seguían encendidas, aunque nadie miraba ya la luz.

No era placer lo que buscaba.

Era ruido.

Había regresado de la guerra con la sangre aún caliente en las manos y la cabeza llena de órdenes que nadie esperaba que diera. Allí, en aquella estancia apartada del palacio, no había mapas ni nombres. Solo carne. Movimiento. Gemidos que no exigían respuesta.

Una de las mujeres rio demasiado alto. Dmitri la apartó con un gesto brusco, no violento, pero definitivo. Ella lo entendió. Todas entendían rápido cuando el heredero del zar fruncía el ceño de ese modo.

—Salid —dijo.

No gritó. No fue necesario.

Se levantaron sin protestar, recogiendo vestidos, pieles, joyas prestadas. En cuestión de segundos, la estancia volvió a quedar en silencio. Un silencio incómodo, como el que queda después de una batalla mal ganada.

Dmitri se quedó sentado al borde del lecho, los codos apoyados en las rodillas, el torso desnudo aún marcado por cicatrices

recientes. No se cubrió. No le importaba el frío. El frío era sencillo. El frío no preguntaba nada.

Cerró los ojos.

Y, como siempre, apareció ella.

No como estaba ahora —pálida, encerrada—, sino como había sido la primera vez que la vio sin testigos: erguida, blanca, con esa forma de mirar que no pedía permiso. Vanora. Su esposa. Su problema. Su herida más mortal.

Apretó la mandíbula.

No era deseo lo que sentía por ella. Al menos, no solo eso. Tampoco ternura. Mucho menos compasión. Era algo más retorcido, más incómodo: la certeza de que, incluso rota, ella seguía siendo más fuerte que él en algo que no sabía nombrar.

Había marchado a la guerra convencido de que volvería siendo padre.

Un heredero varón. Vivo. Indiscutible.

Y había regresado a un palacio lleno de miradas de desaprobación.

Se levantó de golpe y cruzó la estancia. Se sirvió vino sin sentarse. Bebió de pie, como en campaña. El líquido le ardió al bajar, pero no lo suficiente.

—Maldita sea —murmuró.

No sabía a quién iba dirigida la frase.

¿A ella?
¿Al cuerpo de su esposa, incapaz de engendrar?
¿O a su padre, que observaba todo sin decir nada, como si cada error formara parte de una lección que nunca explicaría?

Golpeó la mesa con el puño. No odiaba a Vanora. Eso habría sido más fácil.

La odiaba a ratos. La deseaba a ratos. La necesitaba incluso cuando no quería admitirlo. Y esa mezcla lo volvía torpe, injusto, cruel sin darse cuenta.

Ella no había suplicado cuando perdió a la criatura. No había llorado delante de él. No había pedido perdón y eso era lo que más le dolía. Porque una mujer que no pedía perdón dejaba al hombre sin un lugar donde descargar su ira.

Se pasó una mano por el rostro, respiró hondo y se recompuso. Volvió a ser el Dmitri que todos esperaban: el general, el heredero, el hombre que no dudaba y salió de aquella habitación sin terminar de vestirse del todo.

Llevaba solo una camisa de lino blanco, mal abrochada, aún abierta en el pecho, arrugada por manos ajenas y por el cansancio. No era descuido: era prisa. O desinterés. Los pantalones eran de montar, ceñidos, metidos dentro de unas botas altas que todavía conservaban restos de barro seco de campaña. No llevaba capa ni joyas, tampoco cinturón ceremonial. Solo el cuerpo y lo imprescindible.

Olía a vino viejo, a sudor, a humo de vela apagada. A algo más denso que el perfume barato de las mujeres que había dejado atrás.

Físicamente, Dmitri imponía sin necesidad de gestos.

Era alto, más que la mayoría de los hombres del Kremlin, con un cuerpo ancho, compacto, hecho para resistir golpes más que para lucirse. Hombros macizos, brazos marcados por años de espada y riendas, manos grandes, de nudillos prominentes, con pequeñas cicatrices que nadie se molestaba en curar del todo. No tenía la elegancia afilada de su padre. Tenía peso. Presencia.

El cabello negro le caía algo largo sobre la nuca, lacio, sin cuidar demasiado, recogido a veces con una cinta cuando entraba en batalla, ahora suelto. Los ojos grises, fríos como acero mojado, parecían siempre medir distancias: cuánto había entre él y el enemigo, entre él y el error, entre él y la humillación. El mentón, robusto, cuadrado, le daba una expresión severa incluso cuando no decía nada. Era el rostro de un hombre al que nadie se acercaba por afecto, sino por necesidad.

Así entró en la alcoba matrimonial. No como un esposo. Como un general que vuelve al último punto estable del mapa.

Y por eso el contraste lo golpeó con tanta fuerza.

Vanora estaba limpia. Vestida. Compuesta.

Mientras él aún llevaba el cuerpo marcado por la noche, ella ya se preparaba para el día. Mientras él venía del exceso, ella avanzaba hacia un acto público.

Dmitri se detuvo en seco al verla.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó, sin saludo, con esa voz baja que usaba antes de gritar órdenes—. Creí que estabas en el Terem... reflexionando.

No terminó la frase. No hizo falta.

Vanora no se giró de inmediato. Estaba de espaldas a él, las doncellas le ajustaban el vestido. No iba vestida para encerrarse ni para rezar, ni mucho menos para reflexionar. El tejido era sobrio, oscuro, pero bien cortado, pensado para ser vista.

—Debo comparecer en el festival —respondió al fin, haciendo una seña para que las doncellas salieran de la recámara—. El zar no quiere que permanezca en el Terem.

No se justificó. No explicó. Lo dijo como se dice una condición impuesta, no un privilegio.

Dmitri dio dos pasos dentro de la estancia. Sus botas resonaron con fuerza sobre la piedra. El contraste entre ambos era brutal: él, desordenado, oscuro, violento; ella, blanca, perfecta, tranquila.

—Era lo previsible.

Vanora se giró entonces. Lo miró de frente. No había reproche en sus ojos. Tampoco rastro de alivio por verlo después de tanto tiempo. Solo una distancia consolidada desde el inicio de su matrimonio. Dmitri apretó la mandíbula. Avanzó un paso más, hasta quedar demasiado cerca. Su sombra la cubrió por completo.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó él.

La frase fue seca. Directa. No dijo *nuestro*. No dijo *el niño*. Dijo *mi hijo*, como si el vientre de Vanora hubiera sido un campo de batalla perdido. Ella no retrocedió.

—No hay hijo —respondió—. Hubo una hija.

—¿Dónde está? —insistió, y esta vez alzó la mano y le apoyó los dedos en el vientre.

No fue un gesto violento. Fue posesivo. Como si aquel cuerpo le debiera algo, pero Vanora no sintió nada. El contacto no le provocó ni siquiera dolor.

Dmitri lo notó. Lo supo al instante.

Retiró la mano despacio, como quien toca algo muerto y no quiere admitirlo.

—Aquí ya no hay nada —sentenció ella, sin bajar la voz, más firme de lo que hubiera esperado—. Elyana fue enterrada en la Capilla, cerca de donde está mi nicho.

Él la miró entonces como si jamás la hubiera mirado. No vio debilidad. No vio culpa. Vio algo peor: liberación.

—Nunca has querido servirme como se sirve a un marido —musitó él, no como reproche, sino como una constatación amarga.

—Nunca pude —respondió ella, sosteniéndole esos ojos grises que siempre la habían mirado con frialdad—. Nos casaron para olvidar la ejecución de mi padre. Yo no te elegí, Dmitri. Tú tampoco me elegiste a mí. Si quieres que hable, diré que estoy segura de que habrías elegido a una esposa mucho más joven que yo.

El silencio se tensó entre ambos.

—¿Y tú? ¿A quién habrías elegido? —preguntó él, como si ya supiera la respuesta—. Soy joven, lo sé —La cogió por la nuca y la acercó a él, posesivo—. Pero soy tu marido y me debes respeto, y sumisión. Tendrías que haberme avisado de que estabas de vuelta... No habría pasado la noche fuera. No olvides que yo te he dado protección en el Kremlin, si no fuera por nuestro matrimonio estarías muerta o vendida a algún noble ambicioso —la obligó a acercarse más a su boca, la olió como si fuera carne fresca, y le pasó la otra mano por la cintura, apretándola contra él.

—Me diste una obligación —corrigió ella, sin temblar ni amilanarse a pesar de estar acorralada entre los brazos de su marido que, cuando quería, podía ser rudo—. Y yo la he cumplido hasta donde el cuerpo ha resistido. El lekár dice que no podré tener más hijos; se acabó, Dmitri.

Dmitri la soltó como si le diera asco y dio un paso atrás. Por primera vez desde que había entrado, pareció no saber qué hacer con sus propias manos.

—Si no puedes parir un hijo mío, no me sirves. Siempre supe que casarme con la última hija de un zar ejecutado sería una maldición, solo hay que verte...

Vanora se colocó el abrigo con sus propias manos, con calma. Se ajustó el cuello y alzó la barbilla, blanca como la nieve.

Pasó por su lado sin tocarlo, rozando el abrigo rojo por la piedra. Y Dmitri se quedó allí, alto, corpulento, frío como el hielo... con la certeza brutal de que había perdido algo que nunca había sabido cómo poseer.



El festival había sido concebido para borrar la sangre con música.

La zarina Yevdokia lo había ordenado todo con precisión: telas colgadas entre las columnas del patio mayor, antorchas nuevas, mesas rebosantes, músicos traídos de Nóvgorod y bailarines extranjeros para recordar que el Imperio no solo conquistaba territorios, sino también estilos, cuerpos y lenguas. Era una celebración por las victorias de Iván en Livonia, pero sobre todo era una afirmación: el Kremlin seguía en pie, intacto, indiferente a los cuerpos que se habían quedado en el camino.

Vanora llegó cuando la música ya había comenzado.

No entró acompañada por Dmitri.

Ese detalle no pasó desapercibido.

El murmullo fue inmediato. Algunas cabezas se inclinaron. Otras se alzaron con descaro. Nadie preguntó nada en voz alta.

Era la primera vez que veían a Vanora desde la misa, desde aquel amanecer en el que muchos la habían dado por loca o, peor aún, definitivamente apartada de la vida en Palacio. La creían recluida en el Terem, silenciada, reducida al recogimiento piadoso que solía imponerse a las mujeres incómodas. Su presencia allí, erguida y visible, desbarataba esa certeza sin necesidad de una sola palabra.

Vanora avanzó despacio entre los invitados. El abrigo rojo le caía sobre sus hombros y rozaba el suelo. Bajo él, el vestido oscuro marcaba su figura con sobriedad. No había ornamentos innecesarios. No competía con la zarina. No lo necesitaba.

Su palidez contrastaba con el fuego de las antorchas. Su cabello blanco, recogido con severidad, la hacía parecer casi irreal entre los

colores cálidos del festejo. Algunos hombres apartaron la mirada. Otros no pudieron hacerlo.

Fue entonces cuando la vio.

Su hermana.

Ariadna Vasílievna.

La mayor.

Pelirroja como el otoño, con ese tono profundo que siempre había atraído miradas.

Ariadna vivía lejos del Kremlin desde hacía años, casada con un hombre poderoso de tierras del sur, más allá de las fronteras rusas, donde el mar era más habitual que la nieve y las intrigas se vestían de seda en lugar de pieles.

Había vuelto solo para el festival, invitada por la Zarina.

Para ser vista.

Ariadna estaba rodeada de gente. Reía. Gesticulaba. Vestía colores claros, bordados ricos, joyas que hablaban de viajes, de distancia, de una vida que no se había marchitado entre los muros rojos del Kremlin de Moscú. Su cabello caía suelto, como si nunca hubiera aprendido a recogerse por obediencia.

Cuando sus miradas se cruzaron, Ariadna sonrió primero.

Siempre lo hacía.

—Vanora —dijo al acercarse, abriéndose paso entre los invitados —. Sigues igual.

No era un cumplido. Vanora inclinó apenas la cabeza. —Tú no.

La sonrisa de Ariadna se tensó lo justo para que solo su hermana lo notara.

—Creí que no asistirías —añadió—. Con todo lo que se ha dicho... tu encierro, tu salud —bajó la voz—. Tu desgracia.

Vanora la observó un instante más de lo necesario. Reconocía ese tono. Lo había oído desde niña. No era crueldad abierta. Era algo más fino: condescendencia. Ariadna siempre había tenido lo que el Kremlin premiaba. Se había quedado encinta el primer año de matrimonio, como correspondía a una mujer bien nacida y bien utilizada, y había dado a su esposo varios hijos varones sin dificultad ni escándalo. En la corte aún se murmuraba —con esa nostalgia inútil que acompaña a las decisiones irreversibles— que quizá ella

habría sido una esposa más adecuada para Dmitri, más fértil, más dócil al orden esperado. Pero Ariadna ya estaba casada cuando ejecutaron a su padre, demasiado lejos y demasiado mayor para ser ofrecida como solución. Vanora, en cambio, había estado disponible. Blanca. Silenciosa. Conveniente.

—El zar quiso que estuviera presente —respondió—. Y yo obedezco cuando conviene.

Ariadna alzó una ceja. —Siempre tan dócil.

—Siempre tan lejos —replicó Vanora, sin elevar la voz.

La música subió de intensidad. Al fondo del patio, la zarina apareció rodeada de damas. Yevdokia vestía claro, radiante, en el centro exacto de todas las miradas. Cuando vio a Vanora, su gesto no cambió, pero algo en sus ojos se cerró un poco más.

Ariadna siguió la dirección de esa mirada y comprendió.

—Ah —dijo, con suavidad venenosa—. Así que sigues siendo importante.

—Sigo siendo necesaria —corrigió Vanora.

Hubo un silencio breve entre ambas. Ariadna la recorrió de arriba abajo, deteniéndose un segundo más en su vientre, demasiado plano, demasiado quieto.

—Dicen que el heredero... —empezó.

—Dicen demasiadas cosas —la interrumpió Vanora—. Y casi ninguna es cierta.

Ariadna rio, pero no insistió. Sabía cuándo retirarse. Siempre había sabido moverse entre los márgenes sin mancharse.

—Me alegra verte en pie —dijo al fin—. El Kremlin nunca fue amable contigo.

Vanora sostuvo su mirada, roja contra blanca.

—Tampoco contigo—respondió—. Pero yo no tuve la opción de marcharme.

La música cambió. Se anunciaba el inicio de los bailes principales. Los invitados comenzaron a formar parejas. Algunos hombres miraron a Vanora con vacilación, sin atreverse a invitarla. Otros ni siquiera lo intentaron.

Vanora permaneció sola porque así lo quiso. No fue abandono ni descuido, sino una elección propia. Desde una de las galerías

superiores, Iván observaba el patio. La vio destacarse entre las llamas, pálida como una presencia fuera de lugar, vio a la pelirroja acercarse más de lo debido, vio a la zarina tensarse sin llegar a sonreír. No intervino. Aún no.

Vanora alzó la vista un instante, sin saber por qué. No buscaba a Dmitri ni esperaba que nadie acudiera a interponerse entre ella y el ruido. No necesitaba protección. Lo que buscaba era aire, algo que no estuviera cargado de miradas ni de expectativas ajenas. El calor, la música y los cuerpos celebrando victorias que no le pertenecían le pesaban en el pecho.

Y entonces lo vio.

Iván estaba en la galería superior, medio oculto por la sombra de las columnas. No se movía. No hablaba. Observaba. Su presencia no imponía por volumen ni por gesto, sino por la forma en que el espacio parecía reorganizarse a su alrededor. Sus ojos verdes, de pupilas estrechas, se clavaron en los de ella con una precisión inquietante.

No fue una mirada larga. Fue suficiente.

Vanora no bajó la vista.

Ariadna lo notó al instante.

—Oh —murmuró, acercándose un poco más, siguiendo la dirección de su mirada—. Nuestro medio tío. El asesino de nuestro padre —añadió, como quien menciona un parentesco incómodo en mitad de una sobremesa—. Siempre tan... atento.

Vanora no respondió de inmediato. Mantuvo la mirada fija un segundo más en Iván antes de apartarla con calma.

—No era ningún santo —dijo ella.

Ariadna ladeó la cabeza, sorprendida.

—No —concedió—. Gobernaba mal. Se rodeó de enemigos. Creyó que la sangre bastaba para sostener un trono —sonrió apenas—. Quizá se buscó su final.

Vanora apretó los dedos alrededor de la copa que no había probado.

—Quizá —repitió—. Pero no fue la justicia quien lo decidió.

Ariadna guardó silencio. Desde arriba, Iván seguía observándolas. No como un hombre que escucha, sino como alguien que mide

consecuencias.

Dmitri apareció cuando la música ya había tomado el patio y las hogueras proyectaban sombras demasiado largas. No hizo falta anuncio alguno. Su manera de avanzar bastó para que los invitados abrieran paso a su alrededor. Traía encima el aplomo del hombre que regresa con una victoria aún caliente y no tiene prisa por decidir qué hacer con ella. El cabello oscuro recogido a medias, el gesto contenido, los ojos grises recorriendo los rostros sin detenerse en ninguno... hasta que se encontraron con los de Vanora, la miró por un par de segundos.

No se dirigió a ella.

Ese desvío fue deliberado.

Aceptó a la primera joven que se adelantó, enjoyada, expectante, y la condujo al centro del baile. Luego a otra. Después a una más. Cambiaba de pareja con una soltura casi insolente, marcando el ritmo con precisión, tocando solo lo imprescindible, como si aún estuviera acostumbrado a dirigir cuerpos en formación. Reía poco. Observaba mucho.

Algunos volvieron la cabeza hacia Vanora, aguardando una fisura, un gesto mínimo que confirmara el golpe.

No encontraron nada.

Ella permaneció donde estaba, erguida, el rostro imperturbable, las manos tranquilas. No siguió el vaivén de Dmitri ni buscó sostener la copa con más fuerza de la necesaria

Ariadna la miró de soslayo y dejó caer una frase apenas audible:

—Siempre fue así nuestro querido primo. Sabe castigar sin rozar.

Vanora no contestó. Desde lo alto de la galería, Iván asistía a la escena con una atención desapegada, bebiendo con otros boyardos y hablando de nada en particular. Reconoció la exhibición de su hijo. Midió la quietud de Vanora. Y se dio cuenta de que la humillación no había alcanzado su objetivo.

Cuando la música alcanzó su clímax, Dmitri se detuvo sin aviso. Abandonó a la mujer que sostenía y sus ojos grises buscaron los de Vanora.

Ella aceptó la mirada. Y entonces sonrió frente a todos.

No había en ese gesto ni amabilidad ni provocación abierta. Era algo más inquietante: una indiferencia lúcida, deliberada, que no pedía nada y no concedía nada tampoco.

—Dicen que nuestra madre encontró paz en el convento de Nóvgorod —comentó Ariadna, como quien habla de un lugar lejano y conveniente—. Que allí las mujeres no tienen que soportar miradas ni juegos ajenos. Supongo que... allí siempre habría sitio para alguien como tú. Dmitri necesita una esposa que le dé herederos, Vanora. No estás a salvo.

No había burla abierta en sus palabras. Tampoco verdadera compasión. Era una sugerencia envuelta en terciopelo. Un consejo de hermana mayor que jamás la había amado verdaderamente.

—No busco paz —respondió sin mirarla, con los ojos clavados en su marido y sin perder la sonrisa—. Ni salvación.

Ariadna no insistió. Solo alzó la copa y bebió, como si hubiera comprobado algo que ya sospechaba.

CAPÍTULO 7

La mesa de sangre

La cena familiar no era un gesto afectuoso.

Nunca lo había sido.

Era una tradición antigua de la casa reinante, anterior incluso al Kremlin tal como se conocía entonces. Una costumbre heredada de los tiempos en el que el poder aún necesitaba mostrarse unido para no romperse. Comer juntos. Todos. Los niños incluidos. Bajo un mismo techo, bajo una misma mirada.

Aquella noche, el ritual se recuperaba tras la victoria.

La mesa ocupaba casi toda la sala del comedor antiguo, una estancia alargada, de muros gruesos, con frescos oscurecidos por el humo de generaciones y un techo tan alto que las voces nunca rebotaban del todo. Las antorchas estaban dispuestas con simetría exacta. No había flores. No era una celebración. Era una confirmación.

Iván había ordenado que se sentaran todos.

La familia. Y los hombres que, sin llevar su sangre, sostenían el Imperio.

El zar ocupaba la cabecera, como siempre. No vestía armadura, pero tampoco llevaba telas blandas. El negro y el rojo dominaban su atuendo. Su presencia no llenaba la sala por volumen, sino por autoridad. Donde él estaba, el aire parecía difícil de respirar.

A su derecha se sentó Yevdokia.

La zarina llevaba un vestido claro, bordado con hilos de oro apagado. Su cabello rubio estaba recogido con perfección, sin una sola hebra fuera de lugar. Sonreía lo justo. Lo suficiente para cumplir. No lo suficiente para delatar emoción alguna. A su lado, sus dos

hijas pequeñas ocupaban asientos elevados, vigiladas por doncellas que no se apartaban más de un paso.

Las niñas no entendían el peso de la mesa. Jugaban con el pan, se inclinaban para mirarlo todo, ajenas aún a la disciplina que pronto se les impondría. Yevdokia las corregía con un gesto mínimo, una mano apoyada en un hombro, una mirada afilada.

A la izquierda de Iván, Dmitri.

El heredero no había cambiado de expresión desde el festival. Vestía de oscuro. Sobrio. El cuerpo aún imponía, pero algo en su postura era distinto. No estaba relajado. No estaba en guerra. Estaba rabioso. Sus ojos grises se movían más de lo habitual, evaluando, midiendo silencios.

Vanora se sentaba a su lado.

No por cercanía, sino por obligación. Sus hombros no se tocaban. Entre ambos había el espacio exacto que permitía el protocolo sin conceder intimidad alguna. A ojos de la corte, formaban una pareja; a ojos de quien supiera mirar, eran dos cuerpos compartiendo un mismo cautiverio.

Iván había señalado ese lugar sin admitir réplica. No como gesto de reconciliación, sino como recordatorio: el matrimonio seguía existiendo, aunque estuviera vacío.

Vanora permanecía erguida, las manos apoyadas sobre la mesa, el rostro tranquilo. No buscaba a Dmitri. No evitaba mirarlo. Simplemente estaba allí, cumpliendo con una presencia que nadie podía discutir y que a él le resultaba insoportable.

Dmitri lo notaba. Lo sentía en cada movimiento medido de ella, en la ausencia absoluta de cualquier gesto que pudiera interpretarse como sumisión o ruego.

Sentados juntos, parecían más distantes que nunca.

Y eso, en una mesa donde todo estaba pensado para exhibir continuidad, era una amenaza.

Vestía con sobriedad. Oscuro. El cuello alto. Las mangas largas. El cabello blanco recogido con severidad. No llevaba joyas, salvo el anillo antiguo de su madre. Su palidez contrastaba con la madera oscura de la mesa y el fuego de las antorchas.

No parecía frágil.

Eso inquietaba a más de uno.

Más allá se acomodaban los invitados que importaban.

Borís Andréievich, con el gesto atento y el cuerpo inclinado apenas hacia delante, como si incluso sentado siguiera de guardia. A su lado, su hija Irina, silenciosa, observadora, demasiado despierta para su edad.

Serguéi Mijáilovich Vorontsov, con las manos cuidadas y los ojos siempre un segundo por delante de la conversación. Fiódor Petrovich Kurbátov, ancho, pesado, más cómodo con la comida que con la política, pero imposible de desplazar.

Alekséi Ivánovich Belski, canciller, delgado, inquieto, con esa mirada que nunca se detenía en un solo rostro. Vasili Morózov, oliendo a pergamino y sal, hombre de rutas y mercancías, incómodo lejos de sus mapas.

Más atrás, otros boyardos de linaje antiguo, hombres que habían visto caer zares y nacer herederos sin cambiar nunca de lealtad real: no a un hombre, sino a la continuidad.

Ariadna también estaba allí.

La hermana mayor de Vanora ocupaba un asiento cercano a la zarina. Su cabello rojo destacaba entre tanto color apagado. Reía poco. Observaba mucho. A su lado se sentaban sus hijos varones, tres, de edades distintas, vestidos con ropas ricas pero prácticas, inquietos solo lo justo para no ser reprendidos. Comían con apetito, hablaban entre ellos en murmullos y, de cuando en cuando, miraban a su madre en busca de aprobación.

Eran jóvenes sanos. Fuertes. Evidentes.

Su presencia pesaba más que cualquier palabra. No hacía falta nombrarlos para que todos los vieran. Representaban lo que debía verse en una mesa de poder: continuidad, exceso de vida, promesa cumplida. La zarina les dedicó una sonrisa breve, satisfecha, como si aquella abundancia también le perteneciera.

Vanora no los miró de inmediato. Cuando lo hizo, fue con calma, sin rastro de amargura visible, consciente de que aquel contraste había sido cuidadosamente dispuesto. Ariadna lo sabía. Yevdokia también.

Los jóvenes varones rieron por algo trivial. El sonido atravesó la mesa como una afirmación.

Nadie comentó nada.

No era necesario.

Cuando los platos comenzaron a llegar, el murmullo cesó.

Sopas espesas. Pan oscuro. Carne de caza. Pescado salado. Nada excesivo. Nada pobre. Lo justo para recordar que el poder no necesitaba ostentación cuando era indiscutido.

Iván fue el primero en tomar la palabra.

—Rusia ha ganado terreno —dijo, sin alzar la voz—. No por justicia. No por misericordia. Sino porque sabe avanzar cuando otros dudan y aplastar cuando otros negocian —No hubo respuesta. Nadie se movió. Nadie respiró de más. Iván dejó que el silencio se asentara antes de continuar—. La mesa está completa —añadió—. Y eso es lo único que importa en una casa que pretende durar.

Sus ojos recorrieron lentamente a los presentes. No buscaban aprobación. Enumeraban. Medían. Decidían quién pertenecía todavía a aquella mesa... y quién podría dejar de hacerlo.

El mensaje era claro.
No hablaba de familia.
Hablaba de poder.

Sus ojos se desplazaron un instante hacia Vanora. No fue una mirada afectuosa. Fue un reconocimiento silencioso. Ella no respondió con gesto alguno. Se limitó a bajar la vista al plato.

Los niños comenzaron a comer. Las cucharas sonaban con torpeza. Las doncellas intervenían con discreción. Yevdokia sonreía.

Dmitri apretó el cuchillo con más fuerza de la necesaria.

Borís observaba.

Ariadna bebía vino con calma.

Y en ese equilibrio tenso, en ese gesto antiguo de compartir alimento, todos comprendieron lo mismo, aunque nadie lo dijo en voz alta: aquella cena no era para celebrar la victoria.

Era para decidir quién seguiría sentado a la mesa cuando llegara la próxima guerra. Y Vanora, para el zar, formaba parte de ella. Aunque no tuviera hijos.

Fue entonces cuando la zarina hizo un gesto leve con la mano, tan discreto que habría pasado inadvertido de no ser porque todo en torno a ella estaba entrenado para obedecer. No hubo teatralidad ni necesidad de alzar la voz. Bastó ese movimiento mínimo para que una de las puertas laterales se abriera y el murmullo del salón cambiara de densidad, como si la mesa hubiera percibido una nota fuera de lugar.

La joven entró acompañada por una doncella. Era demasiado joven para ocupar aquel espacio por costumbre y demasiado hermosa para hacerlo sin intención. A lo sumo tendría dieciocho años, quizá menos. El vestido, lejos de ser ostentoso, había sido elegido con cuidado: tonos claros, cintura alta, un escote contenido que no era inocente. El cabello castaño caía abundante, recogido a medias; la mirada permanecía baja, los pasos inseguros, como si aún no supiera del todo dónde estaba pisando.

No buscó a Iván. Tampoco a Vanora.

Sus ojos se dirigieron directamente a Dmitri.

Yevdokia sonrió.

—Acercaos —dijo con dulzura—. No tengáis miedo. Esta noche sois parte de esta casa.

La muchacha avanzó obediente hasta el lugar que la zarina le indicó, frente a Dmitri, apenas desplazada del eje central de la mesa. No era un asiento secundario, pero tampoco principal. Era algo más sutil: una posibilidad cuidadosamente colocada.

—Mi hija —añadió entonces Serguéi Mijáilovich, inclinando apenas la cabeza—. Milena.

El silencio cayó de inmediato.

Borís no se movió. Vorontsov bajó la vista. Ariadna sonrió despacio, como quien comprende el sentido del juego antes de que se expliquen las reglas.

Vanora no necesitó mirar para sentir el peso del gesto. Reconoció la maniobra sin verla: la hija del consejero, del hombre que sobrevivía a todos los cambios, del que nunca se manchaba las manos y siempre llegaba intacto al siguiente reinado.

—Ha crecido deprisa —comentó la zarina con una amabilidad estudiada—. Y tiene buen carácter. Firme. Sano.

Las palabras no fueron casuales.

Firme.

Sano.

Dmitri alzó la vista con lentitud. No sonrió ni se inclinó. Observó a la joven como se mide un territorio nuevo: sin deseo, sin prisa, calculando consecuencias. Después, casi contra su voluntad, buscó a Vanora, su esposa.

Ella no había cambiado de postura. No apretó los dedos ni alzó la barbilla. No miró a la muchacha ni a él. Simplemente bebió un sorbo de vino y dejó la copa sobre la mesa con cuidado.

—Que coma —habló Vanora por primera vez con una sonrisa—. Está en casa.

Iván fue el primero en levantarse. No necesitó anunciarlo ni despedirse. Bastó con que dejara la servilleta sobre la mesa para que el murmullo se apagara de inmediato. Nadie habló mientras se alejaba, seguido por algunos boyardos a una distancia prudente. Los lacayos permanecieron inmóviles, atentos, esperando la señal que aún no llegaba. Solo cuando la puerta se cerró tras la figura del zar, la rigidez del salón se aflojó lo justo para permitir el movimiento.

Las sillas comenzaron a apartarse. El sonido de la madera sobre el suelo rompió el silencio contenido. Los lacayos reaparecieron para retirar platos y copas con la eficacia muda de quien ha aprendido a no existir. Al mismo tiempo, las doncellas se acercaron a las hijas de la zarina y a los niños de Ariadna, murmurándoles palabras suaves, invitándolos a levantarse. Las niñas protestaron apenas; no entendían aún por qué debían irse cuando la mesa seguía llena. Yevdokia las corrigió con un gesto leve y permitió que se las llevaran sin girar la cabeza.

La zarina no se retiró.

Se levantó con calma y se acercó a Dmitri como si aquel movimiento hubiera estado previsto desde antes incluso de que Milena entrara en la sala. Su voz fue baja, cuidadosamente neutra.

—Decidme —preguntó—, ¿ya la conocíais?

No necesitó aclarar a quién se refería. Milena permanecía de pie, cerca de su asiento, las manos juntas, esperando instrucciones que nadie parecía dispuesto a darle.

—No —dijo al fin—. Pero había escuchado a hablar de ella.

La zarina inclinó apenas la cabeza, satisfecha.

—Es joven —comentó—. Y su padre sabe cuándo ofrecer lo que conviene.

Dmitri no respondió. Miró a la muchacha por última vez, sin emoción visible, como se evalúa algo cuyo valor aún no ha sido decidido, y luego se apartó de la mesa. Yevdokia se quedó un instante más, intercambió unas palabras en voz baja con Serguéi Mijáilovich y se retiró con él hacia el fondo del salón.

Vanora no se movió de inmediato.

Ariadna fue la primera en acercarse. No lo hizo con prisa ni con afectación; se colocó a su lado como quien ocupa un lugar que le corresponde.

—Ya te han buscado sustituta —dijo en voz baja, sin rodeos—. Y esta vez no se han molestado en disimularlo.

Vanora no respondió al instante. Observó cómo los lacayos terminaban de despejar la mesa, cómo el espacio que había sido centro de poder quedaba reducido a madera desnuda y restos de vino.

—Quizás ya no sea necesario disimular más.

—Ten cuidado —añadió Ariadna.

Borís se acercó entonces. No lo hizo como consejero, sino como alguien preocupado por Vanora.

—Vuestra posición en palacio está en riesgo —dijo sin rodeos—. Y cuando eso ocurre, no sois la única que cae.

Irina, que se había detenido a un paso de su padre, miró a Vanora con una seriedad impropia de su edad.

—No deberían tocaros —murmuró—. No después de esta noche. El zar ha reafirmado vuestra posición con esta cena, zarevna.

—Pero la zarina ha traído a otra persona en el tablero.

Dmitri y la muchacha hablaban a unos pasos de distancia. No era una conversación íntima, pero tampoco pública. Milena mantenía la cabeza inclinada, escuchando con atención, respondiendo lo justo. Dmitri había adoptado ese tono bajo y controlado que reservaba para las situaciones que todavía no decidía si despreciar o

aprovechar. No sonreía, pero tampoco se mostraba distante. La estaba midiendo.

Vanora lo vio con claridad.

Borís siguió su mirada.

—La esposa de Sérguei tuvo ocho hijos —dijo en voz baja—. Cinco varones. Todos vivos. Todos sanos.

Irina apretó los labios.

—Y ninguna pérdida en los partos —añadió Borís—. Ni una sola. En esta casa, eso es una biografía más elocuente que cualquier apellido.

Vanora no apartó los ojos de la escena. Milena rio por algo que Dmitri dijo. Fue una risa breve, estudiada, todavía contenida, como si no se permitiera ocupar demasiado espacio, pero empezara a reclamarlo. Dmitri inclinó la cabeza hacia la joven en un gesto casi imperceptible, suficiente para ser visto. Ella tenía catorce años menos que Vanora, ocho menos que él. La diferencia no era solo de edad, sino de fertilidad.

Vanora lo entendió sin esfuerzo.

Se dio la vuelta antes de que nadie esperara una reacción. No se despidió. No buscó miradas. Simplemente se retiró, dejando a Dmitri con la posibilidad que acababan de ponerle delante. El gesto fue tan natural que pasó inadvertido para la mayoría.

No para él.

Dmitri la vio alejarse. Al principio no hizo nada. Dijo algo más a Milena, una frase automática, sin peso. Luego otra. Y de pronto comprendió que ya no la estaba escuchando.

Se excusó sin explicaciones. Dejó a la joven con una inclinación educada, suficiente para no resultar descortés, insuficiente para parecer interesado, y echó a andar tras Vanora.

Los pasillos del palacio se abrían unos tras otros, largos, fríos, con antorchas que proyectaban sombras inestables sobre los muros. Vanora avanzaba sin prisa, como si no huyera de nada, como si el palacio le perteneciera lo suficiente como para no tener que justificarse. No volvió la cabeza. No aceleró el paso.

Dmitri la siguió.

No recordaba haberlo hecho antes.

Había conocido su silencio, su distancia, su resistencia. Había aprendido a ignorarla como se ignora una presencia incómoda que no se puede expulsar. Pero nunca la había seguido. Nunca había sentido la necesidad de alcanzarla.

Vanora, al oír sus pasos tras ella, no se detuvo. Tampoco sonrió. Pero algo en su pecho se tensó. No había visto nunca tanto interés de su esposo dirigido hacia ella, y no provenía del deseo ni del deber.

Era otra cosa.

Los pasillos que conducían a las habitaciones privadas eran más estrechos, menos ceremoniales. Allí el palacio perdía fachada y mostraba sus costuras: muros desnudos, antorchas más espaciadas. Vanora avanzaba con la seguridad de quien conoce el camino incluso en la oscuridad, sin séquito, sin doncellas.

Dmitri la alcanzó antes de que llegara al cruce.

La detuvo por el brazo.

Su mano se cerró con firmeza, no con violencia, pero tampoco con delicadeza. Era enorme en comparación con ella. Vanora sintió el peso del gesto de inmediato: no el dolor, sino la intención de imponerse.

Se detuvo.

No se giró de inmediato.

—Soltadme, zarevich —dijo, con calma.

Dmitri no lo hizo.

Estaba demasiado cerca. El calor de su cuerpo invadía el poco aire del pasillo. Desde allí, ella podía percibir su respiración contenida, la tensión en el antebrazo que la sujetaba, la rabia mal colocada que aún no encontraba forma.

—Os habéis marchado—dijo él, como si eso fuera una acusación suficiente.

Vanora giró entonces la cabeza, lo justo para mirarlo de perfil. No había sorpresa en su expresión. Tampoco miedo.

—No pedí permiso para hacerlo —respondió—. Ni lo necesito.

Dmitri apretó un poco más, sin darse cuenta. El gesto fue automático, casi reflejo. Vanora no intentó soltarse. No forcejeó. Lo miró por fin de frente.

Eso fue lo que lo descolocó.

Ella no bajó la vista. No endureció el gesto. No suplicó. Permaneció inmóvil bajo su mano, como si el contacto no la definiera.

—Teníais compañía —añadió ella—. No quise interrumpir.

Algo cruzó el rostro de Dmitri. No vergüenza. No deseo. Algo más cercano a la frustración de no saber qué lugar ocupar. Su mano seguía en su brazo. No apretó más, pero tampoco aflojó. El gesto empezó a parecerse menos a una detención y más a una apropiación mal disimulada.

—Sois mi esposa —añadió—. No podéis iros así.

—¿Desde cuándo le importa tanto al zarevich mi presencia? Os habéis cansado de repetir que soy demasiado vieja para vos. Ahora tenéis a una joven que puede satisfaceros.

—¿Celos? —preguntó Dmitri, sabiendo que no—. ¿O ni siquiera eso sois capaz de sentir, zarevna Vanora?

No esperó respuesta.

La empujó contra la pared del pasillo con un movimiento brusco, el cuerpo imponiéndose al suyo sin esfuerzo. El impacto le arrancó el aire a Vanora, no por el golpe, sino por la cercanía repentina, invasiva. Su mano seguía cerrada sobre su brazo; la otra se apoyó junto a su cabeza, atrapándola sin tocarla del todo.

—¿Por qué parecéis siempre tan muerta? —murmuró, demasiado cerca—. Tan... insensible.

Vanora notó su respiración, la presión de su cuerpo, el peso de una furia que no sabía dónde descargar.

—Nunca intentasteis complacerme —continuó—. Nunca os sometisteis. Ni siquiera fingisteis. Como si yo no existiera.

Su rostro descendió lo justo para invadir su espacio, para forzarla a sentirlo sin darle nada a cambio.

—Sois mi esposa —dijo entre dientes—. Deberíais haber aprendido vuestro lugar.

—Ese es vuestro problema —respondió Vanora, con la voz firme a pesar del encierro—. Que creéis que el silencio es rendición.

—¿Estáis luchando contra mí entonces? —La cogió por el cuello y la besó con fuerza, la besó con furia, con rabia, haciéndole daño—.

¿Vuestros silencios son espadas? ¿Vuestras miradas vacías son vuestro escudo? —La continuó besando entre preguntas, desesperado, abriéndose paso entre sus labios. Ella no opuso resistencia, no por amor o sumisión, sino para seguir torturándolo, si ella se hubiera resistido él habría obtenido algo de ella y ella no estaba dispuesta a darle nada.

—Mi zarévich —sonó entonces una voz suave.

Era Milena.

Dmitri se apartó de Vanora de inmediato y volvió el rostro hacia la joven. Milena se había detenido a unos pasos, sin atreverse a acercarse del todo. Bajó la cabeza con un gesto avergonzado, a medio camino entre la obediencia y la confusión.

—La zarina me ha ordenado que os siguiera —dijo—. No sabía que... —titubeó, buscando las palabras—. Siento interrumpir —Levantó apenas la vista, lo justo para mirarlo—. Si deseáis que me retire, lo haré —añadió—. Solo tenéis que ordenarlo.

No había insistencia en su tono. Tampoco estrategia visible. Solo una disponibilidad absoluta, cuidadosamente aprendida.

—No os retiréis —añadió Vanora, ya alejándose de Dmitri—. No querría privar al zarévich de una compañía más... adecuada.

—No —negó Dmitri. Su voz fue baja, tensa, como si acabara de tomar una decisión que no había previsto—. Las dos os quedaréis conmigo esta noche.

Vanora abrió los ojos de par en par. No por miedo, sino por la claridad brutal con la que entendió lo que estaba ocurriendo. No era deseo lo que hablaba en él. Era posesión. Era la necesidad de demostrar que aún podía imponer algo, aunque no supiera bien qué.

—No tenéis autoridad para eso —dijo ella, despacio.

Dmitri sonrió por primera vez, y no hubo nada amable en ese gesto.

—Soy el zarévich —dijo Dmitri, con la voz tensándose—. Y tú eres mi esposa. Me complacerás.

No fue una afirmación íntima. Fue una reclamación.

Milena permanecía inmóvil a unos pasos, sin atreverse a levantar la cabeza, atrapada entre una orden que no alcanzaba a comprender y una escena que nunca había querido presenciar.

Vanora dio un paso atrás, rompiendo el cerco con un gesto instintivo.

—Es demasiado joven —dijo con dureza—. No la arrastres a tus disputas conmigo. No toleraré que manches mi sangre con una persona que no es nuestro linaje.

Por primera vez, algo parecido a la incomodidad cruzó el rostro de Dmitri. No por Milena. Por Vanora. Porque no había encontrado celos, ni súplica, ni temor. Solo un límite claro.

—Siempre protegiendo lo que no te pertenece —respondió él, forzando una sonrisa que no llegó a cuajar—. Incluso ahora, cuando deberías estar preocupada por ti —Se apartó un paso, lo justo para recuperar el aire y la autoridad—. Vete, Vanora—añadió—. A tus habitaciones. Y prepárate para mí, ahora vendré.

No era una invitación. Tampoco una orden formal. Era un intento torpe de cerrar la situación en sus propios términos.

Vanora se marchó.

El silencio que siguió fue más tenso que cualquier grito. Dmitri apretó la mandíbula, consciente de que había mostrado demasiado. Que había perseguido, tocado, exigido... y aun así no había conseguido nada.

Milena seguía allí, a su lado, invisible y presente a la vez. — Márchate —ordenó él y ella desapareció a toda prisa.

CAPÍTULO 8

El primer hombre

Dmitri Ivánovich, zarevich y heredero del trono, no apareció aquella noche en la alcoba de Vanora; ella había obedecido, preparándose como se le había enseñado desde niña, en silencio, sin preguntas y sin esperar nada a cambio, no por deseo ni por esperanza, sino por esa obediencia aprendida que no nace del amor, sino del hábito, y mientras esperaba comprendió, cuando el tiempo dejó de avanzar y la noche se volvió inmóvil, que Dmitri se había arrepentido de haber mostrado tanto interés por ella. Seguramente estaría alejado de las estancias reales, con alguna furcia.

Vanora hizo llamar a Yelena. No tenía sueño. No alzó la voz. No explicó nada. Bastó con pronunciar su nombre para que la doncella acudiera sin preguntar, como había hecho siempre, desde hacía muchos años. Yelena la encontró ya vestida a medias, el cabello recogido con severidad, el cuerpo enérgico y la mirada despierta.

—Vamos a salir —dijo la zarevna.

No añadió *a dónde*. No era necesario.

Yelena no mostró sorpresa. Solo asintió y se movió con la eficacia de quien entiende que hay órdenes que no admiten demora. La ayudó a colocarse la protección de cuero endurecido sobre el vestido sencillo: placas ligeras en el torso, correas bien ajustadas, nada ceremonial. No era una armadura de desfile. Era la que se usaba para moverse sin ser un estorbo. Para resistir. Para no llamar la atención más de la necesaria.

La espada fue lo último.

Vanora la cogió con naturalidad, como quien recupera algo que nunca dejó de pertenecerle. No la probó ni la desenvainó, pero el peso le resultó inmediato y familiar. Había entrenado desde niña; el

cuerpo recordaba incluso aquello que el palacio había intentado borrar.

Cuando su padre fue ejecutado, se le prohibió empuñar una espada. No por peligro, sino por significado. Aun así, había vuelto a entrenar en silencio desde que la recluyeron en el Terem, bajo la mirada paciente de Volkov, como si cada lección fuera una forma de resistencia.

El acero descansaba ahora en su cintura. Pero no era un adorno.

—No iremos lejos —añadió—. Solo fuera de las murallas.

Yelena tragó saliva, pero no discutió.

Las puertas secundarias del Kremlin se abrieron sin alboroto. No hubo anuncio ni escolta visible. Apenas dos guardias que no preguntaron nada y desviaron la mirada cuando Vanora cruzó el umbral. El aire cambió de inmediato. No por el frío, sino por el olor: humo, tierra húmeda, animales, cuerpos. Vida sin pulir.

Su caballo la esperaba al otro lado, inquieto, poderoso, de pelaje rojizo, casi oscuro bajo la noche, como si llevara el fuego contenido en la sangre. Vanora apoyó la mano en su cuello con un gesto seguro, familiar. Aquel animal no había sido elegido por docilidad, sino por carácter.

Unos pasos detrás, su doncella aguardaba con un caballo más pequeño, resistente, de alzada discreta y mirada alerta. Tenía el cabello oscuro recogido con sencillez, las manos fuertes de quien ha trabajado más de lo que ha hablado y unos ojos atentos que rara vez se alzaban sin motivo. No era bonita en el sentido que celebraba la corte, pero había en ella una solidez que tranquilizaba. Vestía sin adornos y se movía con la prudencia de quien sabe pasar desapercibida cuando conviene.

Yelena no hizo preguntas. Ajustó la cincha, comprobó las riendas y esperó la señal.

Vanora montó sin ayuda. El caballo rojo resopló, aceptando el peso con una energía contenida, y dio un paso adelante antes incluso de que ella lo indicara. La doncella la siguió, manteniéndose un poco atrás, como exigía el protocolo, pero sin perderla de vista.

Cuando las puertas se cerraron a su espalda, frente a ellas se abrió la noche, sin muros ni vigilias. Las calles se estrechaban, el

barro se mezclaba con restos de paja y ceniza, los edificios perdían altura y dignidad. No había mármol ni piedra bien tallada. Había madera torcida, telas remendadas, manos sucias que se retiraban al verla pasar sin saber si debían inclinarse o apartarse.

Vanora avanzó despacio.

No buscaba admiración ni gratitud. Observaba. Miraba a los niños descalzos, a las mujeres cargando cubos, a los hombres con la espalda doblada antes de tiempo. Escuchó conversaciones incompletas, blasfemias, risas breves que duraban lo justo para no parecer una provocación al hambre.

Desde lo alto del balcón, Iván IV la vio.

No había dormido con Yevdokia aquella noche. Se había retirado a las estancias del zar, no a las de la zarina, como hacía siempre que necesitaba pensar sin testigos. Vestía un kaftán oscuro, sencillo, sin bordados. El tejido le caía pesado sobre sus hombros, marcando una figura que no necesitaba símbolos para imponerse.

La reconoció de inmediato.

No por el porte —que también—, sino por la dirección. Vanora no se movía como alguien que huía ni como alguien que se exhibía. Avanzaba con una perfección exacta, recogiendo el mundo con la mirada, como si aquel paisaje le perteneciera más que los muros que acababa de dejar atrás.

Iván apoyó las manos en la barandilla de piedra. No frunció el ceño. No sonrió. Solo hizo llamar a sus criados.

—Preparadme —dijo, sin elevar la voz.

La orden bastó.

El hombre se acercó sin mirarlo a los ojos y empezó a trabajar con rapidez. Primero le sacó la ropa de dormir y luego le colocó las pieles duras sobre los hombros, ásperas, pesadas, curtidas para resistir viento y frío más que para agradar. Iván no ayudó ni estorbó; se mantuvo quieto mientras el cuero crujía al asentarse, como si el cuerpo aceptara de nuevo una armadura antigua.

Después vino el abrigo grueso. No ceremonial, pero sí imponente. De esos que no abrigan solo el torso, sino la presencia. El tejido caía recto, severo, ampliándole la figura. El criado ajustó los cierres con manos firmes, comprobó el cuello, apretó lo justo.

Iván flexionó los hombros una sola vez. El peso le resultó correcto.

—Mi caballo —dijo.

El criado se apartó de inmediato.

Cuando Iván salió al patio, ya no parecía un hombre que iba a observar, sino uno que estaba dispuesto a atravesar la noche si hacía falta. El frío no lo detuvo. Al contrario: le despejó la cabeza.

Montó sin ayuda. Y salió tras ella.



Vanora se internó en las calles que el Kremlin no protegía. No por descuido, sino por conveniencia. Allí las antorchas eran más escasas, las piedras más sucias, y olía verdaderamente mal. No sabía adónde iba. Tampoco parecía importarle. Avanzaba guiada por una mezcla de curiosidad y algo más áspero, una necesidad de ver aquello que siempre se había mantenido fuera de su alcance.

Las fachadas cambiaron. Las ventanas abiertas dejaban escapar risas roncas, música desafinada, voces que no bajaban el tono. Mujeres apoyadas en los marcos, con el cuerpo expuesto sin pudor, evaluaban a quien pasaba con una franqueza que no conocía jerarquías. Hombres se tocaban sin esconderse, se besaban, se reían de sí mismos. No había cortesía ni contención, solo cuerpos reclamando espacio.

Vanora observó todo con una mezcla de sorpresa y desconcierto. No era escándalo lo que sentía, sino una incomodidad más profunda: la certeza de estar viendo una verdad que el palacio fingía no conocer. Por un instante, se imaginó a Dmitri allí, confundido entre esas mujeres, buscando imponerse donde nadie reconocía su título. La imagen le produjo una mueca breve, amarga.

—Zarevna —intervino Yelena—. Sería mejor regresar.

Pero Vanora siguió avanzando.

Fue entonces cuando lo vio.

Un poco más allá, donde la luz apenas llegaba, un hombre empujaba a una niña contra la pared. No gritaba. No porque no quisiera, sino porque aún no había aprendido que alguien pudiera escucharla. Él hablaba en voz baja, con urgencia torpe, creyéndose invisible.

Algo se quebró en Vanora.

No pensó. No midió. No dudó.

—Zarevna —intentó detenerla su doncella.

Se detuvo de golpe, bajó del caballo con un movimiento seco y desenvainó la espada. El sonido del acero al salir fue limpio, inconfundible. No gritó advertencias. No pidió explicaciones. Su rabia no fue ruidosa; era fría, rígida, como todo en ella.

—Aléjate —dijo sin alzar la voz, colocando la espada en una posición baja, amenazante.

La palabra bastó.

El hombre se giró, sorprendido, y por un segundo creyó estar viendo un fantasma. Luego vio la hoja. Vio la postura y dio un paso atrás. La niña aprovechó el instante para apartarse, temblando, sin saber aún si estaba a salvo.

Vanora dio un paso adelante, interponiendo su cuerpo entre la niña y ese hombre.

—¿Quién eres tú? —titubeó el ruso, desarmado. Con el pelo grasiento, los dientes negros y el cuerpo débil.

—No importa quién soy —dijo—. Importa lo que estás a punto de perder si no te alejas.

El hombre la recorrió de arriba abajo con una mueca torcida, más sorprendido que intimidado. Había en su mirada ese desdén torpe de quien no concibe ser detenido por una mujer, y menos aún por una que no gritaba ni retrocedía. Soltó una risa breve, insegura, como si necesitara convencerse a sí mismo de que aquello era una farsa.

—Apártate —murmuró—. No sabes dónde te has metido, mujer del diablo.

Dio medio paso adelante, probando. No para atacar, sino para comprobar si ella cedería. Vanora no lo hizo. La espada no se movió.

La risa se le apagó en la garganta al hombrecillo insignificante. Tragó saliva. Retrocedió un paso. Luego otro. La bravuconería se

deshizo de golpe, como siempre ocurre cuando el poder cambia de manos sin avisar.

—No merece la pena —masculló, buscando una salida—. No merece...

Se dio la vuelta y huyó, perdiéndose entre las sombras, sin mirar atrás. Vanora no lo persiguió.

Bajó la espada solo cuando estuvo segura de que la niña ya no temblaba tanto. Solo entonces. Miró a esa pequeña descalza, despeinada helada. Tenía la cara sucia, y los ojos llorosos. Apenas tendría ocho años. Le vino a la mente Elyana, su hija perdida, y un dolor agudo le atravesó el vientre junto a las palabras de Palacio: «Ya no podrá engendrar»; «está seca».

—¿Dónde está tu madre? —preguntó, sin inclinarse, mirándola desde su altura—. Dímelo.

—Se fue —dijo la pequeña, sin mirarla a los ojos—. Pero no volvió.

Vanora miró a un lado y a otro de la calle, como si aquel gesto pudiera devolver a alguien que sabía que no regresaría.

—¿Y tu padre? —preguntó.

—Nunca tuve —La niña negó con la cabeza.

Vanora desvió la mirada hacia Yelena. La doncella sostuvo el gesto un instante y respondió con una inclinación mínima, cargada de una pena que no necesitaba palabras.

Pero no hubo tiempo para más lamentaciones, Vanora no los vio de inmediato.

Fue la forma en que la calle se quedó en silencio lo que la alertó. Un silencio distinto al anterior, como si algo hubiera decidido observarlas antes de moverse.

Yelena seguía montada, inquieta sobre el caballo pequeño. El animal resopló y dio un paso lateral. Vanora lo notó.

Entonces aparecieron.

Primero dos hombres desde una bocacalle mal iluminada. Después otro más, cerrando la salida con una naturalidad demasiado ensayada para ser casual. No iban borrachos. No iban perdidos. Llevaban armas visibles y esa manera de medir el espacio que solo tienen quienes han aprendido a delinquir.

Vanora reaccionó sin pensar.

Atrapó a la niña por el hombro y la colocó detrás de ella, empujándola contra su espalda con un gesto seco, protector.

—No te muevas —dijo, sin volver la cabeza.

Yelena tensó las riendas desde el caballo, sin desmontar y con los ojos abiertos de par en par. No gritó. No huyó. Esperó.

Uno de los hombres sonrió.

—Mira lo que tenemos aquí...

Vanora no le dejó terminar la frase. El acero subió despacio, con una calma que no prometía nada bueno. No adoptó una postura exagerada. Solo la correcta. La que decía *hasta aquí*.

—Daos la vuelta —dijo—. Y caminad.

Se rieron. Al principio. Luego uno de ellos la miró mejor. Vio cómo repartía el peso. Cómo no apartaba la vista. Cómo no protegía la espada, sino a la niña.

La risa se apagó un poco. Vanora sintió la rabia asentarse en el centro del pecho, firme, controlada. No pensó en cuántos eran. No pensó en cómo acabaría.

Pensó en que nadie iba a pasar por encima de ella esa noche. Y no dio un solo paso atrás.

El primer mercenario avanzó convencido de que la intimidación bastaría. Dio un paso de más, con la sonrisa aún torcida en el rostro, seguro de que aquella mujer acabaría cediendo como tantas otras antes. Pero se equivocó. La estocada nació desde la cadera, limpia, directa, sin rabia. El acero lo atravesó antes de que pudiera comprender lo que ocurría. Hubo un segundo de incredulidad, los ojos abiertos, el cuerpo suspendido en un gesto absurdo, y luego cayó hacia atrás, pesado y ensangrentado.

Era el primer hombre al que mataba.

Vanora no se permitió mirarlo. Retiró la espada con un movimiento seco y volvió a colocarse delante de la niña, ajustando la posición del cuerpo para cubrirla por completo. No hubo temblor ni pausa. El pensamiento no tuvo lugar. Solo la acción.

Los demás reaccionaron con un grito ahogado, demasiado tarde. Uno se lanzó por la izquierda, torpe, furioso. Vanora giró sobre sí misma, desvió el golpe y respondió obligándolo a retroceder. Otro

intentó rodearla, buscando el flanco que ella protegía. Vanora se movió con él, obligándolo a enfrentarse de frente, manteniendo siempre a la niña a su espalda, rompiendo la ventaja del número con disciplina aprendida y memoria corporal.

La espada empezó a pesar. El brazo ardía. La respiración se volvió más corta. Pero el cuerpo recordaba lo que la mente no tenía tiempo de formular. Cada paso, cada giro, cada golpe tenía un propósito claro: resistir. No ganar. Resistir lo suficiente.

Uno cayó al suelo herido. Otro retrocedió maldiciendo. El miedo empezó a mezclarse con la furia, y eso los volvió más imprevisibles. Vanora sintió el cansancio morderle los músculos, el peso creciente del brazo, sabía que no podría sostener aquello indefinidamente. Aun así, no cedió terreno.

Fue entonces cuando lo vio.

Uno de ellos se había descolgado del enfrentamiento y avanzaba en diagonal, bordeando la escena con sigilo torpe, los ojos puestos en Yelena, que seguía montada unos pasos atrás, rígida sobre el caballo. No buscaba a Vanora. Buscaba algo más fácil.

La ira le subió de golpe, seca.

Sin pensarlo, Vanora se movió. Atrapó a la niña con el brazo libre y la arrastró con ella en un giro rápido, usándola como eje para cambiar de posición. No fue delicadeza lo que la guio, sino urgencia. La colocó detrás de un tonel volcado y avanzó sola, cortándole el paso al hombre que se acercaba a su doncella.

Vanora atacó con una precisión nacida del entrenamiento, obligándolo a retroceder, rompiendo su intento antes de que pudiera tomar forma. No buscó herirlo de muerte; buscó apartarlo, sacarlo del juego, devolverlo al caos del que había intentado escapar.

No vio al otro.

Mientras su atención estaba volcada en proteger a Yelena, uno de los mercenarios aprovechó el hueco que se había abierto a su espalda. Se movió rápido, bajo, con la daga ya alzada, seguro de haber encontrado por fin el flanco descubierto. El aire cambió apenas, lo justo para que el peligro existiera, no lo suficiente para advertirlo a tiempo.

La hoja descendía ya, buscando la nuca.

Y entonces, justo cuando el golpe iba a caer, todo se detuvo.

El agresor se detuvo de golpe, como si el mundo se hubiera congelado un instante. La daga cayó de su mano. Su cuerpo se tensó, atravesado por una espada que no era la de Vanora. El acero salió por su pecho con una precisión brutal, y el hombre se desplomó sin un sonido.

Vanora se giró justo cuando el mercenario caía.

Iván estaba allí.

No había prisa en su postura ni duda en el gesto. Sostenía la espada con la naturalidad de quien ha matado antes y volvería a hacerlo sin necesidad de explicarse. El abrigo oscuro no se movía con su respiración, no había nada en él que delatara el más mínimo esfuerzo o sentimiento.

Bastó una sola mirada suya para que los mercenarios comprendieran que aquello había terminado. No porque hubiera llegado ayuda, sino porque el equilibrio se había roto del todo. Retrocedieron, uno tras otro, desapareciendo entre las callejuelas sin mirar atrás.

—Vanora —dijo él en voz baja, esa voz que siempre usaba para ella y nadie más—. Oh, Vanora —canturreó, todavía con la espada en su mano y a lomos de su caballo.

—Mi zar —envainó ella su espada mientras hacía una reverencia que hubiera sido nerviosa si no fuera porque Vanora no conocía los nervios.

—Regresa a palacio —ordenó el zar hacia Yelena y esta hizo una reverencia antes de obedecer sin dudar.

En cuanto el caballo de Yelena dio media vuelta, el zar envainó la espada y desmontó de un salto. Cayó al suelo con la seguridad de quien no ha perdido nunca el control de su cuerpo y se acercó a Vanora sin prisa, con pasos lentos y deliberados, mirándola fijamente.

Ella lo miró entonces.

A Iván siempre lo había visto así: como una figura inevitable. Dieciséis años mayor que ella, medio tío por un linaje enredado que nadie se molestaba ya en explicar. Había crecido en otro palacio, apartado desde niño por ser hijo de la segunda esposa de su abuelo

común, y aun así había terminado ocupando el centro de todo. Se habían cruzado en los entrenamientos, en los patios, en silencios compartidos donde ninguno preguntaba nada.

Había cambiado desde aquel joven delgado de hombros anchos que recordaba. El tiempo le había ensanchado el pecho, endurecido los rasgos, dando a su cuerpo una solidez que no necesitaba demostrarse. El cabello negro caía oscuro contra el abrigo pesado, y su rostro —atractivo de una forma que no buscaba agradar— parecía esculpido por decisiones difíciles. No era la belleza de lo perfecto, sino la de lo que ha sobrevivido.

Había algo en él que arrastraba la mirada. No una sonrisa fácil ni un gesto amable, sino una calma peligrosa, una masculinidad absoluta que hacía sentir a cualquiera como si, durante un instante, nada más existiera. Iván no seducía: ocupaba. Y lo hacía incluso cuando guardaba silencio, cosa que hacía a menudo.

Vanora lo vio como siempre lo había visto. Y, sin embargo, no era lo mismo.

Porque ahora lo tenía delante, con la espada aún tibia en la mano y la noche abierta a su espalda, y comprendió por qué ninguna mujer que lo mirara con honestidad podía salir ilesa de esa presencia, hiciera él lo que hiciera después.

Incluso ella.

CAPÍTULO 9

Fuera de mandato

No había muros, ni antorchas, ni testigos que fingieran no ver. Solo la noche abierta, la tierra todavía caliente por la violencia reciente y las voces de los rusos resonando a lo lejos, perdidas en las callejuelas del placer. En el suelo yacían varios cuerpos, muertos.

Iván avanzó unos pasos y, sin apartar la mirada de Vanora, dio una patada baja al hombre que la había intentado matar. El cadáver giró torpemente sobre la tierra húmeda, apartándose del camino del zar.

Vanora no se horrorizó, tampoco lo miró con agradecimiento. Solo con una compenetración peligrosa.

No era una compenetración nueva.
No había nacido de esa noche, ni siquiera con la sangre aún tibia sobre la tierra.
Venía de mucho antes. De cuando Vanora aún no era esposa de nadie y el zar todavía no era su verdugo ni su protector. O quizá venía de un tiempo más lejano todavía: de la sangre que los unía, del nombre que compartían, de la casa de la que ambos procedían.

Los Vasíliev de Zmeygorod.

Una casa antigua, casi borrada de los registros, temida incluso antes de caer en desgracia. Se decía que su linaje había dado zares demasiado lúcidos y herederos demasiado peligrosos, hombres y mujeres incapaces de someterse del todo. Cuando la casa fue extinguida, no quedó nadie para defender su memoria.

Nadie salvo ellos.

Iván y Vanora eran los dos únicos supervivientes de aquella sangre. Él, por conquista. Ella, por resistencia. Y esa herencia compartida —silenciosa, incómoda, imposible de nombrar— era lo

que tensaba el aire entre ambos mucho antes de que existiera el matrimonio, la guerra o la culpa.

Él se detuvo frente a ella, cubriéndola con su cuerpo, como si el mundo no tuviera derecho a alcanzarla mientras él permaneciera allí.

Y en ese gesto antiguo, casi instintivo, quedó claro que lo que los unía no era solo deseo.

No era solo linaje.

Era memoria.

Algo que había sobrevivido cuando todo lo demás se había consumido.

La blancura del cabello de Vanora no era un accidente ni un adorno extraño: era una marca. La prueba visible de una sangre más antigua, anterior al miedo y al fuego, que había aprendido a permanecer cuando otros nombres se borraban.

La sangre aún manchaba el rostro de Vanora, tan roja como el brillo de sus ojos bordeados por pestañas blancas. Iván alzó la mano despacio, como si dudara del gesto incluso en el último instante, y la tocó por primera vez. Jamás la había tocado, ni siquiera rozado. Sus dedos, enguantados en el cuero más negro y duro de Moscú, rozaron la mejilla de Vanora con una firmeza cuidadosa, limpiando las gotas sin prisa, sin apartar la mirada de la suya, sin hacerle daño.

Vanora no se movió ni cerró los ojos. Dejó que ocurriera, consciente de que aquella era la primera vez que Iván la tocaba.

—Vanora —la nombró, y su voz grave le atravesó el oído como una verdad imposible de discutir—. No imaginas cuántos morirían solo por lo que eres —gruñó—. Ni cuántos por lo que despiertas en mí.

El viento arrastró entre ambos el olor de la sangre reciente. Vanora sostuvo su mirada verde, esas pupilas de serpiente en las que no había súplica ni temor. Levantó la mano aún manchada de sangre ajena y la apoyó, firme, enguantada, contra el pecho de Iván, allí donde el corazón del zar latía con una violencia que no pertenecía a la batalla, sino a algo más hondo.

Iván atrapó esa mano con un gesto que rozó la desesperación, como si intuyera que, de soltarla, se desharía para siempre. La

apretó contra sí, no como quien toma, sino como quien reconoce. Inclinó la cabeza hacia ella, no para besarla —ese gesto habría sido demasiado pequeño—, sino para situarse a su altura, para respirar el mismo aire.

Vanora olía a algo que no pertenecía al presente. Un aroma frío y limpio, como el instante suspendido antes de la nevada, cuando el mundo parece contener la respiración. Había en ella un rastro de antigüedad, de linajes que no se proclaman porque no necesitan hacerlo. Olía a distancia. A altura. A aquello que no se ofrece porque no pertenece al mundo de las manos ni de los cuerpos, sino al de las cosas que se heredan y se pierden a la vez.

Y por eso mismo resultaba insoportable.
Y por eso mismo, irrevocable.

Vanora sintió cómo se le humedecían los ojos, no por tristeza, sino por una urgencia que no conocía. Alzó la barbilla apenas y, guiada por un impulso casi doloroso, buscó los labios de Iván, como si en ese gesto se jugara algo más que el deseo: como si besarle fuera la única una forma de seguir viva.

No llegó a tocarlo.

Iván la detuvo.

Sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca, interrumpiendo el movimiento con una precisión que no admitía réplica. No la apartó del todo; la mantuvo cerca, demasiado cerca, como si negarse al beso fuera, paradójicamente, una forma más auténtica de intimidad.

—No —dijo él en voz baja. No era una negación del deseo. Era algo más grave. Apoyó la frente contra la de ella un instante, conteniendo una fuerza que parecía a punto de desbordarlo—. No te mancharé.

Los ojos de él estaban también humedecidos, y todo en él parecía haberse vuelto doloroso, tenso. Iván no se había detenido por miedo, sino por protección. Porque sabía que, si la dejaba besarlo, ya no podría protegerla ni de sí mismo ni del mundo que gobernaba.

Vanora cerró los ojos solo entonces, no para rendirse, sino para aceptar. Cuando los abrió, seguían allí, separados por un aliento.

—Hubo un tiempo, sobrina —dijo Iván al fin—, en que me hablabas sin medir la distancia —La palabra quedó suspendida entre

ambos. *Sobrina*. No como afecto, sino como recuerdo—. Aún no sabías lo que costaba hacerlo —prosiguió—. Eras más rápida en la lengua. Más osada en la mirada.

Vanora no se apartó. Bajó apenas la voz. —Entonces aún os llamaba tío —dijo—. Y creía que ese nombre bastaba para detener ciertas cosas.

Iván sostuvo su frente contra la de ella un instante más. —Lo eras para mí —continuó ella—. Un tío lejano, de otro palacio, de otra sangre. No el zar. No el hombre que habría de sentenciar a tu padre —Él cerró los ojos un segundo—. Aquel día me desafiabas con la mirada —dijo—. Cuando declaré culpable a tu padre por haber vendido el grano del ejército a mercaderes extranjeros, en tiempo de escasez. Lo llamaron necesidad. Yo lo llamé traición a Rusia.

—Lo recuerdo —respondió Vanora—. No bajé la cabeza.

—No —asintió Iván—. Me miraste como si aún fuera posible que yo cediera. Como si el mundo se gobernara por vínculos... y no por consecuencias.

Ella respiró despacio. —¿Consecuencias? ¿O poder?

—Ahora soy el zar.

—Ahora sé cuándo callar —respondió ella—. Y la esposa de tu heredero.

Iván la observó con atención. —Has aprendido —dijo al fin—. Has dejado de ser solo mi sobrina.

—Ahora sois mi zar —contestó ella—. Y, por mandato, mi suegro impuesto.

No hubo ironía. Solo verdad. Iván separó por fin la frente de la suya.

—Y aun así —murmuró—, cuando te miro, recuerdo a la niña que entrenaba junto a mí bajo la mirada severa de Volkov. A la que apretaba los dientes cuando el brazo le temblaba y se negaba a soltar la espada. A la joven que no aceptaba correcciones con docilidad, pero las repetía hasta hacerlas suyas —Su voz descendió un poco más—. Recuerdo a la muchacha que creció demasiado deprisa. A la hija de un hombre orgulloso que creyó que el honor bastaba para proteger a los suyos... y de una mujer silenciosa que te enseñó a resistir sin quejarte. Recuerdo a tu madre ajustándote el

manto con manos firmes, como si supiera que el frío vendría de dentro. Recuerdo a tu padre llevándote de la mano por los patios, enseñándote a caminar erguida incluso cuando no había nadie mirando —Guardó silencio un instante—. Recuerdo cómo venías a buscarme —añadió—. No al zar, no al juez. Al tío lejano que aún no era nada. Entrabas sin anunciarte, con la cabeza alta, como si supieras que ese gesto te pertenecía. Querías hablar. Querías entender. Querías que alguien te explicara por qué el mundo empezaba a torcerse.

La mirada se le endureció apenas.

—Luego llevé corona.

Otro silencio.

—Y dejaste de venir.

Alzó la vista hacia ella.

—No miro solo a la mujer que sois ahora, zarevna —dijo—. Miro a la niña, a la hija, a la nieta de una sangre que ya no está. Miro todo lo que fuisteis... y todo lo que os vi perder sin poder detenerlo.

No había excusa en sus palabras.
Tampoco absolución. Solo devoción.

—Esa niña murió hace tiempo, tío —Vanora alzó el mentón.

Se miraron en silencio, con siglos de normas entre ambos.

Un leve ruido quebró el silencio.

No fue un grito ni un llanto. Solo el roce torpe de un pie desnudo contra la madera húmeda, el sonido pequeño de alguien que no sabía cómo hacerse invisible. Ambos se giraron al mismo tiempo.

La niña asomaba desde detrás de los barriles volcados. Estaba descalza, con los pies ennegrecidos por el barro y el frío, el vestido demasiado corto y demasiado fino para la noche. El cabello negro y enmarañado le caía sobre el rostro, y los ojos —enormes— miraban sin entender del todo lo que había ocurrido.

Había escuchado voces. Había visto espadas.

Y ahora veía a dos figuras que no sabía nombrar.

Vanora fue la primera en moverse.

Se desabrochó el abrigo de pieles con calma, como si el mundo no estuviera lleno de barro y sangre, y avanzó hacia la niña. El frío le mordió los brazos en cuanto la piel cayó, pero no se detuvo. Se

inclinó y la levantó con cuidado, segura, como si aquel gesto le perteneciera desde siempre. El abrigo las envolvió a ambas después, pesado, arrastrándose por el suelo antes de cubrir por completo el cuerpo pequeño.

La niña se sobresaltó al principio. Luego, poco a poco, se rindió. Hundió la cara en la aspereza de la piel y apretó los dedos con fuerza, como si temiera que aquel calor fuera frágil, pasajero.

Vanora no dijo nada. Ajustó el abrigo alrededor de la espalda de la niña y, sin prisa, la alzó hasta el caballo. La sentó delante de la montura con un gesto firme, seguro, y acomodó la piel a su alrededor para que no quedara expuesta al frío. El abrigo cayó a ambos lados, pesado, aún manchado, hasta rozar la grupa.

La niña no protestó. Se aferró primero al abrigo, luego a la crin del caballo, rígida, tensa, hasta que el calor empezó a hacer su trabajo.

Vanora permaneció a su lado, una mano cerrada en la cintura de la niña para evitar que resbalara, la otra apoyada en la montura.

Iván lo observó todo en silencio.

El caballo resopló, inquieto, pero obedeció.

Entonces Iván avanzó un paso. Se quitó la capa sin decir nada y la colocó sobre los hombros de Vanora.

—¿Qué pretendéis? —preguntó él.

No alzó la voz. No era una orden. Era algo peor: una pregunta nacida del poder.

Vanora no se giró de inmediato. Antes comprobó que la niña estuviera bien sujeta, que el abrigo no se abriera con el movimiento. Solo entonces alzó la mirada.

—No dejarla aquí —dijo.

Nada más.

No habló de piedad. No habló de justicia. No pidió permiso.

Iván sostuvo su mirada durante un largo instante. Comprendió que aquello no era un impulso. Que Vanora había decidido eso en el mismo momento en que había desenvainado la espada.

—Esto no es tan sencillo —dijo Iván, pero Vanora no lo escuchó. Montó detrás de la niña e hizo girar el caballo, alejándose sin volver la vista.

CAPÍTULO 10

La sangre que no se lava

La casa de Borís Andréievich dormía, o fingía hacerlo.

No había antorchas encendidas en el patio interior, solo una lámpara baja junto a la puerta lateral, protegida del viento por un cristal opaco. Vanora llegó sin escolta, cubierta aún por la capa del zar, con la niña dormida contra su pecho, demasiado exhausta para llorar.

Borís abrió él mismo.

No preguntó por qué estaba allí.
No preguntó por la hora.

Solo miró a la niña.

El gesto se le torció lo justo para delatar que comprendía el alcance de lo que Vanora le estaba pidiendo antes incluso de oírlo en palabras.

—No es mía —dijo ella en voz baja—. Y tampoco debe ser de nadie más.

Borís cerró la puerta tras ellos sin responder.

El interior era sobrio, ordenado, silencioso. Madera oscura, tapices antiguos, el olor tenue de la cera apagada y de una casa que no necesitaba demostrar nada. No había lujo superfluo, pero tampoco carencia: todo estaba donde debía estar.

Irina apareció al fondo del pasillo, vestida con una túnica sencilla de lino claro, el cabello recogido con descuido estudiado. Llevaba calzado, aunque blando, y avanzó sin prisa, con cautela.

La niña abrió los ojos al sentir el cambio de brazos. Se tensó un instante, luego se aferró al cuello de Irina con una confianza que no se explica, solo ocurre.

Irina alzó la vista.

—Se quedará conmigo —dijo la hija de Borís, de pelo castaño al igual que su padre y ojos pequeños, pero despiertos—. Diremos que es una prima lejana. Recién llegada de tierras del norte. Nadie hará demasiadas preguntas si no se les da motivo.

Borís cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, ya había aceptado.

—Esto nos compromete —dijo al fin el boyardo más fiel a Vanora —. A todos.

—Lo sé —respondió Vanora.

No se justificó.

No pidió perdón. Y eso era lo que más pesaba.

Borís esperó a que Irina desapareciera por la escalera con la niña antes de hablar de nuevo. Caminó hasta la mesa y apoyó ambas manos sobre la madera, como si necesitara sentir algo firme bajo los dedos.

—Han muerto demasiados —dijo él, clavando sus ojos avellana sobre ella—. En las guerras del zar. En las que ganamos y en las que solo sobrevivimos. El pueblo empieza a contar los nombres en voz alta. Y cuando el pueblo cuenta, deja de obedecer —Vanora permaneció de pie—. Se prepara otra campaña —continuó Borís—. No se anuncia, pero se huele. Los mercaderes lo saben. Los campesinos lo saben. Rusia no aguantará otra sangría sin empezar a preguntarse por qué —Hizo una pausa—. Y cuando aparece por qué... aparece también el quién —Vanora no respondió—. Iván IV ha hecho mucho por Rusia —prosiguió Borís, más bajo—. Demasiado, quizá. Y ya empiezan a susurrar otro nombre —Vanora sintió el golpe, pero no dejó que se notara—. Dmitri —dijo Borís—. El hijo. El heredero. El general. Creen que podría ser distinto. Más joven. Menos absoluto —Se volvió hacia ella—. Y empiezan a preguntarse —añadió— si el poder podría recaer sobre él... si tuviera detrás algo más sólido —No dijo su nombre. No hizo falta—. Descendencia —continuó Borís, sin rodeos—. Dmitri necesita hijos. No mañana. Ahora. El linaje no espera a la voluntad ni al amor —Vanora bajó la vista un instante. Solo uno—. La muchacha —prosiguió él—. Milena. Es joven. Sana. De sangre aceptable. Si se le permite acercarse a él, si le da hijos... esos niños serán vistos como suyos —La miró con

una franqueza brutal—. Y vos, zarevna —dijo— podríais reconocerlos. Criarlos. Darles un nombre dentro de la casa. Nadie os disputaría eso si seguís siendo la esposa legítima —El silencio se espesó—. No hablo de afecto —añadió Borís—. Hablo de supervivencia. Si desea seguir en el tablero, zarevna, quizá esa sea la última jugada que le queda. Al fin y al cabo, Dmitri os ama; a su modo, pero os ama. Podríais ser su zarina, la zarina de Rusia.

—No habléis de esto con nadie más —dijo Vanora al fin, alzando la vista.

Borís la miró con una mezcla de respeto y temor. —Solo con vos, mi zarevna.

—La niña que os he traído no entra en el juego, Borís. Es solo una niña. Cuidadla como vuestra y os recompensaré.

Borís asintió. —¿Qué nombre debemos darle?

—Elyana —respondió ella sin vacilar.

Borís cogió aire profundamente, pero hizo una reverencia, aceptando la orden.

Cuando Vanora desapareció en la noche, Borís permaneció inmóvil por mucho tiempo, consciente de que acababa de aceptar dos cosas irreversibles: una niña protegida por Vanora... y una estrategia para colocar a Vanora en el poder.

Y en algún lugar del Kremlin, sin saberlo aún, el poder empezó a moverse.

No hacia Dmitri. No contra Iván.

Sino hacia la mujer que había aprendido cuándo callar... y cuándo sacrificarlo todo para seguir en pie.



Vanora regresó al Kremlin cuando la noche empezaba a diluirse.

No entró por las puertas principales. Cruzó uno de los patios menores, aún húmedo por la escarcha, y avanzó por los corredores interiores sin escolta, con paso firme, pero sin anunciarse. Al llegar a sus estancias, no llamó a nadie.

Se desabrochó la capa del zar y la dejó caer sobre una silla. Después la armadura ligera. El cuero golpeó el suelo con un sonido seco. Cuando por fin se quedó con el camisón, apoyó las manos sobre la mesa y dejó caer el peso del cuerpo hacia delante.

Pensó en la niña.

En cómo se había aferrado a Irina sin saber su nombre. Y en lo rápido que ella había decidido el suyo: Elyana. El nombre de su hija no nata.

Luego pensó en Milena. En su juventud intacta. En la facilidad con la que el mundo aceptaría a esos hijos. En lo sencillo que sería borrar su vientre de la historia sin borrar su apellido.

Cerró los ojos. No eran celos. Era estrategia. Y algo parecido al duelo.

El ruido de unos pasos la hizo incorporarse. No eran guardias. No eran doncellas.

Eran unos pasos conocidos. Demasiado firmes. Demasiado fuertes.

Dmitri entró sin anunciarse.

No llevaba armadura. Vestía de oscuro, con la camisa abierta en el cuello, despeinado. Seguramente venía de una noche de placer con alguien más fácil que ella.

Cerró la puerta tras él sin cuidado, con un golpe fuerte.

—Has salido del Kremlin esta noche —dijo—. Me han informado mis hombres.

No era una pregunta. Vanora no se giró de inmediato. Recogió la armadura del suelo y la colocó sobre la mesa con cuidado, como si ese gesto pudiera esconder todo lo que no pensaba explicarle a su marido.

—Sí.

Dmitri avanzó un paso. —Y no volviste sola.

Ella se giró hacia él sin culpa en su expresión. Tampoco desafío. Solo esa indiferencia que siempre conseguía desarmar a Dmitri.

—No —respondió—. No volví sola.

—¿Dónde está?

—En un lugar segura —Vanora le sostuvo la mirada a pesar de la dureza de la misma, intentando no vacilar ante esos ojos grises.

—¿Qué has hecho? —insistió y apretó la mandíbula.

—Lo que debía.

Su marido dio otro paso, invadiendo su espacio. No la tocó, pero la rozó. —No puedes tomar decisiones así sin consecuencias —dijo él—. No sin hablar conmigo primero.

—No te estoy pidiendo permiso —respondió ella—. Porque no es una decisión que te corresponda.

—Eres mi esposa —escupió Dmitri, achinando sus ojos grandes y bordeados por pestañas negras—. Todo lo que haces me corresponde.

—No todo lo que existe te pertenece, Dmitri —Vanora alzó la barbilla.

—Borís —dijo de pronto, mirándola con desdén—. Has ido a casa de Borís.

Ella no lo negó. —Sí.

Dmitri soltó una risa breve, sin humor. —Siempre él —murmuró—. Siempre ese consejero leal que te sirve a todas horas.

—Porque no es tuyo, Dmitri —respondió ella—. Como tampoco lo es esa niña.

—¿Es una niña?

—Sí.

El heredero del trono pareció descolocarse. —¿La has traído para desafiarme? —preguntó—. ¿Para demostrar que puedes elegir qué vidas entran y cuáles no? ¿Para recordarme que no eres capaz de darme herederos legítimos?

—La he sacado del barro —negó ella—. Simplemente eso.

—Esto es política, aunque quieras encubrirlo con tu honorable sentido de la justicia. O tu fingida compasión.

—No —corrigió ella, esbozando una sonrisa de indignación—. Esto es lo que aún puedo permitirme, Dmitri. Salvar a una niña que el mundo ya había dado por perdida. No será un nombre, ni un rumor, ni una excusa dentro de estos muros. Vivirá. Nada más.

—Borís te ha hablado —dijo al fin—. Lo sé.

Vanora no respondió. —Te ha hablado de mí —añadió—. De los hijos. De Milena. A mí también me llegan los rumores.

—Sí —afirmó, sin añadir que el plan de Borís iba mucho más lejos de obtener herederos.

Dmitri dio un paso atrás, como si ese reconocimiento le hubiera quitado el suelo bajo los pies.

—¿Y qué has decidido? —preguntó, con la voz más baja.

Vanora lo miró con una franqueza que no le había concedido nunca antes. —¿Acaso mi decisión afectará en tus actos?

—Tengo curiosidad, nada más.

—Creo que deberías considerar a Milena. Cuando llegue el momento, aceptaré tus hijos.

Dmitri apretó los puños. —¿Qué pretendes?

—Evitar que nos hundamos todos.

Dmitri la observó en silencio. Inspiró despacio, como si se obligara a no reaccionar, y soltó el aire de golpe, breve, áspero. Al girar la cabeza, su mirada se detuvo en la capa de su padre, abandonada sobre una silla: el cuero oscuro, el peso del poder dejado allí como si nada. Dmitri frunció el ceño.

Vanora lo advirtió, pero no se movió ni hizo gesto alguno; se limitó a seguir la dirección de su mirada. Primero, hacia el abrigo. Después, hacia ella.

Sus ojos grises —duros de por sí— se volvieron opacos como el acero cubierto por una capa fina de escarcha. No brillaban. No buscaban. La medían. Se movieron despacio, calculando, deteniéndose solo lo justo en ella.

—Que descanséis, mi zarevna —se inclinó hacia ella, sin bajar la mirada.

Ella asintió y lo dejó marchar.

Yelena apareció poco después sin ser llamada.

No hubo ruido que anunciara su llegada, ni pasos que delataran su presencia. Vanora la percibió como se perciben las cosas inevitables: no con los oídos, sino con el cuerpo. Una variación mínima en el aire.

Su doncella fiel se detuvo a unos pasos. No miró primero el rostro de su señora, ni la expresión que aún no había abandonado del todo la noche. Miró las manos. La sangre oscura, ya espesa en los pliegues de los dedos.

—Venid —dijo en voz baja—. Antes de que se seque.

No era una súplica. Tampoco una orden. Era una verdad práctica, dicha por alguien que sabía distinguir entre lo que debía hacerse y lo que no convenía preguntar.

Vanora no respondió de inmediato. Permanecía de pie, inmóvil, como si una parte de ella aún siguiera en la calle, entre el barro y los cuerpos caídos, calibrando un peligro que ya no existía. Yelena no insistió. Se acercó despacio, tomó una jarra de agua y un paño limpio, y comenzó a trabajar con la naturalidad de quien ha cuidado heridas que no figuraban en los relatos oficiales.

El agua tocó la piel y la sangre empezó a ceder, diluyéndose en el lino. Yelena limpió con cuidado los nudillos, luego la palma, después el dorso de la mano, sin prisa y sin temor. No había repulsión en su gesto, ni compasión innecesaria. Solo precisión.

Vanora observó cómo el rojo desaparecía, cómo la piel recuperaba su tono pálido, casi irreal, como si nunca hubiera pertenecido del todo a ese mundo.

—Ha sido rápido —dijo al fin, sin emoción visible, más como una constatación que como una confesión.

Yelena asintió, sin levantar la vista. —Siempre lo es la primera vez. Luego pesa distinto.

No había juicio en esas palabras. Solo experiencia.

Terminó con las manos y pasó al antebrazo, donde aún quedaban restos más oscuros. Cuando acabó, dejó el paño a un lado, como si aquello ya no mereciera ocupar espacio en la habitación.

Entonces vio la capa.

La piel oscura y pesada descansaba sobre la silla con un peso que no era solo físico. Era inconfundible. El abrigo del zar. El símbolo de una protección que, de permanecer allí, podría interpretarse como algo más peligroso que un favor..

Yelena no mostró sorpresa. Tampoco curiosidad, solo comprendió

—No debe quedarse aquí —dijo Vanora.

—¿Ahora? —preguntó la doncella.

—Antes de que termine de salir el sol. Y sin que nadie lo sepa.

Yelena tomó la capa con ambas manos. La piel parecía absorber la luz, como si llevara consigo una sombra propia.

Yelena inclinó la cabeza, aceptando la orden sin una sola palabra más. Se volvió para marcharse, pero Vanora habló de nuevo.

—Yelena.

La doncella se detuvo.

—Gracias.

No hubo sonrisa. No era momento de gratitud ni de alivio.

—No habéis cruzado ninguna línea que no os perteneciera —respondió su doncella—. Dormid, zarevna. El cuerpo aprende mientras descansa.

Salió sin hacer ruido, llevándose consigo la capa y lo que representaba. Vanora se quedó sola.

La mesa estaba limpia y las manos también.

Pero algo en ella ya no lo estaba.

Y no pensaba lavarlo.

CAPÍTULO 11

Un rey y una reina, peones

El salón oriental estaba dispuesto para impresionar.

No era una estancia pensada para el descanso ni para la intimidad, sino para ser vista. Columnas revestidas de mármol pulido, tapices antiguos con escenas de caza y guerra, mesas bajas cubiertas de frutas confitadas y copas de cristal traído de tierras lejanas. La luz entraba filtrada por cortinajes claros y hacía brillar el oro de los marcos, las joyas y los bordados cosidos en mangas que no estaban hechas para el trabajo, sino para el juicio silencioso.

La zarina Yevdokia Nagaya ocupaba el centro exacto del espacio, sentada en un diván elevado, con la espalda recta y el gesto elegante. A su alrededor se reunía su pequeño comité personal: mujeres que habían aprendido a sobrevivir a la muerte de sus maridos, a la caída de familias enteras y a los cambios de humor del poder sin perder su lugar.

Allí estaba Anna Kurbátova, esposa de Fiódor. Daria Mijáilovna, admitida por costumbre más que por influencia, se mantenía erguida, con las manos cruzadas sobre el regazo y una mirada que nunca olvidaba nada. Y, un poco más apartada, Praskovia Ivánovna, la viuda más antigua de la corte, la que había sobrevivido a tres zares y a todas sus esposas sin perder la lengua ni la memoria.

Serguéi Mijáilovich Vorontsov permanecía a un lado, de pie, como correspondía a un hombre que no necesitaba sentarse para imponer atención. Las manos entrelazadas a la espalda, el rostro neutro, los ojos atentos.

—Dicen que el zarévich la ha aceptado —comentó Anna Kurbátova, removiendo despacio el vino aguado de su copa—. A Milena.

La frase cayó con la suavidad de algo largamente ensayado. —No solo aceptado —añadió Daria Mijáilovna—. Se la ha visto acompañándolo en actos menores. Sin ocultarla. Eso significa algo.

Yevdokia inclinó apenas la cabeza, permitiendo que la conversación avanzara sin parecer dirigirla. —Es una muchacha adecuada —dijo al fin—. Sana. Discreta. De buena sangre. Su padre ha sabido educarla para no destacar más de lo necesario.

Serguéi no sonrió. No era su papel. Solo asintió, convencido de que estaba a punto de cambiar la historia de su propia familia, dejando que su hija fuera la amante oficial del heredero al Trono.

—El pueblo ve con buenos ojos a una mujer joven junto al heredero —añadió Praskovia Ivánovna, con voz grave—. Sobre todo, después de las... desgracias recientes.

La palabra desgracias flotó un instante en el aire, sin nombre propio, sin necesidad de aclaración.

Fue entonces cuando anunciaron al lekár imperial.

Entró con una reverencia profunda. Vestía con sobriedad; el rostro cansado, las manos limpias, firmes.

Yevdokia lo recibió con una sonrisa amable.

—Decidnos, buen hombre —comenzó—, cómo se encuentra la zarevna Vanora Vasílievna. Me preocupa su salud. Siempre ha sido... delicada.

El lekár dudó apenas un segundo. Lo justo para elegir bien las palabras que no lo condenaran.

—La zarevna está completamente recuperada, majestad.

El silencio fue inmediato.

—¿Completamente? —repitió Yevdokia, sin perder la dulzura.

—Su cuerpo, sí —confirmó él—. No hay fiebre, ni debilidad, ni secuelas visibles. No podrá concebir de nuevo, eso permanece inalterable... pero fuera de ello, goza de una salud excepcional.

Anna Kurbátova frunció ligeramente el ceño. —¿Excepcional? —murmuró—. Es una palabra... inusual.

El lekár bajó un poco la mirada. —Tiene una resistencia poco común. Pulso estable. Recuperación rápida. Como si el cuerpo hubiera... decidido permanecer.

Serguéi alzó apenas una ceja.

—Se dice —intervino Daria Mijáilovna— que entrena.

El lekár no negó. —No es algo que me corresponda juzgar.

—Con Maksim Yúrievich Volkov —añadió Praskovia Ivánovna, sin titubeo—. El mismo que entrenó a la familia Vasíliev.

El nombre cayó como una losa.

Vasíliev.

El antiguo zar. El ejecutado. El borrado.

—¿Cómo es posible —dijo Anna Kurbátova, con una indignación cuidadosamente dosificada— que se permita tal cosa a la hija de Vasíliev de Zmeygorod, condenado por traición?

Yevdokia no respondió de inmediato.

—Porque el zar siempre se lo ha permitido todo —dijo la vieja Praskovia, con voz seca—. Desde niña —Algunas miradas se cruzaron—. Siempre ha sido indulgente con ella.

—¿Indulgente? —susurró Daria—. ¿O algo más?

El aire se tensó.

—No habléis a la ligera —intervino Serguéi por primera vez—. El zar no ama como los demás hombres.

—Pero ama —replicó Praskovia—. A su modo. Y con Vanora... siempre ha hecho una excepción.

Yevdokia sintió cómo algo se le cerraba por dentro, como una puerta bien ajustada que no volvería a abrirse sin romper la madera.

—La zarevna es parte de esta casa —dijo al fin, con una sonrisa que no sentía—. Mientras lo sea, estará bajo mi protección. Y si mi esposo la tiene en alta estima... —hizo una pausa mínima, lo justo para que todos la oyeran— yo también.

El lekár inclinó la cabeza, entendiendo que no se le pedía nada más, y dio la audiencia por concluida. El sonido leve de su retirada pareció liberar el aire en el salón.

Las mujeres se removieron en sus asientos. Praskovia Ivánovna fue la única que no apartó la mirada de Yevdokia. Sus ojos, curtidos por décadas de palacio, parecían decir que había entendido demasiado bien lo que acababa de ocurrir.

Serguéi Mijáilovich permaneció inmóvil.

Sabía que, a partir de ese momento, cualquier movimiento en torno a la zarevna Vanora sería observado con un cuidado distinto.

No porque estuviera a salvo... sino porque había dejado de ser una pieza secundaria.

Yevdokia mantuvo la sonrisa un instante más, hasta que el protocolo lo exigió.

Por dentro, sin embargo, se llenó de furia.

Serguéi Mijáilovich fue el primero en romper el silencio que quedó tras la retirada del lekár.

No lo hizo de inmediato. Esperó a que las copas se recolocaran, a que una doncella fingiera ajustar un tapiz, a que el aire recuperara su densidad habitual. Entonces habló, con la voz exacta de quien nunca parece decir nada importante... y sin embargo siempre lo hace.

—Hay otra cuestión —comentó, como al pasar—. Borís Andréievich ha incorporado recientemente a su casa a una sobrina.

Yevdokia alzó apenas la vista, sin girar la cabeza.

—¿Una sobrina? —repitió Anna Kurbátova—. No recuerdo que Borís tuviera parientes cercanos fuera de Moscú.

—Ni los tiene —respondió Serguéi—. Al menos, no que consten en los registros habituales. La niña apareció hace pocos días. Se ha presentado como familia lejana, llegada del norte.

—¿Una niña? —intervino Daria Mijáilovna—. Qué inoportuno momento para descubrir afectos olvidados.

Praskovia Ivánovna no sonrió. —Borís no improvisa vínculos —dijo —. Mucho menos ahora.

Yevdokia apoyó los dedos sobre el brazo del diván, con suavidad estudiada.

—¿Cómo se llama esa sobrina? —preguntó.

Serguéi dudó una fracción de segundo.

—Elyana.

Anna Kurbátova frunció el ceño, pensativa. —Fiódor mencionó ese nombre —dijo entonces—. Anoche. No como una curiosidad, sino como una advertencia —Miró a la zarina—. Dijo que no era casual.

—¿En qué sentido? —preguntó Yevdokia, manteniendo la calma.

Anna bajó un poco la voz. —Es un nombre antiguo. No común. Asociado a la casa Vasíliev. De hecho, la niña... de la zarevna...

Praskovia Ivánovna asintió despacio. —Demasiado antiguo para ser elegido al azar.

El silencio volvió a cerrarse. Yevdokia sintió el hilo invisible tensarse entre todas aquellas piezas: la niña recogida sin anuncio, el nombre heredado de una sangre extinguida, Borís actuando sin pedir permiso, Vanora recuperada, entrenando, reaparecida.

—Borís Andréievich siempre ha sido... creativo en su manera de proteger —dijo al fin, con una sonrisa leve—. Pero no creo que una niña desconocida altere el equilibrio de esta casa.

Nadie la contradijo.

Nadie la creyó del todo.



Dmitri se había acostumbrado rápido a Milena.

No porque la deseara con urgencia, sino porque era fácil. No preguntaba más de lo necesario, no ocupaba más espacio del que se le concedía y sabía escuchar sin parecer curiosa. Caminaba a su lado con la prudencia de quien entiende que el favor es frágil y debe sostenerse con cuidado.

Aquella tarde paseaban por el jardín interior, uno de los pocos espacios donde el Kremlin fingía tranquilidad. Los árboles estaban podados con disciplina severa; nada crecía sin permiso. Milena hablaba en voz baja, comentando una anécdota trivial sobre una dama de la corte. Dmitri asentía, distraído, más atento a ordenar pensamientos que a las palabras.

No lo vio al principio.

Fue Milena quien se detuvo.

Se inclinó con rapidez, más profunda de lo habitual. Dmitri siguió su mirada.

Iván IV estaba allí.

No había escolta visible, pero eso no significaba que estuviera solo. Vestía de oscuro, sin insignias, con ese aspecto suyo que no

necesitaba símbolos para imponerse. No parecía sorprendido. Nunca lo estaba.

—Padre —dijo Dmitri, inclinando la cabeza lo justo.

Iván miró primero a Milena. No con interés, ni con juicio. La miró como se mira un dato: algo que se registra y se archiva.

—Retírate —ordenó.

Milena no esperó a que Dmitri hablara. Hizo una reverencia correcta y se alejó sin volver la vista, consciente de que su presencia ya no era requerida... y de que había sobrevivido al momento más peligroso: ser vista.

Cuando desapareció entre los setos, Iván avanzó un paso. —No has perdido el tiempo —dijo.

No era un reproche. Tampoco una aprobación. Era una afirmación.

—Es conveniente —respondió Dmitri—. Su padre lo entiende. Y ella también.

Iván asintió lentamente.

—Bien. Entretente —dijo—. Ten hijos. Con ella o con quien te plazca. Nadie te lo impedirá.

Dmitri frunció el ceño.

—Vanora...

—El lugar de tu esposa es indiscutible —interrumpió Iván—. Mientras viva, seguirá siendo zarevna. Eso no está en cuestión.

—¿Por qué? —preguntó Dmitri, incapaz de contenerse—. No puede darme herederos. No aporta alianzas nuevas. Y aun así... —Se detuvo—. Siempre hay una excepción para ella.

Iván lo miró entonces de frente. No había ira en su expresión. Tampoco afecto.

—Porque antes de ser tu esposa —dijo con calma— fue mi sobrina—. Mi sangre —añadió—. De una casa que ya no existe. Y la sangre no se negocia como una dote.

Dmitri apretó la mandíbula.

—¿Y yo? —preguntó—. ¿No lo soy?

Iván inclinó apenas la cabeza, como si reconociera la pregunta... no la emoción que la sostenía.

—Antes de ser mi hijo —respondió— no eras nada —Dmitri dio un paso atrás, imperceptible—. Naciste de una mujer que murió en el parto —continuó Iván—. No dejó nombre, ni linaje que proteger. Fuiste útil porque sobreviviste. Y porque creciste fuerte. Un buen general. Un heredero aceptable —Cada palabra era precisa. Ninguna innecesaria, tampoco buscaban hacerle daño, solo decir la verdad tal cual era—. No confundas eso con amor —añadió.

—¿Y a ella sí la amas, padre? —preguntó Dmitri, con una rabia que no logró ocultar del todo, apretando los puños y la mandíbula.

—No amo a nadie como tú entiendes el amor.

Dmitri bajó la mirada. Iván dio un paso más, lo suficiente para que su sombra lo cubriera.

—Cumple con tu papel —ordenó—. Gobierna cuando llegue el momento. Ten hijos. Usa a quien necesites. Pero no pongas en duda lo que no te pertenece cuestionar.

Se dio la vuelta sin despedirse.

Dmitri permaneció inmóvil, comprendiendo al fin algo que no había querido ver: que en aquel imperio no había padres ni hijos. Solo funciones.

Y que, incluso así, había una excepción.

Vanora.



Vanora observaba a Elyana desde la galería exterior, allí donde la casa de Borís dejaba de imponer y comenzaba a fingir normalidad. La niña caminaba con pasos todavía inseguros, pero ya no torpes. Llevaba un vestido limpio, bien cortado, de lana clara, sencillo sin ser pobre. El cabello recogido con una cinta discreta. Las manos juntas, como Irina le había enseñado, no por obediencia ciega, sino por costumbre aprendida.

Había dejado de encogerse.

Eso era lo primero que Vanora notaba siempre: la espalda más recta, la mirada que ya no buscaba el suelo a cada instante. Elyana

escuchaba, imitaba, preguntaba en voz baja a su institutriz. Aprendía los modales como si fueran una lengua nueva, no impuesta, sino ofrecida. No era docilidad lo que crecía en ella, sino seguridad.

Irina se situó a su lado. —Se adapta deprisa —comentó—. Durante estas dos semanas no ha hecho otra cosa que mejorar.

—Los niños se adaptan rápido —dijo Vanora—. Más rápido que nosotros.

Irina observó a la niña unos segundos más antes de hablar de lo que realmente la inquietaba. —Han visto a Milena y a los zarévich juntos —dijo—. No fue discreto. Pasaron la noche fuera de sus estancias.

Vanora no giró la cabeza. —Era de esperar.

No hubo cambio en su tono. Ni tensión. Ni reproche. Solo una constatación seca, como si hablara del clima o de un decreto menor. Irina la miró de reojo, buscando una grieta que no apareció.

—Mi padre dice que la zarina ya lo sabe —añadió—. Todo. Sobre Elyana también.

Eso sí hizo que Vanora bajara la mirada un instante, no hacia Irina, sino hacia la niña.

—Si la zarina lo sabe —dijo Irina—, entonces también lo sabe el zar. ¿No os preocupa?

Vanora levantó por fin el rostro. Sus ojos rojos no mostraban miedo. —Iván IV no protege lo que desconoce.

Irina dudó.

—Mi padre cree que Dmitri... —empezó, y se detuvo—. Cree que el poder puede cambiar de manos. Que Rusia necesita algo distinto.

Vanora no sonrió. —Rusia siempre cree eso —dijo—. Hasta que recuerda quién la sostiene.

Irina la observó con atención renovada. —Hablan de estrategia —insistió—. De supervivencia. De futuro. El zar es un líder indiscutible, pero el pueblo necesita descansar.

Vanora posó una mano sobre la barandilla de piedra, firme, casi reverente.

—El zar no es algo que se cambie cuando conviene —respondió —. Puede caer algún día, como todos los hombres. Pero no será

porque otros crean que lo manejan.

Irina frunció el ceño.

—¿Y Dmitri?

—Dmitri no es un líder en el sentido antiguo —respondió Vanora —. Es la pieza necesaria para cerrar una época, no para abrirla. Iván construyó el impulso. Dmitri lo ejecuta.

Guardaron silencio. Elyana giró la cabeza en ese momento, buscando a Vanora con la mirada. Cuando la encontró, alzó la barbilla un poco más, como si quisiera asegurarse de estar haciéndolo bien. Vanora le devolvió una inclinación mínima, casi imperceptible.

La niña sonrió.

Irina lo vio entonces con claridad: no era protección lo que Vanora ofrecía. Era pertenencia.

—Os sois leal al zar —murmuró Irina—. Incluso ahora.

Vanora no negó. —Antes de ser esposa —dijo—, antes de ser zarevna... fui sangre. Y hay deudas que no se negocian con el poder —El viento movió las hojas del jardín. Elyana dio una vuelta torpe, cuidando de no ensuciar el bajo del vestido, concentrada en hacerlo bien—. Que los boyardos y allegados al zar jueguen a las alianzas —añadió—. Que confundan el deseo con la fuerza. Yo no me moveré de donde pertenezco.

Irina entendió entonces algo que no había querido aceptar del todo: Vanora, a pesar de haber accedido al plan de su padre, no estaba de su lado. Ni nunca lo estaría. Vanora solo era leal a una cosa: a sí misma.

Y eso —más que cualquier complot— era lo verdaderamente peligroso.

CAPÍTULO 12

El tiempo favorece a quien resiste

Pasaron algunos meses.

El Kremlin cambió sin anunciarlo. El verano había llegado a Moscú y con él nuevas telas en los corredores, colores más claros donde antes reinaba la sobriedad, otros hombres apostados en las guardias. También los rumores cambiaron. Vanora lo percibió sin que nadie tuviera que decírselo.

La carta llegó una tarde gris, impropia del verano, como si el invierno se negara a retirarse del todo. No llevaba sello oficial ni marcas de urgencia. No las necesitaba. El nombre escrito en el reverso bastó para que Vanora comprendiera que no contenía consuelo.

Ariadna Vasílievna.

El papel olía a viaje, a sal, y a una calidez ajena a Moscú. Vanora la abrió sin prisa, con esa lentitud que no busca evitar el golpe, sino medirlo. El contenido no cambió.

Hermana:

No escribo sin un motivo claro. Pero esta vez he pensado en ti. Supongo que ya lo sabes. Milena está encinta. Dicen que el zarévich no lo niega. Que incluso parece... satisfecho.

Vanora avanzó sin detenerse.

No escribo para herirte. Nunca ha sido necesario hacerlo con intención. Solo me pregunto —y te lo pregunto a ti— si no tienes miedo.

Leyó esa última frase dos veces.

Los hijos alteran el equilibrio de las casas, continuaba la carta. *Y tú siempre has vivido en el centro de un equilibrio frágil. No me malinterpretes. No dudo de tu dignidad ni de tu fortaleza. Pero el*

mundo no recompensa eso. Recompensa lo que se multiplica. Me pregunto si, al mirarte ahora, Dmitri ve a su esposa... o a un recuerdo que empieza a estorbarle. Todavía puedo escribir por ti al convento en el que madre pasó sus últimos días.

Vanora cerró los ojos solo un instante. Ariadna no sabía que había sido ella quien había empujado a Dmitri hacia Milena. No sabía que Borís, siempre atento al porvenir del linaje, había asentido. No sabía que aquella gestación no había sido un descuido, sino una concesión calculada.

Yo tuve miedo una vez, añadía la carta, casi al final. *Por eso me fui. Por eso elegí otra tierra y otro hombre antes de que eligieran por mí. Tú nunca huiste, Vanora. Siempre has preferido quedarte. Solo dime una cosa, hermana: ¿sigues creyendo que aguantar basta?*

No había despedida afectuosa. Solo una firma breve, firme, exacta, como su autora. Vanora dejó la carta sobre la mesa, extendida, sin doblarla. No la rompió. No la apartó. Tampoco la guardó. No sintió celos. Tampoco pánico.

Se levantó despacio y caminó hasta la ventana. Afuera, el Kremlin seguía erguido, indiferente a vientres que crecían, a hermanas envidiosas, a hijos aún sin nombre.

—No —murmuró, sin saber a quién respondía—. No tengo miedo.

No se quedó más tiempo junto a la ventana. No había nada que vigilar ahí fuera. La decisión ya estaba tomada y empezaba a tomar forma.

Yelena apareció sin ser llamada, como si hubiera escuchado el pensamiento antes que la voz. Se acercó con discreción y, sin decir nada, estiró un pliegue del vestido de Vanora, ajustándolo en la cintura con un gesto rápido y experto. No era un arreglo por coquetería, sino por exactitud: el tejido debía caer con elegancia.

—Está bien así —dijo Yelena en voz baja—. No sobra nada.

Vanora asintió.

Detrás de ella aguardaban sus doncellas más cercanas. Marfa iba en primer lugar, recta como una vara, con el cabello recogido con una severidad que no admitía matices. Había sido colocada allí por la zarina, con la misión evidente de observar más que servir. Vanora

nunca lo había discutido. Las vigilancias demasiado visibles solían ser las más fáciles de inutilizar.

Las otras dos eran damas de compañía que se movían con la naturalidad de quienes conocían el ritmo de su señora desde hacía años. No la rodearon. No la escoltaron. La siguieron.

Vanora salió de sus estancias sin mirarlas ni mirar atrás.

Avanzó por los corredores con paso firme, sin prisa y sin vacilación. Había cambiado. El cuerpo le respondía con una solidez nueva, templada por meses de entrenamiento constante. No era una fuerza ostentosa ni agresiva, sino una que imponía.

Marfa observaba desde un paso atrás. No encontraba fisuras. No veía agotamiento ni tensión. Eso la incomodaba.

Cuando llegaron al umbral del salón, el murmullo del evento se filtró con claridad. Voces medidas, risas contenidas, el sonido de copas chocando con una exactitud casi militar. El tipo de reunión donde todo el mundo fingía no estar actuando.

Vanora se detuvo un segundo antes de entrar. No para recomponerse, sino para decidir qué versión de sí misma permitiría mostrar.

Luego avanzó.

El salón estaba dispuesto con esa sobriedad solemne que precedía siempre a cualquier anuncio de guerra. Allí estaban la zarina Yevdokia, impecable, ocupando el centro como si le perteneciera por derecho natural. Iván, a un lado, observándolo todo con esa atención que no se confundía con interés, sino con control. Dmitri algo más atrás, rígido, contenido, acompañado por Milena, cuyo vientre aún no reclamaba protagonismo, pero ya lo prometía.

Serguéi Mijáilovich Vorontsov conversaba con el archimandrita Pavel en voz baja. Borís Andréievich se mantenía apartado, como quien no forma parte de ese grupo. Algún consejero más completaba el cuadro, todos atentos al mismo punto sin admitirlo.

Vanora.

Las miradas llegaron antes que las palabras.

La esperaban distinta. Más apagada. Más prudente. Quizá incluso arrepentida. No encontraron nada de eso.

Ella avanzó entre ellos sin bajar la cabeza, aceptando las miradas con cierto orgullo. No había desafío abierto en su porte, pero tampoco había sumisión. Su presencia desmentía cada rumor, cada cálculo ajeno, cada esperanza de verla disminuida ante el vientre de Milena.

La zarina fue la primera en sonreírle, por supuesto. —Zarevna —dijo, alzando apenas la voz—. Qué alegría veros.

Vanora inclinó la cabeza lo justo. No agradeció nada. Yevdokia la recorrió con la mirada, deteniéndose un segundo más de lo necesario en la línea del vestido, en la firmeza del cuerpo, en la fuerza que no encajaba con el papel que había preparado para ella.

—El verano os sienta bien —añadió—. Aunque no todas las estaciones traen las mismas bendiciones.

La frase cayó con intención. Y Vanora comprendió, con una claridad casi indulgente, que la zarina creía estar dirigiendo el relato.

Todos esperaban lo mismo.

Que Vanora bajara la mirada.

Que adoptara ese gesto resignado que tantas mujeres habían aprendido a imitar antes de desaparecer. Que anunciara, con voz dócil, su deseo de retirarse a un convento, de recogerse, de dejar paso con elegancia a la amante joven y al hijo que todavía no era reconocido, pero tampoco rechazado.

Esperaban que facilitara la transición.

Que se ofreciera como sacrificio voluntario para que nadie tuviera que empujarla.

Vanora no hizo nada de eso.

No respondió de inmediato. Dejó una pausa deliberada. Observó los rostros a su alrededor con tranquilidad: la satisfacción mal contenida en algunas miradas, la curiosidad en otras, el cálculo en casi todas. Vio a Milena mantener la cabeza inclinada, obediente, correcta, aprendiendo rápido cuál era su papel. Vio a Dmitri rígido, expectante, como si una parte de él aún creyera que aquel momento le pertenecía. Vio a Iván mirándolo todo sin intervenir, como si ya supiera el desenlace y no necesitara confirmarlo.

Entonces habló.

—Me alegra comprobar —dijo Vanora, con una voz fuerte que jamás nadie de los presentes había oído antes—, que mi salud sigue siendo tema de conversación —No había ironía abierta en sus palabras, pero tampoco gratitud. El murmullo se apagó de golpe. No porque hubiera gritado, sino porque nadie esperaba ese tono. No había ironía abierta en sus palabras, pero tampoco gratitud. Sonó a constatación. A aviso.

Yevdokia sostuvo la sonrisa un instante más, lo justo para que no pareciera que le habían arrancado el control de las manos. —La preocupación es natural —respondió—. Sois parte de esta casa.

Anna Kurbátova fue la primera en moverse en su asiento. Ajustó el cuello del vestido, incómoda.

—La casa atraviesa un momento delicado —dijo, mirando a la zarina antes que a Vanora—. Es lógico que ciertas cuestiones de salud se traten con cuidado.

—Ciertas cuestiones siempre se tratan con cuidado —replicó Praskovia Ivánovna, sin levantar la voz—. O con demasiada prisa.

Algunas miradas se desviaron hacia la viuda. Otras hacia Milena.

La joven mantenía la cabeza inclinada, correcta, dócil. Aprendía rápido. A su lado, la esposa de Serguéi Mijáilovich permanecía erguida, amplia, sólida, con una mano apoyada sobre el respaldo del asiento de su hija. Dos de sus hijos varones, ya adultos, observaban la escena con una calma que no era inocente. Uno de ellos intercambió una mirada breve con su padre. El otro no apartó los ojos de Vanora.

El salón estaba dispuesto para marcar un cierre.

No se celebraba una victoria concreta, sino el final de una tregua que había durado lo suficiente como para resultar incómoda. Iván lo había anunciado días atrás, sin ceremonia: en la próxima primavera, Rusia marcharía hacia el sur, más allá del Don, contra los kanatos que volvían a desafiar las rutas y la autoridad del zar. Aún quedaban meses, pero el gesto ya estaba hecho. Aquella velada era una despedida anticipada, aunque nadie la llamara así.

Los hombres hablaban de provisiones, de caminos, de tiempos. Las mujeres miraban a quiénes se quedarían y a quiénes no. Se evaluaban alianzas, vientres, herencias posibles. No era una fiesta

para relajarse, sino para fijar quién ocupaba cada lugar antes de que los ejércitos se pusieran en marcha.

La conversación empezó a diluirse sin que nadie lo ordenara.

Las sillas rígidas habían quedado atrás hacía rato; los invitados se distribuían ahora en divanes bajos cubiertos de telas claras, más propios del verano que del protocolo. Se había servido vino especiado en copas anchas, y algunos hombres ya hablaban con el tono suelto de quienes saben que pronto cambiarán los salones por los campamentos. La guerra concedía permisos que la paz negaba: risas más altas, manos que se demoraban en cuerpos prohibidos, palabras que no se medirían tanto... porque quizá no habría ocasión de repetirlas.

Iván se había apartado con varios consejeros. Serguéi Mijáilovich, Fiódor Kurbátov y Alekséi Belski hablaban ahora de rutas, de provisiones, de tiempos. El archimandrita Pavel escuchaba más de lo que hablaba, con una copa apenas tocada entre los dedos. Dmitri estaba con ellos, rígido todavía, pero ya no en el centro de la estancia.

Las mujeres quedaron reunidas en un semicírculo más íntimo.

Yevdokia ocupaba el diván central, flanqueada por Anna Kurbátova y Praskovia Ivánovna. Un poco más allá, Daria Mijáilovna se acomodó con deliberada lentitud, como quien elige bien el ángulo desde el que observar. Milena se sentó a un lado, ligeramente retirada, las manos cruzadas sobre el regazo. Vanora tomó asiento frente a ella, con una copa que no había probado.

El vino circuló.

Alguien rio. Alguien comentó el calor. Una doncella pasó ofreciendo más bebida. Durante unos instantes, pareció casi una velada normal.

Fue Daria quien habló.

—Decidme, niña —dijo con voz amable, demasiado amable—, ¿de cuántos meses estáis?

La pregunta cayó limpia. Sin rodeos. Sin disfraz. Milena levantó la vista, sorprendida. Sus ojos buscaron instintivamente a la zarina antes de responder, pero Vanora no se inmutó.

—Cuatro —dijo al fin—. Casi cinco.

Daria asintió despacio.

—Ya se os nota —añadió—. Es buena señal. Los primeros meses suelen ser traicioneros.

Anna Kurbátova intervino con una sonrisa prudente. —Que Dios la proteja. Y al niño.

—O niña —corrigió Praskovia Ivánovna, ladeando la cabeza—. A veces llegan antes de lo esperado.

Algunas miradas se deslizaron, inevitables, hacia Vanora. Ella no se movió. Daria bebió un sorbo de vino y continuó, como si no hubiera tensado nada.

—¿Habéis tenido antojos? —preguntó—. Recuerdo que, en mi segundo embarazo, no podía soportar el olor del pan caliente.

Milena negó con la cabeza, obediente. —No muchos. El lekár dice que todo va bien.

—Eso es lo importante —intervino Yevdokia entonces, con un tono cálido—. La casa necesita noticias así.

Vanora apoyó la copa sobre la mesa baja. El gesto fue leve, pero preciso.

—Te debo una disculpa, pequeña Milena —dijo Vanora, con una calma que contrastaba con el vestido que llevaba puesto: seda ligera traída del sur, teñida en un azul profundo reservado a las mujeres de sangre alta, ceñido en la cintura y abierto lo justo en el escote para recordar que no vestía para agradar, sino para ser vista. El bordado era fino, costoso, pagado —como todos sabían— con los fondos del zarévich, un lujo deliberado que no necesitaba explicación. Frente a ella, Milena lucía un traje correcto y modesto, de tonos claros, mangas altas y cuello cerrado, adecuado para una joven en su estado, pensado para no destacar más de lo permitido—. Debería haberte felicitado en cuanto me enteré, pero apenas nos hemos cruzado. Para mí es un alivio que mi esposo haya encontrado un vientre capaz de darle a esta casa lo que yo ya no puedo.

Vanora terminó la frase sin bajar la voz ni buscar refugio en el vino. La dijo y la sostuvo. Y en ese gesto —más que en las palabras — quedó claro el precio que estaba pagando.

Se tragó el dolor sin teatralidad. No el dolor físico, ya antiguo, sino el otro: el de saberse observada como un cuerpo fallido, el de

aceptar en público una humillación cuidadosamente preparada para verla romperse como mujer y esposa. No se quebró. Lo atravesó. Y al hacerlo, cambió el eje de la escena.

Yevdokia abrió ligeramente los ojos. Fue apenas un parpadeo más lento de lo habitual, un fallo mínimo en su máscara perfecta. No esperaba aquello. Había previsto lágrimas, o rigidez, o una retirada digna. No esa apropiación tranquila del golpe.

Praskovia Ivánovna, sentada un poco más atrás, ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa breve, torcida, de esas que solo se permiten las mujeres que ya han sobrevivido a todo. No brindó. No habló. Pero su gesto fue claro: entendía el movimiento. Y lo respetaba.

Irina, que hasta entonces había permanecido callada, con la copa intacta entre las manos, dio un paso al frente. Su voz no fue alta, pero sí firme, y llegó sin dificultad a todos los divanes.

—Sería un honor —dijo, cumpliendo las órdenes de su padre— que la zarevna pusiera nombre al hijo tan esperado del zarévich.

La frase cayó como una losa.

La madre de Milena se removió en su asiento. No fue un gesto brusco, sino uno instintivo, de quien comprende de pronto que el terreno bajo sus pies ha empezado a ceder. Hasta ese momento había creído controlar la situación: una hija joven, un heredero en camino, la cercanía al poder. Pero aquella frase lo alteraba todo. Si Vanora reclamaba el nombre, reclamaba la criatura de su esposo. Y si reclamaba el vientre, ellas dejaban de ser necesarias.

Milena alzó la vista por primera vez, desconcertada. No había sido educada para entender ese tipo de batallas, pero se llevó la mano al vientre de forma instintiva.

Vanora no sonrió. Tampoco negó nada. Se limitó a mirar a Irina un instante, reconociendo el gesto, que provenía de Borís, y luego volvió la atención a Milena. Su expresión no fue cruel. Fue peor: calmada, segura, inamovible, casi amable.

Querían usarla. Habían dado por hecho que aceptaría el papel secundario, que haría de puente mientras otros recogían el fruto. No habían contado con que supiera resistir sin huir, ni con que fuera capaz de tragar la herida y convertirla en dominio.

Vanora estaba soportando.
Aguantando.
Tragando.

Y, poco a poco, dándole la vuelta a todo.

—Quizás sea hora de que Milena pase más tiempo conmigo —respondió ella, clavando sus ojos rojos sobre la madre de la joven—. La espero mañana por la mañana en el patio de las caléndulas, allí conversaremos sobre qué nombre le pondremos al hijo del zarevich. Aunque estoy segura de que mi esposo tendrá mucho que opinar al respecto.

La frase no necesitó réplica inmediata. Varias mujeres se removieron en los divanes con una incomodidad que ya no podía disimularse. Una copa chocó con otra. Alguien carraspeó sin saber por qué. La madre de Milena bajó la mirada apenas un instante, consciente de que había perdido la iniciativa sin haber dicho una sola palabra equivocada.

Milena, en cambio, permaneció quieta. Demasiado quieta. No miró a su madre. Tampoco a Dmitri. Miró a Vanora, como si de pronto comprendiera que el embarazo no la había colocado en el centro... sino en manos ajenas.

Yevdokia fue la única que no se movió.

Alzó la copa con elegancia, bebió un sorbo breve y dejó el cristal sobre la mesa baja con un sonido suave, perfectamente calculado. Solo entonces habló.

—La zarevna siempre ha tenido un especial interés por el orden del Kremlin, por eso mi esposo la tiene en tan alta estima —dijo, con una sonrisa amable, casi maternal—. Y no dudo de que su experiencia será... valiosa para ayudar a la joven Milena —hizo una pausa leve, lo justo para que se oyera—. Pero convendría no apresurar decisiones que pertenecen al imperio —Sus ojos se deslizaron hacia Milena y luego regresaron a Vanora—. El embarazo es un estado sensible —añadió—. Conviene proteger a la joven de excesivas expectativas. Sobre todo cuando todavía quedan muchos meses por delante. Eso lo sabes bien, ¿verdad, Vanora?

Vanora sostuvo su mirada sin inclinar la cabeza.

—De todas formas, quiero ver a Milena mañana por la mañana —continuó, con un tono tranquilo que no pedía autorización—. Quizás no pensemos aún en el nombre, pero será trasladada a mis estancias, a una de las habitaciones cercanas a la mía, para asegurarme de que el hijo de mi esposo esté bien atendido.

Aquello ya no era una sugerencia.

La madre de Milena palideció de forma visible. Abrió la boca como si fuera a intervenir, pero se detuvo a tiempo. Sabía leer una sala. Sabía, sobre todo, cuándo una palabra de más podía convertir una ventaja en una condena.

Milena inspiró hondo. No dijo nada. Asintió apenas, con la obediencia exacta que se esperaba de ella, pero sus manos temblaron un segundo antes de volver a juntarse sobre el regazo.

Varias mujeres intercambiaron miradas rápidas. Aquello no entraba en los márgenes habituales. No era costumbre que la esposa legítima reclamara así, de frente y sin rodeos, a la amante encinta del heredero. No sin fingir generosidad. No sin disfrazarlo de caridad.

Vanora no había disfrazado nada.

Yevdokia dejó pasar un instante más largo de lo necesario. Observó la escena como quien evalúa una tela recién cortada: dónde cede, dónde tensa, dónde podría rasgarse si se fuerza demasiado.

—Si eso tranquiliza a la zarevna —dijo al fin la zarina—, no me opondré —la frase sonó conciliadora, pero no lo era—. Siempre que se recuerde que Milena sigue bajo la protección de esta casa... y bajo la mía.

No alzó la voz. No mostró enfado. Pero dejó claro el límite. Vanora inclinó la cabeza apenas. —Por supuesto, Zarina.

Fue todo.

No hizo falta más.

Las copas volvieron a levantarse con torpeza, las conversaciones se reanudaron a destiempo y el salón recuperó una apariencia de normalidad que ya no engañaba a nadie. Milena sería trasladada. El embarazo cambiaba de manos. Y lo que había comenzado como una humillación cuidadosamente planeada acababa de convertirse en otra cosa.

No en una victoria abierta.
Pero sí en un giro.
Y todas lo supieron.

CAPÍTULO 13

Tres cuerpos, un imperio

La velada no terminó. Se deshizo.

Primero fueron las copas que dejaron de contarse. Luego las risas que ya no buscaban aprobación. Los divanes se desplazaron sin que nadie lo ordenara, los cuerpos empezaron a mezclarse con una libertad que solo se concedía cuando el futuro inmediato olía a sangre y campaña. Cuando los hombres sabían que pronto cambiarían la seda por el hierro.

Las viudas se retiraron una a una. Praskovia fue la última, como siempre. Se levantó sin despedirse, dejando tras de sí una sensación incómoda, como si hubiera visto algo que los demás aún no. Anna Kurbátova la siguió poco después, con el gesto tenso. Daria fingió cansancio y desapareció sin ruido.

Las mujeres que se quedaron no fingían cansancio.

El vino empezó a circular con menos control. Los músicos cambiaron el ritmo. Ya no había himnos ni melodías solemnes, sino piezas más rápidas, aprendidas en mercados del sur. Algunas mujeres se descalzaron. Algún noble besó una mano que no era la de su esposa. Nadie lo señaló.

El archimandrita Pavel ya no estaba.

En su lugar aparecieron cuerpos nuevos: bailarinas, hombres jóvenes de ojos maquillados, eunucos que se movían entre los invitados con jarras siempre llenas, y mujeres que no pertenecían a ninguna casa noble y, por tanto, no debían obediencia a nadie. Moscú sabía celebrar así cuando la muerte estaba anunciada, aunque aún no hubiera partido ningún ejército.

Vanora permanecía sentada, observando.

No bebía demasiado. No bailaba. No se mezclaba. Y, sin embargo, su presencia se volvió más visible cuanto más se descomponía el orden. Su vestido azul oscuro destacaba entre telas claras y cuerpos sudorosos. No parecía fuera de lugar. Parecía el punto fijo alrededor del cual giraba el exceso.

Fue entonces cuando Dmitri se acercó.

No lo hizo como esposo.
Ni como anfitrión.
Lo hizo como un hombre que acababa de descubrir que había perdido el control del relato.

—Así que mañana te llevas a Milena a tus habitaciones —dijo, sin saludo, inclinándose lo justo para que solo ella lo oyera. Llevaban meses sin compartir el lecho, sin hablar.

Vanora no se giró de inmediato. Tomó la copa, bebió un sorbo pequeño y dejó el cristal sobre la mesa baja. —¿No lo sabías? —respondió—. Qué descuido.

Dmitri sonrió, pero no había nada amable en ese gesto. Su mano se apoyó en el respaldo del diván, demasiado cerca de ella.

—¿Quién te crees para decidir esto? —murmuró, clavándole sus ojos grises—. ¿Crees que porque lo has dicho en voz alta ya es un hecho?

Vanora alzó la vista entonces. Lo miró sin sorpresa. Sin enfado. Sin rastro de celos. —Solo quiero asegurarme de que tu hijo está bien cuidado; necesitamos un heredero.

Eso fue lo que lo descolocó.

—¿Nada? —insistió él, con un brillo peligroso en los ojos—. ¿Ni celos? ¿Ni rabia? ¿Ni siquiera orgullo herido?

—Eso son distracciones —respondió ella—. Tú deberías saberlo mejor que nadie. ¿O acaso amas a Milena?

—Sí, la amo —mintió descaradamente Dmitri. Eran pocas las veces que él perdía el control, pero cuando lo hacía era difícil detenerlo.

—Entonces la trataré con el mismo cuidado que tú —dijo—. Pero no te equivoques: sigo siendo tu esposa, y el hijo que nazca lo hará dentro de nuestro matrimonio.

Dmitri apretó la mandíbula. Alrededor de ellos, la música subía. Dos mujeres reían demasiado alto. Un hombre besaba el cuello de una bailarina sin molestarse en ocultarlo. Milena estaba a unos pasos, sentada con otras jóvenes, rodeada de miradas, con una mano protectora sobre el vientre.

Dmitri la miró. Luego volvió a clavar los ojos en Vanora.

—Si vas a estar entre Milena y yo —dijo en voz baja—, será con todas las consecuencias.

Vanora no se apartó. —Como deseéis, mi zarevich.

La decisión se le cruzó por el rostro antes de que pudiera medirla. Dmitri se irguió de golpe, sonrió a quien pasaba, fingió ligereza, y tendió la mano.

—Ven.

No era una invitación. Vanora la tomó. No por obediencia. Por estrategia.

Dmitri avanzó entre la gente con naturalidad forzada, tirando de ella sin brusquedad, pero sin permitir réplica. Al pasar junto a Milena, se detuvo un instante.

—Acompáñame.

Milena se levantó de inmediato. Demasiado rápido. Demasiado dócil. Nadie los siguió. Nadie preguntó nada. En una noche así, todo parecía permitido.

Solo una mirada los acompañó.

Desde el otro extremo del salón, Iván los había observado todo el tiempo, rodeado de bailarinas que Yevdokia había dejado a su disposición antes de retirarse, con la promesa —susurrada y segura — de esperarlo desnuda en las estancias imperiales.

No frunció el ceño ni llamó a nadie.

Sus ojos siguieron a su hijo mientras se perdía por un corredor lateral, llevando consigo a la esposa y a la amante, como si el mundo le perteneciera lo suficiente como para atreverse a semejante gesto.

Iván bebió un sorbo de vino y salió tras ellos.

Dmitri avanzó primero, sin soltar la mano de Vanora, empujando el paso entre cuerpos ebrios y mujeres entregadas. No corría. No hacía falta. Sabía que nadie se atrevería a interponerse. Milena lo

seguía unos pasos atrás, intentando no perder el equilibrio ni la compostura.

El palacio era otro a esas horas.

Las antorchas ardían torcidas, mal vigiladas. Los lacayos fingían no ver, los guardias miraban al frente con una obediencia aprendida a golpes. Había copas en el suelo, collares abandonados sobre bancos de piedra, cuerpos apoyados en muros donde nunca debería haber habido cuerpos. Dmitri atravesó todo aquello como si fuera natural, como si el exceso le perteneciera.

—¿De verdad crees que puedes hacer esto? —preguntó al fin, sin mirarla todavía—. Decidir dónde duerme la mujer que lleva a mi hijo. ¿Te crees poderosa?

Vanora no intentó soltarse. Caminaba a su lado con una calma que lo irritaba más que cualquier resistencia. —No he decidido dónde duerme —respondió—. He decidido dónde se la cuida, puede dormir donde a ti te complazca.

Dmitri se detuvo en seco, obligándola a hacerlo también. Se giró hacia ella con los ojos grises cargados de algo más peligroso que la ira. —¿Y quién te ha dado ese derecho?

—Mi lugar —dijo Vanora—. Sigo siendo tu esposa, no me he ido. Me haré cargo de tu hijo, está decidido.

Milena se detuvo detrás, insegura, con la respiración agitada. Dmitri la miró un segundo, luego volvió a clavar los ojos en Vanora.

—¿Eso es lo que sientes? —preguntó—. ¿Quieres ocupar tu lugar como zarevna? —la miró de lado, con una calma inquietante—. A veces tengo la impresión de que mi padre y tú habláis de mí como si yo fuera una pieza más de vuestros juegos.

Vanora no se detuvo. —Si de verdad te sintieras una marioneta, Dmitri —respondió—, no estarías tan ocupado en dejar hijos en vientres ajenos mientras finges que no eliges nada.

Eso lo desarmó. No del todo, pero lo suficiente.

Reanudó la marcha sin responder, con un gesto brusco, como si la conversación hubiera terminado cuando en realidad acababa de empezar. Cruzaron el último corredor antes de las estancias privadas.

—¿Dónde piensas instalarla? —preguntó Dmitri, sin rodeos.

Vanora dio un paso adelante. Abrió una puerta lateral. La habitación era amplia, clara, pensada para mujeres de la familia: cómoda, protegida, digna. No era ostentosa. Tampoco marginal. Era un lugar seguro... y deliberadamente secundario.

—Aquí —dijo—. Es adecuada.

—Una habitación de parientes —comentó Dmitri—. Has aprendido a elegir bien los símbolos, esposa.

Cerró la puerta tras ellas con el pie, sin brusquedad, pero sin dejarla abierta. El sonido seco de la madera fue suficiente para que Milena diera un paso atrás sin saber por qué.

Dmitri avanzó y encendió dos velas con un gesto rápido, casi automático, como si el movimiento no le perteneciera al presente sino a otra vida más violenta. La luz recortó su figura: alto, ancho de hombros, el cabello negro largo y desordenado cayéndole sobre la frente, el rostro duro, atractivo de una forma peligrosa, sin suavidad. No había ternura en él. Nunca la había habido.

La habitación tomó forma.

Vanora permaneció quieta, observándolo con dureza. Milena, en cambio, lo miraba a él como un cordero.

Y ahí estuvo el error.

Vanora lo entendió de inmediato: ese brillo torpe, expectante, la fe puesta donde no debía. Milena no se sostenía por dignidad, sino por cercanía. Estaba enamorada. No de un hombre, sino de una promesa que Dmitri jamás le había hecho. Él, de hecho, no la miraba a ella. Toda su atención estaba fija en Vanora. Se acercó a ella con pasos lentos, y la obligó a besarlo. Se apoderó de sus labios con rabia, cogiéndola por la cintura, y la empezó a desnudar, quitándole el vestido por arriba, hasta dejarle los hombros al descubierto. Fue entonces cuando Vanora le mordió el labio y lo empujó hacia atrás. —Ya te dije una vez que no entraré en estos juegos.

—Pero ya has entrado, querida esposa. Invitando a mi amante a tus estancias. ¿Quieres tener el control de toda la narrativa? Déjame esta parte a mí —Dmitri sonrió, lamiéndose la sangre del labio. No hubo placer en su gesto, sino desafío—. No te engañes —dijo—. No has traído a Milena aquí para protegerla. La has traído para controlarme desde más cerca.

Milena dio un paso inseguro hacia ellos. No entendía del todo qué lugar ocupaba en aquella escena, solo percibía que estaba en el centro de algo que no le habían explicado. Dmitri extendió una mano sin mirarla y la atrajo hacia su lado, no con violencia, pero sí con una naturalidad que dejaba claro que no esperaba resistencia.

—Ven —ordenó, sin alzar la voz.

Ella obedeció.

Vanora observó el gesto con control absoluto. No apartó la vista. No bajó la cabeza. Dmitri lo notó, y eso lo encendió más que cualquier negativa.

—Míralo bien —continuó él, casi en un murmullo—. Esto es lo que has decidido gobernar.

Dmitri se volvió hacia Milena y la besó sin pudor.

No fue un gesto delicado, sino una afirmación de dominio. Milena se aferró a él con un sonido breve, ahogado, más de sorpresa que placer. Dmitri la despojó del vestido con facilidad, dejándola completamente desnuda.

Vanora no apartó la mirada. No por curiosidad ni por celos.

La observó con la distancia exacta de quien entiende la escena completa. Vio a Milena ofrecida sin comprender el precio. Vio a Dmitri entregándose a un gesto que no era deseo, sino violencia disfrazada de intimidad. Y comprendió, con una claridad casi cruel, que él no tocaba a Milena porque la quisiera, sino porque necesitaba demostrar que aún podía imponer algo.

Milena respiraba deprisa, desorientada, aferrada a una idea equivocada de lo que aquello significaba.

Vanora dio un paso adelante entonces. —Basta —dijo, sin elevar la voz.

No fue una súplica. Fue un límite.

Dmitri se giró hacia ella despacio, con los ojos brillantes, como si por fin hubiera encontrado lo que buscaba desde el principio: grietas.

—Ahora entiendes —murmuró el general— que no puedes estar por encima de mí.

Vanora sostuvo su mirada. —Nunca lo he estado —respondió—. La diferencia es que yo sé exactamente en qué juego estoy... y tú

no.

El golpe en la puerta fue seco. Preciso. Demasiado correcto para aquella hora.

Dmitri no se movió al principio. Mantuvo los ojos en Vanora, como si se negara a concederle a nadie el derecho de interrumpir ese instante. El segundo golpe llegó de inmediato, más urgente.

—Mi señor —dijo una voz al otro lado, de uno de los hombres de confianza de Dmitri—. Perdonad la interrupción. Os requieren en la sala de mapas. Ha llegado un mensajero del sur. Noticias del Don. El zar os espera.

Dmitri cerró los ojos un instante. Lo justo para recomponerse. Cuando los abrió, el brillo había cambiado. Ya no era rabia. Era cálculo. Dejó a ambas mujeres y se convirtió en el general que todos esperaban de él.

Salió al corredor y allí lo aguardaba Maksim Dragóvin, uno de sus hombres más leales. Alto y anguloso, con el cabello oscuro cortado al ras y una barba incipiente que endurecía aún más sus facciones, tenía el aspecto de alguien que no se permitía distracciones. Sus ojos azules, fríos e inteligentes, parecían medir el mundo con la misma precisión con la que obedecía órdenes. Vestía el uniforme con sobriedad impecable, sin una arruga fuera de lugar: un soldado de los que sostienen imperios en silencio. —Vamos —ordenó Dmitri, sin dudar de la palabra de Maksim.

Vanora miró a Milena en cuanto se quedó sola con ella. Era hermosa, joven, desnuda; y embarazada. La muchacha permaneció quieta, sin saber qué hacer, con su vientre abultado, como si el silencio pesara más que cualquier orden. —Vístete —le ordenó la zarevna—. Permanecerás en esta habitación.

—Mi zarevna —se atrevió la joven a dirigirse a ella por primera vez, mientras recogía el camisón y se cubría el cuerpo por delante—. La criatura... —se llevó la mano al vientre, como si así pudiera protegerla—. Madre dice que no le conviene que viva... pero, mi zarevna, le imploro compasión.

Se arrodilló frente a ella, la frente inclinada, las manos temblorosas unidas en un ruego que no se atrevía a alzar la vista.

—Tu madre está equivocada, pequeña Milena —le respondió Vanora, sin inclinarse hacia ella ni ofrecerle refugio alguno—. Me interesa que tu criatura nazca viva. Y si es un varón... como dicen por aquí, será mejor.

Milena alzó la cabeza despacio. En su rostro se mezclaron el alivio y el terror, dos emociones que rara vez se separaban en palacio. Sus manos se cerraron sobre el vientre, no ya como quien implora, sino como quien entiende que la protección ofrecida no tenía nada que ver con la misericordia. No había promesa de afecto. Solo supervivencia.

Vanora la sostuvo con la mirada un instante más, evaluando. No a la mujer, sino a la pieza que acababa de asegurarse. Después se dio media vuelta y salió, dejándola sola.

El trayecto hasta sus estancias fue rápido.

El palacio seguía sumido en el desorden de la velada: risas apagadas tras puertas entreabiertas, pasos erráticos, lacayos fingiendo no ver lo que no debían. Vanora atravesó todo aquello sin detenerse. Cuando empujó la puerta de su habitación, lo hizo con la naturalidad de quien espera encontrar silencio.

No lo encontró.

Iván estaba allí.

De pie, junto a la mesa baja, sin la corona, con el abrigo abierto y el cabello oscuro suelto sobre los hombros, bien peinado. Una sola vela ardía cerca de la ventana, suficiente para dibujar su figura con claridad. No parecía sorprendido de verla entrar. Más bien, parecía haber estado esperándola, con las manos cruzadas por delante de su cuerpo y esa mirada de autosuficiencia que siempre mostraba al mundo.

Vanora se detuvo un segundo. —Maksim dijo que estabais en la sala de mapas, mi gran Zar—comentó ella, cerrando la puerta tras de sí.

Iván no sonrió. —Lo estaba —respondió—. Durante el tiempo necesario.

Vanora no frunció el ceño ni cambió el gesto. Simplemente lo entendió. Maksim Yúrievich Volkov no había improvisado. Había

obedecido una orden más alta. No para informar, sino para interrumpir.

Para sacarla de allí.

—Habéis sido rápido —dijo ella, y en la leve curva amarga de su sonrisa se adivinó todo lo que no había ocurrido... y que no estaba dispuesta a nombrar.

—Lo suficiente —murmuró Iván con la sonrisa torcida—. Dmitri siempre ha sido valiente cuando cree que nadie va a detenerlo.

Vanora avanzó unos pasos. Sus manos cayeron a los lados del cuerpo. No agradeció nada. Ambos sabían por qué.

—Volkov os ha obedecido —asumió Vanora que el hombre de Dmitri le era más leal al zar que a su general.

—Por eso sigue vivo —contestó Iván, acercándose a ella clavándole sus ojos de serpiente. Ambos parecían de otro mundo, seres irreales, sobrehumanos.

Iván se detuvo a un paso de ella. No la tocó todavía. La miró como se miran las cosas que no se poseen, pero se reclaman.

Sacó el collar sin ceremonia. No brillaba como las joyas de la corte ni buscaba deslumbrar. Era antiguo. Plata ennegrecida por el tiempo, pesada, con el sello de la Casa Vasíliev de Zmeygorod grabado en el centro: líneas duras, sin ornamento, un símbolo. No era un adorno. Era una marca.

—Lo guardé cuando quemaron el resto —dijo Iván, con voz baja —. No para el recuerdo. Para el momento adecuado.

Vanora lo reconoció al instante. No dio un paso atrás. No preguntó nada. Simplemente se giró y apartó el cabello del cuello con un gesto lento, deliberado, como si ese acto le perteneciera desde siempre.

Iván se acercó entonces. Sus manos fueron firmes, seguras, sin temblor. El metal tocó la piel de Vanora con un peso real, frío. Al cerrarlo, sus dedos rozaron la nuca de Vanora un segundo más de lo necesario.

—Están empezando a verte —añadió el zar—. No como esposa, ni como alguien que molesta. Sino como lo que eres.

Vanora se giró con el collar puesto y alzó el mentón. No sonrió. Pero algo en su postura cambió, mínimo, irreversible.

Iván sostuvo su mirada. No dijo que estaba hermosa. No hacía falta. Sus ojos lo dijeron con una intensidad peligrosa, de esas que no se conceden a menudo. —Estoy orgulloso —concluyó—. De en quién te estás convirtiendo.

Vanora se llevó una mano al collar, no para comprobarlo, sino para aceptarlo. Luego bajó la mano. —Aún no he terminado, mi gran Zar —respondió ella.

Iván esbozó una sonrisa breve, ladeada, casi feroz. —Por eso sigo siendo el zar —Vanora no negó nada, pero tampoco lo confirmó—. Borís cree que el poder se empuja desde los márgenes —continuó Iván—. Siempre lo ha creído. —Una pausa mínima—. Cree que puede reordenar el tablero colocando a Dmitri delante... y a ti detrás.

Vanora alzó la vista. —Borís cree muchas cosas.

—Tu padre también quiso creer que la rectitud bastaba —continuó Iván—. Que el honor era una armadura suficiente. —La miró con una franqueza casi cruel—. No fue un buen padre contigo.

Vanora no se puso nerviosa. —No —dijo—. Esperaba un hombre conmigo, un heredero.

—¿Por eso no lamentas su muerte?

—No es cuestión de lamentar —respondió ella—. Es cuestión de justicia. —Sostuvo la mirada—. Él eligió. Yo pagué. Y el imperio siguió adelante como siempre hace, arrastrándome a mí.

Iván la observó un instante largo, evaluándola. —Te pareces a él más de lo que admitirías.

—No lo creo.

La sonrisa de Iván volvió, breve, peligrosa; y los ojos de Vanora se aguaron, mientras apretaba el mentón.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó él, cogiendo su mano —. Juega. —Se inclinó hacia ella—. Pero recuerda algo, Vanora Vasílievna: mientras yo sea el zar, el caos solo entra si yo lo dejo pasar.

—A vuestra orden —respondió Vanora con sumisión, como si lo adorara.

Iván no soltó su mano cuando ella terminó la frase. La sostuvo como si quisiera que quedara claro —para ella y para cualquiera que

pudiera haber mirado— de qué lado estaban ambos.

Iván inclinó la cabeza despacio. No fue un gesto ceremonial. Tampoco apresurado. Fue deliberado. Sus labios rozaron el dorso de la mano de Vanora con una lentitud calculada, casi íntima. El beso no buscó piel; buscó un símbolo. Permaneció ahí un segundo más, lo suficiente para que el calor se filtrara y para que la cercanía empezara a volverse peligrosa. Vanora dejó caer una lágrima, pero no retiró la mano.

Iván se apartó un paso.—Descansa.

Iba a marcharse, pero Vanora lo detuvo. Lo cogió de la mano con una fuerza que no sabía que tenía. No fue elegante ni calculado. Fue un gesto torpe, casi desesperado. Sus dedos temblaron, pero no aflojaron.

—Iván... —lo llamó, tuteándolo por primera vez.

Él se giró, como si no quisiera creérselo. No retiró la mano, pero tampoco sonrió. La miró desde arriba, sabiendo exactamente hasta dónde podía llegar sin perderse.

Con la otra mano le tomó la muñeca blanca, no para apartarla, sino para sentirla. Para comprobar que seguía ahí. Entera. Deseándolo. Sus dedos se cerraron un segundo más de lo necesario sobre su piel suave y terriblemente pálida.

—No sabes lo que pides —dijo él en voz baja, mirándola con verdadera devoción; amando su pelo blanco, sus cejas blancas, sus pestañas blancas... amando cada parte del cuerpo de Vanora.

—Quizás sepa más de lo que crees.

Ese fue el momento. No se besaron ni se tocaron más. Porque ambos entendieron lo mismo al mismo tiempo: que si lo hacían, ya no habría vuelta atrás.

Iván soltó su muñeca despacio, como si le costara físicamente hacerlo. Dio un paso atrás, esta vez de verdad.

—A su orden —dijo ella entonces, como lo había dicho antes de que él le besara la mano.

Iván la observó un instante más, largo, cargado de todo lo que no iba a decir, ni quería decir. Luego se dio la vuelta y se marchó, dejando a Vanora sola.

CAPÍTULO 14

El fuego bajo el trono

El zar estaba de pie cuando ocurrió.

Había pasado la mañana entera en la sala de mapas, bajo la bóveda ennegrecida por el humo de inviernos pasados, con los consejeros alineados como piezas menores alrededor de la mesa de roble, y su hijo en el extremo opuesto, rígido y esperando nuevas órdenes.

El pergamino, sujeto por cuchillos en las esquinas, mostraba el sur herido en rojo: el curso sinuoso del Don como una vena abierta, las fortalezas del kanato clavadas en la llanura como dientes de hierro, las rutas de aprovisionamiento trazadas con tinta oscura, arterias por donde fluía el pan y la sangre de los ejércitos.

Iván no alzaba la voz. No lo necesitaba.

Se inclinaba apenas, y su sombra caía sobre ciudades y estepas como si ya le pertenecieran. Señalaba con un dedo enguantado, y su general callaba. Corregía alguna cifra, y un boyardo tragaba saliva. Cortaba objeciones con dos palabras secas y a los demás solo les quedaba prepararse para una guerra más. La sed de sangre de Iván IV El Terrible era interminable.

—Aquí —decía.

Y "aquí" significaba asedio.

—No.

Y "no" significaba hambre.

El aire olía a cera derretida y a miedo. Nadie osaba contradecirlo dos veces. Su hijo observaba, aprendiendo en silencio que el poder no siempre ruge; a veces cae como la nieve, cubriéndolo todo hasta que no queda más que obediencia.

Fuera, el viento del norte golpeaba las murallas del Kremlin. Dentro, sobre aquella mesa manchada de tinta y ambición, el sur ya ardía sin fuego.

—Entraremos por aquí —dijo, apoyando el dedo sobre la marca—. Antes del otoño. No habrá negociación. Quien dude, se quedará atrás.

Nadie dudó.

El archimandrita asentía con gesto grave. Borís Andréievich tomaba notas con precisión, atento, demasiado atento. Dmitri escuchaba en silencio con los brazos cruzados, el cuerpo tenso, como un animal que esperaba su turno para atacar.

Iván dio un paso atrás para observar el mapa completo.

Fue entonces cuando se llevó la mano al pecho.

No fue teatral. No fue un desmayo inmediato. Fue un gesto torpe, impropio, como si el cuerpo hubiera cometido un error que la mente aún no alcanzaba a comprender. Iván frunció el ceño, respiró hondo... y volvió a apoyar la mano en la mesa.

—Mi zar... —empezó alguien.

Iván alzó la otra mano, exigiendo silencio.

Intentó enderezarse. Dio un paso. Solo uno.

El segundo no llegó.

Las piernas le fallaron sin aviso y el peso del cuerpo cayó contra el borde de la mesa, arrastrando mapas e instrumentos. El sonido fue seco, imposible de ignorar. Los consejeros retrocedieron de golpe. El archimandrita dejó caer la cruz que llevaba entre los dedos.

Nunca lo habían visto así.

Nunca.

Iván IV, el hombre que había sobrevivido a guerras, conspiraciones, hambrunas y traiciones, quedó de rodillas en el suelo, respirando con dificultad, la frente perlada de sudor frío, los ojos abiertos pero desorientados.

—¡Llamad al lekár! —ordenó Dmitri, avanzando hacia su padre.

Iván intentó hablar. No pudo. Un espasmo le recorrió el cuerpo y tuvo que apoyarse con una mano en el suelo para no caer del todo. Borís se inclinó hacia él, demasiado rápido, con un gesto que podría haber sido preocupación... o cálculo.

—Mi zar, tranquilizaos —dijo—. Será una indisposición.

Pero el zar no era un hombre que tuviera indisposiciones.

El lekár imperial llegó a la carrera. Se arrodilló junto a Iván, palpó el pulso, le levantó el párpado, olió su aliento. Su expresión cambió apenas, lo justo para que Vanora —que acababa de entrar, alertada por el tumulto— lo notara desde la puerta.

Iván no la había visto aún.

Estaba pálido. Demasiado.

—A sus estancias —ordenó el lekár—. Ahora.

Entre cuatro hombres lo levantaron. Iván no protestó. Eso fue lo peor. El zar, que siempre se había resistido a la más mínima ayuda, se dejó llevar, con la mandíbula apretada y los ojos clavados en un punto invisible del techo.

Vanora avanzó tras los hombres.

Dmitri la miró como si fuera a decir algo. No lo hizo. En ese instante, no era el heredero. Era solo un hombre viendo a su padre caer por primera vez.

El cortejo improvisado atravesó los corredores a toda prisa. Los guardias se apartaban sin entender. Las doncellas bajaban la cabeza. El rumor se extendía como una mancha: *el zar está enfermo*. Una frase impensable hasta ese momento.

Cuando lo dejaron sobre el lecho, el lekár pidió silencio absoluto. Ordenó infusiones, paños fríos, aguardiente. Iván respiraba con dificultad, como si el aire no acabara de entrar del todo.

Vanora se quedó junto a la cama.

No lloró. No gritó. No se arrodilló.

Solo observaba aunque Iván no podía verla.

Vio el temblor leve en la mano derecha del zar. Vio el sudor frío que no correspondía a fiebre. Vio la forma en que el pulso se aceleraba sin razón aparente. Y algo en su interior —no intuición femenina, no miedo— sino memoria empezó a encajar piezas.

—¿Qué ha comido hoy? —preguntó.

El lekár la miró, sorprendido por el tono. —Lo habitual.

—¿Quién ha estado con él antes de venir aquí?

Silencio.

Borís dio un paso adelante. —Yo —dijo—. Revisamos los informes del sur.

Vanora no lo miró. Siguió observando al zar.

—¿Y bebió? —insistió.

—Un vino especiado —respondió el lekár—. El mismo de siempre.

Vanora cerró los ojos un instante.

El mismo vino. La misma copa.

Servido por las mismas manos diligentes y sumisas.

En el preciso momento en que el tablero comenzaba a inclinarse hacia un lado demasiado conveniente.

Cuando volvió a abrirlos, algo se había quebrado dentro de ella. O quizá algo había despertado.

Ya no miraba como la esposa del heredero. Ni como la sobrina lejana que había aprendido a inclinar la cabeza en el ángulo correcto.

Su mirada se volvió fría, matemática. La de alguien que por fin comprendía que aquello no era un error, ni una negligencia, ni el capricho cruel del destino. Era un movimiento.

Un ataque ejecutado con suavidad, como se desliza una daga entre las costillas mientras el salón continúa riendo. Si Iván moría aquella noche, el mundo no se derrumbaría por accidente. Caería porque alguien lo habría empujado. Y ella podía ver ya las manos invisibles detrás de la enfermedad, ocultas tras sonrisas piadosas y votos de lealtad.

No permitiría que lo convirtieran en una anécdota trágica, en un brindis susurrado semanas después. Iván no merecía morir envenenado como un cortesano torpe, ni desplomarse ante testigos fingidamente horrorizados.

No debía ser una muerte patética, ni una muerte útil para otros, ni siquiera para sí misma.

¿Quería ser la zarina? Aún no estaba dispuesta a responder a esa pregunta.

Pero sí tenía algo claro: no permitiría que otros movieran las piezas del tablero sin contar con ella. Y mucho menos cuando lo que estaba en juego era su linaje. Su sangre.

Las puertas se abrieron sin que nadie llamara.

El golpe de madera contra la piedra resonó como un anuncio de guerra.

Yevdokia cruzó el umbral envuelta en seda marfil y oro pálido, seguida por un séquito de doncellas que arrastraban telas y perfumes demasiado dulces para una estancia donde el miedo comenzaba a oler a hierro y sudor frío. Su rostro era una obra maestra de aflicción: pálido, calmado, digno. Tan perfectamente digno que resultaba ofensivo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, avanzando con una prisa ensayada, medida al milímetro.

Las muchachas se dispersaron alrededor del lecho como palomas asustadas. Una dejó caer un pañuelo bordado. Otra sollozaba sin lágrimas. El murmullo llenó el aire, espeso como incienso.

Yevdokia se inclinó junto al zar y tomó su mano con un temblor estudiado.

—Mi esposo... —susurró.

Pero, durante un instante apenas perceptible, sus ojos no miraron el rostro de Iván. Se deslizaron hacia el cuello de Vanora.

Al collar.

La plata ennegrecida de la Casa Vasíliev descansaba sobre su piel blanca como una cicatriz. No era una joya. Era una declaración. Una advertencia.

Yevdokia no dijo nada. Pero lo vio.

El lekár se incorporó lentamente. Ya no parecía confundido. Parecía condenado. —Vuestra Majestad Zarina —dijo, mirando primero a Yevdokia... y luego, deliberadamente, a Vanora—. Esto no es una indisposición.

El murmullo murió.

—Es veneno.

La palabra cayó limpia. Sin dramatismo. Sin temblor. Irrevocable.

Dmitri dio un paso al frente. —¿Qué clase?

—No uno común. No uno rápido —respondió el médico, tragando saliva—. Es un preparado antiguo. Beleño y acónito tratados con grasa animal y vino caliente. Entra despacio. No mata de inmediato. Debilita primero el corazón... luego la sangre... después la voluntad.

—¿Hay antídoto? —preguntó Dmitri.

El lekár dudó. Y volvió a mirar a Vanora.

—No como tal.

Las doncellas intercambiaron miradas. Yevdokia llevó la mano de Iván a sus labios en un gesto impecable.

—Este tipo de veneno no se combate con hierbas ni con sangrías —continuó el médico—. Solo hay una posibilidad. Requiere sangre fresca... de su propia sangre —La frase quedó suspendida—. No basta cualquier pariente —añadió—. Debe ser linaje directo. Raíz antigua. Y debe administrarse antes del amanecer. Si el veneno alcanza el corazón del todo... no habrá nada que hacer.

Alguien susurró: —¿De su hijo?

El lekár negó con la cabeza. —De su sangre más pura.

Esta vez, cuando el lekár dirigió la mirada hacia Vanora, no hubo en ella duda ni vacilación. No fue un gesto casual ni una consulta implícita, sino un reconocimiento silencioso, casi solemne. Todos comprendieron lo que aquel cruce de miradas significaba antes incluso de que nadie lo pronunciara en voz alta. La Casa Vasíliev no era solo un apellido pronunciado en ceremonias ni una reliquia de tiempos pasados; era un linaje anterior al propio matrimonio, una raíz que se hundía más profundo que la alianza que la había llevado hasta allí. El collar de plata ennegrecida sobre su cuello dejó de parecer una joya y se reveló como lo que era: una declaración.

Yevdokia lo entendió también. Su mirada se endureció un segundo, un destello frío que cruzó sus ojos antes de que el gesto se transformara en una máscara impecable de dolor y consternación. Pero ese instante bastó. Ya no se trataba solo de un intento de asesinato ni de una enfermedad súbita que pudiera atribuirse al destino o a la fragilidad humana. Era un mensaje cuidadosamente enviado. Un ataque directo al linaje antiguo, una maniobra destinada a precipitar la transición hacia Dmitri sin que nadie pudiera oponerse.

Si Iván moría, el imperio no solo cambiaría de manos; cambiaría de sangre.

Vanora avanzó entonces hacia el lecho con paso firme. No pidió permiso ni buscó aprobación en los rostros que la rodeaban. No lo necesitaba. En aquel momento no era la esposa del heredero ni una

figura secundaria en la corte. Era la heredera de una raíz más antigua que muchos habían creído extinguida, y actuaba como tal.

Había algo en su porte que recordaba a los animales míticos pintados en las bóvedas del palacio: antiguos, indomables, demasiado orgullosos para arrodillarse. Extendió la mano hacia la mesa donde reposaban los instrumentos del lekár.

—Preparad lo necesario —dijo.

No alzó la voz, porque no lo necesitaba. La orden cayó en la estancia con la firmeza de una sentencia ya decidida, y nadie se atrevió a cuestionarla. Dmitri la observó entonces con una expresión que jamás le había dedicado: no era odio ni burla, tampoco el desdén habitual con el que había aprendido a medirla. Era incertidumbre. Una duda nueva, incómoda.

Si Vanora ofrecía su sangre y lograba salvar al zar, no sería recordada como una mujer devota inclinada sobre el lecho de un soberano moribundo. No sería un gesto piadoso ni un sacrificio. Sería algo mucho más incómodo.

Sería una proclamación.

No lo salvaría como esposa de su hijo.

Lo salvaría como linaje.

Como la última rama viva de la sangre que había precedido a Iván en el poder. Como la raíz antigua que muchos habían creído arrancada cuando su padre cayó. No sería el acto de una nuera obediente, sino el de una heredera que demostraba que el imperio aún necesitaba su sangre para sostenerse.

Yevdokia lo entendió con una claridad helada que le recorrió la espalda.

Si Vanora salvaba al zar con su propia sangre, Ataría su nombre al del zar no por vínculo matrimonial, sino por supervivencia. La corte no olvidaría algo así. El pueblo tampoco. Dios, si existía justicia en sus designios, tampoco.

Entonces la sucesión dejaría de ser una transición limpia de padre a hijo.

En la estancia principal, el preparado estaba listo cuando el lekár regresó junto al lecho con la copa aún tibia entre las manos. Antes de administrarlo, volvió a mirar el cuenco de plata donde la sangre de Vanora reposaba, espesa y brillante. Sobre su piel, la herida abierta destacaba con una crudeza casi obscena: el corte fino atravesaba la blancura impecable de su brazo como una firma roja sobre mármol. La sangre descendía en un hilo lento, demasiado oscuro al nacer, encendido después al contacto con el aire, y el contraste hacía que su piel pareciera aún más pálida, casi translúcida bajo la luz de las velas.

No había temblor en ella. Sostenía el brazo extendido con una serenidad que resultaba más perturbadora que cualquier queja. La blancura de su carne no era frágil; era la de una estatua que acepta la grieta sin resquebrajarse. Cada gota que caía en el cuenco parecía una concesión deliberada, no una pérdida.

El lekár mezcló la sangre con el brebaje y el rojo se diluyó lentamente en el líquido oscuro, como si la vida misma se estuviera negociando en aquella fusión. Yevdokia observaba la escena sin apartar los ojos. Vio la herida, vio la sangre, vio la firmeza con la que Vanora soportaba el corte sin desviar la mirada. Y comprendió que, si el zar sobrevivía, no sería solo gracias a un remedio del lekár.

Sería gracias a esa sangre derramada sobre piel demasiado blanca para ignorarla.

Cuando el médico ayudó a Iván a tragar el preparado, una mancha oscura quedó en el borde de sus labios. Yevdokia la limpió con un paño blanco, pero sus dedos vacilaron apenas un instante. Porque, si aquella sangre funcionaba, no sería solo un acto de salvación. Sería una imagen imposible de borrar: la piel clara abierta, el rojo brillante, el imperio sostenido por esa herida.

Y las imágenes, en la corte, valían más que las pruebas.

—Resistid, mi esposo —susurraba.

Pero su mirada no descansaba en el rostro de Iván. Se desviaba, una y otra vez, hacia el cuenco de plata, hacia la sangre que aún brillaba tibia, hacia Vanora. Y en sus ojos comenzaba a formarse una comprensión lenta y peligrosa de lo que podría haber causado todo aquello.

Fuera de la estancia, el palacio ya no era un caos de pasos y órdenes cruzadas. Era algo peor: estaba alerta. Los rumores habían empezado a correr antes incluso de que el preparado estuviera listo. En una cámara lateral, lejos de los oídos de criados y guardias, los boyardos se reunieron con la urgencia de quienes entienden que el poder puede cambiar de manos en cuestión de horas.

Borís Andréievich fue el primero en hablar, con la voz baja y exacta.

No era casualidad.

Fiódor Kurbátov asintió con gravedad; tampoco era simple. El veneno, dijeron, estaba en el vino, pero el vino había pasado por muchas manos. La frase quedó suspendida hasta que uno de ellos se atrevió a formular lo que todos pensaban: la sangre que lo salvaba resultaba demasiado conveniente.

Si el zar moría, Dmitri heredaría el trono y su esposa se convertiría en zarina. Si el zar vivía gracias a ella, el pueblo la vería como elegida por Dios. Borís no necesitó completar la insinuación; la dejó flotando como humo entre los presentes. El veneno era antiguo, recordó. No se improvisaba ni se adquiría en mercados comunes. Requería conocimiento y voluntad. Y Vanora había mostrado ambas cosas en las últimas semanas: había reclamado su lugar, había exhibido el collar del antiguo linaje, había dado un paso al frente cuando otros dudaban. Demasiados movimientos en demasiado poco tiempo.

CAPÍTULO 15

Nunca confíes en nadie. Ni siquiera en ti mismo.

Iván no murió. Eso fue lo primero que comprendieron cuando la noche empezaba a deshilacharse en los ventanales altos de la habitación. El alba aún no reclamaba el cielo, pero las velas, consumidas y torcidas, ya no parecían custodiar a un cadáver sino a un hombre que se negaba a abandonar el mundo de los vivos.

Iván abrió los ojos despacio, sin violencia, como quien regresa de un lugar oscuro al que no piensa volver. El brillo que asomó bajo sus párpados era turbio, empañado por el veneno que todavía corría por su sangre. El sudor frío le perlaba la frente, la piel tenía el tono ceniciento de la cera, y sus labios, amoratados, parecían incapaces de formar palabra alguna.

Yevdokia lo vio primero y apretó el rosario entre los dedos hasta que los nudillos se le blanquearon. Dmitri, junto al hogar casi extinguido, tensó los hombros y llevó la mano a la empuñadura de su daga. Sin embargo, Iván no buscó a su esposa, ni volvió el rostro hacia el icono dorado que presidía la estancia, ni llamó a su hijo. Sus pupilas, pesadas y lentas, recorrieron la habitación hasta detenerse en Vanora.

El gesto fue mínimo, un leve temblor bajo las pestañas, pero no dejó lugar a dudas. La reconocía. Vanora no se precipitó hacia el lecho ni se inclinó sobre él como una devota. Permaneció un instante en la sombra, consciente de que su presencia allí era una afrenta, y después avanzó solo lo necesario. No hubo lágrimas ni manos temblorosas.

—Sigo aquí.

No era una súplica ni un consuelo; era una afirmación. Iván intentó hablar, pero la garganta le ardió y ningún sonido consiguió abrirse paso. Aun así, sus dedos se movieron. Lentamente, con un esfuerzo casi imperceptible, avanzaron sobre la sábana de lino hasta rozar la tela oscura del vestido de Vanora. Sus nudillos se aferraron al pliegue y se detuvieron allí, como si aquel contacto bastara para anclarlo a la vida.

El lekár, sudoroso y exhausto, con las mangas manchadas de sangre seca y restos de hierbas trituradas, murmuró desde el otro lado del lecho:

—El corazón ha resistido. El veneno no ha terminado su curso... pero la sangre ha frenado el avance.

La palabra quedó flotando en el aire, pesada como una acusación que nadie se atrevía a formular en voz alta. Yevdokia palideció, y Dmitri no apartó los ojos de Vanora, porque todos sabían que aquel veneno no había sido torpe ni casual. Había sido elegido con cuidado y administrado con paciencia.

Iván cerró los ojos otra vez, pero ya no parecía un moribundo abandonándose a la oscuridad. Bajo la piel persistía su vida, una voluntad que regresaba como un ejército que vuelve a ocupar su fortaleza tras el asedio. Vanora no retiró su vestido de entre sus dedos y dejó que todos lo vieran, que comprendieran lo que significaba aquel gesto.

Más tarde, el amanecer no trajo alivio al Kremlin, sino encierro. La luz grisácea que comenzaba a filtrarse entre las torres encontró las puertas exteriores ya aseguradas con cerrojos dobles y barras de hierro cruzadas como lanzas. Los guardias ocuparon sus puestos antes de que los criados terminaran de pedir clemencia a Dios, y las órdenes corrieron por los corredores de piedra con la rapidez de una plaga. Nadie entraba. Nadie salía. Ni comerciantes, ni boyardos rezagados, ni siquiera los mensajeros que aguardaban con pergaminos sellados contra el pecho.

Las cocinas quedaron en silencio. Las manos que amasaban pan se detuvieron. Los cuchicheos murieron antes de nacer. En cada rincón del palacio se comprendió que aquello no era una precaución, sino un cerco.

En la cámara alta, donde aún olía a hierbas machacadas y sangre seca, Iván abrió los ojos por tercera vez. Ya no vagaban sin rumbo. Había claridad en su mirada, un brillo duro que no pertenecía al moribundo de horas antes. Vanora seguía junto al lecho, erguida, con el vestido todavía aprisionado entre los dedos del zar. Yevdokia no había abandonado la estancia, pero su figura parecía más pequeña, como si el peso de la madrugada la hubiera encorvado.

El pergamino llegó escoltado por dos guardias. Dmitri lo tomó primero, examinó el sello y lo entregó sin decir palabra. Iván no intentó incorporarse; no era necesario. Con un gesto leve, pidió tinta. El lekár protestó en voz baja, pero nadie le prestó atención. La pluma fue colocada entre los dedos aún debilitados, y el zar apoyó la mano sobre la tabla que le acercaron.

Su nombre se trazó despacio, cada letra un recordatorio de que seguía gobernando no solo el palacio, sino la voluntad de todos los presentes.

—Nadie abandona el palacio hasta nuevo aviso.

La orden descendió por los corredores y atravesó patios y murallas hasta estrellarse contra las puertas cerradas. Fue entonces cuando el verdadero miedo se instaló en los corazones. Si el zar podía firmar, podía pensar. Y si podía pensar, podía recordar quién había alzado la copa la noche anterior, quién había servido el vino, quién había sostenido su mirada mientras bebía.

Vanora observó la firma aún fresca. No sonrió. No había triunfo en su rostro, solo una calma peligrosa. Sabía que el encierro no era una medida de defensa, sino el inicio de una cacería. Dentro de aquellos muros quedaban atrapados traidores y leales por igual, y el zar disponía ahora del tiempo necesario para separar unos de otros.

Iván volvió el rostro hacia ella, y en sus ojos ardía algo más oscuro que la fiebre. No necesitó pronunciarlo. Vanora comprendió que la puerta cerrada no era solo la del Kremlin, sino la del pasado. Nadie escaparía hasta que él decidiera. Ni los culpables. Ni los inocentes. Ni ella misma, si así lo exigía su voluntad.

A mediodía, cuando el sol caía vertical sobre las cúpulas doradas y el encierro del Kremlin ya era un hecho imposible de ignorar, los boyardos fueron convocados a una sala lateral del palacio sin

explicación alguna. La estancia, destinada en otras ocasiones a banquetes menores y consejos discretos, se llenó más allá de lo previsto. No había asientos suficientes y los hombres de mayor rango, envueltos en pieles de verano, se vieron obligados a permanecer de pie, hombro con hombro, bajo la mirada de los guardias apostados junto a las puertas cerradas.

El encierro decretado al alba pesaba sobre todos como una amenaza. Nadie ignoraba ya que el zar había firmado la orden con su propia mano. Nadie dudaba de que, si podía sellar el destino del palacio con tinta fresca, también podía señalar culpables.

Borís Andréievich fue el último en entrar. Se tomó el tiempo necesario para sacudirse la nieve derretida de las botas antes de cruzar el umbral, como si aquello no fuera más que una reunión ordinaria. Dmitri ya se encontraba en la sala, de pie junto a la mesa larga donde se desplegaban mapas y documentos. No parecía alterado. Su rostro no mostraba furia ni descontrol. Lo que había en él era algo más peligroso: una rabia precisa, como si cada palabra que fuera a pronunciar estuviera ya elegida. Dmitri nunca había sido necio, salvo con su esposa.

Sin preámbulos, habló.

—El vino fue servido en la sala de mapas. Quiero nombres.

Las miradas se cruzaron con cautela. Fiódor Kurbátov dio un paso adelante, carraspeando antes de responder.

—La copa fue traída por un lacayo habitual. Está bajo custodia.

Dmitri no apartó los ojos de él.

—¿Ha hablado?

—Dice que el vino venía sellado.

—Todo viene sellado. El sello solo prueba que alguien quiso que confiáramos.

El murmullo que siguió fue breve y sofocado. En aquella sala nadie era ingenuo. Sabían que el sello no era garantía, sino una oportunidad.

Sérguei avanzó entonces, rompiendo el círculo invisible que separaba a Dmitri del resto. Su voz fue suave, casi conciliadora.

—Acusar sin pruebas solo debilita la autoridad. El palacio necesita estabilidad ahora.

Algunos asintieron en silencio. El encierro, los rumores, los guardias en cada corredor... todo amenazaba con fracturar la delicada red de alianzas que sostenía el poder.

Dmitri lo miró sin parpadear.

—Mi padre fue envenenado en su propia sala.

Las palabras no fueron pronunciadas con ira, sino con una claridad que resultaba más cortante que cualquier grito. No hablaba de inestabilidad. Hablaba de ofensa.

Sérguei, padre de Milena, sostuvo la mirada del amante de su hija un instante más de lo prudente antes de inclinar la cabeza, como si ofreciera una reflexión inocente.

—Y ha sobrevivido. ¿Gracias a qué...? ¿A su zarevna?

Sérguei, padre de Milena, dejó que la pregunta flotara lo suficiente para que todos comprendieran su alcance. Dmitri no respondió de inmediato. No alzó la voz ni golpeó la mesa. Se tomó el tiempo de recorrer la estancia con la mirada, deteniéndose en cada rostro como si los estuviera archivando en su memoria para un uso posterior. Los boyardos, apiñados en aquella sala lateral, sintieron el peso de esa observación más que cualquier grito.

Cuando habló, lo hizo con tranquilidad.

—¿Estáis insinuando —preguntó al fin— que yo he atentado contra mi propio padre?

No buscó el asentimiento colectivo. Sus ojos se clavaron en Serguéi Mijáilovich Vorontsov, sin importarle que fuera el padre de la mujer que llevaba su hijo en el vientre. El resto dejó de existir.

El silencio se prolongó lo suficiente para volverse incómodo. Algunos carraspearon. Otros evitaron cruzar miradas. Nadie quiso ser el primero en romperlo.

Dmitri inclinó levemente la cabeza, como quien concede una segunda oportunidad antes de dictar sentencia.

—O quizá —añadió— que mi esposa lo ha hecho.

La palabra esposa no llevó afecto alguno. Sonó a cláusula, a linaje, a contrato sellado ante Dios y ante una ley que iba más allá de lo que Sérguei y Yevdokia habían planeado con Milena.

—Ambos somos descendientes legítimos de la Casa Vasíliev —continuó—. Ambos poseemos sangre suficiente para reclamar lo que

haga falta. ¿Es eso lo que os inquieta?

Nadie respondió. La acusación no había sido formulada de manera abierta, pero estaba allí, palpitando entre los hombres como un animal acorralado. Dmitri avanzó un paso, sin romper la compostura.

—Si hubiera querido el trono —prosiguió, frente a frente con Sérguei, cubriéndolo con su sombra— no habría elegido el vino. Ni habría esperado a que media corte estuviera presente. Habría elegido un método que no dejara testigos... ni rescates milagrosos.

Las palabras no fueron pronunciadas con orgullo ni desafío, sino con la naturalidad de quien expone un hecho obvio. Aquello fue lo que heló a varios de los presentes. No estaban ante un hijo ofendido, sino ante un estratega.

Un par de boyardos bajaron la mirada. Borís no lo hizo.

Sostuvo los ojos de Dmitri apenas un instante más de lo prudente.

Ahí estuvo el segundo error.

Dmitri lo vio. Y sonrió.

No fue una sonrisa amplia ni amable; una curva en la comisura del labio, casi imperceptible, como si acabara de descubrir una costura mal disimulada.

—Que quede claro —dijo finalmente para todos—. Cualquier hombre que vuelva a sugerir que la sangre del zar se ha traicionado a sí misma... responderá por ello.

No necesitó especificar cómo. En el Kremlin, las consecuencias no se debatían; se ejecutaban.

La declaración no fue un arrebato. Fue una nota registrada en un libro que todos sabían que existía, aunque nadie lo hubiera visto jamás. En aquel momento, los boyardos comprendieron que el encierro decretado al alba no era una medida desesperada, sino el inicio de una depuración metódica.

A lo lejos, las campanas del mediodía comenzaron a sonar. El zar vivía. Y su heredero acababa de demostrar que tampoco estaba dispuesto a morir políticamente.

Cuando Dmitri dio por terminada la reunión, nadie discutió. Salieron uno por uno, más conscientes que nunca de que el peligro

los acechaba a todos.



Yevdokia había pedido quedarse a solas con su esposo con la dignidad herida de una esposa que reclama lo que es suyo ante la corte. Vanora no discutió. Inclinó la cabeza, blanca como la nieve bajo la luz que entraba por las troneras, y abandonó la cámara del zar sin mirar atrás.

El pasillo estaba frío y apenas iluminado por antorchas que chisporroteaban contra los muros de piedra. Fue allí donde vio a Borís Andréievich avanzar escoltado por dos guardias. No llevaban las manos sobre él; no era un prisionero, al menos no todavía. Caminaba erguido, las manos entrelazadas a la espalda, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, como si repasara en silencio una partida que aún no había concluido.

No parecía asustado.

Parecía pensativo.

Un hombre inocente teme. Un hombre culpable calcula. Y un hombre que cree haber vencido deja escapar, tarde o temprano, una sombra de satisfacción.

Borís no sonreía.

Pero tampoco sudaba.

Vanora comprendió entonces algo más perturbador que el propio veneno. Aquello no había sido un golpe desesperado. No había sido torpeza ni ambición precipitada. Había sido una estrategia calculada durante mucho tiempo.

Se deslizó tras ellos cuando los guardias giraron hacia la galería oriental. Nadie reparó en su presencia; era parte del palacio como los tapices y las piedras. Su piel pálida destacaba bajo la penumbra, pero su paso era ligero. Había aprendido a moverse sin anunciarse.

Los siguió hasta una sala menor, cercana a los aposentos de las damas jóvenes. Las puertas no se cerraron del todo. Desde la penumbra del corredor, Vanora vio cómo los guardias se detenían a

cierta distancia, obedeciendo una orden murmurada. Borís no entró solo.

Irina lo aguardaba.

La muchacha, vestida de azul oscuro, tenía el rostro tranquilo, demasiado tranquilo para una hija cuyo padre podía ser señalado en el consejo. No hubo abrazo ni dramatismo. Solo una cercanía natural entre ellos. Borís inclinó la cabeza hacia ella, y en un movimiento rápido, casi invisible, deslizó algo desde la manga hasta la mano de su hija.

Un frasco pequeño.

De cristal oscuro.

Irina lo ocultó en el pliegue del cinturón con naturalidad ensayada.

Vanora sintió que el mundo se estrechaba alrededor de esa imagen. Borís había sido durante años su consejero más leal. El hombre que susurraba prudencia cuando otros pedían guerra. El hombre que la había defendido siempre ante rumores maliciosos. El hombre en quien incluso ella había confiado.

Eso era lo más insoportable.

Avanzó entonces, dejando que sus pasos resonaran deliberadamente sobre la piedra. Padre e hija se giraron al unísono.

—Interesante lugar para un encuentro familiar —dijo Vanora con voz aguda, de esas que penetran en el cuerpo.

Irina palideció. Borís no.

Sus ojos marrones se pusieron sobre ella con una calma casi afectuosa.

—Mi zarevna —respondió él—, el Kremlin es un lugar pequeño para quienes no tienen nada que ocultar.

Vanora dio un paso hacia él.

No hacia Irina.

Hacia él.

—¿Cómo has podido? —preguntó.

—Os lo advertí —respondió él sin apartar la mirada—. El día que llevasteis a Elyana a mi casa. Os hablé de lo que se acercaba. De lo que debe ocurrir.

Vanora sintió que algo le atravesaba el pecho. —Hablaste de convertirme en zarina. No de envenenar al zar.

—Hablé de supervivencia —corrigió Borís con suavidad—. Y la supervivencia no siempre es limpia. No podemos permitir que Rusia vaya otra vez a la guerra, mi zarevna.

Irina permanecía inmóvil, pero sus dedos temblaron un segundo antes de volver a quedarse quietos. Vanora lo miró con incredulidad.

—¿Sabes lo que has hecho? —dijo—. ¿Sabes lo que están diciendo ya en los corredores? Creen que fui yo. Creen que conocía el veneno. Que lo supe demasiado pronto y que es demasiada casualidad que yo sea la cura.

Borís ladeó la cabeza.

—Y aun así ofrecisteis vuestra sangre. No soy culpable de vuestra debilidad, mi zarevna. Habríais podido ser zarina hoy mismo. Aun así —repitió—, os colocasteis entre la muerte y el trono. ¿Comprendéis lo que eso significa?

Vanora dio otro paso. Más cerca.

—Significa que podrían matarme por ello. Me pusiste a prueba, ¿es eso?

—No os harán nada, mi zarevna. Vuestro esposo parece tener la misma absurda lealtad hacia vuestra casa que vos, él os protegerá. No os preocupéis, me encargaré de que salga un culpable. y vos quedaréis como la auténtica e indiscutible salvadora. Os sigo siendo leal, mi zarevna. Os he ayudado a consolidar vuestro lugar en el Palacio.

Sus palabras no eran defensa. Eran cálculo.

—Hoy habéis salvado al zar —continuó—. Ante testigos. Ante su esposa. Ante su hijo. Ante Dios. Nadie os expulsará del Kremlin después de esto. Nadie podrá llamaros intrusa ni extranjera ni reliquia incómoda.

Vanora lo miró como si lo estuviera viendo por primera vez.

—¿Has perdido el juicio?

—Al contrario —dijo él—. Lo he encontrado.

Irina alzó la vista hacia Vanora por primera vez. No había culpa en sus ojos. Solo determinación. Borís dio un paso más cerca, bajando la voz.

—Podríais haber sido zarina cuando Iván cayera. Lo sabéis. Yo lo sabía. Pero no quisisteis empujar. No quisisteis elegir y ahora podéis ser una zarevna indiscutible. No os he afectado en nada, solo dejadme actuar. Lo hice por vos —continuó Borís—. Para obligaros a elegir. Para elevaros sin que pudierais retroceder. Ahora estáis unida al zar por sangre. No por matrimonio. Por supervivencia. Y eso nadie podrá borrarlo.

Vanora sintió un frío profundo recorrerle la espalda.

—¿A qué juegas, Borís?

—A lo mismo que siempre —respondió—. A que Rusia no se desmorone. A que el poder no quede en manos de quienes solo saben heredarlo, pero no utilizarlo.

La mirada de Vanora se endureció. —¿Y crees que puedes decidir eso por todos?

—No —dijo él—. Creo que alguien debe hacerlo.

Irina dio un pequeño paso atrás, como si comprendiera que aquella conversación había cruzado un punto sin retorno, y los tres lo sabían. Vanora bajó la mirada un segundo, cuando volvió a alzar los ojos, la incredulidad había desaparecido.

Había algo peor.

Irina habló entonces, y su voz no tembló.

—Elyana está en nuestra casa. Fuera de estas murallas, nuestros hombres tienen órdenes de que si nosotros no regresamos, Elyana tampoco siga con vida.

Las palabras cayeron con la precisión de una hoja afilada. No había rabia en ellas, ni orgullo. Solo la misma estrategia que su padre había trazado para ambos.

Vanora no se movió. Durante un instante, el mundo pareció reducirse al latido que golpeaba en su garganta. Imaginó a la niña, el cabello oscuro recogido con cintas sencillas, los ojos demasiado grandes para su edad, confiando en manos que ahora se revelaban como traidoras. Elyana, su niña protegida, su debilidad.

Borís observó el rostro de Vanora con atención, como si quisiera medir la fractura que aquellas palabras podían abrir en ella. No apartó la vista cuando el color abandonó sus mejillas. —Era

necesario —dijo al fin él, sin elevar la voz—. Si caemos, no podemos permitir que otros salgan impunes.

Vanora avanzó despacio hacia Irina. No la tocó, pero la cercanía fue un gesto de dominio.

—¿La mataríais para preservar vuestra estrategia?

Irina sostuvo su mirada. Bajo la disciplina había algo casi devoto, una lealtad que no admitía grietas. —La protegeremos mientras todo siga según lo previsto.

Vanora comprendió la trampa semántica. "Mientras". Una palabra más letal que cualquier veneno.

—Y si no regresas —insistió—, ¿esa es tu idea de protección?

Borís intervino antes de que Irina respondiera. —Si no regresamos, significará que todo ha sido descubierto. Que Dmitri o Yevdokia han decidido purgar. En ese escenario, Elyana no tendría destino más cruel que el que le impondrían ellos mismos.

Vanora sintió una punzada de furia que no quiso disfrazar. Se volvió hacia Borís con lentitud.

—Hablas de ella como si fuera un objeto. Como si su vida pudiera doblarse y guardarse en un cofre hasta que os convenga.

—Hablo de la única forma que tenemos de impedir que muramos mientras ayudamos a los rusos a no ir a otra intrépida guerra.

Vanora dio un paso atrás. El suelo de piedra parecía más frío bajo sus botas. Comprendió entonces que Borís no había trazado una línea; la había borrado. Ya no distinguía entre sacrificio y salvación, entre protección y condena. Y, lo más inquietante, no dudaba.

—Habéis ido demasiado lejos —murmuró.

Borís la observó como si aquella acusación fuera irrelevante. —No existe un "demasiado" cuando el trono de Rusia está en juego.

Vanora sostuvo su mirada durante un largo instante. Pensó en el zar agonizando, en los boyardos calculando alianzas, en Dmitri aguardando el menor tropiezo. Pensó en Elyana, respirando tranquila sin saber que su destino pendía de las decisiones de los boyardos en el Palacio.

Cuando habló de nuevo, su voz fue baja y cortante.

—Si una sola hebra de su cabello resulta dañada por vuestra orden, no habrá murallas en Moscovia que os oculten de mí.

Borís no respondió. Permaneció inmóvil, Vanora sostuvo su mirada un instante adicional, buscando quizá una grieta, un resto de humanidad al que aferrarse. No encontró nada que no fuera cálculo.

Entonces se dio la vuelta.

Sus pasos resonaron sobre la piedra mientras abandonaba la estancia sin concederles el privilegio de verla quebrarse. Mantuvo la espalda erguida, la barbilla alta, el ritmo fuerte de quien ha aprendido a sobrevivir entre depredadores.

Solo cuando cruzó el umbral de la puerta y la oscuridad del pasillo la envolvió, permitió que el dolor de la traición descendiera sobre su pecho. Por primera vez en muchos años, tuvo que morderse el interior de la mejilla para contener las verdaderas ganas de llorar. No lo habría esperado de Borís, no de él. Ni de su amable hija. No había nadie en quien confiar en ese Palacio, absolutamente nadie... salvo una persona.

CAPÍTULO 16

El primer sacrificio

Iván no volvió a caer, y esa persistencia empezó a inquietar de verdad a todos. El veneno seguía recorriéndole la sangre como una maldad obstinada, pero ya no lo dominaba. Permanecía en el lecho por orden del lekár, que insistía en reposo y decocciones amargas, no porque su cuerpo estuviera derrotado. El verano de 1581 envolvía el Kremlin con un calor espeso que se filtraba por las troneras, impregnando las piedras y la ropa con un olor agrio a sudor y cera derretida. Aun así, el zar no parecía un hombre vencido.

La piel conservaba una palidez enfermiza, los labios aún mostraban el rastro oscuro del mal reciente, pero en sus ojos había regresado la dureza que había hecho temblar principados enteros. No hablaba mucho. No hacía falta.

Escuchaba.

La cámara se había convertido en el centro invisible del poder. Los ventanales altos dejaban entrar una luz blanca y despiadada que no conseguía suavizar la atmósfera cargada por hierbas machacadas y sangre seca. Boyardos, consejeros y sirvientes entraban y salían con prudencia medida, conscientes de que cada palabra podía quedar grabada en la memoria del hombre que yacía entre cojines bordados.

Cuando un zar guardaba silencio después de un intento de asesinato, los hombres empezaban a repasar lo que dijeron, lo que callaron y a quién miraron mientras el vino corría en las copas. Los brindis se volvían sospechosos. Las risas, imprudentes. Los gestos, traicioneros.

Dmitri acudía con regularidad, inclinando la cabeza ante el lecho y exponiendo los asuntos del palacio con calma. Iván no lo

interrumpía. Lo observaba. Esa observación era suficiente para que el heredero midiera cada sílaba. Yevdokia permanecía cerca del icono, murmurando plegarias, pero su atención regresaba una y otra vez a Vanora, como si buscara en ella una señal que justificara lo que muchos empezaban a pensar.

Vanora no abandonaba mucho la habitación.

No por devoción.

Por vigilancia.

Se mantenía cerca del lecho, en un lugar que no le pertenecía por derecho, pero que nadie se atrevía a disputarle después de lo ocurrido. Vestía de oscuro pese al calor, el cuello descubierto, la espalda recta. No necesitaba recordar a nadie que había ofrecido su sangre; el rumor de aquel acto se había extendido por el Kremlin con más rapidez que cualquier orden oficial.

Una tarde, cuando el sol caía con violencia sobre las cúpulas doradas y el sudor perlaba las sienes de los guardias, Iván giró el rostro hacia ella sin aviso. Sus pupilas ya no estaban empañadas. Eran verdes y despiertas, capaces de atravesar la piel y encontrar la mentira bajo la carne.

Extendió la mano con lentitud y sus dedos rodearon la muñeca de Vanora, allí donde la herida de días atrás aún mostraba una línea rojiza.

No fue una caricia.

Yevdokia lo vio. Dmitri también.

El zar habló con voz áspera, pero clara.

—Quiero los nombres de todos los que estuvieron presentes cuando bebí.

No elevó la voz. No necesitaba hacerlo.

Dmitri asintió sin discutir. Yevdokia inclinó la cabeza. En la estancia nadie respiró con libertad hasta que el heredero salió a cumplir la orden.

Iván no soltó de inmediato la muñeca de Vanora. Sus dedos apretaron apenas un instante más, lo suficiente para que comprendiera que la mantenía cerca no solo por gratitud. Luego cerró los ojos, no para descansar, sino para oír mejor.

A media tarde, cuando el calor del verano se pegaba a la piel como una segunda túnica, Vanora se había retirado a una galería lateral lejos de los aposentos del zar. Las paredes de piedra conservaban algo de frescor, y Yelena le vertía agua perfumada con menta sobre las muñecas y la nuca, secando después la humedad con un paño de lino fino. El cabello de Vanora caía suelto sobre la espalda, más oscuro bajo la luz dorada que entraba oblicua por las ventanas altas.

No esperaba visitas.

Dmitri entró sin anunciarse, sin importarle que ella estuviera desnuda.

La puerta golpeó contra el muro con un sonido seco. Yelena dio un respingo, pero no gritó. Dmitri cerró tras de sí sin apartar la mirada de Vanora.

No parecía alterado.

Parecía despiadado.

—Sal —ordenó Vanora sin volverse —Yelena dudó un instante—. He dicho que salgas.

La muchacha dejó el paño sobre la mesa baja y se retiró con la cabeza inclinada. La puerta volvió a cerrarse, esta vez con suavidad. Dmitri avanzó un par de pasos. La luz del atardecer marcaba las líneas duras de su cara.

—Han muerto dos hombres esta mañana —dijo.

Vanora no preguntó cuáles. Se limitó a tomar el extremo de su cabello y escurrir el agua entre los dedos.

—El lacayo que sirvió el vino... y el guardia que lo custodiaba.

Eso cambió algo en su expresión. No miedo. Comprensión. No era limpieza.

Era ocultación.

—¿Por orden tuya? —preguntó ella, girándose al fin hacia él con un paño por encima de su cuerpo.

Dmitri sostuvo su mirada.

—No.

Y eso era peor.

Si no había sido él, alguien más estaba cerrando bocas con rapidez... y ella ya sabía quién.

Dmitri se acercó otro paso.

—Han encontrado el frasco —añadió, como si la frase le pesara en la lengua—. En las estancias de Serguéi Mijáilovich —Hubo un silencio breve, cargado de implicaciones. Serguéi. Padre de Milena. Padre de la mujer que llevaba el hijo de Dmitri en el vientre. Dmitri no apartó los ojos de Vanora mientras hablaba—. Oculto en un arcón pequeño. Con restos del mismo compuesto.

—¿Y crees que es suyo? —preguntó Vanora con esa voz tan suya, tan etérea, esa voz que gritaba inocencia sin serlo.

Dmitri dejó escapar una exhalación contenida.

—Creo que es muy conveniente, ¿no te parece?

Vanora dio un paso hacia él, el cabello aún húmedo, la piel perfumada por la menta.

—¿Conveniente para quién?

Dmitri la miró con una intensidad que no era solo política.

—Para alguien que necesita un culpable rápido. Para alguien que sabe cómo se mueve el palacio —Sus ojos se oscurecieron—. Sé que ha sido Borís —La afirmación no buscaba asentimiento—. Solo no lo delato —continuó— porque si lo arrastro ante mi padre... tú caerás con él.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Vanora no retrocedió. —Ten cuidado con lo que insinúas.

Dmitri cruzó la distancia que los separaba en dos pasos. La tomó por el cuello, no con violencia descontrolada, sino con una presión muy bien medida sobre su yugular. Sus dedos se cerraron sobre la piel húmeda, justo bajo la mandíbula.

No apretó lo suficiente para herir.

Sí lo suficiente para recordar quién era él.

—Dime si fuiste tú —dijo en voz baja—. Dímelo ahora. Y decidiré qué hacer. ¿Querías matarlo? No lo creo —esbozó una sonrisa cínica —. Tú y padre sois demasiado leales a la Casa Vasíliev de Zmeygorod para traicionarla de esta manera tan vulgar. Sois parte del mismo linaje, de la misma historia. No os destruiríais así como conspiradores vulgares. Si alguna vez os enfrentáis... será de frente... ¿Querías asegurar tu sitio dándole tu sangre? ¿Era eso? Porque si es lo que no quiero pensar, Vanora, si en realidad todo

esto es una jugada para acusarme a mí de traición y apartarme del trono, entonces no estaríamos hablando de veneno ni de lealtad —su voz descendió un grado, más oscura—. Estaríamos hablando de guerra. Y en una guerra así no habría marido, ni sangre compartida, ni Casa Vasíliev de Zmeygorod que te protegiera. Solo quedaría uno en pie.

Vanora sostuvo su mirada sin apartarse, sintiendo el pulso golpearle en la garganta bajo la presión de los dedos de Dmitri. No intentó zafarse. Tampoco agachó la cabeza.

—¿Crees que soy tan torpe? —susurró.

Dmitri no retiró la mano. —Creo que eres capaz.

No había furia en su voz, sino algo más peligroso: convicción. La galería permanecía en silencio, aislada del murmullo del palacio. El agua perfumada aún resbalaba por la piel de Vanora, mezclándose con el calor del verano que se filtraba por las piedras.

—Si lo hice —murmuró ella, sin apartar los ojos—, ¿me matarías?

Los dedos de Dmitri se tensaron apenas un instante más, lo suficiente para recordarle que él no era un hombre al que se pudiera provocar sin consecuencias.

No era una amenaza vacía. Vanora lo observó con atención. Dmitri sospechaba de Borís, sí. Pero también de ella. Y esa doble sospecha la obligó a callar.

Podía pronunciar el nombre de Borís. Podía revelar lo que sabía, descargar sobre otro el peso que comenzaba a caer sobre sus hombros. Pero si lo hacía, si Dmitri comprendía que el movimiento había sido pensado para fortalecer su posición junto al zar, volvería a mirarla como una rival directa. No confiaba en él. No del todo.

Alzó el mentón con lentitud. —No fui yo.

No añadió juramentos. No invocó a Dios ni apeló al linaje. Solo esa frase. Dmitri la examinó durante un largo momento, buscando fisuras, contradicciones, un parpadeo que delatara culpa. No encontró nada. Finalmente aflojó la presión y retiró la mano con una brusquedad que dejó una marca rojiza sobre su piel.

—Si Borís cae, arrastrará a todos los que haya tocado —Sus ojos descendieron al cuello de ella, donde aún se marcaba el rastro de sus dedos—. Incluida tú.

No hubo réplica inmediata. Solo un silencio que selló lo que ninguno de los dos estaba dispuesto a confesar: no eran aliados absolutos, tampoco enemigos declarados. Caminaban sobre la misma cuerda, pero no se sostenían el uno al otro.

Dmitri se giró hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo un segundo sin girarse.

—Haz algo con tu consejero.

La puerta se cerró tras él.



La ejecución no se anunció.

Se organizó.

Al amanecer siguiente, cuando el calor aún no había empezado a aplastar el aire sobre las murallas del Kremlin, Serguéi Mijáilovich fue sacado de sus estancias sin gritos ni ceremonia. No lo arrastraron. No hizo falta. Caminó por su propio pie, escoltado por cuatro guardias, la espalda recta, el rostro pálido pero firme.

Los rumores habían corrido más rápido que las órdenes.

El frasco encontrado.

El lacayo muerto.

El guardia silenciado.

Demasiadas coincidencias. Demasiada prisa.

El patio interior estaba casi vacío cuando lo llevaron allí. Dmitri aguardaba de pie, sin capa, sin insignias de guerra, solo con la espada al cinto. No había consejo. No había juicio público.

Había necesidad de un culpable.

Milena llegó corriendo antes de que nadie pudiera detenerla.

No llevaba velo.

No llevaba dignidad.

Solo llevaba el miedo.

—¡No! —su voz se quebró antes de llegar a él—. Dmitri, no... mi zarévich... no puede ser... Sabéis que mi padre es inocente.

Los guardias intentaron apartarla, pero él levantó la mano.

Milena cayó de rodillas ante él, el vientre visible bajo la tela del vestido. Sus manos temblaban al aferrarse al borde de la túnica de Dmitri.

—Mi padre no haría esto... no contra el zar... no contra vos...

Dmitri no la miró de inmediato. Observó primero a Serguéi. El hombre no suplicó. No bajó la cabeza ni gritó inocencia; sus seis hijos varones y su esposa se habían despedido de él en la habitación.

Finalmente, Dmitri bajó la vista hacia Milena.

Su expresión no fue cruel. Fue peor. Fue fría; como general del ejército ruso e hijo del zar tenía la obligación de dirigir la ejecución mientras su padre seguía recuperándose en la cama.

—Tu padre fue hallado con el veneno en sus aposentos.

—¡Es mentira! ¡Es una trampa! ¡Y lo sabéis!

—Quizá —respondió Dmitri con una calma insoportable—. Pero el zar estuvo a punto de morir. Y alguien debe responder por ello.

Milena se aferró más fuerte a su túnica. —Por favor... por nuestro hijo...

Ahí sí la miró.

—Precisamente por tu hijo sigues respirando —dijo en voz baja, para que solo ella lo oyera—. Si no llevaras mi sangre en el vientre, estarías de rodillas junto a él.

El golpe fue más brutal que cualquier bofetada. Milena se quedó inmóvil.

Dmitri dio un paso atrás, liberándose de su agarre.

—Da gracias de que no te acuse de conspiración. —Su voz subió lo justo para que los presentes lo oyeran—. En otros tiempos, la familia de un traidor compartía su destino. De ahora en adelante, solo te asegurarás de que mi hijo nazca sano. Nuestra relación está terminada.

Serguéi alzó la vista hacia su hija por primera vez. No hubo disculpa en sus ojos. Solo dolor. —No mires —le ordenó.

Ella no obedeció. La espada del verdugo no cayó con violencia innecesaria. Fue un movimiento limpio y sin espectáculo.

Cuando el cuerpo tocó el suelo, el sonido fue más leve de lo que cualquiera había imaginado.

Milena no gritó.

El silencio que salió de su garganta fue peor. El verdugo limpió la hoja con un paño que le tendió un guardia.

Dmitri no miró el cuerpo. No miró a Milena. Miró hacia las galerías superiores. Sabía que alguien estaba observando.

Vanora estaba allí.

Dmitri permaneció de pie, inmóvil, sin expresión alguna que traicionara lo que acababa de hacer. El cuerpo aún yacía en el patio, la sangre oscureciendo las losas bajo el sol implacable del verano, y el murmullo de los presentes se había extinguido. No había júbilo, ni horror manifiesto. Solo comprensión.

Sostuvo la mirada de Vanora apenas un segundo.

Fue suficiente.

El mensaje no necesitó palabras: he protegido tu nombre, pero no confundas eso con lealtad.

Después se giró hacia los hombres que aguardaban órdenes, boyardos y guardias con el pulso contenido, expectantes ante la dirección que tomaría aquel acto.

—Que se anuncie —dijo con voz clara—. El traidor ha sido ajusticiado. El zar vive. Rusia no tolera venenos en su mesa.

La frase descendió sobre el patio como una sentencia. No mencionó el nombre de Serguéi Mijáilovich, pero todos lo habían visto caer. Todos habían comprendido que el hallazgo del frasco en sus estancias había bastado para terminar con la cacería.

Los guardias avanzaron y retiraron el cuerpo con movimientos rápidos y eficientes. No hubo ceremonia, ni plegarias públicas. Solo el poder corrigiendo una amenaza.

Milena quedó sola en el centro del patio, arrodillada sobre la piedra caliente. Sus manos estaban manchadas de polvo y de sangre que no era suya. Su vestido claro se había ensuciado al caer, y el cabello, suelto, le cubría parcialmente el rostro. No lloraba. No gritaba. La conmoción había reemplazado cualquier arrebato.

Comprendía.

Demasiado tarde, que el hijo que llevaba en el vientre no la protegía por amor. No la había salvado por compasión. La había preservado porque resultaba útil. Porque una mujer encinta de la sangre del heredero era un recurso que todavía podía emplearse.

La mirada de Dmitri no regresó a ella ni un solo segundo.

Ya había tomado su decisión.

En los corredores, la noticia comenzó a propagarse con la velocidad de un incendio. El traidor había sido castigado. El zar vivía. El orden volvía a establecerse. La narrativa estaba construida antes de que la sangre terminara de secarse y las puertas del Kremlin volvían a abrirse.

Desde las sombras de una galería superior, Borís observaba sin cambiar el gesto. No sonreía. Tampoco apartaba la vista. La ejecución había sido rápida, necesaria... y costosa.

Serguéi Mijáilovich no había sido un necio ni un traidor en el sentido más simple de la palabra. Había sido leal durante años. Leal a la Corona. Leal al orden. Pero en los últimos meses su lealtad había empezado a inclinarse con demasiado peso hacia Yevdokia. Y un hombre que se convierte en el sostén político de una zarina se transforma en un problema.

Además, estaba el otro detalle.

El hijo que Milena llevaba en el vientre.

El nieto de Serguéi.

Un futuro posible heredero, protegido no solo por sangre, sino por ambición. Serguéi había empezado a hablar como si el porvenir ya le perteneciera. Como si su linaje estuviera destinado a consolidarse en el trono a través de su hija.

Eso lo había vuelto peligroso.

No por lo que había hecho.

Sino por lo que podría hacer.

Borís no disfrutaba sacrificando piezas útiles, pero comprendía cuándo una pieza amenazaba con convertirse en reina y él había necesitado un culpable visible. El frasco puesto por sí mismo en las estancias de Serguéi había sido una solución limpia, inmediata, imposible de ignorar.

Demasiado conveniente.

Demasiado eficaz.

Borís apoyó las manos en la balaustrada de piedra y observó cómo retiraban el cuerpo del patio. No había satisfacción en su mirada. Solo aceptación. La partida avanzaba.

Sérguei se había vuelto demasiado visible.

Y en el Kremlin, la visibilidad era una forma lenta de condena.

La Casa Vasíliev de Zmeygorod seguía en pie, pero el precio de sostenerla comenzaba a cobrarse en vidas. Dmitri había demostrado que podía proteger... y sacrificar con la misma facilidad.

La verdadera guerra no había comenzado con espadas desenvainadas ni con ejércitos en el campo. Había comenzado con decisiones tomadas a plena luz del día.

Con nombres boyardos pronunciados y otros silenciados.

Y el primer sacrificio ya había sido aceptado.

CAPÍTULO 17

Sangre y Fuego

La ejecución no devolvió la calma al Kremlin.

La volvió disciplinada.

El palacio dejó de murmurar en voz alta. Los criados caminaban pegados a los muros, como si la piedra pudiera absorber cualquier palabra imprudente. Los boyardos evitaban reunirse en grupos numerosos y las risas desaparecieron de las galerías. Incluso el sonido de las botas sobre los pasillos parecía más discreto.

Las puertas se cerraban al anochecer, aunque durante el día permanecían abiertas bajo una vigilancia implacable. Nadie cruzaba los accesos sin autorización sellada. Los registros eran constantes. Cada nombre quedaba anotado. La sangre de Serguéi no había apagado el miedo.

Lo había ordenado.

Iván ya no descansaba en el lecho. Habían pasado semanas y el zar había regresado al centro del poder sin ceremonia alguna. El veneno dejó una palidez más marcada en su rostro y una sombra leve bajo los ojos, pero no había debilidad en su porte. Caminaba con paso seguro, hablaba poco y escuchaba mucho.

Aquella mañana estaba en el patio de armas.

De pie. Entrenando.

Frente a él, Máksim sostenía la espada con la precisión de siempre. No era un hombre de intrigas ni de consejos. Era hierro y disciplina.

Iván atacó primero.

No con rabia, sino con la verdadera intención de devolverle a su cuerpo la fuerza que necesitaba. El choque del acero resonó contra los muros del Kremlin. Un golpe seco. Otro más rápido. Máksim

retrocedió medio paso, ajustando la guardia. Iván avanzó sin apremio, giró la muñeca y desarmó al maestro con un movimiento limpio, exacto, incontestable.

Desde la galería superior, varios boyardos observaban en silencio. Dmitri estaba entre ellos. No descendió al patio. No aplaudió. No habló.

Pero miraba.

Iván recogió la espada caída y se la devolvió a Máksim sin ceremonia. No hubo felicitaciones ni advertencias. No eran necesarias. El mensaje estaba inscrito en el gesto: seguía siendo el hombre más peligroso del recinto.

Y, aun así, algo había cambiado.

Iván escuchaba más de lo que hablaba. Las audiencias eran breves y precisas. Las órdenes, cortas. Firmaba decretos sin explicaciones innecesarias. Observaba a cada hombre que entraba en la sala, como si midiera no solo sus palabras, sino el espacio que ocupaban al pronunciarlas.

Siempre observaba.

Dmitri, por su parte, comenzaba a moverse con una autonomía creciente. Reasignaba guardias bajo el pretexto de eficiencia. Revisaba informes antes de que llegaran al despacho del zar. Sostenía conversaciones privadas con capitanes jóvenes, hombres sin alianzas antiguas.

No desafiaba a su padre. Pero ensanchaba su presencia.

Eso incomodaba a Yevdokia. La zarina mantenía la compostura en el consejo, pero su mirada se detenía demasiado tiempo en el hijo de su esposo cuando este hablaba sin solicitar primero la aprobación del zar. No protestaba. No era necesario. El desagrado se manifestaba en pausas demasiado largas y en dedos que apretaban el rosario con excesiva fuerza.

Vanora veía lo que otros fingían no notar. Dmitri no había acusado a Borís. No lo protegió públicamente, pero tampoco lo entregó. No pidió destierro ni interrogatorio formal. Permitió que continuara ocupando su lugar en el consejo.

El mensaje llegó sin ornamento alguno: el zar la requería. Ahora. No hubo explicaciones ni urgencias aparentes.

Vanora descendió por el corredor oriental del Kremlin sin escolta. El verano había dejado el calor atrapado entre los muros, y las piedras antiguas desprendían un olor áspero, mezcla de polvo y sudor viejo. Notaba las miradas de los guardias a su paso; no eran curiosas, sino evaluadoras. Después del veneno y de la ejecución, nadie cruzaba aquellos pasillos sin ser pesado en la balanza del recelo.

Las puertas de las estancias privadas de Iván se abrieron sin anuncio. No había boyardos reunidos ni consejeros susurrando tras las columnas. Tampoco estaba Yevdokia. Solo él.

El zar estaba de pie junto a la ventana alta. No llevaba corona ni capa; la camisa abierta en el cuello dejaba ver la palidez que el veneno aún no había borrado del todo. Parecía más delgado, como si la enfermedad hubiese limado lo superfluo y dejado al descubierto lo esencial. No se giró cuando ella entró.

—Cerrad, zarevna.

Vanora obedeció. El pestillo cayó con un chasquido seco.

—Borís no es tan inteligente como cree —Iván habló como quien retoma un asunto ya iniciado.

Ella se mantuvo a una distancia prudente, la espalda recta, las manos unidas frente al cuerpo. No respondió.

El zar giró entonces el rostro. Sus ojos verdes estaban despiertos, limpios de cualquier rastro de debilidad. En ellos no quedaba sombra de convalecencia, solo estrategia.

—El veneno no era para matarme —añadió—. Era lento. Lo bastante fuerte para debilitarme, no para acabar conmigo. Lo bastante teatral para que hubiese testigos. Y lo bastante preciso para permitir un rescate —Avanzó un paso—. Y lo hubo —Vanora sostuvo su mirada. —Un mártir rápido, un culpable conveniente... y

una salvadora —continuó él. Sus ojos descendieron hasta la línea rojiza que aún marcaba la muñeca de ella—. Oportuna.

—¿Insinuáis que fui parte del plan, mi zar? —preguntó Vanora.

Iván ladeó la cabeza.

—Insinuar es cosa de hombres inseguros.

Se acercó hasta quedar a un paso de ella. No la tocó aún, pero su presencia se impuso.

Iván no necesitaba tocar para dominar el espacio. Era alto, más de lo que la mayoría recordaba cuando lo veían sentado en el trono, y su cuerpo tenía la firmeza de un hombre que había cabalgado bajo la nieve y dormido con una espada al alcance de la mano. El veneno lo había afinado, no debilitado; le había esculpido el rostro hasta dejarlo en ángulos definidos, casi peligrosos.

Su cabello oscuro caía ligeramente sobre la frente, rebelde, como si incluso el protocolo se negara a domesticarlo. La luz de la tarde delineaba sus pómulos altos y la línea severa de su mandíbula, marcada por una sombra de barba que no era descuido, sino estilo propio. Nada en él parecía blando. Nada parecía casual.

Y, sin embargo, eran sus ojos lo que desarmaba.

Verdes. No el verde amable de los prados, sino el de los bosques profundos, donde uno puede perderse sin querer salir. En ellos convivían la inteligencia y el instinto, la frialdad del estratega y la intensidad de un hombre que sentía más de lo que admitía. Cuando fijaba la mirada vertical en alguien, no parecía observarlo: parecía atravesarlo.

Su boca, firme y bien dibujada, rara vez se entregaba a una sonrisa completa. Pero cuando la comisura se elevaba, había en ese gesto una promesa peligrosa, íntima. El tipo de promesa que no se hace en voz alta.

No llevaba corona ni capa, y quizá por eso resultaba más devastador. Sin símbolos ni ornamentos, quedaba solo el hombre. El hombre que había sobrevivido a guerras, a traiciones, a intentos de asesinato, a conspiraciones palaciegas... y que seguía de pie.

Su presencia no era solo poder.

Era magnetismo.

Era la sensación de estar ante alguien que podía destruir reinos... o elegir no hacerlo.

—Quiero saber a qué estás jugando.

Vanora dejó pasar un instante antes de responder.

—No juego contra vos.

Iván soltó una exhalación breve, casi una risa sin alegría. Se acercó lo suficiente para que el calor de su cuerpo desplazara la distancia entre ambos.

—No me hables de lealtades en abstracto. Háblame de la verdad, Vanora —Su voz no se alzó, pero algo cambió en ella. Ya no era la del zar ante una súbdita—. Siempre he sabido que fue Borís. Incluso cuando Dmitri ejecutó a Serguéi. Creíais que no veía más allá del espectáculo. Que necesitaba un culpable inmediato. Que estaba cegado por la rabia —Su mandíbula se tensó—. No lo estaba. Solo te estaba protegiendo, Vanora. Como supongo que lo está haciendo Dmitri... porque no quiero pensar que ambos estáis contra mí —Sus ojos verdes se endurecieron—. Borís es ambicioso. Pero no es paciente. Y un hombre impaciente siempre deja huellas.

Entonces su mirada descendió lentamente hasta el collar que reposaba en el cuello de Vanora. La plata ennegrecida, discreta pero imposible de ignorar para quien supiera qué buscaba.

El emblema de la Casa Vasíliev de Zmeygorod.

Sus dedos no la tocaron, pero se detuvieron a un suspiro de la insignia. Alzó la vista de nuevo.

—Sé a quién perteneces. Siempre me has sido leal —continuó—. Incluso cuando creías que yo no lo veía. Incluso cuando dudabas de mí. Incluso cuando ejecuté a tu padre —Sus pupilas brillaron con algo más oscuro—. Y eso es lo que me inquieta —La distancia entre ellos desapareció por completo. No la tocó, pero la acorraló —Borís necesitaba forzarte a elegir —prosiguió—. Te colocó frente al trono... o frente a mí. Y elegiste salvarme a pesar de que sabías que serías señalada como posible culpable —No apartó los ojos de los suyos—. No lo hiciste por el imperio. Ni por Dmitri. Ni por esa nostalgia de tu casa caída. Lo hiciste porque no soportas que yo muera. ¿O me estoy equivocando y realmente eres su cómplice, Vanora?

Vanora sintió el peligro como una mano fría deslizándose por su espalda.

Sabía que muchos habían muerto por mucho menos: por una mirada mal sostenida, por una palabra fuera de lugar, por un susurro malinterpretado. Y el hecho de que Borís hubiera sido durante años su consejero más cercano, el hombre que le había jurado lealtad a ella antes que al propio zar, no la protegía. La condenaba.

Porque si Iván decidía ver traición donde había devoción... no habría defensa posible.

Él se movió y entonces la sujetó.

Sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca, justo donde el corte, apenas cicatrizado, seguía rojo contra la blancura casi luminosa de su piel. El lekár llevaba semanas tratando aquella herida, aplicando ungüentos, envolviéndola en vendas finas. Pero el contacto del zar no tuvo nada de delicado.

No apretó hasta doler pero apretó lo suficiente para recordarle que podía hacerlo.

Vanora contuvo el aliento.

El vestido que llevaba no ayudaba a sostener distancia alguna. Era un sarafán de seda pesada, teñido en un rojo profundo, bordado con hilos de plata que dibujaban motivos de granadas y águilas imperiales a lo largo del torso ajustado. Las mangas, amplias y largas, caían hasta rozar el suelo, forradas en brocado oscuro; cada movimiento suyo revelaba destellos dorados bajo la luz.

El escote no era indecente, pero el corte alto y ceñido bajo el pecho realzaba su figura con una intención casi insolente. Un fino cinturón de plata marcaba su cintura, y el tejido se abría en una caída pesada que seguía la línea de sus caderas antes de desplegarse hacia el suelo.

No era un atuendo para una niña asustada.

Era el vestido de una princesa que sabía el peso de su sangre.

Los ojos de Iván descendieron a la herida, luego al collar que reposaba sobre su clavícula. El contraste entre el metal oscuro y su piel era casi obsceno.

—Muchos han muerto por menos —murmuró él.

Su pulgar rozó el borde de la cicatriz, no con suavidad, sino con una precisión que la hizo estremecerse. No era dolor lo que buscaba. Era reacción y ella se estremeció como nunca lo había hecho.

—Y Borís... —añadió, alzando la vista hacia ella— ...ha sido demasiado fiel a ti.

La cercó contra la pared de piedra sin violencia, pero sin opción de retirada. Su cuerpo no la aplastó; simplemente ocupó todo el espacio disponible, anulando cualquier escapatoria.

—Si descubro que me has mentido —dijo en voz baja, más cerca de su boca que de su oído— no habrá juicio. No habrá consejo.

Su mano no abandonó la muñeca. La sostuvo, firme, como si marcara territorio.

—Y no te destruiré rápido.

La amenaza no era un grito. Era una promesa. Vanora alzó el mentón, obligándolo a mirarla a los ojos rojos, aunque su pulso golpeara con furia bajo la piel.

—Mi zar, Borís tiene a Elyana —confesó alterada por los latidos de su corazón, por el miedo y por el deseo que la consumían, sincerándose a pesar de no haberlo podido hacer con nadie, ni siquiera con su doncella Yelena—. Me está coaccionando con ella —susurró con su voz aguda contra los labios de él—. Mi zar, si algún día elijo ir contra vos, no será con burdos y vulgares movimientos, su sangre es demasiado preciada para mí como para ensuciarla.

Iván la observó como si evaluara no sus palabras, sino el temblor mínimo que recorría su respiración. Su otra mano ascendió, lenta, hasta detenerse en la curva de su cintura, justo donde el cinturón de plata abrazaba la seda roja.

—Entonces demuéstralo.

Vanora no pensó. O tal vez pensó demasiado rápido.

Sintió el abismo bajo sus pies —la sospecha, la amenaza, la herida aún roja en su muñeca, la posibilidad real de morir por un mal gesto— y, en lugar de retroceder, avanzó.

Le pasó los brazos alrededor del cuello.

Fue un movimiento brusco, decidido, impropio de una princesa prudente. Sus mangas bordadas en plata rozaron los hombros del zar, la seda roja aplastándose contra el negro sobrio de su camisa

abierta. Sus dedos blancos se entrelazaron en su cabello oscuro, deshaciendo cualquier resto de protocolo.

Iván rebufó, sorprendido.

No era un hombre al que se tocara sin permiso.

Su cuerpo se tensó al instante, como si estuviera a punto de apartarla. Sus manos se alzaron, quizá para separarla, quizá para empujarla lejos. Pero Vanora no le dio tiempo.

Lo besó.

No fue un roce calculado ni una súplica dulce. Fue un beso desesperado, casi feroz, nacido del miedo y del deseo más visceral. Sus labios buscaron los de él como si esa fuese la única verdad que podía ofrecerle. Como si en ese gesto se jugara su vida.

Iván se quedó inmóvil una fracción de segundo.

Y luego el deseo lo golpeó.

Lo odió.

Porque no quería aquello. No en ese momento. No cuando estaba tratando de decidir si debía castigarla o utilizarla. No cuando necesitaba verla como una pieza en el tablero y no como la única mujer capaz de desarmarlo.

Intentó apartarse. Gruñó contra su boca, un sonido bajo, áspero, más cercano a una advertencia que a una queja.

Pero no se apartó de ella.

Sus manos cogieron con fuerza su cintura, cerrándose sobre el cinturón de plata, apretando la seda roja contra su cuerpo como si necesitara sentir que era real. No le devolvió el besó de inmediato; primero la sostuvo, dominando el impulso, luchando contra él.

Porque sabía lo que significaba.

Si cedía, no sería el zar. Sería un hombre.

Y un hombre puede caer.

Pero le devolvió el beso, no con suavidad, sino con la misma intensidad que ella había iniciado. Sus labios respondieron con hambre contenida de muchos años, con rabia, con algo oscuro que llevaba demasiado tiempo negando. No había ternura. Había posesión.

Su mano subió desde la cintura hasta la nuca de Vanora, enterrando sus dedos llenos de cicatrices en el cabello blanco de esa

mujer, inclinándole el rostro para profundizar el beso, como si quisiera demostrar que, incluso en la rendición, el control era suyo.

Pero no lo era del todo. Porque el pulso que latía en su garganta no era el de un gobernante sereno.

Era el de un hombre consumido.

Y entre sus brazos, Vanora temblaba.

No era un temblor débil, sino el de algo demasiado vivo bajo una piel demasiado frágil. Su albinismo la hacía parecer casi irreal bajo la luz dorada que entraba por la ventana alta: la piel blanca como marfil recién tallado, tan fina que las venas azuladas insinuaban caminos secretos bajo la superficie; las pestañas pálidas, apenas visibles, enmarcando unos ojos rojos que parecían contener todo el fuego del infierno.

Contra él, el contraste era indecente.

La oscuridad de Iván —cabello, barba, mirada— hacía que ella brillara aún más, como si estuviera hecha de luna y él de hierro. La línea roja de la herida en su muñeca resaltaba con crudeza sobre su piel nívea, y el recuerdo de que aquella sangre había corrido para salvarlo atravesó al zar como un segundo veneno.

Compartían sangre ahora.

No por linaje.

Por supervivencia.

Vanora lo sintió también. Sintió el latido de él bajo sus manos, fuerte, obstinado, vivo gracias a ella. Y esa conciencia la sacudió con una intensidad casi pecaminosa. Era el padre del hombre al que había estado destinada. Su medio tío. Una frontera que la moral no cruzaba sin pagar un precio. Desde niña lo había amado en silencio, con esa devoción peligrosa que solo se tiene por figuras imposibles.

Y ahora lo sostenía.

Ahora su boca había reclamado la suya.

El pensamiento la hizo estremecerse más fuerte. No por miedo, sino por el peso de lo prohibido.

Iván subió su mano subió hasta su clavícula, rozando el collar de la Casa Vasíliev de Zmeygorod antes de deslizarse apenas por la piel expuesta del escote. El contacto era mínimo, pero suficiente para incendiar cada nervio.

Ella era tan pálida que cualquier marca quedaría grabada con facilidad.

Y él lo sabía.

Vanora cerró los ojos un instante, sintiendo el peso de todo lo que eran y lo que no debían ser. Sabía que aquello no era solo deseo. Era poder mezclado con necesidad. Era sangre compartida, secretos, años de miradas contenidas.

—Siempre os he amado —susurró ella, apenas audible.

No como se ama a un rey.

Sino como se ama a una condena.

Iván la miró como si aquellas palabras fuesen más peligrosas que cualquier traición política. Su respiración se volvió más profunda, menos controlada. Podía aplastarla contra el muro. Podía reclamarla y borrar cualquier duda.

O podía castigarla por hacerlo sentir humano.

Porque eso era lo insoportable. No el deseo.

Sino el hecho de que, entre todas las mujeres del Kremlin, solo aquella criatura de piel de nieve y sangre ardiente tenía el poder de quebrar su disciplina.

—Vanora —bufó él con fuerza, intentando apartarse de ella, pero ella lo apretó contra su cuerpo.

—Iván.

Vanora seguía aferrada a él, los dedos hundidos en su cabello oscuro, el pecho subiendo y bajando contra el suyo. Su piel pálida parecía brillar bajo la penumbra dorada de la estancia, cada estremecimiento visible, cada respiración era una confesión.

Iván cerró los ojos un instante al oír su nombre en sus labios.

Un gruñido bajo escapó de su garganta. No era negación; era lucha. La lucha de alguien que había pasado la vida dominando imperios y ahora tenía que dominarse a sí mismo.

Sus manos descendieron por su espalda, lentas, firmes, marcando la línea de su cuerpo a través de la seda del vestido. La presión no era suave. Era posesiva. Como si estuviera grabando en la memoria cada curva, cada temblor.

La empujó con firmeza hasta que su espalda tocó la piedra fría del muro. El contraste hizo que ella jadeara. Él inclinó la cabeza y

recorrió con los labios la línea de su mandíbula, descendiendo hacia el cuello blanco donde la sangre latía con furia.

Vanora tembló de nuevo, no de miedo, sino de conciencia.

Sus labios regresaron a los de ella, más lentos esta vez, más profundos. No había prisa; había necesidad. El beso ya no era lucha sino rendición compartida. Sus cuerpos se alinearon con una precisión casi brutal, y el calor entre ambos creció hasta volverse insoportable.

Iván rompió el beso lo suficiente para mirarla. —No pienso detenerme.

CAPÍTULO 18

El pecado de la Casa Vasíliev

Iván no le dio tiempo a responder.

Su boca descendió sobre la de ella no con prisa, sino con una devoción oscura, como si reclamara un territorio que siempre le había pertenecido. No era un beso. Era una proclamación.

Sus manos bajaron lentamente por la línea de su espalda, amplias, firmes, marcando la seda roja como si el tejido fuera un mapa y él supiera cada frontera antes de cruzarla. La curva de su cadera no fue un descubrimiento; fue una conquista esperada.

Vanora no retrocedió.

Se aferró a su cuello con una determinación casi sagrada. Sus dedos blancos se hundieron en el cabello oscuro del zar, no como súplica, sino como invocación. La diferencia entre ellos era indecente.

Él, hierro, guerra, invierno.
Ella, piel de nieve, sangre luminosa, criatura salida de una leyenda maldita. Cuando sus cuerpos se alinearon, no fue simple deseo. Fue un choque de fuerzas y algo en el cielo de Moscú cambió de color; este se tornó rojizo.

Iván la elevó sin esfuerzo, obligando a la seda roja a abrirse como una llamarada contra la piedra gris del Kremlin. La espalda de Vanora tocó el muro, pero fue él quien pareció incendiarse cuando ella lo rodeó con sus piernas.

Hambriento, su boca abandonó la de ella y descendió por la línea blanca de su cuello con una lentitud deliberada, como si cada centímetro fuera territorio conquistado. Sus labios rozaron la piel fina, demasiado pálida, demasiado viva, y allí dejó una marca

encendida, roja, una señal que ningún decreto, ningún consejo, ningún imperio podría deshacer.

Vanora sintió el impacto como una corriente que le atravesaba el cuerpo. No fue solo placer; fue reconocimiento. Su espalda se arqueó contra la piedra fría, buscando más, como si aquella quemadura leve hubiera despertado algo que llevaba años dormido bajo capas de silencio y obediencia.

Era como si todo lo anterior —la traición, el miedo, la sangre derramada, la espera interminable— hubiera sido apenas el preludio de ese instante. Como si su cuerpo hubiera sabido antes que su razón que aquel hombre, peligroso y devastador, era el único capaz de romper la distancia que el mundo había impuesto entre ellos.

Y cuando sus dedos se aferraron con más fuerza a sus hombros, no fue por fragilidad.

Fue porque, por primera vez en su vida, no quería contenerse.

Sus ojos rojos lo miraron de frente, brillando no con sumisión, sino con una intensidad casi sobrenatural. No parecía una mujer acorralada. Parecía una profecía. Todo se volvió espeso, casi eléctrico. No había ternura en aquel encuentro. Tampoco había brutalidad ciega.

Era algo inevitable; algo escrito desde hacía mucho tiempo y que se estaba haciendo realidad.

Iván la sujetó con más firmeza, sintiendo el temblor que recorría su cuerpo como si fuera una corriente viva. No apretó para dominarla. Apretó porque necesitaba asegurarse de que no era un sueño ni un espejismo.

Iván inclinó la cabeza hasta rozar el collar de la Casa Vasíliev. —Si eliges compartir mi lecho hoy —murmuró— no habrá marcha atrás.

No era una promesa de amor. Era una advertencia. Vanora sostuvo su mirada mientras aferraba el rostro de Iván entre sus manos. —Nunca quise paz.

Y lo besó.

El beso tuvo algo irreal, como si no perteneciera a las habitaciones de piedra del Kremlin sino a un bosque antiguo donde las cosas prohibidas se susurraban entre sombras. Sabía a desafío a todo lo establecido y a sangre compartida. A historia.

Iván no respondió de inmediato. Sus manos rodearon la parte posterior de sus muslos y la elevó como si su peso no existiera, como si fuera una llama demasiado frágil para tocar el suelo.

La llevó hasta el lecho.

La dejó caer sobre las sábanas con una fuerza controlada. No había delicadeza cortesana en el gesto; había posesión. Vanora se incorporó sobre los codos, la seda roja extendiéndose a su alrededor como un incendio. Iván permaneció de pie un segundo más, mirándola.

No como se mira a una mujer.

Sino como se mira a una frontera.

Se acercó despacio.

Sus dedos encontraron primero el cinturón de plata en su cintura. No lo arrancó. Lo desabrochó con precisión, como si desmontara una armadura ceremonial. El metal cayó al suelo con un sonido leve.

Después fue la seda.

Sus manos recorrieron los bordados como si reconocieran símbolos antiguos. La tela ligera cedió bajo sus dedos. No tiró de ella con prisa. La deslizó lentamente por sus hombros blancos, dejando que la luz tocara la piel que había permanecido oculta.

La prenda cayó como una bandera rendida.

Vanora no cubrió su cuerpo.

Su piel, tan pálida que parecía tallada en marfil, contrastaba brutalmente con la oscuridad de él. Las venas azuladas bajo la superficie, la cicatriz roja aún viva en la muñeca, el collar antiguo descansando sobre su clavícula como una marca del linaje que ambos compartían.

Iván la miró con una intensidad que no tenía nada de lasciva.

Era hambre.

Pero no de carne.

De pertenencia.

Se inclinó sobre ella. Sus manos, marcadas por cicatrices de guerras, recorrieron su costado con una lentitud reverente. No había vulgaridad en el gesto; era casi un ritual. Como si estuviera reclamando algo que había sido suyo antes incluso de que ella naciera.

Ella no se enrojeció.
Tampoco sudó.
Pero su cuerpo habló.
La respiración se volvió más profunda, más lenta, como si algo dentro de ella hubiera despertado tras años de espera. Y él lo supo. No por palabras. No por súplica.
Sino por la forma en que su piel reaccionó bajo su mirada.
Los pezones blancos, delicados como pétalos de invierno, se tensaron contra el aire cálido de la estancia. No era pudor. Era respuesta. Su cuerpo, tan contenido siempre, tan disciplinado como su linaje, lo reclamaba sin vergüenza.
Iván la observó un segundo más.
La había visto crecer.
La había visto entrenar.
La había visto sostenerse erguida cuando ejecutó a su padre.
La había visto soportar cada golpe de la corte.
La había visto sangrar por él. Pero nunca la había visto así.
Nunca la había visto abierta al deseo.
Se inclinó sobre ella con lentitud. No como un conquistador sino como un hombre que reconoce un altar.
Su cabello oscuro cayó sobre la piel blanca de Vanora cuando comenzó a besarla.
No fue un beso urgente.
Fue largo.
Lento.
Intencional.
Sus labios recorrieron primero la línea de su clavícula, siguiendo el contorno donde el collar de la Casa Vasíliev descansaba. Bajó después por el centro de su pecho, deteniéndose en cada curva con una paciencia casi devota.
Cada beso parecía memorizar lo que ya creía conocer.
Vanora dejó escapar el aire con suavidad, no como una mujer que se entrega, sino como alguien que acepta lo inevitable. Su cabello blanco se extendía sobre las sábanas oscuras del zar como un derrame de luz lunar. Bajo ella, el lino parecía más áspero, más terrenal, y su piel casi irreal en contraste.

Era casi mística.

Una criatura de invierno tendida en el lecho de un hombre hecho de hierro y guerra. Iván descendió más.

Sus labios trazaron la línea de su vientre con una lentitud calculada, como si cada centímetro fuese territorio sagrado. No había vulgaridad en el gesto; era una exploración antigua, casi ritual. Y entonces llegó a su muñeca.

La cicatriz.

La línea rojiza que aún recordaba el corte.

Se detuvo ahí.

Sus labios rozaron la herida con una reverencia oscura, y ese contacto fue distinto. Más íntimo. Más peligroso. Vanora dejó escapar un pequeño gemido.

No fue alto.

No fue teatral.

Fue involuntario.

Un sonido suave que se quebró en su garganta cuando el recuerdo del dolor se mezcló con el calor de su boca. Su espalda se arqueó apenas, y su cabello blanco se deslizó aún más sobre las sábanas, enmarcando su rostro como un halo profano.

Iván alzó la vista desde su muñeca.

Sus ojos verdes la encontraron así: Desnuda. Extendida. Brillante bajo la luz tenue.

No parecía humana. Parecía una visión.

Y en ese instante comprendió que no estaba tomando a una mujer. Estaba reclamando una leyenda que llevaba escrito su nombre.

No era inocencia lo que había en ella.

Era elección. Se había convertido en una mujer completa.

Iván se despojó entonces de su camisa sin ceremonia. La tela oscura cayó al suelo junto al cinturón de plata. Su cuerpo era sólido, marcado por las cicatrices y el frío, nada pulido ni suave. La guerra vivía en sus hombros, en su pecho, en cada cicatriz.

Cuando volvió sobre ella, ya no había distancia entre sus cuerpos.

El contacto fue un choque de extremos: la luna contra el hierro, la nieve contra el fuego. No hubo torpeza. No hubo titubeo. Solo una

convergencia inevitable.

No fue un acto tierno. Fue una consumación.

Como si dos fuerzas antiguas hubieran decidido dejar de fingir neutralidad.

Las manos de Iván se hundieron en el cabello blanco de Vanora mientras ella lo atraía más cerca con sus piernas cerrándose alrededor de su cintura como si sellara un pacto. No fue un movimiento brusco ni torpe. Fue firme. Lento. Inexorable. Como si el mundo mismo se hubiera desplazado para permitir ese instante.

Vanora se tensó apenas un segundo.

No por miedo sino por intensidad.

Sus dedos se clavaron en los hombros de Iván mientras él avanzaba con paciencia cruel, como si quisiera que ella sintiera cada milímetro de esa unión prohibida.

Cuando estuvo completamente dentro, se detuvo. No se movió. La miró. Y en esa pausa hubo más oscuridad que en cualquier amenaza previa. Porque ahora no era solo deseo. Era posesión. Vanora dejó escapar el aire lentamente, sus piernas rodeándolo, cerrándose con decisión.

No hubo movimiento inmediato, ni urgencia descontrolada. Solo esa quietud cargada que precede a los hechos irreversibles. La miró desde arriba, los ojos verdes oscurecidos por algo que iba más allá del deseo. En aquella pausa había más amenaza que en cualquier palabra pronunciada antes.

Ya no era solo hambre.

Era dominio.

Era la certeza física de que sus destinos, sus linajes y su sangre acababan de cruzar un límite que ninguna ley humana, ningún consejo ni ninguna absolución divina podría deshacer.

Vanora dejó escapar el aire lentamente. Sus piernas se cerraron alrededor de él, subyugada.

—Iván...

No fue súplica.

Fue sometimiento.

Entonces él comenzó a moverse.

Despacio al principio. Medido. Cada avance parecía calculado, como un golpe estratégico en una batalla. La sostuvo con firmeza contra el lecho, marcando el ritmo con una disciplina férrea que contrastaba con la tormenta que crecía entre ambos.

No era dulce.

No era suave.

No era limpio.

Era oscuro.

Y absolutamente inevitable.

Cuando el ritmo se volvió más profundo, más urgente, Vanora gimió y su cabello blanco se derramó sobre las sábanas como nieve fundiéndose bajo una llama invisible. El contraste entre su piel pálida y la fuerza de él hacía que la escena pareciera casi irreal, como una visión arrancada a una leyenda prohibida.

Iván inclinó la frente hasta apoyarla contra la de ella. Su respiración ya no era perfectamente controlada. Tampoco la de ella.

No dijo que la amaba. Pronunció algo más peligroso.

—Desde hoy, solo responderás ante mí.

Vanora no respondió con palabras. No las necesitaba. Se aferró con más fuerza a su cuello cuando él la tomó con mayor profundidad, cuando el ritmo dejó de ser medido y se volvió más violento. No era delicadeza.

Un gemido escapó de sus labios, claro, sin vergüenza, cargado de un placer que no pedía disculpas. No se ruborizó. No se ocultó. Su cuerpo lo recibió como si hubiera sido moldeado para encajar con el suyo, como si esa unión hubiera estado escrita mucho antes de que cualquiera de los dos aprendiera a obedecer.

Iván sintió el sonido vibrar contra su piel.

Y gruñó contra su oreja.

No un gemido suave. No una rendición expuesta. Fue un sonido bajo, áspero, nacido en lo más profundo de su pecho cuando comprendió que ella no estaba siendo forzada... estaba eligiendo arder con él. Su mano se cerró con más firmeza en el cabello blanco de Vanora, inclinándole el rostro hacia atrás, obligándola a mirarlo mientras el ritmo se volvía más intenso, más posesivo, más oscuro.

Pero no era sometimiento.

Era colisión. Y Vanora lo demostró.

Con un movimiento inesperado, firme, lo empujó hacia el lecho. No fue brusco; fue decidido. El zar cayó hacia atrás sin perder el equilibrio, más sorprendido que vencido, y ella se alzó sobre él con el cabello blanco derramándose como una llama invertida sobre las sábanas oscuras.

Por un instante, el poder cambió de ángulo.

No de dueño.

De forma.

Vanora se inclinó sobre su cuerpo, las manos apoyadas a cada lado de sus hombros anchos. Lo miró desde arriba, sin timidez, sin temblor.

Su cuerpo comenzó a moverse con una cadencia propia, lenta al principio, obligándolo a sentir cada milímetro de ella. No era desafío infantil. Era afirmación. Era recordarle que no estaba siendo conquistada.

Estaba eligiendo.

Iván apoyó las manos en sus caderas, fuerte, firme, pero no la detuvo. Sus ojos verdes la devoraban ahora desde abajo, oscuros, encendidos por algo que ya no era solo dominio.

Era fascinación.

El cabello blanco de Vanora caía sobre su pecho abundante.

Iván dejó escapar una exhalación profunda cuando ella inclinó el cuerpo hacia adelante, sus labios rozando la línea de su mandíbula antes de descender a su garganta. No era un gemido. Era el sonido de un hombre que estaba dejando que lo tomaran.

—Vanora... —murmuró esta vez, sin orden en la voz.

Ella aceleró el ritmo, no para dominarlo, sino para igualarlo. Sus manos descendieron desde el pecho de él hasta sus brazos, marcando la tensión bajo la piel, sintiendo cómo el músculo se tensaba con cada embestida compartida.

El aire se volvió más denso.

Más caliente.

Más peligroso.

Iván dejó de intentar medir el movimiento. Sus manos subieron por sus caderas, firmes, guiándola sin imponer, acompañando la

cadencia que ella había marcado. Sus ojos no se apartaban de su rostro. No miraba el cuerpo.

La miraba a ella.

Y fue ahí cuando ocurrió.

El cambio fue sutil al principio. Un estremecimiento distinto. No el del deseo creciente, sino el de algo que se abre por primera vez. Vanora se tensó. Sus labios se entreabrieron y un sonido escapó de ella, no calculado, no elegante.

Puro.

Sus dedos se clavaron en los hombros de él cuando la sensación la atravesó de forma inesperada, más intensa de lo que había imaginado posible. No era solo placer. Era vértigo. Era caída libre.

Y por un segundo... se asustó.

Sus ojos rojos se abrieron, amplios, sorprendidos por la magnitud de lo que su propio cuerpo estaba haciendo. Como si no se reconociera en esa intensidad. Como si temiera perder el control.

Iván lo vio.

Lo entendió.

No redujo el ritmo.

No la suavizó.

La sostuvo.

Sus manos la aferraron con más firmeza, estabilizándola mientras la tormenta terminaba de recorrerla.

—Mírame —le ordenó, bajo, firme.

Ella lo hizo.

Y cuando el placer la alcanzó por completo, no fue delicado. Fue devastador. Su cuerpo se estremeció rígido, tembló, y el sonido que salió de su garganta fue más cercano a un susurro quebrado que a un gemido.

Iván gruñó al sentirla perderse así. No era satisfacción masculina.

Era como obtener algo que siempre le había pertenecido.

La siguió segundos después, el control que tanto había sostenido se rompió en una exhalación profunda, casi violenta, el cuerpo se endureció bajo el de ella mientras la aferraba con fuerza suficiente para dejar recuerdo, para dejarle las caderas marcadas y llena por dentro.

No hubo palabras dulces.

No hubo confesiones.

Solo respiraciones irregulares.

Y la certeza absoluta de que aquello no había sido solo deseo.

Había sido un punto de no retorno.

Vanora apoyó la frente en su hombro, todavía temblando, comprendiendo que jamás había sentido algo así. Que jamás volvería a ser la misma.

Iván cerró los ojos un instante. No porque estuviera agotado.

No era agotamiento.

Era la conciencia brutal de haber reclamado algo que cambiaría el curso de su reinado.

CAPÍTULO 19

Las cenizas que sostienen Coronas

El fuego comenzó antes del amanecer, cuando Moscú aún respiraba en la penumbra azul que precede al día y los gallos no se habían atrevido a cantar. No nació del descuido ni del infortunio, sino de una voluntad fría, ejecutada con la precisión de una sentencia dictada en voz baja y cumplida sin temblor.

La casa de Borís Andréievich ardía como si hubiese sido construida para ese propósito. Las llamas trepaban por las vigas secas con hambre de venganza, reptando por la madera resinosa que crujía y se abría como hueso sometido al hierro candente. El techo comenzó a gemir antes de ceder; las ventanas estallaron una tras otra, expulsando al exterior lenguas de humo negro que se mezclaban con el rojo sucio del cielo. El aire olía a savia quemada, a yeso desmoronado y a carne que el calor iba reclamando sin prisa.

Dentro no hubo heroísmo.

Los gritos fueron breves, más cortos de lo que deberían ser cuando la muerte llega envuelta en luz. Se oyeron carreras desordenadas, muebles volcados, el golpe desesperado de unos puños contra una puerta cerrada. Una silueta femenina apareció en la galería superior, envuelta ya en humo, el cabello suelto como una bandera de rendición que nadie aceptaría.

Irina. La joven y dulce Irina.

Su nombre no llegó a cruzar el patio. El humo la abrazó antes de que su voz pudiera hacerlo. La madera bajo sus pies comenzó a quebrarse, y durante un instante su figura quedó recortada contra el fuego como una pintura destinada a desaparecer. Luego la galería cedió y la engulló el resplandor.

Un guardia intentó avanzar hacia la entrada principal, cubriéndose el rostro con el antebrazo. Otro lo detuvo con un agarre firme. —Órdenes directas —dijo, y no hizo falta añadir nada más.

Las órdenes no provenían de la compasión.

Las llamas alcanzaron el ala oriental, donde dormían los niños y las niñeras velaban sueños ajenos. El viento cambió y el fuego respondió, doblándose hacia ese flanco con la obediencia de un ejército disciplinado. Durante un segundo —uno solo, suspendido como una gota antes de caer— el miedo se clavó en quienes observaban desde la distancia.

Elyana.

La niña protegida.

La niña escondida.

La niña convertida en moneda de chantaje en un juego que no entendía.

El tejado colapsó con un rugido que no fue estruendo, sino ejecución. Las brasas saltaron al aire como un enjambre de abejas furioso y descendieron sobre el patio, sembrando pequeñas chispas que chisporroteaban en la tierra húmeda. La torre central se inclinó, vaciló como un hombre herido y finalmente se desplomó sobre sí misma. No hubo explosión gloriosa, sino el sonido seco y definitivo de algo que llega a su fin: la casa de Borís Andréievich.

Aquella casa no había sido una residencia cualquiera. Había sido levantada por su abuelo tras las campañas del Volga, piedra sobre piedra, con la ambición de quien sabe que el poder no se hereda, se construye. En sus salones se habían sellado alianzas, se habían prometido hijas, se habían decidido nombramientos militares y caídas discretas. Allí crecieron sus hijos varones, educados en estrategia antes que en fe. Allí Irina aprendió a caminar entre mapas y silencios, escuchando cómo su padre movía nombres como piezas.

Allí dormían esa noche su discreta esposa, sus dos hijos menores, las niñeras, los criados más antiguos que habían servido a la familia durante tres generaciones.

Ninguno salió.

Dentro, Borís Andréievich no gritaba.

No corría.

No golpeaba puertas como los demás.

Había comprendido demasiado pronto que aquello no era un accidente.

El humo comenzaba a llenar el despacho donde tantas veces había trazado movimientos invisibles. El fuego aún no había alcanzado la mesa de roble, pero ya lamía los tapices con una paciencia casi inteligente.

Borís permanecía de pie.

Sus manos descansaban sobre la madera, como aquella mañana en que explicó a Vanora que el poder exigía sacrificios. El aire ardía en sus pulmones, pero su mente seguía clara.

—Así que has elegido—murmuró, sin saber si hablaba con ella o consigo mismo.

El techo crujió sobre su cabeza. Pudo intentar huir. La puerta aún no estaba tomada por las llamas. Pudo arrojarse por la ventana lateral y fracturarse las piernas en el patio.

No lo hizo.

Porque entendió algo esencial: no había sido el fuego quien lo derrotaba.

Había sido la elección. La de ella.

Las llamas alcanzaron por fin la mesa. El pergamino enrollado sobre la esquina comenzó a ennegrecerse. Borís observó cómo el mapa que tanto había estudiado se convertía en ceniza.

Sonrió. No con miedo sino con una aceptación amarga. El humo descendió como una cortina final. Sus rodillas cedieron no por pánico, sino por falta de aire. Cayó de lado, entre el crepitar de la madera que se partía.

El techo colapsó segundos después.

Y con él, la última pieza que creía manejar el tablero.

El linaje que Borís había intentado asegurar mediante estrategia y chantaje quedó reducido a humo que ascendía recto hacia el cielo de Moscú. No murió solo un hombre. Murió una casa. Murió una red de lealtades. Murió un apellido que había sobrevivido a guerras y hambrunas, pero no a la decisión de una mujer que aprendió demasiado bien de él.

Cuando la última viga cedió, no quedó más que un esqueleto negro contra el amanecer.

Y el silencio.

Y, sin embargo, el final no estaba abajo.

En lo alto de la colina oriental, lejos del alcance del humo y del hedor a derrota, un caballo rojo permanecía inmóvil como si hubiese sido esculpido en bronce vivo. Su pelaje cobrizo capturaba la primera luz del día y la devolvía teñida de oro oscuro. Resoplaba, inquieto por el olor a ceniza, pero no retrocedía. Bajo él, la tierra parecía aceptar su peso como acepta el paso de la historia.

Sobre la montura, recta como una lanza, estaba Vanora.

No llevaba capa ni abrigo que suavizara su figura. El viento agitaba su cabello blanco, un blanco sin concesiones que contrastaba con el cielo incendiado. Su perfil, afilado y tranquilo, parecía tallado en mármol antiguo. No había furia en su rostro, ni júbilo. Solo una quietud peligrosa, la quietud de quien ha medido todas las consecuencias y las ha encontrado aceptables.

Entre sus brazos sostenía a Elyana, envuelta en un manto oscuro que la protegía del frío y de la vista de los curiosos. La niña estaba viva. Sus ojos grandes, demasiado atentos para su edad, reflejaban el incendio lejano como si fuera una historia que alguien más protagonizaba.

—No mires —murmuró Vanora, con una voz que no era áspera ni dulce, sino firme como el acero bien templado.

Pero la niña miró.

Las llamas se reflejaron en sus pupilas y, por un instante, parecieron dos pequeños soles nacientes. Vanora no la obligó a apartar la vista. Sabía que ciertos fuegos deben contemplarse para comprender el precio del poder.

Borís había jugado con fuerzas que no comprendía. Había creído que su niña podía servirle de escudo, que el miedo era moneda suficiente para comprar el silencio.

Detrás de ella, a cierta distancia, tres jinetes aguardaban sin hablar. No llevaban insignias; sus capas eran del color de la tierra y sus espadas estaban limpias, demasiado limpias para haber sido

desenvainadas en un motín. Eran hombres que obedecían decisiones, no emociones.

El caballo rojo giró cuando Vanora tensó apenas las riendas. El incendio seguía rugiendo a sus espaldas, pero ya no era una amenaza, sino el recuerdo de la peor traición que había vivido.

—Se acabó —dijo en voz baja.

No hablaba del fuego.

Hablaba del miedo que había sostenido a Borís, del chantaje susurrado en pasillos oscuros, de las noches en que una niña había dormido sabiendo que su vida pendía de un hilo. Hablaba de un equilibrio roto y recompuesto bajo su propia mano.

El caballo rojo giró cuando Vanora tensó las riendas. El incendio seguía rugiendo a sus espaldas, pero ya no era una amenaza. Era pasado.

Borís había sido más que un consejero. En los años en que ejecutaron a su padre y el mundo se volvió duro como el mármol de las criptas, fue la única presencia que no cambió. Mientras los rostros en la corte se inclinaban y se apartaban según soplara el viento, Borís permanecía. Fue él quien le enseñó a leer mapas antes que versos, a distinguir fronteras antes que metáforas. Le mostró dónde mirar cuando todos fingían lealtad y dónde callar cuando otros hablaban demasiado. Cuando la llamaron extranjera en su propia tierra, cuando susurros envenenados recorrieron los pasillos, fue él quien la sostuvo sin tocarla, quien movió hilos invisibles hasta colocarla en un lugar del que nadie pudiera desplazarla sin pagar un precio.

Durante años fue casi un padre.

Quizá por eso la traición le dolió más que el miedo.

Porque al final no la protegió. Decidió por ella. Movió piezas sin consultarla, convencido de que sabía mejor que nadie qué debía hacer la heredera de la Casa Vasíliev. Creyó que anticiparse era lo mismo que obedecer su voluntad. Creyó que el fin justificaba el método.

Vanora no temía al fuego. Había visto arder ciudades enteras en los mapas antes de que la noticia llegara a los mercados. No temía a la guerra; la había respirado desde niña. Pero detestaba que alguien

jugara en su nombre. Detestaba que alguien creyera que podía empujarla hacia el trono, hacia una alianza o hacia una masacre sin que su voz interviniera.

Y, sobre todo, detestaba que Elyana hubiera sido convertida en instrumento.

Eso no era estrategia.

Era soberbia.

Borís siempre confundió ambas cosas.

Sus dedos se ajustaron alrededor de la niña, no con brusquedad, sino con una solemnidad que prometía permanencia. Elyana no era una ficha. No era sangre útil ni garantía política. Era pequeña para su edad, con el cabello oscuro y liso que se enredaba bajo las cintas sencillas que Irina solía colocarle cada mañana. Tenía la piel clara, aunque no tan pálida como la de Vanora, y unos ojos grises, profundos, que parecían absorber cuanto veían. Observaba más de lo que hablaba. Preguntaba poco. Recordaba demasiado.

No lloraba.

Miraba. Y aquella mirada, tranquila y atenta, resultaba más inquietante que cualquier llanto.

Vanora inclinó el rostro hacia ella. Durante un instante, la rigidez de sus facciones cedió. No era debilidad; era algo más raro.

—Nunca más tendrás que pasar por esto —le prometió.

Nunca más permitiría que otro decidiera por ella. Nunca más dejaría que la arrastraran hacia una guerra que no hubiera elegido. Nunca más permitiría que Elyana fuera usada como moneda de cambio.

Borís la había querido a su manera. La había protegido, instruido, preparado. Pero también había intentado moldearla según su idea de lo que debía ser. Y Vanora no era arcilla.

Cuando Vanora espoleó al caballo y comenzó el descenso, ya no lo hacía como la heredera protegida por manos ajenas. Cabalgaba como quien toma las riendas de su propia vida.

Muy lejos de allí, en lo alto de una de las torres del Kremlin, el viento golpeaba las almenas con un silbido constante. Moscú despertaba bajo una bruma rojiza, y en el horizonte aún se distinguía una columna de humo oscuro que manchaba el cielo.

Iván no apartaba la vista de ella.

A su lado, Dmitri mantenía las manos cruzadas a la espalda, rígido, conteniendo algo que no era del todo inquietud ni del todo admiración. Detrás de ambos, a prudente distancia, seis hombres aguardaban en silencio. Ya habían informado. No quedaba nada que añadir. La casa incendiada pertenecía a Borís Andréievich. No había sobrevivientes. No había sido un accidente.

Y ninguno de los dos había dado la orden.

Iván lo sabía. Dmitri también.

El silencio entre padre e hijo era denso, pero no incómodo. Era el tipo de silencio que se produce cuando las piezas se encajan solas.

—Ha sido ella —dijo finalmente Dmitri, sin apartar la mirada del humo.

Iván no respondió de inmediato. Su perfil, duro y anguloso, parecía tallado en piedra. Sus ojos verdes —fríos, calculadores— siguieron la columna oscura como si pudieran leer en ella una firma invisible. —Sí —admitió al cabo de unos segundos—. Ha sido ella.

Ningún reproche. Ninguna sorpresa.

Dmitri exhaló despacio. —Borís llevaba semanas moviéndose sin permiso. Demasiadas conversaciones en voz baja. Demasiadas visitas nocturnas. —Hizo una pausa breve—. Si ella lo ha detenido, ha demostrado estar de nuestra parte.

El viento agitó el manto de Iván. Entonces giró el rostro hacia su hijo y alzó una ceja con lentitud.

—¿Nuestra? —La palabra no fue pronunciada con dureza. Fue algo peor: fue precisa. Dmitri sostuvo la mirada de su padre, pero por un instante su gesto seguro vaciló. Iván volvió la vista hacia el humo—. Si ha quemado la casa de Borís —continuó Iván—, no es porque sea leal a nosotros. Es porque cruzó una línea que ella no tolera.

Dmitri frunció el ceño levemente. —Eso nos beneficia.

Una sombra, casi imperceptible, cruzó el rostro de Iván. —Hoy.

El joven apretó la mandíbula, comprendiendo la advertencia.

Vanora no había pedido permiso. No había buscado aprobación. Había ejecutado una decisión que alteraba el equilibrio del poder en Moscú y lo había hecho con la seguridad de quien sabe que puede

sostener las consecuencias. Iván apoyó ambas manos en la piedra fría del parapeto.

—Borís creía que podía dirigirla —murmuró—. Todos los hombres que se creen imprescindibles acaban olvidando que el fuego también responde a otras manos.

Dmitri miró de nuevo hacia el humo lejano.

—Entonces... ¿qué hacemos?

Iván sonrió. No fue una sonrisa cálida. —Nada, Dmitri, absolutamente nada.

Dmitri apretó la mandíbula al mirar a su padre. Como siempre, Vanora permanecía fuera de alcance. Intocable no por decreto, sino por algo más difícil de combatir.

Y aun así no dijo nada.

Porque la sangre estaba por encima del orgullo. Porque la sangre exigía disciplina antes que celos.

Y porque, en algún rincón de su propio corazón que no estaba dispuesto a explorar, tal vez él mismo la protegía no solo por estrategia.



Dos meses después.

El calor del verano empezaba a irse de los muros del Kremlin. En el salón de la zarina Yevdokia, más hermosa que nunca, lo tenía todo dispuesto para la tarde con una meticulosidad que no tenía nada de festiva: alfombras de Astracán extendidas sobre el suelo pulido, cojines bordados en oro pálido acomodados en semicírculo, jarras de vino especiado cuyo aroma dulce mitigaba el bochorno, platos de frutas abiertas con cortes exactos, casi clínicos. Las ventanas, cubiertas por velos ligeros, dejaban pasar una luz blanca que descendía oblicua, teñida por el humo lejano de los hornos de la ciudad.

Yevdokia ocupaba el diván central. Su sarafán de seda marfil estaba bordado con hilos de oro que capturaban la claridad del día.

El rosario descansaba entre sus dedos, que lo deslizaban con cadencia constante. No rezaba; contaba.

A su derecha, Anna Kurbátova permanecía erguida, las manos enlazadas con corrección. Escuchaba antes de hablar, y cuando hablaba lo hacía en la dirección adecuada. A la izquierda, Praskovia Ivánovna, viuda curtida por décadas de corte, sostenía su bastón fino con una mano huesuda y observaba a cada mujer como si evaluara grietas. Más allá, Daria Mijáilovna, impecable en azul oscuro, medía los tiempos con paciencia de jugadora experta. La viuda de Sérguei Mijáilovich Vorontsov se había retirado a una casita de campo lejana de la ciudad con sus seis hijos varones, desterrada por una traición que nunca cometió.

Frente a ellas, un poco apartada del centro dispuesto para el poder, estaba Milena, la hija pequeña de Sérguei, boyardo al que Yevdokia echaba mucho de menos por haber sido su fiel consejero. Ahora, Yevdokia, se sentía en deuda con él y por eso protegía a Milena como si fuera hija suya.

El embarazo ya había redondeado la figura de Milena. No era aún desmesurado, pero se advertía con claridad bajo la tela clara del vestido. No era fragilidad lo que sugería, sino continuidad.

Junto al ventanal, envuelta en un vestido rojo oscuro traído del sur, Ariadna Vasílievna apoyaba un hombro contra la pared. Su cabello pelirrojo estaba recogido en una trenza gruesa que descansaba sobre su pecho como una serpiente dormida. Sonreía sin mostrar los dientes.

Los comentarios iniciales sobre bordados y próximas festividades fueron breves, casi protocolarios. Daria decidió que ya era suficiente.

—Me pregunto —dijo con voz suave— cómo os está tratando la zarevna ahora que compartís sus estancias, Milena.

Todas las miradas se volvieron hacia la joven que ya no parecía tan frágil ni tan inocente.

Yevdokia no intervino. Dejó que la joven respondiera sola.

Milena alzó el rostro. Meses atrás habría bajado los ojos. Ahora no. —Me trata bien.

Anna asintió con un leve movimiento. —Eso nos tranquiliza.

Praskovia inclinó apenas la cabeza. —¿Con afecto?

La palabra quedó suspendida entre ellas. Milena sostuvo la mirada de la viuda.

—No es una mujer afectuosa —respondió—. Es justa.

La esposa de Vorontsov hizo girar la copa entre los dedos. —La justicia no abunda en estos muros.

Ariadna dejó escapar una risa baja. —Y cuando aparece, suele escoger a quién favorece.

—Desde la muerte de vuestro padre habéis cambiado —dijo al fin Yevdokia, con una suavidad que no era consuelo—. Y no os culpo —Hizo una pausa leve—. A pesar de lo ocurrido con mi esposo... con el zar, fue un buen hombre. Impulsivo quizá. Ambicioso, sin duda. Pero sirvió a esta casa durante años. No añadió "hasta que dejó de servir". No hizo falta. La vieja Praskovia Ivánovna inclinó la cabeza. Yevdokia continuó: —En tiempos convulsos, los errores se pagan con rapidez. A veces con demasiada rapidez. Pero lo que ocurrió... ocurrió para preservar algo mayor que cualquiera de nosotros.

No pidió perdón. No justificó la ejecución.

La elevó a necesidad. Milena sostuvo su mirada. —¿Y eso lo hace justo? —preguntó en voz baja.

Un silencio tenso atravesó el salón. Anna Kurbátova intervino antes de que la tensión se quebrara.

—Lo hace inevitable.

Yevdokia no apartó la vista de Milena. —En el Kremlin, niña, la justicia y la supervivencia no siempre caminan juntas. Tu padre lo sabía.

Anna dirigió una mirada breve hacia la zarina. La frase había sido fría, pero buscaba paz.

Milena bajó la mirada un instante. Cuando volvió a alzarla, no había rastro de la muchacha insegura que había llegado meses atrás. Sabía que su padre no había muerto por azar. Sabía que Borís había desaparecido en el momento exacto. Sabía que Vanora había sido resguardada por hombres que no protegían sin estrategia.

Y sabía que ella seguía viva porque esperaba un hijo del heredero.

—La zarevna me trata con dignidad —concluyó al fin—. No me oculta lo que soy. Y yo ya no me oculto de nada.

Praskovia apoyó el bastón en el suelo con un leve golpe seco. —Haces bien, hija.

Anna intervino con voz suave. —Lo esencial es que el niño nazca fuerte. Lo demás pertenece al pasado.

Ariadna volvió el rostro hacia la ventana. —El pasado sostiene coronas.

Yevdokia dejó el rosario sobre la mesa. —Las coronas se sostienen con estabilidad —corrigió.

Milena inclinó la cabeza. No fue un gesto de sumisión, sino de entendimiento.

Las mujeres intercambiaron miradas breves. Comprendían lo mismo sin necesidad de decirlo: Milena ya no podía ser guiada como antes, pero tampoco aspiraba aún a desafiar. Había empezado a comprender el precio del poder y ahora era la protegida de la zarina, aunque Vanora fingiera hacerlo.

Fue Anna Kurbátova quien rompió el silencio. —Y esa nueva niña... —dijo con aparente descuido—. La prima de Borís. La que sobrevivió al incendio.

—Dicen que estaba en el patio con una niñera cuando comenzó el fuego —intervino Ariadna, andando con pasos elegantes desde la ventana hacia donde estaban ellas, imponiendo su presencia.

Praskovia Ivánovna resopló suavemente. —Qué suerte tan oportuna.

Ariadna apoyó el codo en el brazo del diván. —Muy oportuna —añadió—. Toda la casa ardió. Nadie salió. Excepto una niña.

Daria Mijáilovna entrelazó los dedos con calma. —¿Cuántos años tiene?

—Cinco —respondió Anna—. Tal vez seis.

Yevdokia no mostró sorpresa. —La zarevna pidió que se la entregaran —dijo con tono neutro—. Alegó que debía ocuparse de los sobrevivientes de la casa de Borís Andréievich, todos sabemos que era una casa leal a ella y que estaban unidos por una lealtad casi ciega, ¿o me equivoco?

—Conveniente lealtad—murmuró Praskovia.

—Dicen que ahora vive en sus estancias. Que no se separa de ella —dejó caer Daria.

La esposa de Vorontsov apoyó los dedos gruesos sobre la mesa antes de hablar, como si colocara una pieza pesada en el tablero. —Algunos dicen que Borís la protegía más de lo necesario para tratarse de una prima tan lejana —No elevó la voz. No hacía falta—. La distancia de sangre suele enfriar los esfuerzos —continuó—. Sin embargo, él la resguardó como si su apellido dependiera de ello —Ariadna ladeó apenas el rostro, interesada. La mujer prosiguió con calma medida—. Me tomé la libertad de preguntar. A familias del pueblo donde era originario Borís. Gente mayor. Gente que recuerda. —Su mirada pasó de Milena a la zarina—. Nadie supo mencionar a una niña. Ni a un hermano cuya hija hubiera quedado bajo su tutela.

Praskovia entrecerró los ojos. —La memoria rural no suele fallar en asuntos de linaje.

Anna Kurbátova intervino con suavidad estudiada. —Los hombres reinventan parentescos cuando les conviene. Quizás Borís no fuera tan recto después de todo.

Milena no se movió. Pero su mano, apoyada sobre el vientre, se tensó. La esposa de Vorontsov la observaba sin disimulo.

—Si no era prima —dijo al fin—, entonces ¿qué era?

—La niña no tiene culpa de nada —habló con fuerza Milena—. Ningún niño la tiene.

—Nadie habla de culpa, querida. Hablamos de consecuencias.

Yevdokia intervino con suavidad. —La niña es irrelevante.

Eso hizo que todas la miraran. —Un apellido muerto no sobrevive en una criatura sin legitimidad —añadió la zarina—. Lo que importa es quién la cría.

Ariadna sonrió. —Y quién aprende de quién.

CAPÍTULO 20

Muros, vientres y fantasmas

Otra noche, de tantas, se había cerrado sobre el Kremlin con una calma que no era paz, sino preludio.

En apenas unas semanas, Iván partiría hacia el sur. La campaña contra los kanatos ya no era rumor ni amenaza distante, sino una decisión. Las rutas estaban trazadas, los regimientos convocados, los boyardos advertidos. Los herreros trabajaban incluso después del anochecer, y en los patios interiores se apilaban barriles de pólvora junto a sacos de grano destinados al avance.

La ciudad lo sabía.

Desde las torres más altas, Moscú parecía un mar oscuro salpicado por brasas lejanas, pero dentro de los muros todo respiraba con disciplina. Las antorchas ardían con una llama baja, sin chisporroteos, y el sonido de las guardias recorriendo los pasillos se deslizaba como un sonido constante, casi hipnótico.

Iván no estaba en la alcoba de la zarina, hacía noches que no la buscaba.

Estaba en su despacho.

La mesa larga estaba cubierta de mapas abiertos: el curso del Don serpenteando hacia el sur, el Volga como una columna vertebral de comercio y guerra, pequeñas marcas de tinta señalando fortalezas, rutas, lealtades frágiles. A su lado, una copa de vino intacta. No había músicos. No había consejeros. Solo el raspado seco de la pluma sobre el pergamino y la respiración medida de un hombre que gobernaba incluso cuando nadie lo observaba.

La puerta se abrió sin anuncio.

Yevdokia entró.

No llevaba la corona que usaba en las recepciones ni los collares pesados que proclamaban su rango. Vestía seda oscura, ceñida con escándalo a su figura joven. El tejido abrazaba su cintura y descendía en pliegues suaves por sus generosos muslos hasta el suelo. Su cabello rubio, recogido con sencillez, dejaba al descubierto la curva limpia de su cuello. No había venido a seducir. Había venido a reclamar.

Iván no alzó la vista de inmediato.

—Es tarde —dijo, sin dureza.

—Para algunas cosas —respondió ella con voz aterciopelada.

Cerró la puerta con suavidad y avanzó por la estancia. La luz de las antorchas delineó su silueta contra la pared de piedra. Dos hijas habían nacido de su vientre, dos princesas que dormían en otra ala del palacio, y aun así su cuerpo conservaba la tensión de la juventud. No era fragilidad lo que emanaba de ella, sino control. De hecho, era su padre quien financiaba todas y cada una de las guerras que el zar iniciaba, y ella lo sabía.

Se detuvo frente a la mesa y miró los mapas sin tocarlos.

—Hace noches que no visitáis mis aposentos.

No era un reproche. Era un registro de hechos. Iván dejó la pluma y apoyó ambas manos sobre la madera para mirarla, era hermosa; dudarlo habría sido una mentira despiadada.

—La guerra no espera.

—Tampoco el matrimonio.

Sus ojos se encontraron. Los de él, verdes y fríos. Los de ella, claros y firmes, sin rastro de súplica.

—¿Os sentís desplazada? —preguntó Iván sin rodeos.

—Me siento innecesaria, y eso no me gusta.

La palabra quedó suspendida entre ellos con más peso que cualquier acusación. Iván se incorporó lentamente.

—Nadie en este Kremlin es innecesario, y mucho menos tú, eso lo sabes.

Ella dio un paso más, reduciendo la distancia. El calor de su cuerpo era perceptible incluso bajo la seda, y su perfume, uno traído de tierras lejanas, acaparó a Iván.

—No quiero que mi valor se mida en monedas ni en dos niñas a las que apenas veis, mi gran zar. Quiero daros algo que nadie pueda ignorar: un varón.

No hablaba de celos. Hablaba de posición. De supervivencia.

—¿Qué queréis, Yevdokia?

La pregunta no fue áspera. Fue directa. Ella alzó el mentón.

—Quiero saber si sigo siendo vuestra zarina... o solo la madre de vuestras hijas y la dote que traje a esta casa.

Iván rodeó la mesa y se detuvo frente a ella, lo bastante cerca como para que el perfume ligero de su piel —mezcla de miel y frío— alcanzara sus sentidos. No la tocó al principio. Solo la miró, como si midiera hasta dónde podía llegar aquella conversación sin convertirse en otra cosa.

—Sois mi zarina —dijo al fin.

Pero mientras pronunciaba las palabras, su mente no estaba en la seda que rozaba sus dedos ni en la cercanía de su aliento. Pensaba en alianzas.

En las casas que habían aceptado su matrimonio con Yevdokia porque su familia controlaba rutas comerciales esenciales. Pensaba en los boyardos que aún la respetaban más de lo que lo respetaban a él. Pensaba en las provincias que se mantenían leales porque la sangre de ella corría ahora en las venas de dos princesas.

Perderla no sería una pérdida doméstica.

Sería un desequilibrio.

Iván no gobernaba por impulso. Gobernaba por cálculo. Y Yevdokia no era solo una mujer hermosa —aunque lo era, y demasiado joven aún para que el tiempo reclamara nada de ella—. Era garantía de estabilidad en una corte que ya estaba bastante fragmentada.

Su rubio no era solo belleza. Era símbolo.

Su vientre no era solo carne. Era sucesión.

Y él lo sabía.

Por eso, cuando la sostuvo por la cintura, no lo hizo con un arrebato sino con decisión. La acercó lo suficiente para que sus frentes casi se tocaran.

—No sois reemplazable —murmuró.

No hablaba de amor. Hablaba de poder. Iván comprendía algo esencial: una zarina desplazada se convertía en centro de conspiraciones. Una zarina segura se convertía en un muro.

Y él necesitaba muros ahora que estaba a punto de marchar a la guerra y dejar el palacio. La miró con atención renovada, no como a una mujer que reclamaba afecto, sino como a una aliada que reclamaba su lugar en el juego.

Yevdokia sostuvo su mirada un instante más. Luego, sin prisa, llevó las manos a los hombros.

No hubo titubeo en el gesto.

Deslizó la seda hacia abajo con una lentitud deliberada. La tela oscura descendió por la curva de sus brazos, por la línea firme de su torso, hasta deslizarse por sus caderas y caer al suelo en un susurro leve.

No llevaba nada debajo.

La luz de las antorchas dibujó sombras doradas sobre su piel clara. No había vergüenza en su postura. No había súplica.

Solo decisión.

—Este es mi poder —dijo ella, sin elevar la voz.

No era provocación. Era verdad.

Iván no retrocedió. Tampoco avanzó de inmediato. Sus ojos recorrieron el cuerpo desnudo de Yevdokia con una atención controlada, casi disciplinada.

Pero no era ella a quien veía del todo. El cabello que su memoria evocó no era dorado.

Era blanco.

Blanco como la escarcha sobre las almenas al amanecer. Blanco como el humo que ascendía cuando la casa de Borís se desplomó.

Vanora.

La recordó en su cama semanas antes. La recordó mirándolo sin inclinar la cabeza. La recordó tan etérea, tan única.

Y eso era lo que lo consumía.

Vanora nunca se habría desnudado para reclamar su lugar. Habría exigido el mundo vestida de hielo.

El pensamiento le atravesó el pecho con una claridad incómoda. Frente a él, Yevdokia ofrecía estabilidad. Vientre. Linaje. Un hijo

varón que silenciaría a los boyardos y aseguraría la sucesión.

Vanora ofrecía algo mucho más peligroso. Algo que ni él mismo se atrevía a nombrar.

Iván apretó la mandíbula. No era momento para recuerdos. No era momento para debilidad. Yevdokia dio un paso más, rozando sus pechos contra su camisa. Yevdokia era una belleza común, Vanora no era de ese mundo.

El zar cerró los ojos un instante breve, casi imperceptible. Cuando los abrió, la decisión estaba tomada, aunque no fuera la que su corazón prefería. Su mano descendió por la espalda de Yevdokia con firmeza.

—Sois mi zarina —repitió, esta vez con un tono más grave.

Pero en algún rincón profundo, allí donde no gobernaba el deber sino el deseo, otro nombre ardía en silencio. Y ese nombre no estaba en la habitación.

Yevdokia lo notó.

No fue un gesto evidente. No fue rechazo. Iván la tocaba con firmeza, con posesión incluso. Pero había algo distinto: más frialdad que antes.

Yevdokia no preguntó. Nunca necesitaba hacerlo.

Sabía que él pensaba en otra.

No quería ponerle nombre. No quería imaginar su rostro. Aunque lo sospechaba. Todos sabían a quién miraba el zar cuando creía que nadie lo observaba. Todos sabían quién podía desafiarlo sin perder la cabeza: Vanora.

Pero Yevdokia tampoco estaba allí por amor.

Ella nunca había amado al zar. Ni a nadie. Su padre le había enseñado a ser más lista que eso, y su padre no gastaba una cantidad ingente de dinero en ese Palacio para conformarse a no tener un nieto que pudiera convertirse en zar.

Dos hijas. Dos princesas hermosas, sí, pero insuficientes para silenciar a los boyardos más antiguos y reticentes. Insuficientes para asegurar su posición frente a una mujer que no necesitaba corona para ejercer influencia.

Necesitaba un hijo.

Un varón.

No para competir con Vanora en afecto —eso sería una batalla perdida—, sino para volverse indispensable y para darle a su padre lo que tanto ansiaba: poder real dentro del Kremlin. Un heredero convertiría su vientre en fortaleza. Haría que cualquier inclinación del zar hacia otra mujer se volviera irrelevante ante la sucesión.

Sintió la mano de Iván descender por su espalda.

Estaba frío. Más frío que de costumbre.

Yevdokia no se apartó. Tampoco buscó su mirada.

En lugar de eso, deslizó sus manos por el pecho del zar y lo guio suavemente hasta uno de los divanes laterales del despacho. Allí lo empujó con delicadeza para sentarlo.

Había propósito.

Si su corazón pertenecía a otra, que así fuera. Pero su sangre —la sangre que daría un heredero— sería suya.

Se acercó a su oído y susurró, no con dulzura, sino con resolución: —Esta vez os daré un hijo, os lo prometo.

No era promesa romántica. Era estrategia pronunciada en voz baja mientras buscaba su penetración al sentarse sobre él.

Y mientras lo cabalgaba con una intensidad que no nacía del amor sino de la voluntad, Yevdokia decidió que no permitiría que ninguna sombra —ni siquiera la de Vanora— la desplazara.

Si el zar pensaba en otra, ella pensaría en el trono.

Y el trono siempre exigía descendencia.



El corredor que conducía a las estancias de la zarevna estaba hundido en una oscuridad casi violenta cuando Dmitri llegó. No anunció su presencia. Su paso era suficiente anuncio. Los guardias se apartaron sin intercambiar miradas; sabían cuándo no debían escuchar.

Dentro, la estancia principal estaba iluminada por dos lámparas bajas que proyectaban una luz dorada sobre las paredes. Elyana, la

protegida de su esposa, dormía en alguna habitación contigua. Todo estaba en orden. Todo bajo control.

Vanora permanecía sentada cuando él entró, estaba leyendo.

Su figura destacaba incluso en la semioscuridad. La piel blanca, casi translúcida, capturaba la luz con una cualidad irreal. El cabello, ondulado y pálido como la nieve, caía sobre sus hombros sin ornamento alguno. Sus ojos rojos —intensos, imposibles de ignorar — se alzaron hacia Dmitri sin prisa.

—Ha pasado mucho tiempo, esposo —dijo con esa frialdad tan suya.

No era reproche. Era constatación. Dmitri cerró la puerta con un movimiento seco.

—Sigues siendo mi esposa.

La guerra se le notaba. En la rigidez de los hombros, en la sombra que endurecía su mandíbula, en la manera en que ocupaba el espacio como si aún estuviera midiendo enemigos. Era un hombre atractivo, de una belleza rotunda y terrenal, marcada por cicatrices que no restaban atractivo sino que lo afirmaban. Pero su presencia no tenía la electricidad silenciosa de Iván y a Vanora jamás le había despertado nada salvo deber y obligación.

Vanora lo observó sin levantarse.

—¿Milena sabe que estáis aquí, mi zarévich?

La pregunta fue limpia, directa. Dmitri dejó escapar una exhalación breve.

—Milena duerme temprano ahora.

—Está en una de mis habitaciones —recordó Vanora—. ¿Por qué no vais a visitarla a ella?

Dmitri comenzó a quitarse los guantes, uno a uno, con lentitud deliberada. El cuero cedía bajo sus dedos con un sonido suave.

—Se ha vuelto tediosa —dijo—. El embarazo no la favorece. Solo habla del niño.

Vanora alzó el mentón. —Quizás el hecho de que sentenciarais a su padre tenga algo que ver.

No suavizó la frase.

Dmitri levantó la cabeza. —No me habléis como si no supierais de quién fue la decisión y a quién favoreció la muerte de Sérguei.

La luz baja marcaba los ángulos de su rostro. Había algo en sus ojos grises que no era solo desafío.

Vanora se puso de pie.

Su movimiento fue lento, controlado. La tela azul de su vestido rozó el suelo. Dmitri no necesitaba acercarse para imponerse; su sola verticalidad bastaba.

—La decisión fue vuestra. La firma fue vuestra. La espada fue vuestra.

Dmitri dio un paso hacia ella. —Y la necesidad fue vuestra.

Estaban ahora lo bastante cerca como para sentir el calor del otro. Vanora no retrocedió.

—Mi necesidad no dictó la sentencia.

—Pero sí empujó los acontecimientos.

—Sabéis que no puedo daros ningún hijo —le recordó Vanora, con la intención de que se marchara a pesar de que la decisión en los ojos de Dmitri le decía que aquello era bastante imposible.

—No he venido en busca de herederos. Milena cumplirá con ese deber. He venido a dejar claro, antes de partir a la guerra, que sigues siendo mi esposa ante esta corte y ante ti. No debe haber dudas cuando yo no esté.

La distancia desapareció.

Él alzó una mano, dudó apenas un instante, y finalmente la apoyó en su cintura. El contacto fue firme, no violento. Sus dedos se cerraron con una mezcla de derecho y deseo reprimido.

Vanora no apartó la mano, no podía hacerlo aunque lo deseara. Tampoco respondió de inmediato. Su piel era fría al tacto, Dmitri lo sabía. Siempre lo había sabido. Su esposa era doce años mayor que él, y amaba a otro hombre, aunque jamás se había permitido ponerle nombre a ese "otro". Su alianza fue estratégica, y seguía siéndolo. Aun así, en alguna parte de su joven e impetuoso cuerpo, Dmitri había aprendido a desearla de un modo que iba más allá de la obligación.

Vanora lo miró de frente.

Vio en él la belleza que tantas mujeres deseaban. Vio el poder legítimo que compartían. Vio al esposo que la corte reconocía y que seguía manteniéndola; gracias a él, Vanora seguía vistiendo las

sedas más caras y ostentando costos que solo la esposa del zarévich podía permitirse.

Pero no vio lo que su corazón buscaba. Desde ese día en que se entregó a Iván, y más que nunca, solo podía pensar en él.

Dmitri inclinó la cabeza y rozó su cuello con los labios. El gesto fue íntimo, casi desesperado. Vanora no cerró los ojos. Él siguió descendiendo lentamente, dejando besos firmes a lo largo de la línea pálida de su piel, como si intentara reavivar algo que nunca había existido. Sus manos recorrieron su espalda con más insistencia, presionándola contra su pecho, reclamando su derecho como esposo.

Su respiración se volvió más profunda.

La de ella no.

Vanora permanecía erguida, inmóvil bajo el avance de sus labios. No lo apartaba. Tampoco respondía. Su piel reaccionaba al calor del contacto, pero su mirada seguía abierta, fija en un punto que no estaba en la habitación.

Dmitri continuó, más decidido, más urgente. Sus manos buscaron la curva de su cintura, la firmeza de sus caderas, como si el cuerpo pudiera convencerla donde las palabras no habían logrado entrar. Había deseo en él, sí, pero también la necesidad de afirmarse antes de la guerra, de recordarse que aún poseía algo sólido en medio del caos que lo aguardaba.

Vanora no tembló.

No suspiró.

No lo abrazó.

Solo dejó que ocurriera.

Y mientras él insistía, mientras su boca ascendía nuevamente hacia su mandíbula, hacia la comisura de sus labios, lo único que ella veía no era el rostro apuesto de su esposo.

Era otro.

Cabello oscuro bajo la luz de las antorchas. Ojos verdes que no pedían, que no reclamaban, que simplemente ardían con una intensidad verdadera. Iván.

El recuerdo no era tierno. Era profundo. Era amor, algo que en el palacio se sentía casi una burla.

Dmitri la besó con más fuerza, buscando respuesta. Su mano se cerró con firmeza en su espalda, como si quisiera arrancarle una reacción.

Vanora sostuvo su mirada cuando él se apartó y la miró, esperando algo.

Pero en sus ojos rojos no había entrega. Solo distancia.

Y en esa distancia, Dmitri comprendió —aunque no lo dijera— que estaba luchando contra un fantasma que no podía tocar.

El cuerpo de Vanora estaba allí.

Su pensamiento, no.

CAPÍTULO 21

Sangre y Escarcha

El verano se extinguió sin ceremonia.

En el Kremlin, las estaciones no llegaban con flores ni con cambios de color en los jardines, sino con decisiones. Con órdenes. Con hombres que dejaban de hablar y empezaban a afilar el acero en los patios interiores. Bastaron dos meses para que todo se transformara. El olor dulce del vino especiado fue sustituido por el del hierro recién trabajado. Las armaduras colgaban en los pasillos, alineadas contra los muros blancos, y los escuderos cruzaban las galerías con las manos manchadas de grasa y hollín.

Y aunque la campaña hacia el sur se preparaba antes de que el invierno cerrara los caminos, todos sabían que la verdadera ventaja rusa no estaba en la prisa, sino en la espera. Los hombres del norte no temían la nieve. La conocían como si fuera su propia sangre. Sus caballos soportaban mejor el hielo. Sus soldados caminaban jornadas enteras sobre suelo endurecido sin quejarse. El frío no los debilitaba: los mejoraba. Los enemigos, en cambio, se quebraban bajo la escarcha, perdían dedos, voluntad y disciplina.

No era la primera vez que Rusia convertía el invierno en un arma.

Muchos boyardos murmuraban que partir antes de las primeras heladas era solo el comienzo; la verdadera prueba vendría cuando los ríos se congelaran y las noches se volvieran largas y despiadadas. Entonces, el norte demostraría por qué siempre regresaba en pie.

Por eso las armaduras no eran solo metal. Por eso los establos permanecían activos incluso de madrugada. Por eso los herreros no descansaban.

Porque cuando el hielo cubriera los campos, no sería un obstáculo. Sería territorio propio.

Los caballos permanecían ensillados incluso de noche. Los heraldos entraban y salían con pergaminos sellados. Los escribanos apenas levantaban la cabeza de sus mesas. En las cocinas se preparaban raciones que no estaban destinadas al palacio, sino al camino. Barriles de grano, salazones, pólvora.

La guerra ya no era una conversación, era un hecho.

Ya nadie discutía a Iván. Ni en los salones abiertos ni en los pasillos donde antes se susurraban dudas. Ni siquiera en privado. Los boyardos que meses atrás habían planteado reservas ahora asentían sin demora. Algunos por convicción. Otros por miedo. La mayoría por estrategia.

El zar había hecho lo que mejor sabía hacer: convertir la decisión en necesidad.

Había hablado de rutas comerciales amenazadas, de tributos impagados, de fronteras que debían asegurarse antes de que otros las reclamaran. Había mostrado mapas, cifras, informes. Pero, sobre todo, había hablado de inevitabilidad.

Y cuando Iván declaraba algo inevitable, el Kremlin aprendía a no contradecirlo.

En las reuniones del consejo ya no había debates encendidos. Había ajustes logísticos. Cantidades. Plazos. Distribución de hombres. El momento de discutir había quedado atrás; ahora solo quedaba ejecutar.

Incluso quienes temían la campaña comprendían que oponerse sería quedar fuera del nuevo equilibrio. La guerra no se presentaba como ambición, sino como necesidad. No como deseo de expansión, sino como defensa preventiva.

Iván había logrado algo más peligroso que la obediencia. Había logrado consenso.

Fiódor Petrovich Kurbátov sostuvo que el ejército estaba preparado, que los regimientos del norte resistían mejor que cualquier enemigo cuando llegaban las heladas, y que retrasar la campaña sería desperdiciar la ventaja que el clima siempre había otorgado a Rusia. No habló de gloria. Habló de oportunidad.

Alekséi Iványovich Belski recordó que las cortes extranjeras observaban cada movimiento del Kremlin. Una retirada o una demora alimentarían rumores de debilidad. Una ofensiva clara consolidaría la posición diplomática del zar. La guerra, dijo sin decirlo, era también un mensaje.

Vasili Grigórievich Morózov no habló de fronteras ni de honor. Habló de rutas. De puertos. De caravanas que podrían fluir sin tributos intermedios si el sur quedaba bajo control firme. Aseguró que el coste inicial se compensaría con creces cuando el comercio respirara sin obstáculos. Para él, la campaña no era una apuesta, sino una inversión.

Mijaíl Fiódorovich Shuisky apeló a algo más antiguo. Recordó que el trono no podía permitirse vacilaciones tras las recientes pérdidas en la corte. La estabilidad, insistió, se demostraba con acción. Un linaje fuerte no espera a que los conflictos llamaran a la puerta; los resolvía antes de que se convirtieran en amenaza.

El archimandrita Pavel no habló de victoria. Habló de orden. De que la paz verdadera no se sostenía sin sacrificio. Si el zar consideraba necesaria la campaña, la Iglesia acompañaría al ejército con oraciones y legitimidad. La estabilidad del reino, añadió con calma, era una forma de justicia.

Incluso el nombre del padre de Yevdokia apareció en la conversación sin necesidad de reproche. Se reconoció su contribución al tesoro, su disposición a sostener económicamente la empresa militar. Nadie mencionó influencia. Nadie habló de dependencia. Pero todos entendieron que la guerra tenía respaldo material suficiente para no fracasar por falta de fondos.

No era entusiasmo lo que llenaba el Palacio.

Era convergencia. Cada uno veía algo distinto en la campaña: victoria, prestigio, comercio, estabilidad, orden, consolidación de alianzas. Pero todas esas razones apuntaban en la misma dirección.

El alba aún no había rasgado del todo el cielo cuando Dmitri descendió al patio de armas, llevaba semanas haciendo lo mismo.

La escarcha cubría la piedra como un velo. Los estandartes colgaban inmóviles, pesados por la noche. No llevaba brocados ni pieles ceremoniales, sino cota de malla ajustada al torso y un jubón

oscuro ceñido por el cinturón de guerra. El acero en su cadera no era adorno: mostraba muescas de campañas anteriores.

Los hombres ya estaban formados. Infantería con lanzas largas como mástiles de barco. Arqueros del norte con arcos curvados y manos curtidas por el hielo. Jinetes con cascos abiertos, el aliento de los caballos elevándose en columnas blancas.

Dmitri avanzó entre ellos sin escolta.

No necesitaba anunciarse. Al pasar, algunos inclinaban la cabeza. Otros mantenían la mirada al frente, pero sus espaldas se tensaban. No por miedo. Por respeto.

Se detenía donde algo no estaba correcto.

Enderezaba una lanza mal sujeta. Ajustaba la correa de un escudo. Observaba el temple del acero bajo la luz naciente. Tocaba las herraduras, comprobaba el estado de los cascos. Conocía el peso exacto que un hombre podía soportar antes de volverse lento. Sabía cuántas jornadas resistía un caballo antes de quebrarse.

No había aprendido eso en la mesa del consejo.

Lo había aprendido entre barro y sangre.

Había ido a la guerra cuando comenzaba la adolescencia. No fue elección suya. Su padre, aún joven entonces, decidió que un heredero no podía formarse entre tapices y música. Lo llevó al frente cuando su voz todavía no había terminado de cambiar, rodeado de los mejores guerreros de la época, de capitanes curtidos y veteranos que no inclinaban la cabeza ante un título, sino ante el valor.

Dmitri era el primer hijo del zar. Nacido cuando Iván aún no se había endurecido del todo, cuando todavía estaba casado con Praskovia, la hija de un boyardo influyente cuya muerte en el parto no dejó un vacío importante para la corte, pero sí para su hijo que creció entre tutores severos, guardias silenciosos y estancias demasiado amplias para un niño.

La ternura no formó parte de su educación.

La disciplina, sí.

Entre los hombres que moldearon su carácter estaba Maksim Yúrievich Volkov. Aprendió pronto que el afecto no aseguraba nada. Que la sangre no garantizaba protección. Que un príncipe sin fortaleza se convertía en estorbo.

Maksim lo entrenó sin concesiones. Le enseñó a caer sobre el barro y levantarse sin quejarse. A soportar el frío hasta que dejara de sentir los dedos. A sostener la espada aunque el brazo temblara.

Y cuando su padre decidió llevarlo a la guerra siendo apenas un muchacho, Dmitri no protestó. Era mejor aprender entre lanzas que crecer en la sombra de un trono. Así se convirtió en lo que era ahora.

No solo era el hijo del zar.

Sino un general forjado en campaña, criado sin indulgencias, moldeado por la ausencia y por la necesidad de no ser débil jamás.

Uno de los capitanes se aproximó para exponerle la disposición de avance. Dmitri escuchó sin interrumpir, luego negó con un leve movimiento de cabeza. Tomó una vara y trazó sobre la tierra endurecida la formación que prefería.

—Demasiado abiertos aquí —indicó—. Si los kanes nos flanquean, perderemos cohesión.

Su voz no era alta. Era firme. Señaló un punto imaginario al sur.

—Avanzaremos en cuña. Que la infantería cierre sobre el centro enemigo antes de que puedan reagruparse. El invierno hará el resto.

No era jactancia. Era conocimiento.

Los hombres del norte no temían la nieve. Habían nacido bajo ella. Sus enemigos no. Cuando el suelo se volvía piedra y los ríos quedaban atrapados bajo hielo grueso, los rusos marchaban donde otros titubeaban.

Dmitri montó su caballo negro de un salto limpio. Desde la altura de la silla, parecía aún más imponente. El sol comenzaba a teñir de oro las almenas del Kremlin.

Alzó la mano.

—Formación de muro —ordenó.

Los escudos redondos se elevaron al unísono, madera reforzada y hierro marcando una línea compacta. Las lanzas se inclinaron hacia delante como un bosque dispuesto a avanzar. Dmitri hizo girar su montura y pasó frente a ellos al trote, observando la alineación.

—Avance.

La primera fila dio tres pasos firmes. La segunda cerró la distancia. Dmitri espoleó el caballo y cargó contra la línea con la

lanza de práctica en ristre. No era un golpe teatral: era prueba. El impacto retumbó contra los escudos. La formación resistió. Apenas retrocedieron medio paso.

—Otra vez.

Repitieron el ejercicio hasta que los brazos comenzaron a arder y las manos a entumecerse. Luego ordenó cambiar.

—Caballería. Giro cerrado.

Los jinetes se desplegaron en semicírculo. Dmitri se adelantó, marcando el ritmo. Su figura sobre el caballo era recta, sólida. Alto, de hombros anchos y torso poderoso, parecía fundido con la montura. No había en él elegancia de salón, sino fuerza de campo. El cabello oscuro recogido en la nuca, la barba perfectamente cortada. Un guerrero indiscutible.

Marcó el giro con precisión, obligando a los hombres a cerrar filas sin romper la formación. Uno de los caballos dudó; Dmitri ya estaba allí, corrigiendo con voz seca, ajustando la posición del jinete con un simple gesto.

Después desmontó. Tomó una espada ancha de entrenamiento y señaló a tres hombres a la vez.

—Atacad.

No buscaba espectáculo. Buscaba resistencia. Los tres avanzaron. Dmitri bloqueó el primer golpe, desvió el segundo con el antebrazo protegido por malla y giró el cuerpo para golpear con la empuñadura al tercero. Se movía con economía brutal, sin adornos. Cada acción tenía propósito.

Cuando terminó, ninguno de los tres estaba en pie. Extendió la mano para ayudarlos a levantarse.

—En el campo no habrá segundas oportunidades.

La escarcha comenzaba a derretirse bajo el sol naciente, pero el patio seguía frío. Dmitri respiraba con regularidad, sin rastro de fatiga. Su pecho subía y bajaba con control, como si el combate hubiera sido un ejercicio menor.

Los hombres lo observaban con una mezcla de respeto y confianza.

No era temido solo por su apellido. Era seguido por su capacidad.

Cuando volvió a montar, el caballo negro piafó bajo su peso. Dmitri giró hacia la línea de soldados y alzó la espada hacia el cielo pálido.

—Otra vez desde el principio.

Y el patio entero obedeció.

Fue entonces cuando un movimiento desordenado rompió la armonía del patio.

Un joven lacayo cruzaba entre filas con torpeza impropia de aquel lugar. No llevaba espada ni abrigo adecuado para la escarcha de la mañana; solo una capa mal ajustada que ondeaba tras él mientras esquivaba escudos y hombres con evidente nerviosismo.

Uno de los capitanes intentó detenerlo. —¡Eh!

Pero el muchacho ya había visto al zarévich. Se inclinó a medias, sin aliento. —Mi señor...

Dmitri no desmontó. —Habla.

El lacayo tragó saliva antes de continuar.

—Su Alteza... la Señora del Pabellón de Primavera...

La Señora del Pabellón de Primavera.

Así la llamaban los sirvientes desde que Milena había sido instalada en una de las estancias preferentes del zarévich. El nombre no figuraba en ningún registro oficial, pero se repetía en los pasillos con una naturalidad estudiada. No era esposa. No era princesa. Tampoco simple concubina.

Era un título sin rango y, sin embargo, con intención.

Incluso ahora que ocupaba habitaciones bajo el ala de Vanora, el nombre se mantenía. No por error, sino por conveniencia. En el Kremlin, las palabras construían realidades.

Llamarla Señora era una forma de anticiparse al desenlace. Una manera discreta de legitimar a la amante del príncipe sin desafiar abiertamente el orden establecido.

—Está de parto, mi señor.

El sonido de los escudos bajando fue casi imperceptible, un leve cambio en la tensión del patio. Dmitri no reaccionó de inmediato. —¿Cuánto tiempo?

—Hace una hora comenzaron los dolores —respondió el joven—. La partera dice que la criatura viene fuerte. Quizá unos días antes de

lo esperado, pero no hay miedo.

No era un nacimiento demasiado pronto. El vientre de Milena había alcanzado ya casi los nueve meses. La criatura simplemente había decidido adelantarse al calendario. Dmitri descendió del caballo sin mostrar prisa. Entregó las riendas a un soldado cercano y se volvió hacia Fiódor Petrovich Kurbátov, que había observado la escena desde el otro extremo del patio.

—Continuad —ordenó—. No detengáis el entrenamiento.

Kurbátov asintió. Dmitri miró de nuevo al lacayo.

—¿Sangre? —El muchacho bajó la voz.

—La habitual, mi señor. La partera dice que pare con facilidad.

Eso fue suficiente.

Sangre habitual. Parto fuerte. Sin alarma. Dmitri asintió, como si se tratara de un informe sobre caballos o víveres.

En su mente no apareció compasión, sino comparación.

Recordó otros partos. No en salones luminosos ni rodeados de doncellas temblorosas, sino en estancias cerradas donde el silencio era más denso que la noche. Recordó el olor metálico que no se iba. Recordó el suelo manchado. Recordó las horas interminables en que los gritos de Vanora se convertían en susurros y luego en nada.

Había visto demasiada sangre salir de su esposa. Demasiados nacimientos antes de tiempo.

Demasiados cuerpos pequeños que no llegaron a llorar.

Vanora no había parido con facilidad. Vanora había luchado.

Y perdido.

Milena, en cambio, parecía seguir el curso natural de las cosas. Un vientre dócil. Un cuerpo dispuesto a cumplir con su función sin dramatismos ni tragedias. Dmitri no sintió culpa por el pensamiento que le cruzó la mente.

Sintió frustración. Un hombre necesita herederos, pensó. No recuerdos.

Había deseado un hijo de Vanora con la misma intensidad con la que ahora deseaba uno de Milena. Pero el deseo no cambiaba los hechos. El cuerpo de su esposa no había sabido sostener vida. El de Milena sí.

Así de simple.

Así de crudo.

Ahora la guerra se acercaba. Y con ella, la posibilidad de no regresar. Un hijo nacido fuerte era más urgente que cualquier consuelo pasado.

Si Milena paría con facilidad, mejor.

Si su cuerpo respondía donde el de Vanora había fallado, mejor.

Dmitri cruzó el patio con paso firme. No corría. No necesitaba hacerlo. La disciplina no lo abandonaba ni en ese instante. Sin embargo, el peso de cada paso era distinto al de unos minutos antes.

El corredor que conducía a las estancias de su esposa estaba más concurrido que de costumbre. Doncellas entraban y salían con paños y agua caliente. El murmullo era constante. La puerta principal permanecía cerrada.

Vanora estaba allí.

De pie.

No dentro.

Esperando.

Su figura destacaba en la penumbra del corredor. La piel pálida contrastaba con la piedra oscura. El cabello blanco recogido sin ornamentos. Los ojos rojos atentos, inmóviles. Cuando Dmitri apareció, sus miradas se cruzaron sin saludo.

—¿Cuánto durará? —preguntó él.

—No demasiado —respondió ella—. La partera dice que el niño desciende bien.

Desde el interior llegó un grito. No era de agonía prolongada. Era fuerte. Vivo. Instintivo.

Milena no luchaba contra su cuerpo. Lo seguía. Vanora escuchó en silencio.

Sabía reconocer la diferencia.

No había en aquel sonido el desgarro que ella había conocido. No había ese temblor previo al vacío. No había esa pausa insoportable en la que el mundo parece detenerse antes de romperse para siempre.

Solo el ritmo firme de un cuerpo que cumple su función.

Milena gritaba, sí. Pero era un grito que proclamaba vida. El tipo de dolor que termina en llanto nuevo.

Vanora no parpadeó. Había aprendido a no hacerlo.

Había aprendido a permanecer erguida mientras la sangre se deslizaba entre sus muslos. A no gritar cuando la partera evitaba mirarla a los ojos. A no suplicar cuando el silencio ocupaba la habitación donde debía haber habido un llanto.

Recordaba el peso frío de un cuerpo demasiado pequeño entre sus brazos. Recordaba la sensación de vacío inmediato, brutal, como si le hubieran arrancado algo más que carne.

Y recordaba también la expresión de Dmitri entonces. No de dolor ni de decepción: de algo cercano al asco.

Otro grito llegó desde el interior.

Fuerte. Esperanzado.

Dmitri habló sin mirarla. —Algunas mujeres están hechas para esto.

La frase cayó con una naturalidad cruel. Vanora mantuvo la vista al frente.

—¿Para qué? —preguntó, sin alterar el tono.

Él se encogió de hombros. —Para dar hijos.

No añadió nada más. No necesitaba hacerlo.

El significado estaba ahí, expuesto entre ambos.

Vanora sintió cómo algo se tensaba bajo su piel. No era rabia. Era memoria. Era la acumulación de noches en que había soportado miradas silenciosas, comentarios velados, la sospecha constante de que su valor se deslizaba con cada pérdida.

Ella no había elegido perder. Su cuerpo había luchado.

Había soportado fiebre. Hemorragias. Días enteros sin levantarse. Y aun así se había puesto en pie cada vez, con la dignidad intacta, con la espalda recta, sin permitir que nadie la viera rota.

Dmitri continuó, más bajo, como si hablara consigo mismo: —Milena no parece tener dificultades.

No era un elogio, era comparación.

—Yo no compito con vientres, Dmitri.

No tembló ni suplicó. Él la miró entonces y ella sostuvo su mirada hasta que fue él quien apartó la vista primero.

Dentro, el trabajo de parto continuaba. Dmitri mantuvo la postura erguida, pero sus manos se cerraron con fuerza contenida a la espalda.

—Espero que sea un varón —comentó Dmitri.

No lo dijo con ternura. Lo dijo como quien habla de una victoria necesaria.

La puerta de la estancia se abrió entonces y la zarina Yevdokia apareció en el umbral.

No llevaba corona ni joyas pesadas, pero su presencia llenó el corredor con la misma autoridad que si las hubiera llevado. Su cabello rubio estaba recogido con sencillez, aunque algunos mechones se habían soltado por el calor de la estancia interior. En sus manos no había sangre, solo control.

Miró primero a Dmitri. Luego a Vanora.

—Lo será —respondió con seguridad—. Todo avanza como debe —No era esperanza. Era afirmación—. El niño viene fuerte. La partera dice que tiene buen pulso y que Milena progresa sin complicaciones.

Dmitri sostuvo su mirada.

—¿Está consciente?

—Perfectamente —replicó Yevdokia—. Y obstinada. Eso siempre ayuda. Algunas mujeres nacen con el cuerpo dispuesto para la continuidad —Yevdokia dio un paso hacia Dmitri—. Vuestro hijo llegará con facilidad —añadió, bajando un poco la voz—. Y cuando lo haga, el Kremlin respirará distinto —Sus ojos claros se desviaron hacia Vanora con superioridad.

Desde el interior llegó un sonido nuevo. No era un grito.

Era un llanto. Agudo y fuerte.

El corredor se llenó de una alegría nueva. Una doncella dejó escapar una exhalación temblorosa. Un guardia bajó la mirada como si asistiera a algo sagrado.

Dmitri dio un paso hacia la puerta.

Vanora no. En el mismo instante en que el llanto se afirmó tras la madera cerrada, un dolor sordo le atravesó el vientre. No fue intenso. No fue incapacitante. Fue peor: fue memoria.

Un latido hueco bajo las costillas. Recordó otro sonido que nunca llegó a producirse. Recordó el peso leve de Elyana cuando aún era demasiado pequeña, demasiado frágil. Recordó la sangre tibia entre sus piernas, la mirada esquiva de la partera, el susurro que evitaba pronunciar la palabra pérdida.

Había aprendido a no doblarse pero el dolor volvió, más profundo, como si su propio cuerpo se negara a olvidar.

Humillación. No por la maternidad ajena.

Sino por la comparación constante.

Por el murmullo invisible que recorría el palacio: esta sí puede. Esta sí cumple.

Vanora mantuvo la espalda recta a pesar de las miradas.

Sus dedos se cerraron sobre la tela de su vestido, a la altura del vientre, pero su rostro no cambió. No permitiría que nadie leyera lo que le cruzaba por dentro. No permitiría que la vieran disminuir.

El llanto del recién nacido se alzó con más fuerza. Varón o no, ya estaba allí.

Vanora levantó el mentón. La sangre que corría por sus venas no dependía de una cuna.

El dolor persistió un instante más. Luego lo contuvo. Como siempre.

CAPÍTULO 22

La mujer que no parió el zar

La sala no estaba preparada para festejar. Estaba preparada para aparentar.

Las mesas habían sido cubiertas con manteles claros y copas de plata, pero los rostros que se inclinaban sobre ellas no reflejaban júbilo.

Había sido un varón. Un varón que hinchaba el pecho de Dmitri y empequeñecía a Vanora. El niño, de peso y estatura considerables como su padre, dormía en brazos de una nodriza, envuelto en lino blanco que contrarrestaba con el vello oscuro de su cabecita.

El archimandrita Pavel había aceptado bautizarlo esa misma mañana sin un nombre claro todavía. No por obligación, sino por presión. La zarina Yevdokia había hablado en privado con él. La estabilidad del reino requería legitimación. Y la Iglesia, cuando el poder lo exigía, encontraba argumentos.

Dmitri permanecía erguido, orgulloso. Milena, pálida pero radiante, observaba desde su asiento elevado; a pesar de haber dado a luz el día anterior, no parecía extremadamente débil.

Vanora no ocupaba el centro. Pero tampoco estaba relegada. Permanecía de pie junto a una de las columnas, vestida de un rojo profundo que hacía que su piel pareciera aún más blanca. Sus ojos rojos no parpadeaban. Sabía lo que todos decían: que todo ese tiempo había sido su culpa, por supuesto. Que Dmitri era perfectamente capaz de fecundar un vientre y así lo había demostrado.

Entonces alguien —no con inocencia, sino con intención— preguntó: —¿Y qué nombre llevará el niño?

Dmitri abrió la boca. Yevdokia inclinó la cabeza. Milena tensó los dedos sobre el brazo de la silla.

Y en ese instante, Vanora avanzó.

No pidió permiso.

Tomó al niño de los brazos de la nodriza con un movimiento natural, como si nadie pudiera impedirlo. El pequeño abrió los ojos apenas un instante. No lloró. La sala entera se quedó inmóvil. Elyana, que iba con ella a todos lados desde que la había cogido bajo su protección, siempre bien vestida, se acercó a su lado en silencio, pequeña y curiosa, y apoyó una mano en el faldón de su vestido para observar el recién nacido con interés.

—Se llamará Iván.

La sala se quedó inmóvil. No fue un nombre cualquiera. Fue *ese* nombre. Dmitri se tensó. Milena palideció. Y todas las miradas se dirigieron, inevitablemente, al zar.

Iván no se levantó. No sonrió. No mostró emoción. Solo sostuvo la mirada de Vanora.

Un segundo.

Dos.

Luego asintió. —Es un buen nombre.

Nada más. Pero bastó.

El archimandrita inclinó la cabeza. —Que así sea.

Y quedó sellado. Dmitri no podía negarse sin contradecir al zar. Milena no podía protestar sin parecer ingrata. Yevdokia no podía objetar sin ir en contra de su esposo.

Vanora sostuvo al niño un instante más. —Que lleve un nombre que recuerde quién sostiene esta casa —dijo en voz baja, pero audible.

La pequeña Elyana de pelo castaño y ojos claros levantó el rostro hacia el zar. La imagen le quedó grabada para toda la vida: La albina de ojos rojos. El niño llamado Iván en sus brazos. Y el propio Iván aprobándolo.

Vanora no era una esposa desplazada. Era una mujer que acababa de inscribir su marca personal en el heredero. Cuando finalmente lo devolvió a la nodriza, su voz fue más fuerte, pero sin perder la elegancia: —Que crezca fuerte. Bajo mi protección.

No fue solicitud.

Fue una declaración.

Y en ese instante, incluso quienes habían sonreído con mala intención comprendieron algo incómodo: el niño podía haber nacido del vientre de Milena. Pero el poder lo estaba amamantando Vanora.

La música volvió, pero sin convicción. Las copas se alzaron otra vez. Se repitieron frases para quedar bien. Bendiciones. Sonrisas medidas.

El niño ya no era solo hijo del zarévich. Era Iván.

Y eso no había sido casualidad.

Anna Kurbátova caminaba a la derecha de la zarina, prudente como siempre. Praskovia Ivánovna avanzaba apoyada en su bastón fino, con los ojos vivos. Daria Mijáilovna cerraba el grupo, impecable, analítica.

El murmullo de la fiesta quedó atrás e hicieron un coro.

—Ha sido rápida la princesa —dijo Daria, rompiendo el silencio.

—Demasiado —añadió Praskovia, con sequedad—. No ha improvisado.

—Vanora nunca improvisa, ya nos lo dejó claro hace tiempo.

Praskovia inclinó la cabeza. —El nombre ha sido muy estratégico.

—Por supuesto —replicó Daria—. Sabía que alguien preguntaría. Sabía que Dmitri dudaría. Sabía que vos, zarina, no podríais intervenir sin parecer insegura.

Anna añadió, con cautela calculada: —Y sabía que el zar la apoyaría.

—El beneplácito del zar es su verdadera dote —murmuró alguna —. Siempre lo ha sido.

Praskovia dejó escapar un suspiro casi divertido. —El niño nace del vientre adecuado. Pero el nombre nace de la mano inadecuada.

Daria cruzó las manos sobre el regazo. —Ahora el pueblo dirá que el pequeño lleva el nombre del zar por decisión de la zarevna. Y que el zar lo aprobó sin titubear.

Anna miró directamente a Yevdokia. —Eso consolida una imagen.

Yevdokia alzó el mentón. —La imagen no gobierna.

Praskovia sonrió con suavidad. —No. Pero prepara el terreno para quien gobierne. Y eso significa que, si el niño prospera, su influencia

crecerá.

La frase quedó suspendida. Yevdokia no parpadeó. —Quizás sea hora de que anuncie las buenas noticias.

Todas se quedaron sorprendidas.

El murmullo provocado por el nombre aún no había terminado de asentarse cuando Yevdokia dio un paso al frente.

No fue un movimiento brusco. La tela clara de su vestido descendió con suavidad y durante un instante apoyó las manos sobre su vientre como si necesitara afirmarse. No lo necesitaba. Solo marcaba el ritmo.

La sala comprendió antes de que hablara.

El archimandrita Pavel interrumpió el susurro que mantenía con un boyardo. Daria alzó la vista con atención inmediata. Praskovia entrecerró los ojos, siempre alerta ante cualquier desplazamiento de poder.

Yevdokia no miró a Vanora.

Miró primero a Iván. Después a Dmitri. Finalmente recorrió el salón entero con una calma que no tenía nada de inocente.

—Hoy celebramos el nacimiento del hijo del zarévich —dijo Yevdokia con voz clara, firme, sin elevarla más de lo necesario—. Y damos gracias por la continuidad de esta casa —Dejó que el silencio se asentara. Las cabezas comenzaron a inclinarse, una tras otra—. Que nadie olvide —añadió— que cada hijo nacido bajo este techo fortalece el trono que nos sostiene —La pausa no fue larga. Fue suficiente. Yevdokia dejó que el asentimiento recorriera la sala antes de continuar—. Pero la estabilidad del reino —prosiguió— no descansa en un solo nacimiento —Algunas miradas se cruzaron— El Señor ha sido generoso con nuestra casa —dijo, midiendo cada palabra—. Más generoso de lo que muchos esperaban—. Dentro de unos meses —continuó— el Kremlin volverá a escuchar el llanto de un hijo —La palabra quedó suspendida—. Un hijo —repitió, sin adornos.

Dmitri giró la cabeza con brusquedad. Milena se tensó en su asiento. El archimandrita Pavel se santiguó casi por reflejo. Iván no se movió. Pero su mirada se endureció.

Yevdokia esperó a que el sonido disminuyera. —Estoy encinta.

La afirmación fue limpia. Sin temblor. Sin sonrisa amplia.

Un boyardo exclamó: —¡Gloria a Dios!

Otros repitieron la fórmula con rapidez. Anna Kurbátova inclinó la cabeza. —Que el Señor bendiga vuestro vientre, Alteza.

Praskovia sonrió con lentitud. —La sangre responde cuando el trono la llama.

Iván no habló. Miró a Vanora. Ahí estaba el verdadero punto de tensión pero Vanora no reaccionó.

Yevdokia, sin apartar la vista de Iván, añadió con voz baja pero firme: —El reino necesita certeza. Y la tendrá.

El archimandrita alzó la mano. —Que el Altísimo proteja a la zarina y al hijo que lleva en su seno.



El acero chocó con violencia.

El patio del Terem estaba casi oscuro y el frío empezaba a morder la piel sudada de Vanora mientras la luna recortaba las siluetas de los árboles que rodeaban el ala olvidada del palacio.

Vanora había nacido princesa, sangre legítima, hija de un zar, criada entre mapas extendidos sobre mesas de roble, estrategias susurradas al amanecer y juramentos antiguos pronunciados con la mano sobre el acero. Le enseñaron a sostener un reino sin que le temblara el pulso, a leer traiciones en el leve titubeo de una voz, a reconocer el instante exacto en que un hombre mentía. Lo que nadie le enseñó fue a soportar la mirada de decepción cuando su vientre no cumplía.

No era estéril por descuido ni por fragilidad. Era un cuerpo que había luchado y había fallado. Había concebido, había sentido la vida crecer en silencio bajo su corazón, y también había sentido cómo esa vida se apagaba antes de ver la luz. Más de una vez. Demasiada sangre. Demasiadas manos que evitaban tocarla cuando el cuerpo pequeño dejaba de moverse. En el Kremlin nadie lo decía en voz

alta, pero todos lo sabían: la princesa no daba herederos, la esposa del zarévich no cumplía.

Y ahora, después de haberse entregado por elección propia al único hombre al que había amado de verdad, debía escuchar cómo celebraban otros vientres. Milena, joven y fértil. Yevdokia, segura y estratégica. Ambas capaces de lo que ella no podía hacer. Vanora apretó la empuñadura de la espada hasta que los nudillos se tensaron, no por envidia, sino por humillación.

No porque otras dieran hijos, sino porque su propio cuerpo, el de una princesa nacida para consolidar linajes, no podía hacerlo. El viento levantó su cabello blanco y lo dejó flotar. No lloraría; nunca había llorado delante de ellos. Si no podía engendrar, gobernaría. Si no podía dar vida, sostendría el poder. Pero aquella noche, bajo la luna fría, se permitió por un instante mínimo que el dolor existiera sin disfrazarlo.

—Más firme —dijo Maksim Yúrievich Volkov.

Vanora atacó sin responder. No entrenaba para mejorar. Entrenaba para no pensar.

—Estás distraída —observó Maksim.

—No —replicó ella con un movimiento seco—. Estoy demasiado consciente.

El golpe siguiente fue más fuerte de lo necesario. La hoja chocó con un sonido seco, metálico, que ya no pertenecía al ensayo sino al desafío. Un paso firme quebró la quietud del patio y levantó polvo helado del suelo.

Vanora no estaba midiendo la fuerza. Estaba descargándola.

Máksim no respondió con brusquedad, pero el impacto lo obligó a hacer más fuerza de la que Vanora podía soportar. Vanora bloqueó el golpe, pero el impacto le sacudió el brazo entero. El metal vibró hasta el hombro. No soltó la espada.

Atacó de nuevo.

Demasiado rápido.

Demasiado cerca.

—Basta —se oyó una voz profunda, sibilina, acostumbrada a dar órdenes: Iván.

—Alteza —murmuró Maksim, deteniendo el entrenamiento.

Solo entonces ella dio un paso atrás. No porque temiera, sino por respeto aprendido desde niña. —Majestad —dijo ella, inclinándose.

—Retírate —ordenó Iván hacia Máksim.

Maksim dudó, miró a Vanora con algo cercano a la advertencia y se marchó.

Iván no habló de inmediato.

Avanzó despacio sobre la escarcha, sin prisa, sin elevar la voz, con esa quietud peligrosa que precedía siempre a sus decisiones más irrevocables. La luna delineaba su figura con un resplandor pálido, y durante un instante no fue el zar; fue simplemente un hombre que observaba.

La mirada que puso en Vanora no fue la del soberano evaluando disciplina.

Fue otra cosa. Oscura. Ardiente. Reconocible.

No había reproche en ella. Había desafío.

Sus ojos recorrieron la espada aún alzada, el leve temblor en el brazo que ella intentaba ocultar, se detuvo allí apenas un segundo. No con alarma. Con conciencia.

Luego volvió a sus ojos.

Y el mundo pareció reducirse a esa distancia mínima entre ambos.

Iván ladeó la cabeza, como si la estudiara no como princesa, no como amante, sino como igual. Como adversaria. Como fuego contenido. En su expresión había algo peligroso y antiguo, una mezcla de orgullo y posesión, de provocación y reconocimiento.

—Estás furiosa —dijo al fin, en voz baja.

No era una acusación. Era un hecho. Vanora no bajó la mirada. El protocolo exigía modestia. Ella sostuvo el peso de sus ojos sin vacilar.

—Estoy entrenando, Majestad.

La comisura de los labios de Iván se curvó, sin llegar a sonrisa.

—No —replicó, acercándose un paso más.

El viento levantó el cabello blanco de Vanora entre ambos.

Iván alzó la mano.

No para tocarla.

No todavía.

La dejó suspendida en el aire, a un suspiro de su mejilla, como si midiera la temperatura de una llama que conocía demasiado bien. Sus ojos descendieron a sus labios un instante y regresaron a los suyos con una intensidad que no necesitaba palabras. Era la misma mirada con la que un ser legendario reconoce a otro.

Peligrosa.

Cómplice.

Irreverente ante el mundo entero.

—Si vas a romperte —murmuró—, que sea conmigo delante.

No había ternura en el tono. Había lealtad.

Y algo más oscuro.

Algo que no pertenecía al trono.

Se quedaron ellos dos, unidos por ese pulso indómito que siempre había sido más fuerte que la prudencia. Iván bajó la mano, pero no retrocedió. La distancia entre ambos no era decorosa ni escandalosa; era intencionada, necesitada.

—Han pasado dos meses —dijo finalmente.

No había reproche en su tono, solo una constatación fría, casi clínica. Vanora sostuvo la espada unos segundos más antes de bajarla con control. La punta quedó apoyada en la escarcha del patio. Su respiración ya no era agitada, pero tampoco tranquila.

—Han pasado muchas cosas en dos meses.

Iván la examinó con una atención que no era afecto ni desconfianza, sino algo más complejo: reconocimiento. Había cálculo en su mirada, y también recuerdos que se solapaban en su mente.

—Un hijo para Dmitri. —Su voz no se alteró—. Un hijo para mí en camino —Vanora no respondió de inmediato—. Y un incendio —añadió él.

La palabra no necesitaba explicación. Ella sostuvo su mirada sin pestañear. —Borís cruzó una línea. Amenazó lo que no debía.

—Era tu sostén en la corte.

—Era mi aliado. —Una pausa apenas perceptible—. Y dejó de serlo cuando creyó que podía usarme.

—Pero ahora estás más sola.

—Nunca he temido la soledad.

—Lo hiciste desaparecer.

No era una pregunta.

—Sí.

—Tienes las manos manchadas, Vanora —Iván cogió sus manos, obligándola a dejar caer la espada y se las besó lentamente. Ella dejó ir un pequeño suspiro.

Habían compartido una cama y un juramento. Pero desde aquel día no se habían buscado ni en público ni en privado. No después de que él la obligara a arrodillarse no como amante, sino como aliada.

"Desde hoy, solo responderás ante mí", le había dicho entonces. Y ella había jurado, no por miedo, sino porque lo había elegido a él por encima del resto.

—No me tiemblan por eso.

—Lo sé —contestó él, alzando la mirada verde con lentitud calculada, sin soltarla, como si aún evaluara el precio de aquella sangre—. El palacio no duerme esta noche.

—¿Por la guerra o por los hijos?

—Supongo que por ambas cosas —confesó él. Alzó lentamente la mano que aún retenía la suya y la llevó hasta el collar de la Casa Vasíliev que colgaba del cuello de Vanora. Sus dedos descendieron despacio, apenas rozando el metal frío antes de deslizarse sobre la piel desnuda de su cuello, siguiendo la línea donde el colgante descansaba—. Sabes que necesito a Yevdokia. Y sabes que necesito más hijos.

—Lo sé —contestó ella, clavándole los ojos rojos—. También sé que Dmitri necesita un heredero.

—En un par de semanas partiremos hacia el sur.

Le rozó la mejilla con un dedo áspero, endurecido por el acero y la sangre, pero sorprendentemente lento sobre su piel. Vanora se inclinó hacia su mano y cerró los ojos contra su calidez.

—Entonces regresad con victoria.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces no regreséis —respondió sin parpadear y él la besó con fervor.

Fue una embestida. Sus manos descendieron a su cintura, firmes, como si necesitara comprobar que seguía allí, que no era una visión nacida del frío y del conflicto.

Vanora no retrocedió.

Respondió.

Su boca no fue dócil. Fue hambrienta, orgullosa, igual de feroz. Sus dedos se deslizaron por el cuello de él, se cerraron en la tela de su capa, tirando de él, no para retenerlo... sino para medir su fuerza.

El beso se volvió más lento.

Más profundo.

El mundo exterior —el sur, el embarazo, el heredero, las intrigas— desapareció por un instante. Solo quedó el calor que se abría paso bajo la piel, la respiración compartida, el pulso acelerado que ninguno fingía ya controlar.

Iván apoyó la frente contra la de ella.

—Eres peligrosa —murmuró.

Vanora abrió los ojos. Sus pupilas ardían.

—Siempre lo he sido.

Él deslizó el pulgar por su labio inferior, aún húmedo.

—Podrías gobernar en mi ausencia.

—Podría —respondió sin bajar la voz.

Ahí estaba la duda.

¿Lealtad?
¿Ambición?
¿Ambas?

Iván la observó como si intentara descifrarla por última vez antes de partir.

—No tomes nada que no estés dispuesta a defender cuando vuelva.

Ella sostuvo su mirada. —No regreséis demasiado tarde.

Él la besó de nuevo, esta vez más breve, más decisivo, como si sellara un pacto que ninguno había pronunciado.

Cuando se separaron, el aire volvió a sentirse frío.

Pero ninguno de los dos lo estaba.

CAPÍTULO 23

Sin alma

El alba no trajo luz; trajo acero. El Kremlin despertó con el sonido seco de hebillas ajustándose, espadas desenvainadas para comprobar el filo y escudos golpeados con el puño cerrado en un gesto casi ritual. El aire olía a cuero curtido, a hierro frío y a caballo inquieto. El humo húmedo de las hogueras ascendía con lentitud bajo un cielo gris que parecía contener la respiración. En el patio principal, los estandartes colgaban, sin ondear aún, como si aguardaran la orden de moverse. El invierno no había cerrado los caminos, pero ya se insinuaba en el vaho blanco que escapaba de las bocas de los hombres formados en filas perfectas.

La guerra no se anunciaba con trompetas; se organizaba con disciplina. Las cotas de malla caían hasta las rodillas con un tintinear característico, los cascos cónicos rematados en hierro cubrían frentes endurecidas por campañas anteriores, y los escudos redondos, reforzados con anillos metálicos, reposaban contra piernas firmes. Algunos comandantes llevaban corazas de placas más pesadas, menos flexibles, reservadas para quienes sabían que el primer golpe suele buscar al que dirige. Los jinetes ajustaban las cinchas con manos rápidas mientras los caballos resoplaban, tensos ante la energía que recorría el patio como una corriente violenta. No había júbilo en los rostros; había determinación.

Iván apareció sin ceremonia. No vestía brocados ni pieles de desfile, sino una armadura negra, sobria, pensada para resistir y no para impresionar. La capa corta, gruesa, le caía sobre los hombros como una extensión natural del metal. La espada pendía firme en su cadera, familiar, inseparable. El murmullo cesó al instante. Dmitri se colocó a su derecha, ya montado sobre su caballo negro, alto y

sólido, con la mandíbula marcada por una tensión que no era miedo sino expectativa. Tras él, el estandarte del águila bicéfala se desplegó con un chasquido seco cuando el viento decidió por fin participar en la escena. Los boyardos inclinaron la cabeza; los soldados cerraron filas. El sonido de las lanzas descendiendo al unísono fue único, compacto, como un solo latido.

Desde las galerías superiores, las mujeres observaban en silencio. Yevdokia permanecía erguida, vestida con tonos claros que contrastaban con la oscuridad del patio, una mano apoyada con naturalidad sobre su vientre aún discreto. Milena sostenía al recién nacido envuelto en pieles suaves; el niño dormía ajeno al peso que su existencia ya había adquirido, moviendo un poco los dedos como si intentara aferrarse al aire helado. Vanora no se encontraba detrás de ellas. Estaba en una galería lateral, sola, vestida de negro con detalles rojos en el cuello, el cabello blanco recogido sin adornos. No levantó la mano ni buscó atención; su presencia no era ornamental. Observaba, no al ejército, sino a Iván.

Él alzó la vista y la encontró. El cruce fue breve, suficiente. No hubo sonrisa ni gesto visible, solo entendimiento. Dmitri giró el caballo con precisión y los portones del Kremlin comenzaron a abrirse con un sonido grave y prolongado. La infantería avanzó primero, luego la caballería pesada y después los carros de suministros. El retumbar de los cascos contra la piedra se convirtió en ritmo constante. El norte marchaba hacia el sur.

Cuando Iván cruzó el umbral, volvió la cabeza un instante. No buscó a la zarina. Buscó a la mujer vestida de negro. Vanora sostuvo su mirada y, sin alzar la mano, inclinó mínimamente el mentón. No fue despedida; fue un permiso para marcharse. El portón se cerró y el sonido del hierro quedó vibrando en el aire. Por primera vez en semanas, el Kremlin quedó sin sus hombres. Solo quedaron mujeres y boyardos incapaces de sostener una espada.

El ruido de los portones aún vibraba en los corredores cuando Milena entregó al niño a la nodriza y descendió de la galería. Sus pasos fueron pausados, sin prisa y sin titubeo. Ya no caminaba como quien pide permiso al suelo que pisa.

Vanora permanecía en el ala lateral, observando el patio vacío donde minutos antes había retumbado el ejército. No se giró al escuchar el roce del vestido tras ella.

—Alteza —dijo Milena con la inclinación exacta que el protocolo exigía.

Ni más.

Ni menos.

Vanora tardó un segundo en mirarla. Sus ojos rojos se posaron en ella sin dureza, pero tampoco con indulgencia.

—Milena.

Silencio breve. El frío se colaba por los arcos abiertos. —El niño ha dormido durante toda la partida —comentó Milena con voz serena—. Es un buen presagio.

Vanora sostuvo su mirada. —Los presagios favorecen a quien sabe utilizarlos.

Milena asintió levemente. —Lo he aprendido.

Vanora percibió el cambio. Antes, Milena habría bajado los ojos. Habría esperado aprobación. Ahora los sostenía, no con insolencia, sino con seguridad.

—Tu padre te enseñó bien —dijo Vanora con tono neutro.

La mención cayó como una piedra en agua quieta. Milena no apartó la mirada. —Mi padre me enseñó a obedecer cuando el orden lo exige —respondió con suavidad—. También me enseñó a reconocer cuándo el orden necesita corregirse.

No elevó la voz.

No tembló.

Vanora dio un paso lento hacia ella. No para intimidar, sino para medirla. —Tu padre murió por una traición.

—Mi padre murió porque alguien necesitaba un culpable.

Ahí estaba.

No fue una acusación directa.

Pero tampoco ingenuidad.

—¿Crees saber quién lo eligió? —preguntó Vanora con una sonrisa tranquila y fría como toda ella.

—Creo que ahora sé cómo funciona la corte.

Eso era todo.

No la acusaba.

Pero tampoco se declaraba ignorante.

Vanora observó el leve endurecimiento en su mandíbula. Ya no había ninguna niña en ella. Había una madre. Y una mujer que entendía que su hijo podía estar en peligro, como lo estuvo su padre.

—El miedo es útil —dijo la albina.

—El miedo también debilita —replicó Milena con calma.

—Proteged al niño —ordenó finalmente Vanora.

Milena asintió. —Lo haré —Y añadió, casi imperceptible: —Bajo vuestra protección... y bajo la mía.

No fue un desafío. Fue una declaración de territorio, y Vanora lo comprendió en el mismo instante en que Milena sostuvo su mirada sin bajar los ojos más de lo estrictamente necesario. No hubo sonrisa en los labios pálidos de la princesa, pero tampoco corrección alguna. No desmintió la osadía de la amante de su esposo ni la recondujo hacia la sumisión que antes habría exigido. Solo aceptó lo que estaba ocurriendo ante ella: Milena ya no era la joven insegura que buscaba aprobación en cada gesto. Era madre. Y en el Kremlin, la maternidad no era ternura; era posición.

Vanora no ignoraba el peso de ese cambio. El niño, hijo del zarévich pero nacido fuera del matrimonio legítimo, existía en una franja peligrosa del poder. Bastardo para algunos, herramienta para otros. Sin protección adecuada, podría convertirse en pieza sacrificable cuando los equilibrios lo exigieran. Con la protección correcta, en cambio, podía transformarse en algo mucho más valioso: una carta permanente en la baraja del trono.

A Vanora le interesaba que ese niño prosperara.

No por caridad.

Por supervivencia. Por encima de sus sentimientos, de su orgullo y de su maternidad frustrada. Ser como una madre para el hijo de su esposo era todo lo que le concedía poder en el futuro.

Si el pequeño Iván crecía bajo su tutela, si su educación, su formación y su presencia pública quedaban vinculadas a ella, entonces cada logro del niño hablaría también de Vanora Vasílievna de Zmeygorod. Ella no podía dar herederos con su propio cuerpo,

pero podía moldearlos. Podía legitimarlos ante la corte, suavizar los rumores, encauzar las voluntades. La sangre lo había traído al mundo; el poder lo haría perdurable.

Y a cambio, recibía algo que ningún vientre podía arrebatarle: influencia directa sobre la próxima generación.

Ser protectora del hijo del zarévich significaba entrar en la línea de sucesión sin parirla. Significaba que, mientras Dmitri marchara a la guerra y Yevdokia se concentrara en su propio embarazo, ella mantendría una presencia constante junto al único heredero ya visible. El pueblo no distinguía con precisión jurídica; distinguía imágenes. Y la imagen de la princesa sosteniendo al niño, nombrándolo, bendiciéndolo, era más fuerte que cualquier susurro sobre su esterilidad.

Sin embargo, Milena no parecía tan dispuesta como meses atrás habría estado. Antes, cuando dependía por completo de la protección de Vanora para sobrevivir en la corte tras la ejecución de su padre, habría aceptado gustosa ese amparo. Habría visto en ella una salvación. Ahora era distinto. La maternidad le había otorgado una base propia. El niño la anclaba al Kremlin con más firmeza que cualquier favor concedido y esta resentida, por supuesto. Resentida por la muerta inmerecida de su padre y que, por supuesto, sospechaba que ella tenía algo que ver.

Y eso complicaba el intercambio.

Vanora percibía la tensión en la forma en que Milena inclinaba la cabeza: correcta, respetuosa, pero ya no rendida. Aquella leve resistencia era nueva. Sutil. Peligrosa si crecía.

Paradójicamente, a Yevdokia esa resistencia le habría resultado útil meses atrás. Una Milena insegura era un instrumento fácil de desplazar o de enfrentar contra Vanora. Pero ahora la zarina llevaba su propio hijo en el vientre. Ya no necesitaba a la madre del bastardo como contrapeso. Si el niño de Yevdokia nacía varón, el pequeño Iván pasaría a segundo plano. Y Milena, con él.

Por eso Vanora no corrigió la frase.

No necesitaba imponer su dominio.

Necesitaba consolidarlo.

—Parece que Elyana tiene en gran afecto al pequeño Iván —trató de desviar la conversación hacia algo menos comprometedor y que, a su vez, le diera a entender que pensaba Milena de su niña protegida.

Milena no respondió de inmediato.

Su mirada no fue hacia Vanora, sino hacia la niña.

Elyana permanecía sentada en un diván con una muñeca en un segundo plano. El cabello castaño, recogido con cuidado en una trenza sencilla, dejaba al descubierto un rostro aún redondeado por la infancia.

—Elyana es buena —dijo al fin Milena.

Vanora no perdió el matiz. —Es una niña inteligente.

—Es una niña sola —corrigió Milena con respeto, pero con cierta autoridad.

Vanora sostuvo su mirada. —No está sola.

—Es vuestra protegida —continuó Milena—. Vive bajo vuestro techo. Come en vuestra mesa. Aprende bajo vuestra supervisión —Una pausa—. Pero todos saben que su nombre es incierto.

La palabra no llevaba desprecio.

Llevaba verdad.

Prima lejana de un boyardo muerto en un incendio que nadie creyó accidental. Acogida con rapidez. Integrada con decisión. Protegida con una intensidad que el palacio consideraba excesiva.

—La admiro, Alteza —añadió Milena, esta vez sin bajar la voz—. Por lo que hace por ella —sus palabras fueron sinceras y Vanora asintió con cierta complacencia y una media sonrisa—. Espero que reserve la misma compasión para su otro protegido, mi hijo.

Vanora observó a la niña con atención renovada. Elyana había aprendido a mantenerse recta. No se escondía. No se aferraba a las faldas de nadie. Miraba de frente. Sus ojos claros, casi grises bajo la luz de la sala, no eran los de una huérfana temerosa. Eran los de alguien que ya había entendido que sobrevivir también ras una forma de carácter.

—¿Os preocupa su posición? —preguntó Vanora.

—Me preocupa que el palacio decida que no tiene ninguna ahora que la zarina está esperando un hijo legítimo del zar.

—La zarina se siente en deuda contigo desde que sentenciaron a tu padre; además, fue ella quien te introdujo a mi esposo. ¿No es así?

Vanora pronunció la frase sin elevar la voz, casi con suavidad. Pero había en ella un matiz nuevo. No era la autoridad fría de siempre ni la distancia protocolaria con la que había tratado a Milena desde su llegada al Kremlin. Era algo más personal. Más desnudo.

Era la primera vez que le hablaba así; sin fingir que no veía el entramado completo.

La miró con una condescendencia que no era crueldad, sino comprensión amarga. En sus ojos rojos no había celos. Nunca los hubo. Jamás había sentido envidia de la juventud de Milena ni de su fertilidad. Desde el principio había sabido cómo terminaría aquello.

Una joven hermosa, introducida en la corte bajo el amparo de la zarina, presentada al zarévich como quien coloca una pieza útil sobre el tablero. Un padre acusado, sentenciado con rapidez conveniente. Una hija convertida en puente político. Rescatada. Recolocada. Agradecida.

Usada.

Y ahora madre de un heredero cuyo nombre no le pertenecía del todo.

Vanora no sintió rencor hacia ella.

Sintió lucidez.

—Nunca te tuve celos —añadió, con una serenidad que no buscaba herir—. Ni cuando llegaste. Ni cuando te eligieron. Sabía que terminarías aquí, bajo mi amparo —Milena no se movió. Pero la piel de su cuello se tensó—. La corte te dio un amante—continuó Vanora—. Un hijo. Un techo seguro. Pero nunca te dio un sitio claro —La frase no fue lanzada como arma. Fue ofrecida como diagnóstico. Vanora había visto demasiadas veces ese patrón. Mujeres convertidas en solución temporal. En deuda perpetua. En instrumento de reconciliación política—. La zarina ahora alivia su conciencia contigo. Y tú pagas el precio obedeciéndola con el miedo a ser destruida en cuanto ya se canse de ti —Milena sostuvo su mirada. No había lágrimas, pero sí dolor —Vanora inclinó ligeramente la cabeza—. Lo supe desde el primer día. Supe que

acabarías aquí y no temas, el pequeño Iván será tratado con la misma compasión con la que es tratada Elyana, aunque no puedo prometerte el mismo afecto.

Eso fue lo más contundente de todo.

No había competencia.

Había estructura, orden. Vanora era todo eso, por eso quizás el zar la amaba a pesar de no haberlo dicho nunca en voz alta.

Y por primera vez, Milena entendió que Vanora no la estaba rebajando, que nunca lo había hecho.

La estaba despertando, incluso dándole un lugar que nadie más le daba: porque la zarevna necesitaba a su hijo, Yevdokia ya no.



La orden se difundió por los corredores antes de que el retumbar de los portones se apagara del todo: la zarina convocaba una misa solemne por la partida del zar, del zarévich y de los hombres que habían marchado hacia el sur.

La catedral del Kremlin fue preparada con precisión casi militar. Los monjes encendieron lámparas de aceite que añadieron un resplandor dorado a la luz gris que descendía por las altas ventanas. El humo aromático comenzó a trepar hacia la cúpula, espesando el aire hasta volverlo difícil de respirar, como si cada respiración obligara a recordar que allí se oraba por sangre futura.

Yevdokia cruzó primero el umbral. No caminaba con prisa, ni con lentitud afectada. Cada paso era perfecto. El marfil de su vestido absorbía la luz, y el oro pálido bordado en las mangas parecía señalar su condición sin necesidad de proclamarla. Su mano descansaba sobre el vientre apenas insinuado, un gesto discreto que no pedía atención y sin embargo la capturaba. La corte la siguió como una marea silenciosa: boyardos de rostro pétreo, esposas envueltas en terciopelos oscuros, damas jóvenes que bajaban la mirada con estudiada modestia.

Vanora entró después, pero no como quien llega tarde. Lo hizo en paralelo, avanzando por el lateral de la nave con la seguridad de quien no necesita llamar la atención para ser vista. El negro de su atuendo contrastaba con el mármol claro del suelo; un único bordado rojo en el cuello trazaba una línea que recordaba a todos la pureza de su sangre y el favor que le había hecho al zar meses atrás cuando estuvo a punto de morir. No llevaba joyas ostentosas. No necesitaba adornos para sostener una presencia que pesaba más que el oro.

A su lado caminaba la pequeña Elyana. La niña no se aferraba a su falda ni buscaba refugio en la multitud. Se mantenía erguida, a medio paso detrás, imitando la compostura de su protectora. Su cabello castaño estaba trenzado con esmero, y los ojos claros, demasiado atentos para su edad, recorrían cada rincón del templo. No parecía abrumada por el humo ni por la solemnidad. Observaba de forma inteligente, aprendiendo.

Milena fue la última en entrar. No la precedía ningún estandarte ni ninguna dama de compañía. Su lugar quedó atrás, entre las damas, a una distancia que no era casual. Su hijo no estaba allí. El pequeño Iván permanecía en una de las salas principales del palacio, custodiado por la nodriza y por guardias que vigilaban mucho más que su sueño.

El archimandrita Pavel inició el oficio con voz grave. Los cánticos llenaron la nave y se elevaron hacia la cúpula, plegarias por protección y triunfo, por lanzas firmes y caballos resistentes. No se habló de gloria. Se habló de orden. La liturgia avanzó como una corriente, arrastrando pensamientos y temores bajo su ritmo antiguo.

Yevdokia se arrodilló en el primer reclinatorio. Vanora ocupó el espacio a su derecha sin solicitarlo. El gesto fue mínimo, casi imperceptible, pero todos se dieron cuenta. Dos figuras junto al altar. Dos polos bajo el mismo techo.

Elyana imitó el movimiento con seriedad concentrada, arrodillándose detrás de Vanora. Sus manos pequeñas se juntaron frente al pecho, los dedos entrelazados. No miraba a la zarina. Sus

ojos se fijaron en el icono central, como si intentara descifrar en el oro antiguo el futuro de los hombres que partían.

Milena observaba desde atrás. Su postura era correcta, la cabeza inclinada lo justo. No había resentimiento en su expresión. Solo una quietud que ocultaba cualquier estrategia.

El murmullo de los sacerdotes se hizo más intenso cuando invocaron la protección del Altísimo sobre el heredero legítimo por nacer. El nombre de la zarina fue pronunciado con solemnidad. Se mencionó la sangre que continuaría la línea del trono. Ninguna palabra aludió al otro niño.

El vacío fue tan claro como si se hubiera señalado con un dedo y Milena lo supo; no era nuevo para nadie que el archimandrita siempre obedecía las órdenes de la zarina.

Yevdokia inclinó el rostro hacia Vanora, lo suficiente para que el murmullo del salón cubriera sus palabras sin que nadie pudiera afirmar haberlas oído. —He hablado con el archimandrita Pavel sobre el féretro de Elyana —susurró, y el dolor golpeó el vientre de Vanora con la precisión que Yevdokia buscaba, pero no permitió que sus rodillas cedieran ni que su espalda se curvara ante la multitud que seguía rezando a sus espaldas—. Hemos respetado durante un año tu voluntad, nadie ha cuestionado que descansara en la capilla imperial, pero el archimandrita coincide en que no es conveniente que un ser sin alma ocupe ese lugar. Sus restos serán trasladados al cementerio de Moscú. Creo que es lo mejor para todos; no podemos permitirnos ofender a Nuestro Señor en momentos de guerra. El reino necesita orden, pureza.

Vanora no apartó la vista del frente mientras la palabra "sin alma" se asentaba dentro de ella como una piedra ardiendo. —Mi hija no ofende a Dios —respondió sin elevar la voz, sin conceder emoción visible.

Yevdokia mantuvo la compostura intacta, como si estuviera ofreciendo un consejo piadoso y no dictando una amputación. —No hablo desde lo personal, hablo desde la doctrina. La capilla imperial está reservada para quienes han cumplido su destino en esta tierra. La guerra exige símbolos fuertes, no recuerdos que dividan el ánimo de la corte. Hace un año era distinto; ahora el trono necesita

claridad. Además... —dejó que la pausa respirara lo suficiente para que pareciera compasión— ya tienes a tu Elyana, ¿no? —Sus ojos azul verdosos se deslizaron hacia la niña que estaba atrás, tan recta como le habían enseñado. Yevdokia no sonrió; inclinó más la cabeza, en un gesto que pretendía ser de comprensión. —El Señor, en su infinita misericordia, no deja nunca un vacío sin consuelo. A veces nos arrebata lo que no estaba destinado a quedarse... y nos concede otra presencia para suavizar la pérdida. No todas reciben esa gracia. Borís al final terminó complaciéndote hasta su último aliento, ¿no es así, querida nuera? —Volvió la mirada a Vanora, suave, casi solidaria—. Elyana es una niña fuerte. Rescatada en circunstancias... dolorosas. Y ahora está bajo tu amparo. No es poca cosa. Algunas madres no tienen ni eso, mi madre tuvo que entregarme a mi tía para que me educara conforme a las normas de mi padre. Quizá sea mejor aceptar lo que Dios decide y no aferrarse a lo que, por desgracia, nunca llegó a pertenecer del todo a este mundo —La palabra "pertenecer" quedó suspendida con una crueldad impecablemente pulida—. Comprendo que quieras honrar la memoria —prosiguió con tono bajo, como si estuviera aliviando una carga—. Nadie cuestiona tu dolor. Pero mantener ese pequeño féretro en la capilla imperial... puede interpretarse como una insistencia en algo que el Altísimo no confirmó. Ya tienes una niña viva que te mira como si fueras su único sostén. Quizá sea ahí donde debas concentrar tu fortaleza —Sus dedos, cubiertos por anillos ostentosos, rozaron brevemente la manga de Vanora con una caricia que no era afecto, sino advertencia. —Acepta este gesto como lo que es: una forma de proteger lo que todavía puedes conservar.

La compasión fingida era perfecta.

Y por eso mismo, devastadora.

El murmullo de los boyardos cercanos cubrió el silencio que siguió. Vanora giró lentamente el rostro hacia la zarina. No había lágrimas en sus ojos rojos, solo una quietud más peligrosa que cualquier escena pública. —Hace un año nadie habló de doctrina —dijo, midiendo cada sílaba.

Yevdokia sostuvo la mirada sin titubeo. —Hace un año no había herederos vivos ni herederos en camino que proteger. Hoy los hay. Y

debemos pensar en ellos.

La frase cayó limpia, casi razonable, y precisamente por eso más cruel. No era un ataque frontal; era una reescritura del lugar de Vanora en la historia del Kremlin. Trasladar el féretro no era una cuestión religiosa. Era borrar una huella. Desplazar el recuerdo de que ella también había intentado dar continuidad al linaje. Quitar de la capilla el símbolo silencioso de su maternidad truncada y hacerla una madre postiza con todos los nombres y consecuencias. —El traslado se hará al amanecer —añadió Yevdokia con una calma impecable—. Con discreción. Sin escándalos. Tan solo el archimandrita Pavel lo escribirá en los registros para que quede constancia.

Vanora sostuvo su mirada un segundo más, lo suficiente para que quedara claro que entendía la jugada en toda su dimensión. —Asegúrate de que sea digno —contestó al fin, sin pedir, sin suplicar, sin discutir ante la corte—. Mi hija no será tratada como una vergüenza.

No hubo gritos. No hubo lágrimas. Lo que Yevdokia no podía saber era que, al tocar esa memoria, no debilitaba a Vanora. La endurecía.

Cuando el archimandrita alzó la mano para bendecir a la casa reinante, todos inclinaron la cabeza. Yevdokia cerró los ojos un instante. Vanora no lo hizo.

Milena, detrás de ellas, apretó los dedos hasta que la tela de su vestido se tensó. Nadie lo vio. O fingieron no verlo.

La guerra había partido hacia el sur.

Pero en la catedral, entre mármol y humo, otro conflicto tomaba forma.

Uno sin sangre visible.

Aún.

CAPÍTULO 24

Pan y Memoria

El cementerio de Moscú no tenía la solemnidad dorada del Kremlin. No había cúpulas ni mármol pulido. Solo tierra húmeda, cruces de madera oscurecidas por la lluvia y nombres tallados con manos torpes que el tiempo acabaría borrando. El amanecer era gris, bajo, y el frío se pegaba a la piel como una segunda ropa.

Vanora permanecía en primera fila, frente al montículo de tierra recién removida. No llevaba rojo. No llevaba joyas. Vestía un manto oscuro, sencillo, propio de una viuda menor o de una dama discreta. El cabello blanco recogido sin adornos. Ningún símbolo que la delatara como princesa.

Detrás de ella, Yelena guardaba en silencio, firme como siempre. No hablaba. No interfería. Solo estaba.

A su lado, Elyana.

La niña no comprendía del todo el ritual, pero comprendía que algo afligía a su protectora, a esa mujer que la había rescatado de las calles, pero que apenas hablaba, que no era afectuosa, pero que la protegía ante todo.

El sacerdote local había terminado las últimas palabras hacía unos minutos. No hubo coro. No hubo incienso imperial. Solo tierra cayendo con sonido sordo sobre el ataúd.

Vanora no lloró.

Miraba la tierra.

Elyana se dio cuenta de que la mano enguantada de Vanora estaba tensa y se le ocurrió pasar sus dedos entre ella. Vanora se sorprendió por el roce, pero no la apartó.

—¿Quién era? —preguntó la niña al fin.

No lo hizo con curiosidad infantil. Lo hizo con una claridad espantosa para su edad.

Vanora tardó en responder. —Mi hija.

La palabra salió limpia. Sin quiebro.

Elyana bajó la vista hacia el montículo. —¿Era pequeña?

—Sí.

—¿Como yo?

Vanora la miró entonces. Los ojos claros de la niña no reflejaban miedo. —Más pequeña —respondió—. No llegó a crecer.

Silencio. Un cuervo graznó a lo lejos.

—¿Por qué está aquí? —insistió Elyana.

Yelena contuvo el aliento detrás.

Vanora no apartó la vista de la tierra. —Porque hay personas que creen que solo cuentan las vidas que pueden hablar.

Elyana frunció ligeramente el ceño. —Pero si fue vuestra hija... cuenta.

Vanora giró la cabeza despacio. Esa frase, tan sencilla, la atravesó completamente, obligándola a tragar saliva. Sus ojos se aguaron por primera vez en mucho tiempo.

—Sí —dijo en voz baja—. Cuenta.

La niña pensó unos segundos más. —¿La queríais?

Vanora se agachó hasta quedar a la altura de Elyana. Sus rodillas tocaron la tierra húmeda sin que le importara el barro.

—La quise antes de verla —respondió—. Y la querré, aunque nadie más la nombre.

—Entonces no está sola.

Vanora sintió algo moverse dentro de su pecho, algo peligroso si se permitía sentirlo demasiado tiempo. —No —confirmó—. No lo está.

La niña miró de nuevo la tumba. Luego volvió a mirar a Vanora.

—¿Yo también podría estar aquí un día?

—No mientras yo respire.

Yelena bajó la mirada, consciente de la promesa que acababa de pronunciar su señora. Elyana asintió lentamente, como si aceptara un pacto.

—Entonces aprenderé a ser fuerte —dijo la niña—. Como vos.

Vanora sostuvo su rostro entre las manos con firmeza. No fue una caricia suave. Fue como si la aceptara.

—Aprenderás a ser más que fuerte —la corrigió—. Aprenderás a soportarlo todo, hasta que tu lugar sea indiscutible.

El viento siguió golpeando las cruces torcidas, arrastrando un olor húmedo que se pegaba al manto oscuro de Vanora. Elyana permanecía junto a ella, sin quejarse del frío, con esa quietud impropia de su edad que no era disciplina, sino aprendizaje precoz.

Vanora no soltó su rostro de inmediato.

Había algo en la forma en que la niña sostenía la mirada que no era solo valentía. Era afecto.

Y eso, más que cualquier gesto de ternura, fue lo que quebró la rigidez interior de la princesa.

Vanora no había sido amada de pequeña.

Había nacido en una casa poderosa, sí. En la Casa Vasíliev de Zmeygorod. Había aprendido mapas, estrategias, modales, idiomas. Pero no había aprendido lo que era el refugio.

Su padre había sido un hombre respetado en consejo y temido en la mesa. Un hombre que hablaba de honor mientras cerraba puertas por la noche. Un hombre que exigía obediencia absoluta y confundía autoridad con posesión.

Vanora había aprendido pronto que el poder no siempre protege. A veces invade. A veces reclama. A veces marca territorio sobre aquello que debería cuidar.

Nunca lo contó. Nunca lo necesitó.

El día que Iván mandó a sentenciarlo oficialmente por "traición a la casa imperial", nadie cuestionó la orden, pues Iván se había postulado como la mejor opción para el imperio como hombre joven, fuerte con perspectivas de futuro. En cuanto a su padre, se habló de traición política. De alianzas dudosas. De riesgos para la estabilidad.

Pero Iván sabía la verdad.

Lo supo sin que ella pronunciara nada. Lo vio en la manera en que Vanora no retrocedía ante ningún hombre salvo ante uno. En la forma en que tensaba los hombros cuando un consejero mayor se

aproximaba demasiado. En los silencios que no eran prudencia, sino miedo.

No hubo juicio público. No hubo escándalo. Solo una sentencia limpia.

Y una ejecución rápida.

Miró a Elyana.

La niña no era de su sangre. No llevaba su apellido. No tenía derecho claro ni posición asegurada. Huérfana de un incendio que nadie creyó accidental, acogida con rapidez sospechosa, integrada con una determinación que muchos consideraron excesiva.

Pero cuando Vanora la encontró por primera vez a punto de ser asaltada por un hombre—temblando, sin llorar, demasiado callada para su edad— reconoció algo. No el miedo.

La contención.

Ese silencio forzado que no es timidez, sino supervivencia. Elyana no preguntaba demasiado. No tocaba sin permiso. No confiaba de inmediato.

Como ella. Sin necesidad de linaje.

—¿Por qué me miráis así? —preguntó la niña, sin apartarse.

Vanora soltó el aire lentamente. —Porque nadie volverá a decidir sobre tu cuerpo —dijo con una firmeza que no admitía réplica.

—¿Eso significa que me quedaré con vos para siempre? —preguntó.

Vanora apoyó la frente contra la suya un segundo breve, casi imperceptible. —Significa que me aseguraré de que seas reconocida. Y contigo, mi nombre también.

Yelena, detrás, comprendió más de lo que la niña comprendía. Vanora se incorporó con elegancia. Volvió a mirar la tumba.

No había podido proteger a su hija antes de que el mundo la reclamara demasiado pronto. Pero podía proteger a esa.

No por dulzura. Por decisión.

El amor de Vanora no era cálido.

Era férreo. No abrazaba. Blindaba.



El salón de mujeres estaba iluminado por una luz tenue que entraba oblicua desde los ventanales altos. No era un espacio íntimo; era un escenario cuidadosamente dispuesto para la virtud femenina.

Bastidores de bordado apoyados sobre mesas bajas, hilos de seda ordenados por colores, cojines bordados con escenas religiosas y victorias pasadas. Un brasero central combatía el frío, pero no lograba disipar del todo la sensación de vacío que había dejado la partida de los hombres.

Se decía que aquellas reuniones servían para "no pensar en la guerra".

En realidad, servían para pensar en todo lo demás.

Yevdokia ocupaba el asiento central, ligeramente elevado. Bordaba con movimientos precisos, el hilo dorado trazaba una línea sobre un paño azul oscuro. Su vientre apenas comenzaba a notarse bajo el vestido claro.

A su derecha, Anna Kurbátova trabajaba con precisión silenciosa. A la izquierda, Praskovia Ivánovna sostenía el bastidor con dedos expertos, observando más de lo que hablaba. Daria Mijáilovna completaba el círculo, impecable, siempre atenta a las reacciones ajenas.

Vanora llegó sin anunciarse por orden de la zarina. No pidió permiso para sentarse; tomó uno de los bastidores disponibles y se acomodó con naturalidad.

El contraste era evidente: su vestido oscuro, sobrio, frente a los tonos más suaves del resto. Sus manos, acostumbradas al acero, tomaron la aguja sin torpeza.

El silencio inicial fue casi respetuoso.

Casi.

—Es reconfortante mantener las manos ocupadas —comentó Daria con suavidad—. Así la mente no se extravía con pensamientos

innecesarios.

—Algunas mentes —añadió Praskovia sin levantar la vista—, prefieren extraviarse en patios de armas.

Un hilo rojo se tensó entre los dedos de Vanora. —El entrenamiento disciplina el cuerpo —respondió con calma—. La disciplina siempre es útil.

Daria sonrió apenas. —Sin duda. Aunque no es un pasatiempo habitual entre mujeres de vuestra posición.

Anna intervino con tono prudente. —Maksim Yúrievich es un instructor... exigente.

—Y constante —añadió Praskovia, como quien no pretende herir —. Tal vez demasiado constante.

La aguja de Vanora atravesó la tela con precisión perfecta. —¿Insinuáis algo?

—Solo observo, mi zarevna —replicó Praskovia— que el exceso de esfuerzo físico no siempre beneficia a la naturaleza femenina. Los médicos suelen advertirlo. El cuerpo de una mujer está diseñado para otras... funciones.

Yevdokia no levantó la mirada de su bordado, pero apretó sus labios con satisfacción.

Milena, que se había mantenido en un segundo plano, pareció incómoda. —Son teorías antiguas —murmuró, sin comprometerse.

Praskovia dejó escapar una exhalación leve. —Antiguas, sí. Pero persistentes. En cambio, la quietud, la moderación... suelen dar mejores frutos.

El hilo dorado de Yevdokia avanzaba firme bajo su mano. Vanora alzó la vista despacio.

No había ira visible. Solo una quietud peligrosa en la zarina. —¿Creéis entonces —preguntó ella con suavidad casi amable— que mi vientre se debilitó por sostener una espada?

Nadie respondió de inmediato.

Daria se inclinó hacia delante. —Solo lamentamos que una mujer de vuestra sangre no haya podido ofrecer al reino lo que tantas otras han conseguido con menos... esfuerzo.

Menos esfuerzo.

Yevdokia levantó por fin la mirada, como si interviniera para equilibrar la conversación.

—La guerra exige sacrificios —dijo con serenidad impecable—. Cada una contribuye a su manera. Algunas con disciplina. Otras con descendencia.

La frase fue pulcra.

Letal.

Vanora sostuvo la mirada de la zarina durante un segundo más de lo decoroso.

Luego volvió al bastidor.

—El reino no necesita mujeres frágiles —dijo con voz baja, pero firme—. Necesita mujeres que resistan cuando los hombres caen.

Praskovia sonrió apenas. —Y que den hijos cuando regresan.

La aguja se detuvo un instante en la mano de Vanora.

—Los hijos pueden nacer de muchos vientres —replicó finalmente —. Pero el poder solo prospera bajo un apellido.

Daria observó el bordado de Vanora. No era una flor delicada ni un motivo religioso.

Era un patrón geométrico.

Simétrico.

Fuerte.

Anna rompió la tensión con una pregunta inocente. —¿Elyana también aprenderá a bordar?

—Aprenderá todo.

La respuesta no fue maternal. Fue estratégica. El salón se hundió en el silencio. El roce de las agujas contra la tela parecía el único sonido permitido.

Vanora había dicho que Elyana aprendería todo. La frase aún flotaba en el aire cuando Yevdokia levantó otra vez la vista.

No miró a Vanora.

Miró a Milena.

Lo hizo despacio, con una evaluación fría, casi administrativa. Sus ojos descendieron un segundo al vientre que ya no estaba hinchado por el embarazo, luego a las manos jóvenes que sostenían el bastidor, y finalmente regresaron a su rostro.

—Has cumplido tu parte —dijo con suavidad impecable.

No fue elogio.

Fue cierre.

Milena tardó un instante en entender.

Yevdokia dejó el hilo dorado sobre el bastidor, acomodó los pliegues de su vestido con una elegancia calculada y añadió:

—El niño está sano. El reino tiene lo que necesitaba en este momento —En este momento. La frase fue sutil. El gesto no lo fue tanto. Se giró ligeramente hacia Anna Kurbátova, ignorando a Milena como si ya no formara parte del eje principal de la conversación. —Aseguraos de que la nodriza mantenga al pequeño lejos de corrientes —ordenó—. No conviene arriesgar lo que ya está garantizado.

Milena mantuvo la postura recta, pero sus dedos se tensaron sobre el bastidor. El hilo rojo comenzó a estirarse más de lo debido.

Praskovia observó el gesto.

Daria también.

Yevdokia continuó hablando, ahora para el conjunto del salón: —Las casas jóvenes a veces confunden la gratitud con permanencia. Pero la corte evoluciona. Siempre lo ha hecho —Por fin volvió a mirar a Milena. No había odio. Había desdén limpio—. Tu familia lo sabía mejor que nadie.

Vorontsov.

Volátiles.

Reemplazables. La madre Milena exiliada junto a sus hermanos, su padre ejecutado.

Milena no respondió. La aguja descendió con demasiada fuerza y atravesó no solo la tela, sino la piel de su dedo. Una gota de sangre apareció, brillante.

No emitió sonido. Pero el hilo se tensó hasta deformar el bordado.

Vanora extendió la mano antes de que la tela cediera.

Sujetó el bastidor. Luego la muñeca de Milena.

—Suelta —le dijo en voz baja.

Milena respiró, pero no levantó la mirada. La sangre se mezcló con el hilo rojo, casi invisible.

Vanora mantuvo su mano sobre la suya un segundo más. —La tela no tiene culpa —añadió con calma—. No la castigues por lo que otras dicen.

El silencio fue más profundo que antes. Praskovia inclinó apenas la cabeza, comprendiendo.

Daria observó el gesto de Vanora con interés nuevo. Yevdokia no apartó la vista de la escena.

—Es admirable —comentó—. Siempre encuentras algo que proteger.

Vanora soltó la muñeca de Milena y volvió a su bordado. —El reino necesita estabilidad —respondió—. No desperdicio lo que puede fortalecernos.

Milena, por primera vez desde que se había sentado, alzó la mirada hacia Vanora.

No había gratitud infantil. Había reconocimiento.

Y eso fue lo que Yevdokia vio con claridad.

No necesitaba ya a Milena. Pero Vanora sí.

Y eso convertía a la joven madre en algo que la zarina no había previsto: una pieza que no podía retirar con facilidad ahora que ya no la necesitaba; además estaba eso... lo de su padre, y no podía sacarla de la corte sin traicionarse a sí misma y a la memoria del hombre que tanto la había protegido en la corte antes de morir.

—Tenéis razón, zarevna —accedió Yevdokia, que era tan hermosa como mala—. Eso mi esposo, el zar, siempre lo ha sabido. Por eso os mantiene en una posición privilegiada.

—Supongo que el zar me tiene en consideración. Pero mi posición me la otorga mi esposo, Dmitri, el heredero del zar.

Yevdokia tragó saliva y sonrió conteniendo la rabia que sentía hacia Vanora. —Solo nos queda orar por nuestros consortes.

Y todas las mujeres lanzaron plegarias al cielo, menos Vanora.

Ella no inclinó la cabeza.

No cerró los ojos.

No murmuró fórmulas aprendidas.

Cuando el murmullo de las oraciones comenzó a apagarse y el salón volvió al sonido leve de las telas, fue su voz la que ocupó el espacio. —Ya que hablamos de lo que fortalece al reino —dijo con

serenidad medida—, he dispuesto una iniciativa en nombre del zar y del zarevich.

Algunas agujas se detuvieron.

Yevdokia alzó la vista con interés contenido. —¿Una iniciativa? —repitió la zarina.

—Con la colaboración de Vasili Grigórievich Morózov —continuó Vanora, como si estuviera detallando un asunto doméstico—. Él controla las rutas comerciales del norte. El grano que llega por esas vías ha sido almacenado con previsión. He considerado oportuno destinar una parte a la ciudad.

Daria dejó la aguja suspendida en el aire.

Praskovia miró con atención renovada.

—¿Destinar? —preguntó Anna con cautela.

—Cada noche —prosiguió Vanora—, mientras nuestros hombres combaten en el sur, se repartirá pan y caldo caliente en distintos puntos de Moscú. En nombre del zar. Y del zarevich.

La frase fue precisa.

No dijo "en mi nombre".

No lo necesitaba.

Milena levantó la vista de inmediato.

Yevdokia mantuvo el rostro como una piedra.

—Un gesto generoso, que ya tuvisteis el año pasado, pensé que habían terminado vuestras ansias de complacer al pueblo tras vuestro retiro en el Terem.

—Un retiro que organizasteis por mi bien, y que me ayudó a comprender mejor mi inclinación generosa.

—¿Con qué fondos? —inquirió la zarina con el cuello tirante.

Vanora sostuvo su mirada sin parpadear. —Con los fondos del zarevich —El silencio fue breve, pero significativo—. Dmitri siempre ha comprendido que el pueblo es la base del trono —añadió—. Alimentar a Moscú mientras marcha a la guerra consolidará su imagen. Y la del zar, por supuesto.

Por supuesto.

Praskovia entrecerró los ojos.

Daria fue la primera en entender la amplitud del movimiento. —El hambre crea resentimiento —murmuró—. Y el resentimiento crea

rumores.

—Exactamente —respondió Vanora.

—Morózov no suele comprometerse sin beneficio —observó Yevdokia con suavidad venenosa—. Su lealtad es... flexible.

—La lealtad de los comerciantes siempre lo es —replicó Vanora con calma—. Pero cuando el beneficio está vinculado al prestigio del trono, se vuelve estable.

Milena comprendió algo más. No era solo caridad. Era estrategia pública.

El pueblo no vería a la zarina embarazada ni a las damas bordando.

Vería pan caliente en nombre del zarevich.

En nombre de Vanora.

Vería alimento mientras los hombres estaban lejos.

—¿Y quién supervisará esa distribución? —preguntó Daria.

Vanora apoyó la aguja con cuidado sobre la tela. —Yo.

—No es habitual —comentó Praskovia— que una princesa se mezcle con la ciudad baja.

—No me mezclaré —aclaró Vanora—. Organizaré. Coordinaré. Estableceré los puntos. Y Morózov garantizará que las caravanas lleguen sin interferencias.

Yevdokia dejó escapar una exhalación casi imperceptible. —Es una carga considerable —dijo—. Especialmente para alguien que ya asume tantas... responsabilidades.

—El reino necesita acciones —replicó Vanora—. No solo plegarias.

La frase fue suave.

Pero clara.

Milena bajó la mirada para ocultar una leve sonrisa.

Praskovia lo vio.

Daria también.

Yevdokia comprendió la jugada completa en ese mismo instante.

Mientras ella se consolidaba como vientre del heredero legítimo, Vanora se consolidaba como rostro visible del cuidado del pueblo.

—Que el Señor bendiga vuestra generosidad —dijo finalmente.

Vanora inclinó la cabeza.

CAPÍTULO 25

Dos torres, una reina

Tras varias semanas, el pan humeaba bajo el cielo gris.

Vanora avanzaba despacio sobre su caballo rojo, la montura alta y nerviosa, contenida con firmeza por su mano segura. No llevaba brocados cortesanos ni joyas visibles. Vestía cuero fino bajo la capa, una protección discreta que se ceñía al torso sin restarle movimiento. La capa roja caía sobre los hombros, visible desde lejos. Su pelo blanco, recogido y trenzado con precisión, no dejaba mechones sueltos que pudieran estorbarle la vista.

No estaba allí como dama. Estaba como presencia.

A ambos lados, había guardias armados que vigilaban la distribución. No eran demasiados, pero suficientes para que la multitud entendiera que aquello no era improvisación. Barriles abiertos. Cucharones de caldo espeso. Pan repartido con orden.

La gente la reconocía.

Algunos inclinaban la cabeza.

Otros murmuraban su nombre.

—La princesa del invierno —susurró una mujer al recibir el pan.

Vanora no sonrió. Pero detuvo el caballo un instante para observar a una madre que partía el pan en tres porciones exactas antes de probar el suyo.

El año anterior ya había hecho lo mismo.

Y la ciudad no la había olvidado, pues eran pocos los nobles que se atrevían a mezclarse con el pueblo.

En una de las torres del Kremlin, alta, blanca contra el cielo opaco, una figura clara observaba.

Yevdokia.

Desde allí arriba la imagen se repetía como algo cruel. La capa roja. El caballo blanco entre el gris. El pueblo mirando hacia ella como si no hubiera otra figura bajo el cielo.

La escena regresaba con una precisión implacable. El mismo instante. El mismo peso. El mismo choque en el pecho que no admitía defensa. Se repetía sin descanso, como el golpe constante del acero contra el acero, imposible de desviar, imposible de deshacer. No había noche lo bastante fría ni combate lo bastante feroz que lograra borrarla. Vivía en ella mientras siguiera viva.

Yevdokia vio a un hombre que se acercaba a Vanora desde la retaguardia. No vestía uniforme militar completo, pero su porte no era el de un simple comerciante.

Vasili Grigórievich Morózov.

Olor a pergamino, a sal seca, a rutas lejanas.

Se detuvo junto al caballo y bajó la voz lo suficiente para que solo la zarevna escuchara.

—La ciudad responde mejor de lo previsto.

—La ciudad siempre responde al alimento —contestó Vanora sin mirarlo directamente—. El hambre es más fiel que los boyardos.

—La zarina observa.

Vanora alzó la vista hacia la torre sin aparente interés. —Que observe.

El comerciante ajustó los guantes. —Hay rumores en los muelles —dijo con aparente indiferencia—. Las rutas del sur no son seguras. Accidentes. Caravanas que se retrasan. Caballos que resbalan en terreno inestable. Parece que alguien no quiere que vos cometáis vuestro propósito.

Un niño pasó corriendo con un mendrugo en la mano.

—Los accidentes son inevitables en tiempos de guerra —dijo Vanora—. Especialmente cuando los caminos se vuelven estrechos.

Morózov la miró por primera vez con franqueza. —Algunos caminos se estrechan más de lo previsto.

—Y algunos balcones son más altos de lo que parecen —replicó ella—. La ciudad necesita estabilidad —continuó Vanora, en un tono que podía oír cualquiera que se acercara—. No incertidumbre.

Desde la torre, el viento era más frío.

Yevdokia continuaba observando desde la torre superior. No alcanzaba a oír las palabras que Vanora intercambiaba con el consejero de rutas, pero no necesitaba hacerlo. Conocía demasiado bien ese tipo de conversación: cifras, movimientos, alianzas.

Apoyó las manos sobre la piedra fría del pretil y dejó que su mirada descendiera hacia la plaza interior. Desde allí, el Kremlin parecía un tablero perfectamente dispuesto, cada figura ocupando la casilla que le correspondía por sangre, rango o conveniencia.

Todas menos una.

Y esa pieza —vestida de azul profundo, erguida entre hombres que la escuchaban— no obedecía reglas sencillas.

Mijaíl Fiódorovich Shuisky no se anunció. No lo necesitaba. Su linaje le permitía acercarse a la zarina sin que sonaran alarmas. Se detuvo a una distancia prudente. —La ciudad la aclama —dijo, sin emoción.

Yevdokia no apartó la vista. —La ciudad aclama el pan —respondió—. No a quien lo reparte.

Shuisky no la contradijo. Abajo, un grupo de hombres inclinaba la cabeza cuando el caballo rojo avanzaba. —Los símbolos de generosidad importan, zarina —añadió él.

—Es un error que cometí el año pasado —dijo Yevdokia con suavidad, como si no lo oyera—. Pensé que retirarla al Terem sería suficiente para corregirla, para debilitarla.

—Pero no fue así.

—No.

La palabra cayó seca. Abajo, un niño levantó el pan en dirección al caballo como si fuera un estandarte.

—No hay forma de erosionar esa imagen con murmuraciones ni con veneno de viudas —continuó Shuisky, con la voz baja pero firme —. El hambre no atiende a rumores, y el pueblo no olvida quién le

dio pan cuando los graneros ardían. Vanora puede estar sola desde la muerte de Borís... pero vos, zarina, también lo estáis sin Serguéi. Y no podemos permitir que, cuando llegue el momento, la zarevna concentre el poder real del Kremlin.

Hizo una pausa breve antes de añadir:

—Se ha apropiado del hijo del zarévich como si fuera suyo. Y Milena lo consiente, ahora que vos estáis encinta. Si la corte empieza a convenir —y Dios no lo quiera— que Dmitri es el heredero más sólido cuando falte el zar, el eje del linaje se desplazará.

Shuisky sostuvo la mirada de Yevdokia con gravedad calculada.

—Y con ese desplazamiento perderíamos algo más que influencia.

No necesitó elevar la voz para que el mensaje quedara claro.

Yevdokia Nagaya no era solo la esposa del zar. Era hija de Vasili Stepánovich Nagói, uno de los hombres más acaudalados del nordeste ruso, señor de tierras extensas y de rutas comerciales que enlazaban Moscovia con los puertos del Volga. Su poder no se forjó en batallas, sino en cuentas, caravanas y tributos constantes. Dinero que no se agotaba con una campaña, sino que sobrevivía a ellas.

—Las guerras del gran zar —prosiguió Shuisky con cuidado— han vaciado más de un cofre. El pueblo lo llama Terrible con respeto... pero la guerra tiene un precio. Si Dmitri consolida su posición al margen de vos, si el niño bastardo se convierte en eje, la fortuna de los Nagói dejará de sostener este trono.

Bajó la voz aún más.

—Y el Kremlin no puede permitirse perder ese respaldo.

El mensaje no era una amenaza. Era aritmética política.

Mijaíl Fiódorovich Shuisky no era un hombre joven, pero tampoco estaba vencido por los años. Su cabello, ya atravesado por hebras grises, estaba cuidadosamente recogido bajo el gorro de boyardo; la barba, espesa y bien cuidada, no ocultaba la dureza de su mandíbula.

Tenía el porte de quien ha sobrevivido a demasiados cambios de poder como para confiar en la fortuna. Sus manos, largas y huesudas, descansaban sobre la mesa con una quietud estudiada, como si incluso el gesto más pequeño pudiera ser interpretado como debilidad.

Los Shuisky eran antiguos. Más antiguos que muchas lealtades actuales. Su linaje había servido a príncipes cuando Moscovia aún no soñaba con imperios. Aquello no era simple orgullo: era memoria política. Mijaíl había crecido escuchando cómo las casas que se alineaban mal en el momento decisivo desaparecían sin dejar más rastro que un apellido susurrado en los monasterios.

Apoyar a Yevdokia no era un capricho ni una simpatía personal.

La zarina representaba estabilidad financiera. Representaba una red de comercio que mantenía a flote campañas prolongadas. Representaba, sobre todo, un heredero directo del zar que impediría que Dmitri —con su hijo nacido fuera del matrimonio— concentrara demasiado poder demasiado pronto.

Shuisky no confiaba en los herederos impetuosos. Había visto cómo los príncipes criados en la sombra del resentimiento gobernaban con excesiva prisa.

Dmitri era fuerte, capaz, incluso admirable en el campo de batalla. Pero era también el hijo que creció sin madre, moldeado por la dureza y por la ausencia. Un hombre así no siempre gobernaba con paciencia.

Si el hijo de Milena consolidaba su posición a través de Vanora, el equilibrio se inclinaría hacia una facción que no necesitaba el respaldo económico de los Nagói. Y sin esa dependencia, casas antiguas como la suya perderían capacidad de influencia, y dinero.

Apoyar a Yevdokia implicaba riesgo, sí. Si la zarina fallaba en dar un varón, o si el zar decidía apartarla, quienes la hubieran sostenido quedarían expuestos. Pero Shuisky entendía algo esencial: el mayor riesgo no era apostar, sino quedar fuera del juego.

Yevdokia necesitaba aliados antiguos para blindar su embarazo de intrigas.

Shuisky necesitaba que el futuro zar naciera de un vientre legítimo y dependiera, al menos en parte, del dinero que sostenía el reino.

No defendía a la mujer.

Defendía la continuidad que le convenía.

Y estaba dispuesto a arriesgar su posición por ello, porque sabía que en el Kremlin la neutralidad era solo una forma elegante de

suicidio político.

Yevdokia por fin se giró hacia él. Sus ojos azul verdosos eran claros. Fríos. —Ahora que un heredero legítimo viene en camino —Yevdokia se acarició la barriga—. Necesitamos acabar con ella.

El boyardo sostuvo su mirada. —Es la princesa, la esposa del zarévich.

—Los accidentes ocurren en las plazas —replicó ella con tono casi ligero—. Un caballo puede asustarse. Una rueda puede romperse. Un incendio repentino...

No terminó la frase. No era necesario. Shuisky no mostró reacción visible.

—La ciudad está llena hoy —observó—. Demasiados testigos.

—Precisamente —contestó Yevdokia—. El caos es nuestro mejor aliado, Shuisky.

—Y, sin embargo —añadió el boyardo con cautela—, si yo fallara...

Yevdokia dejó escapar una exhalación perceptible. —No fallaréis.

—Es la esposa del heredero —repitió Shuisky—. Y no una esposa cualquiera. Su muerte no sería un incidente discreto. Sería una sacudida —Sus dedos se entrelazaron sobre la mesa—. El zar la tiene en alta estima. Todos lo sabemos. No por capricho, sino por respeto. Ella la salvó de una muerte segura. Si ella muriera de forma repentina, no lo tomaría como designio divino. Lo tomaría como una desgracia —Alzó la mirada hacia la zarina—. Y un Iván herido no gobierna con prudencia, ya lo conocemos —La advertencia quedó clara sin necesidad de adornos—. Eliminarla podría resolver un problema inmediato —admitió—, pero crearía uno mayor. Dmitri reaccionaría. La facción que la respalda se cohesionaría. El pueblo, que la ve como figura firme desde la muerte de Borís, no aceptaría fácilmente otra desaparición —Shuisky negó con la cabeza—. No. Si se la desplaza, debe hacerse por desgaste, no por sangre. Por aislamiento, no por martirio.

—El zar no puede protegerla desde el sur. Dmitri tampoco. Y el pueblo... el pueblo olvidará rápido si se le explica que fue un accidente —lo corrigió Yevdokia. Su voz fue suave, pero no templada. Había algo más bajo en las palabras, algo que ni siquiera intentó disimular del todo—. Los incendios ocurren. Las caídas

también. Las fiebres no siempre avisan —Clavó la mirada en Shuisky —. No exageremos el alcance de una mujer, por muy estimada que sea.

Pero al pronunciar esa última frase, sus dedos se tensaron sobre el borde de la mesa.

Estimación.

Respeto.

Alta estima.

Qué palabra tan conveniente.

Sabía cómo la miraba Iván cuando creía que nadie lo observaba. Sabía el silencio distinto que se instalaba cuando Vanora entraba en una sala. Sabía que no era simple cortesía política lo que la protegía.

Y eso la irritaba más que cualquier conspiración.

No el poder de Vanora.

—Mi esposo —añadió, esta vez sin necesidad de ocultar su rabia — es un hombre de Estado. No un poeta. Si alguna vez mostró deferencia hacia ella, fue por necesidad. Nada más. No confundamos respeto con debilidad.

Shuisky guardó silencio unos segundos. —Un incendio—murmuró.

—Un caballo desbocado —añadió ella.

—Un empujón en la multitud.

El viento sopló con fuerza entre las almenas. Yevdokia se permitió una sonrisa mínima.

—No soy imprudente, Mijaíl Fiódorovich. No se trata de odio. Se trata de estabilidad.

—Por supuesto.

—El trono no puede tener dos figuras centrales.

Abajo, Vanora levantó la vista. Por un instante, pareció mirar directamente hacia la torre.

Shuisky notó el gesto. —Parece que os ha visto.

—Que mire —respondió Yevdokia sin parpadear—. No imagina de lo soy capaz. No me falles, Shuisky.

El boyardo inclinó la cabeza. —Daré las instrucciones necesarias.

—No demasiadas, cuantos menos implicados, mejor.

Shuisky dio un paso atrás. —Esta noche.

Yevdokia asintió. —Que parezca inevitable.

El boyardo desapareció por la escalera de piedra. La zarina permaneció sola en la torre, observando la capa roja que seguía moviéndose entre el pueblo como si fuera indestructible.

—Caerás, Vanora, por fin lo harás —susurró.



Milena acunaba a su hijo en una estancia lateral del ala que pertenecía a Vanora. La luz de la luna entraba filtrada por celosías de madera. Había pedido quedarse allí. No en los aposentos que le habían asignado con discreción oficial, sino cerca de donde su hijo residía. Vanora le había concedido espacio sin reproche.

Milena amamantaba a escondidas a su hijo, su madre siempre lo había hecho así. Sin intermediarias. Sin delegar el cuerpo del hijo a otra mujer.

Era, en aquel lugar, un gesto pequeño y casi irrelevante. Pero para Milena era lo único que sentía verdaderamente suyo.

Sostenía al niño con una mezcla de torpeza reciente y determinación. El pequeño Iván mamaba con fuerza. Tenía los puños cerrados y la piel sonrosada de los recién nacidos robustos. Milena inclinaba la cabeza sobre él y lo observaba como si, en medio del Kremlin, solo existiera ese latido diminuto bajo su mano.

Era castaña, con pecas abundantes que el embarazo no había borrado. Sus rasgos aún conservaban algo de la muchacha que había sido apenas un año atrás, antes de comprender que en el palacio cada caricia podía ser estrategia. Ya no era una niña, pero tampoco se sentía una mujer de la corte. Desconfiaba de todos. De las doncellas que sonreían demasiado. De los boyardos que la saludaban con respeto falso.

Incluso de Yevdokia, la zarina.

Al principio, la zarina la había tratado con afecto. La había invitado a sus salones, la había protegido de rumores, la había guiado con palabras suaves hacia Dmitri. No por bondad, sino por estrategia. Yevdokia estaba convencida de que un hijo del zarévich,

nacido de una joven moldeable, desplazaría a Vanora del centro de poder. Milena sería el vientre útil; Dmitri, el heredero fortalecido; y la zarevna quedaría reducida a figura decorativa.

No había sido una idea improvisada.

Había sido una línea cuidadosamente trazada, alentada desde el principio por Serguéi Vorontsov, su padre, cuyo instinto político siempre olía la debilidad ajena. Él había comprendido que atacar frontalmente a Vanora era un error. Mejor rodearla. Debilitar su posición sin mancharse las manos. Colocar junto al heredero una mujer joven, dócil, fértil. Darle un hijo. Convertir ese hijo en centro gravitatorio.

Yevdokia aportaría legitimidad como zarina.
Dmitri, continuidad como primogénito.
Milena, descendencia sin resistencia.

Era un movimiento limpio. Eficaz.

Pero su madre había muerto. Y Vanora no había cedido.

Había hecho lo impensable: no oponerse al niño, sino abrazarlo. No competir con Milena, sino protegerla. Y con ese gesto desactivó toda la maniobra.

Porque ahora el hijo del zarévich no era una amenaza contra ella. Era un vínculo que la unía al futuro.

Había tomado al niño en brazos ante toda la corte, le había dado nombre, se había colocado como guardiana visible de esa criatura. Y lo había hecho sin arrebatarlo, sin violencia, con una autoridad que nadie pudo discutir.

Yevdokia comprendió entonces que Milena ya no era una herramienta eficaz.

Porque mientras el niño estuviera bajo la protección moral de Vanora, cualquier intento de manipularlo pasaría por ella.

Por eso el afecto se enfrió. No hubo reproches abiertos. Solo distancia a pesar de la deuda moral tras la ejecución inmerecida de su padre.

Milena lo supo en la ausencia de invitaciones, en la reducción de visitas, en la manera en la que la zarina ahora hablaba del futuro como si solo existiera el hijo que crecía en su propio vientre.

Y, sin embargo, mientras su hijo se aferraba a su pecho, Milena no pensaba en maniobras.

Pensaba en miedo.

Miedo a que algún día se lo arrebataran con argumentos que no entendería. Miedo a convertirse en madre sin hijo. Miedo a que su pequeño desafío —amamantarlo ella misma, sostenerlo, cantarle en voz baja— fuera lo único que le quedara antes de que la política lo reclamara.

No sabía jugar al ajedrez del Kremlin. Pero sabía abrazar.

El peso tibio de su hijo contra el pecho era, por ahora, lo único que mantenía a Milena erguida. Lo sostenía con una mezcla de instinto y necesidad, como si aquel pequeño cuerpo fuera el único capaz de impedir que se deslizara por la pendiente invisible que se había abierto bajo sus pies desde la muerte de su padre. Porque bajo la ternura, bajo el vaivén casi hipnótico con el que lo mecía, persistía otra cosa menos dulce, más áspera: una sospecha que no lograba arrancarse del pensamiento.

Milena no era ingenua, aunque muchos en la corte la miraran como si lo fuera. Y desde la ejecución de su padre, esas miradas habían cambiado con una rapidez demasiado calculada para ser casual. Sospechaba que Vanora había tenido algo que ver, de manera directa o indirecta; no tenía pruebas, solo intuición.

Recordaba con nitidez la forma en que Dmitri firmó la sentencia: sin vacilación visible, con una firmeza que no parecía responder únicamente a una acusación formal. Recordaba también que el zar —a quien ya muchos llamaban Terrible con un respeto tenso— no se opuso ni intercedió, como si la caída de Serguei hubiera sido un movimiento necesario dentro de un tablero mayor. Todo ocurrió con demasiada rapidez, con un orden casi impecable. Y después vino el incendio. Borís y toda su casa reducidos a ceniza; incluso su hija, apenas una joven, desapareció entre el humo y las llamas. Todos muertos... salvo una.

Elyana. La prima lejana. La sobreviviente improbable que, por casualidad o por destino, terminó bajo la protección de Vanora.

En una corte donde nada sucedía por azar, aquella acumulación de coincidencias resultaba insoportable. Milena seguía meciendo a

su hijo, pero su pensamiento no tenía la suavidad del gesto. Si Vanora había permitido la caída de su padre para proteger algo mayor, ¿qué era ese algo? ¿El equilibrio del poder? ¿El trono? ¿Su propia posición junto al zar? La pregunta la desgarraba porque, al mismo tiempo, esa mujer a la que comenzaba a temer era la que ahora extendía su ala sobre el niño que dormía entre sus brazos, la que lo protegía de intrigas abiertas y cuchillos invisibles.

No sabía si debía odiarla o agradecerle la vida que le estaba asegurando a su hijo. No sabía si tenía que elegir entre la memoria de su padre o la seguridad de aquel pequeño cuerpo que respiraba contra su pecho.

El niño terminó de mamar y se quedó dormido con la boca entreabierta, todavía aferrado a su pecho como si incluso en sueños temiera que el mundo pudiera arrebatárselo. Milena lo sostuvo unos segundos más, sintiendo el peso tibio, la respiración pequeña, el latido que parecía acompasarse con el suyo. Luego lo acomodó con delicadeza en el lecho bajo, rodeándolo de almohadones y cubriéndolo con una manta ligera. No llamó a la nodriza. Aquella noche no quería manos ajenas entre ella y su hijo. Aquella noche necesitaba sentir que, al menos en esa habitación, algo dependía solo de ella.

Entonces lo oyó.

Un golpe seco.

No fue fuerte ni estridente, pero sí impropio de aquella hora. El sonido subió desde el patio interior que quedaba bajo la torre donde se encontraban las estancias asignadas a Vanora. A esas horas el ala lateral solía sumirse en una quietud indiscutible; los guardias estaban en rotación y los corredores permanecían vacíos.

Milena se quedó inmóvil.

Otro sonido.

Un roce metálico. El leve choque de algo contra la piedra.

Se levantó despacio, sin apartar del todo la mirada del niño dormido. Cruzó la estancia y se detuvo ante el pequeño porticón de madera que daba a la galería exterior. No debía abrirlo. No era prudente. La prudencia era la única herencia segura que le había dejado la muerte de su padre.

Pero lo abrió.

En la penumbra del patio distinguió tres figuras. Una de ellas era inconfundible por la postura rígida y el perfil afilado: Mijaíl Fiódorovich Shuisky, consejero cercano a la zarina. No llevaba la capa oficial ni insignias visibles. No estaba allí en acto público. Hablaba en voz baja con dos hombres que cubrían parcialmente sus rostros con capuchas oscuras. No eran guardias del Kremlin; no vestían los colores habituales ni adoptaban la disciplina abierta de los soldados. Su quietud era distinta, temible.

Shuisky hizo un gesto breve con la mano.

Uno de los hombres asintió.

Milena sintió cómo el frío del aire se transformaba en hielo bajo su piel.

Un tercer sonido, más lejano, la obligó a girar la cabeza hacia el exterior del recinto. Desde la altura de la torre podía ver, más allá de los muros, una parte de la plaza donde aún se repartía el pan.

Y allí estaba.

La capa roja.

El caballo encendido bajo la luz opaca.

Vanora.

Visible. Demasiado visible.

Recordó la tensión en la sala de bordados, la forma en que Yevdokia había observado aquella escena de Vanora repartiendo pan una y otra vez durante los últimos días con una serenidad que no era serenidad, sino rabia.

Y ahora Shuisky abajo, en la oscuridad de la noche, con hombres que no pertenecían a la guardia regular.

El pulso de Milena se aceleró hasta dolerle en las sienes.

No necesitaba oír órdenes para comprender. Un accidente en la plaza. Un disparo entre la multitud. Un caballo que se encabrita. Caos. Gritos. Y después, luto.

Miró de nuevo hacia la plaza. Vanora se inclinaba hacia un niño para decirle algo. La capa roja se movía entre la gente como una llama, como una declaración de poder imposible de ignorar.

Si Vanora moría, ¿qué quedaría después?

Su hijo perdería a la única protectora capaz de protegerlo. Yevdokia ya no la necesitaba; sin Vanora, el pequeño Iván quedaría expuesto a una reconfiguración del poder que no tendría piedad.

Y ella...

Ella sería prescindible.

Apoyó la mano en la piedra fría del ventanal y sintió la aspereza bajo los dedos. Abajo, Shuisky se dispersaba con los hombres encapuchados, deshaciéndose como si nunca hubieran estado allí.

Todo podía ocurrir en minutos. Todo podía sellarse como un fatal accidente.

¿Estaba en sus manos salvarla?

La pregunta no fue heroica. No hubo música ni grandeza en ella. Fue una certeza instintiva que se impuso en su corazón. Salvar a Vanora significaba traicionar a la zarina que la había introducido en la corte y le había dado un lugar cuando todo parecía perdido. Significaba salvar a la esposa del hombre que ella amaba. Salvar a la mujer por la que había muerto su padre.

Milena cerró el porticón con decisión. Se giró hacia el lecho donde dormía el pequeño Iván. El niño respiraba con la paz de quien todavía no conoce la palabra traición.

Se inclinó y rozó su frente con los labios antes de salir hacia donde sabía que dormía Yelena, la doncella leal de la zarevna Vanora.

CAPÍTULO 26

La madre de Moscú

El olor llegó antes que el grito. No fue una columna de humo densa al principio, sino un rastro casi dulce que se mezcló con el vapor del caldo y el aroma del pan recién partido. Vanora lo percibió antes que los guardias, antes incluso que el pueblo que aguardaba con las manos extendidas. Giró el rostro. No distinguió llamas; distinguió un movimiento extraño.

Al fondo de la plaza, donde las carretas descargaban sacos, una lona empezó a arder por un lateral. No hubo explosión súbita, sino algo más inquietante: un fuego bajo, dirigido, que avanzaba con rapidez calculada hacia los barriles de aceite. —Agua —ordenó sin alzar la voz.

Uno de los guardias reaccionó de inmediato, pero no había tiempo. Un grito rasgó el aire y entonces el humo se elevó, oscuro, trepando hacia el cielo gris como una señal maldita. El caballo rojo se encogió bajo ella, captando antes que nadie la vibración del miedo colectivo. La multitud empezó a desplazarse; todavía no en estampida, pero con pánico.

Vanora no pensó en su capa ni en su rango. Pensó en las madres, en los niños que aún sostenían el pan, en los carros estrechos bloqueando la salida. —Abrir espacio hacia el este —ordenó—. Que nadie corra hacia los muros.

Un segundo foco se encendió, demasiado lejos del primero para ser casual, demasiado coordinado para no ser un diseño. El humo comenzó a engrosarse y la presión humana a volverse más intensa. Los guardias intentaban redirigir el flujo de cuerpos hacia donde la zarevna había ordenado mientras el fuego avanzaba con intención

propia. Vanora tiró de las riendas para aproximarse al foco principal con un par de guardias que ya cargaban baldes de agua; si cortaban su avance antes de que alcanzara los barriles, podrían evitar la explosión. No le inquietaba el calor. Le inquietaba el pánico.

Entonces lo sintió.

Un golpe lateral, brutal, dirigido contra su pierna izquierda justo cuando el caballo daba un paso nervioso hacia atrás. No fue tropiezo ni empujón ciego. Fue fuerza precisa. Su equilibrio se quebró y cayó. El suelo la recibió con violencia seca y el aire se le escapó de los pulmones en un impacto mudo. Rodó por instinto para no quedar bajo las patas del animal y, al alzar la vista, lo vio.

El hombre que la había empujado no huía. Retrocedía con una calma que no encajaba con el caos. Vestía ropa común, pero sus manos no eran de campesino. Lo supo en la postura, en la economía del movimiento, en la manera en que calculaba la distancia mientras fingía perderse entre el humo. No era un accidente. La habían buscado, alguien estaba intentando matarla.

El fuego no estaba allí para devorar graneros. Estaba allí para crear confusión. Y ella era el centro de esa ecuación.

Se incorporó en un solo movimiento, ignorando el dolor que le punzaba la cadera. El cuero bajo la capa había amortiguado parte del impacto. El humo ya cubría la plaza y los gritos ascendían hacia un tono más agudo. El hombre dio medio giro, convencido de que el caos lo protegería.

No lo haría.

Vanora desenfundó la espada y el sonido del acero al salir fue limpio y cortante, reconocible incluso entre el tumulto. Algunos guardias giraron hacia ella; otros hacia el fuego. El hombre vaciló. Ese fue su error.

Vanora avanzó dos pasos firmes, el filo bajo, preparado para ascender con precisión calculada. No buscaba heroísmo ni exhibición. Buscaba exactitud. El humo se cerraba a su alrededor como una cortina.

Y en medio del caos, sus ojos rojos no reflejaban miedo, sino lucidez.

No iban a quemar Moscú para matarla. Iban a matarla utilizando Moscú.

Y eso era algo que no pensaba permitir.

—Tú —dijo, señalándolo con la punta de la espada.

No le dio tiempo a responder.

El hombre intentó retroceder, pero Vanora ya había leído el peso de su cuerpo, la tensión en sus hombros. Dio un paso al frente y el acero ascendió con precisión limpia. No fue un tajo amplio, sino corto y exacto, dirigido donde la carne no protege. El filo entró.

El hombre abrió los ojos con incredulidad antes de que las fuerzas lo abandonaran. Cayó de rodillas y después de lado, absorbido por el humo y el caos que él mismo había ayudado a crear.

Vanora retiró la espada con un movimiento irreductible, con la sangre oscureciendo el acero. No perdió ni un segundo mirando el cuerpo que acababa de caer. El humo se extendía con rapidez y el segundo foco ya amenazaba con unirse al primero; si las llamas alcanzaban los barriles de aceite, la explosión convertiría la plaza en una trampa mortal. Giró hacia los guardias más próximos, con el aire cargado raspándole la garganta.

—Formad línea. Abrid paso hacia el este. Que nadie corra hacia los muros. Guiadlos hacia la calle del mercado.

Los hombres dudaron. No por miedo al fuego, sino por su responsabilidad. Uno intercambió una mirada breve con otro; el más joven dio un paso atrás.

—Zarevna... debemos protegeros a vos.

Vanora no alzó la voz, pero la frialdad en ella fue más eficaz que un grito.

—Proteged a la ciudad. Esa es vuestra orden.

Nadie se movió. El fuego crepitaba con mayor violencia, el humo descendía en capas cada vez más bajas y un niño comenzó a llorar cerca de un carro volcado, un sonido agudo que atravesaba el caos. Vanora avanzó hacia el guardia más cercano y lo sujetó por la coraza, obligándolo a mirarla de frente.

—He dicho que despejéis la salida. Ahora.

Algo en su tono quebró la resistencia. Dos hombres comenzaron por fin a empujar a la multitud en la dirección correcta, abriendo un

pasillo torpe pero útil hacia el este; otros, sin embargo, permanecieron inmóviles, como si aguardaran una contraorden que no llegaría. No era incompetencia. Era instrucción previa. Vanora lo comprendió con una claridad repentina: no solo querían el caos, querían que ella quedara aislada dentro de él.

Soltó al guardia y giró hacia el este. Si los hombres no cumplían con la rapidez necesaria, lo haría ella misma. Tiró de las riendas del caballo rojo para montar de nuevo, pero el animal estaba alterado por el humo, los ojos blancos, las crines agitadas; no podía confiar en él dentro de la plaza cerrada. Decidió avanzar a pie.

Se abrió paso entre el gentío con autoridad, empujando carros atravesados, levantando a una mujer caída, señalando con el brazo extendido el camino de salida mientras gritaba órdenes claras que comenzaban a imponerse sobre el pánico.

Entonces sintió el cambio: ese silencio mínimo que precede al impacto.

No fue un estruendo, sino un silbido breve, tensado en el aire como una cuerda a punto de romperse.

Giró la cabeza por instinto.

La flecha salió desde lo alto. No desde la plaza, sino desde una galería lateral del Kremlin, donde los arqueros de vigilancia solían apostarse en tiempos de guerra. Arco compuesto de caza, corto, fácil de ocultar bajo una capa. Disparo descendente. Preciso.

Vanora no estaba quieta, y eso la salvó. La flecha no encontró su pecho, como pretendía, sino que atravesó la capa roja y se clavó en la carne por debajo del hombro izquierdo, rozando la escápula. El impacto la hizo girar sobre sí misma; el dolor fue inmediato, agudo, pero no paralizante. Cayó de rodillas, no por debilidad, sino por cálculo, buscando un ángulo muerto entre los cuerpos que comenzaban a moverse hacia el este tal como ella había ordenado.

El segundo disparo nunca llegó. Quien había tensado la cuerda ya no tenía línea limpia de tiro; el humo se cerraba como un telón y la multitud desplazándose interfería la visión.

Vanora apretó los dientes, llevó la mano a la asta y arrancó la flecha con un movimiento firme. No estaba profundamente

incrustada; había entrado en ángulo. La sangre comenzó a manchar la capa, pero la herida no era mortal.

Vanora seguía de rodillas cuando el mundo volvió a llenarse de ruido. La flecha arrancada yacía a su lado, manchada, y la sangre oscurecía la tela roja sobre su hombro. El dolor latía con cada respiración, profundo y caliente, pero su mente permanecía fría.

Un campesino —un hombre ancho de espalda, con las manos aún cubiertas de hollín— fue el primero en verla de verdad. No como zarevna. No como símbolo. La vio como una mujer herida en medio del humo. Una mujer que había dado comida a su gente, que había dado órdenes de salvarlos pese a quedarse sola, que estaba cuerpo a cuerpo con la muchedumbre.

—¡La han alcanzado! —gritó, con una voz que rasgó el aire—. ¡A la zarevna Vanora! ¡Ayudadla!

Alzó los brazos hacia los demás.

—¡No miréis! ¡Ayudadla, maldita sea!

Los guardias leales a Vanora seguían empujando a la multitud hacia la salida este, cumpliendo la orden que ella misma había impuesto. No podían romper la línea sin dejar un hueco mortal en la evacuación. Y los otros... los otros no ayudaban.

Dos de ellos avanzaron en dirección contraria al flujo del pueblo.

Demasiado decididos.

Demasiado coordinados.

Uno desenvainó.

Vanora lo vio venir.

No esperó a que la alcanzara. Se incorporó con esfuerzo, la sangre tirando del músculo bajo el omóplato, y levantó la espada en un solo movimiento. El primer golpe lo detuvo a medio paso; el acero chocó, vibró, descendió con precisión brutal. El traidor cayó antes de comprender que ella aún podía luchar.

El segundo intentó flanquearla, buscando su lado herido. El dolor explotó cuando giró sobre el hombro atravesado, pero no retrocedió. Bloqueó bajo, giró la muñeca y hundió el filo en la juntura del peto. El hombre cayó de rodillas, sorprendido más por la resistencia de ella que por la herida.

El tercero dudó.

Y esa duda fue suficiente.

Dos campesinos se interpusieron. No llevaban armadura, solo herramientas: una horca, un mazo de madera. No eran soldados, pero eran hombres que habían trabajado la tierra toda su vida. Golpearon sin técnica, con rabia. El guardia trastabilló.

—¡Con ella! —gritó alguien más.

El círculo se cerró en torno a Vanora, no como una prisión, sino como un escudo improvisado.

Ella respiraba con dificultad. Cada movimiento tiraba de la herida. La sangre resbalaba bajo la tela, húmeda y caliente, y por un instante supo que no podría sostener otro asalto igual, que iba a morir, y se dio cuenta de que no tenía miedo de la muerte, que la esperaba en cierto modo.

Entonces se oyó el estruendo de cascos.

No el caos disperso de caballos asustados.

Un avance compacto.

Imperial.

Entre el humo emergió la guardia imperial, abriéndose paso con violencia calculada. Y delante, montada en un caballo oscuro de perfil femenino y nervio contenido, apareció Yelena.

No gritó.

No preguntó.

La espada de uno de los guardias espada descendió contra el último de los traidores con una eficacia irreprochable.

Yelena detuvo la montura junto a Vanora y extendió la mano.

—Alzaos, zarevna.

No era una súplica.

Vanora envainó con dificultad, tomó la mano y fue ayudada a subir. El dolor le arrancó un gesto breve, pero no un quejido. Desde la salida este, la multitud comenzó a reagruparse. Algunos ya estaban fuera de la plaza, fuera de peligro. Otros se volvieron al comprender lo ocurrido.

—¡Vanora! —gritó el primer campesino que la había ayudado.

Luego diez.

Luego cien voces.

No era un clamor de pánico.

Era exigencia.

El pueblo avanzó hacia las puertas del Kremlin, no para huir, sino para plantarse ante ellas.

—¡Vanora!

—¡Que viva!

—¡Mostradla!

Los puños golpeaban la madera. Las voces resonaban contra la piedra. No pedían protección.

Exigían verla. Exigían que siguiera en pie.

Vanora, sobre el caballo, con la capa ensangrentada pegada al hombro, miró hacia las puertas que se habían cerrado tras ella, ya dentro del Kremlin y luego hacia el pueblo que gritaba su nombre.

Desde lo alto de la torre, el viento arrastraba el clamor del pueblo hacia las almenas como una marea que golpeaba la piedra y regresaba con más fuerza. Yevdokia no se había movido durante el asalto. Había observado el fuego prender con precisión casi fría, había visto la caída, la espada, la flecha descendiendo desde la galería. Durante unos segundos creyó que todo estaba resuelto, que el humo terminaría el trabajo. Luego la vio levantarse.

Ahora la contemplaba erguida sobre el caballo de su doncella, la capa roja oscurecida por la sangre, mientras la multitud golpeaba las puertas del Kremlin y gritaba su nombre con una furia que no era pánico, sino lealtad desatada.

—Vanora.

—¡Vanora!

—¡Que viva la zarevna!

Las voces no pedían explicación. Exigían confirmación. Querían verla viva, sino podía desatarse un asalto al Kremlin.

A su lado, Mijaíl Fiódorovich Shuisky palideció de manera casi imperceptible, pero suficiente. Sus manos, siempre seguras, se tensaron sobre el pretil de piedra; los dedos se aferraron al borde con más fuerza de la necesaria.

—No tuvimos en cuenta —dijo con la voz más baja de lo habitual, demasiado controlada— su preparación militar... ni la Casa Vasíliev de Zmeygorod de la que proviene, sangre pura dicen. Por eso el zar la respeta, ahora lo comprendo —Yevdokia no respondió de

inmediato. Sentía el pulso acelerado bajo la piel, una vibración que no lograba dominar—. No es una dama ornamental —continuó Shuisky, obligado a admitirlo—. Ha combatido. Sabe leer el terreno. Y el pueblo lo ha visto con sus propios ojos; no solo ha visto su fuerza, sino su compasión, la manera en que se sacrificaba para protegerlos.

Abajo, un hombre alzó el puño ensangrentado.

—¡La han intentado matar!

—¡La han querido quemar!

La idea se extendió con una rapidez aterradora. No era ya un murmullo disperso; era una historia que nacía ante ellos y que nadie podría borrar después.

Shuisky tragó saliva. —Si muere hoy, será una víctima. Si vive, se convertirá en algo que no podremos controlar. Hemos fallado estrepitosamente, mi zarina.

Yevdokia soltó una risa breve. No fue sonora. Fue seca, quebrada. —No —corrigió, observando cómo la guardia imperial escoltaba a Vanora hacia el interior mientras el pueblo seguía coreando su nombre—. No es eso.

Sus dedos se cerraron sobre la piedra hasta que los nudillos se tensaron. —Ahora la hemos hecho intocable.

El viento llevó otro grito colectivo hasta la torre. Vanora alzó la espada ensangrentada apenas un segundo, no en gesto de victoria, sino de confirmación: estaba viva. La plaza rugió con una fuerza que hizo vibrar incluso las paredes.

Shuisky cerró los ojos un instante. Yevdokia volvió a reír sin sonido, pero esta vez la risa murió rápido. Se obligó a mantener el mentón alto, aunque la sangre le golpeaba en las sienes. —El pueblo necesita mártires —dijo con una calma tensa—. Si no mueren, los fabrica.

Abajo, las puertas del Kremlin retumbaban bajo los golpes de manos campesinas.

—¡Vanora!

—¡Vanora!

Shuisky habló sin mirarla, pero su rigidez habitual se había agrietado. —Si el zar regresa y encuentra a la ciudad en este

estado...

—Dirás que fue un ataque externo —lo interrumpió ella con frialdad demasiado rápida—. Dirás que enemigos del sur intentaron incendiar la plaza. Nadie hablará de flechas desde nuestras torres, córtale la lengua al arquero si es necesario.

Las palabras salieron firmes, pero incluso mientras las pronunciaba supo que algo había cambiado de forma irreversible. El pueblo no gritaba "el zar". No gritaba "Dmitri". Gritaba el nombre de la mujer que había sangrado en la plaza sin soltar la espada.

Yevdokia dio un paso atrás de la almena. Por primera vez desde que el fuego había comenzado, sintió el vértigo real de la altura, no en los pies, sino en el estómago.

—No ha terminado —susurró.

Pero su voz ya no sonaba tan firme.

Abajo, Moscú acababa de elegir.

Y no era a ella, ni a su vientre.

CAPÍTULO 27

La flecha y el barranco

Las puertas del Kremlin se cerraron detrás de ella con un estruendo. Durante un instante pareció que todo quedaría en silencio. Pero el silencio no llegó. Más allá de los muros, el clamor del pueblo seguía elevándose.

—¡Vanora!

—¡Que viva la zarevna!

Las voces llegaban amortiguadas por la piedra, pero persistentes, obstinadas, como si la ciudad entera se negara a retirarse hasta verla de nuevo.

Vanora permanecía erguida sobre el caballo oscuro de Yelena cuando atravesaron el primer patio interior. La capa roja estaba empapada de sangre en el hombro izquierdo, pegada al cuero endurecido que protegía su pecho. La herida había dejado un rastro oscuro que descendía lentamente por la tela hasta la cintura. La sangre aún estaba fresca.

No parecía una mujer que acabara de sobrevivir a un intento de asesinato. Parecía una figura arrancada de la guerra.

Los guardias imperiales rodeaban la montura, abriéndole paso entre sirvientes y soldados que se apartaban con rapidez al verla pasar. Algunos inclinaban la cabeza de manera instintiva. Otros simplemente la observaban, incapaces de ocultar el desconcierto. No todos los días una princesa regresaba del pueblo cubierta de sangre.

—Apartaos —ordenó uno de los capitanes.

Yelena desmontó primero. Sus botas tocaron la piedra con un golpe seco antes de acercarse al caballo y alzar con cuidado el brazo de Vanora.

—La herida sangra más de lo que parece.

Vanora descendió de la montura con ayuda de los guardias. En cuanto sus botas tocaron la piedra del patio, el dolor atravesó el hombro como un hierro candente y le hizo perder el equilibrio por un instante.

Dos hombres la sostuvieron de inmediato.

La sangre había empapado ya la capa hasta el costado.

—No es profunda —murmuró.

Pero su voz salió más baja de lo que pretendía. Yelena frunció el ceño al ver cómo la tela oscura se adhería al cuero de la armadura.

—No os mováis.

Vanora intentó apartar la mano que la sujetaba. —Puedo caminar.

Uno de los guardias negó con la cabeza. —No, zarevna.

Sin pedir permiso, la tomaron entre ambos, uno bajo cada brazo, levantándola con cuidado. La sangre dejó un rastro oscuro sobre las losas mientras avanzaban.

Vanora no protestó más. Sus ojos se alzaron hacia las puertas del Kremlin.

Desde el otro lado de los muros seguían oyéndose los golpes del pueblo. No eran golpes de rabia. Eran golpes de exigencia.

—¡Vanora!

—¡Que viva la zarevna!

El sonido atravesaba la piedra. La llevaron hacia el ala reservada a sus estancias. Los corredores del palacio estaban iluminados por lámparas bajas.

Dentro reinaba un silencio antinatural. El contraste con el caos de la plaza era casi violento.

Cuando atravesaron la última puerta de sus estancias, los guardias sostuvieron a Vanora con cuidado hasta el banco junto a la mesa y la ayudaron a sentarse con la mayor delicadeza posible. La capa estaba ya oscurecida por la sangre en el hombro, pegada al cuero de la protección que llevaba debajo. Yelena observó la herida apenas un instante, suficiente para comprender la gravedad, y luego se volvió hacia los hombres.

—Mandad llamar al lekár. Ahora.

Los guardias asintieron y salieron con rapidez. En cuanto el último cruzó el umbral, Yelena cerró la puerta con decisión, asegurando el

cerrojo. Solo entonces regresó junto a Vanora, retiró la capa empapada de sangre y empezó a cortar con cuidado la tela del hombro para poder examinar la herida.

—Han disparado la flecha desde dentro.

—Lo sé —replicó Vanora.

—Desde la galería de vigilancia.

—Lo sé —volvió a replicar la zarevna.

Yelena la observó con atención, como si esperara que aquella calma se quebrara en algún momento. —Entonces sabéis también quién ha dado la orden.

Vanora levantó la mirada lentamente. Sus ojos rojos no reflejaban furia ni desconcierto. —No tengo pruebas.

Yelena respondió sin vacilar. —No las necesitamos.

—Sí las necesitamos.

El silencio que siguió se volvió incómodo, como si el propio aire de la habitación se hubiera detenido. Fue entonces cuando alguien golpeó la puerta.

Tres golpes.

No tenían la firmeza de un soldado ni la urgencia de un sirviente. Eran más suaves, casi prudentes. Yelena se acercó y abrió.

Milena estaba al otro lado.

Tenía el cabello suelto, como si hubiera salido de sus estancias con prisa, y el rostro pálido, pero sus ojos estaban encendidos por una tensión que no era miedo. Sostenía al pequeño Iván contra su pecho, envuelto en mantas. Cuando vio la sangre que empapaba la capa de Vanora, su respiración se detuvo un instante.

—Estáis viva.

—Parece que sí —contestó Vanora.

Milena entró sin esperar invitación y cerró la puerta detrás de ella con cuidado para no despertar al niño. Iván dormía profundamente, en sus brazos, lejos de la nodriza.

—He visto a Shuisky esta noche —Milena avanzó unos pasos y habló sin rodeos.

Yelena levantó la cabeza con rapidez. Vanora, en cambio, no se movió. —¿Dónde?

—En el patio inferior, junto a estas estancias. Debían pensar que no había nadie... nadie imagina que a estas horas amamanto al pequeño Iván. Fue entonces cuando lo vi. Hablaba con unos hombres encapuchados. Y después os he visto desde la torre. Entre el humo. No puedo demostrarlo —añadió finalmente—. Pero no fue un accidente.

—No —dijo Vanora, apoyando la mano sana con más fuerza sobre el borde de la mesa.

En ese momento Yelena presionó un paño empapado en aguardiente contra la herida abierta para limpiarla. El líquido ardió al instante.

Un gesto breve, involuntario, cruzó el rostro de Vanora. Sus dedos se tensaron sobre la madera mientras se quejaba de dolor.

El hombro desnudo ofrecía un contraste casi poético: la piel albina, pálida como marfil bajo la luz de las lámparas, estaba manchada por la sangre oscura que descendía desde la herida en hilos irregulares. Yelena retiró el paño, examinó el ángulo de entrada y volvió a presionar con firmeza para detener el sangrado.

Milena dio un paso más cerca.

—Quieren mataros, zarevna.

Vanora respondió con una calma absoluta. —Lo han intentado.

—Y lo volverán a intentar.

Vanora sostuvo su mirada unos segundos antes de asentir.

—Sí —Vanora observó a Milena con atención—. Entonces, Milena —dijo finalmente—. ¿Por qué me ayudas ahora?

Milena no respondió enseguida. El niño dormía entre sus brazos, ajeno a la tensión que llenaba la estancia. Yelena dejó de moverse un instante, con el paño aún presionando la herida del hombro, y alzó apenas la mirada.

—Mi interés está aquí. Mientras viváis, mi hijo no está solo.

Vanora observó al niño durante unos segundos. La respiración tranquila del pequeño contrastaba con los nervios que llenaban la habitación.

Vanora apartó por un instante la mirada del niño y volvió a alzarla hacia Milena. Había algo nuevo en sus ojos: no gratitud, ni sorpresa,

sino la aceptación de una alianza que no había sido pronunciada en voz alta.

Yelena seguía presionando la herida con firmeza cuando se oyó un movimiento en el corredor.

No fue un golpe. Fue el sonido de pasos numerosos.

Demasiados para un simple mensajero.

Las voces se aproximaban con rapidez. El murmullo de túnicas rozando la piedra, el tintinear de instrumentos médicos, el susurro de órdenes breves. Y luego la puerta se abrió sin pedir permiso.

Yevdokia entró primero.

No lo hizo con prisa, pero tampoco con la lentitud habitual de sus apariciones habituales. Su rostro estaba pálido, los labios tensos como si el susto aún no hubiera abandonado su cuerpo. Tras ella avanzaba el lekár imperial con su bolsa de cuero y dos ayudantes que transportaban paños, ungüentos y vendajes. Detrás venían tres damas de compañía y un par de guardias.

La escena quedó congelada por un instante.

Yevdokia vio a Vanora sentada junto a la mesa, el hombro descubierto, la piel blanca manchada de sangre oscura. Vio a Yelena inclinada sobre la herida.

Y vio a Milena.

De pie. Con el niño en brazos.

Fue un instante mínimo, pero suficiente.

La mirada de la zarina descendió primero al pequeño Iván dormido, luego volvió a subir lentamente hasta el rostro de Milena. El gesto fue tan sutil que cualquiera lo habría podido pasarlo por alto.

Pero no fue casual.

En ese breve segundo, Yevdokia comprendió por qué la guardia imperial había llegado tan rápido a la plaza. Comprendió quién había visto algo. Comprendió quién había hablado.

Sus ojos se endurecieron un instante. Una mirada fría y cortante, dirigida directamente a Milena.

Luego desapareció. Como si nunca hubiera existido.

—Por el amor de Dios... —susurró, avanzando hacia Vanora—. ¿Qué ha ocurrido?

El lekár ya se acercaba con rapidez. —La flecha —dijo Yelena, apartándose para dejarle espacio—. Ha entrado en ángulo. No parece haber alcanzado hueso.

El médico se inclinó sobre la herida con gesto concentrado. —Traed agua caliente.

Los ayudantes comenzaron a moverse. Yevdokia se detuvo junto a la mesa y miró la sangre que manchaba el suelo.

—He oído lo ocurrido en la plaza —continuó con una gravedad casi perfecta—. Incendio, caos... un intento de asesinato. ¡Ay, Dios Misericordioso! ¡Cuánto he sufrido, zarevna! —Sus ojos se posaron en el hombro de Vanora—. Pero habéis tenido suerte.

Vanora la observó sin emoción. —No fue suerte, mi gran zarina.

—El pueblo está fuera de sí —añadió Yevdokia con una mueca de preocupación ensayada—. Golpean las puertas del Kremlin como si quisieran derribarlas —Una leve pausa—. Temen que estéis muerta.

Vanora no respondió. El lekár comenzó a limpiar la herida con movimientos firmes. El líquido ardió de nuevo, pero esta vez Vanora ni siquiera pestañeó.

Yevdokia permanecía a su lado con las manos entrelazadas frente al vientre. La imagen de una esposa preocupada, de una suegra cariñosa. Una zarina alarmada.

Pero sus ojos volvieron a deslizarse hacia Milena. El niño seguía dormido.

La zarina ya no sentía compasión por aquella joven. Ni por su padre ejecutado. Ni por la caída de los Vorontsov. Serguéi había sido útil mientras vivía. Ahora no era más que polvo. Y el muchacho que dormía en brazos de su madre... Un bastardo molesto para su futuro hijo.

Nada más.

Yevdokia permaneció unos instantes más junto a la mesa, contemplando la escena con esa gravedad perfecta que había aprendido a sostener ante cualquier mirada. El lekár seguía inclinado sobre el hombro de Vanora, cerrando la herida con hilo. El olor del alcohol se mezclaba con el de la sangre y la cera de las lámparas.

La zarina juntó las manos frente al vientre con un gesto tranquilo. —Debéis descansar —dijo finalmente—. Habéis sufrido lo

impensable —Su voz era suave, casi maternal. Luego dio un paso atrás y giró el rostro hacia las damas que aguardaban junto a la puerta—. No molestaremos más a la zarevna —Las mujeres inclinaron la cabeza con respeto. Todas habían observado la escena con atención suficiente para recordar cada detalle: la sangre, la herida, la preocupación de la zarina. Exactamente lo que Yevdokia deseaba—. El palacio entero reza por vos esta noche.

Después caminó hacia la puerta. Sus damas la siguieron en silencio. Cuando el grupo salió al pasillo, las voces comenzaron a deslizarse en murmullos, el tipo de murmullos que, en el Kremlin, atravesaban paredes, escaleras y patios con más rapidez que cualquier mensajero. Pronto todo el palacio sabría que la zarina había acudido personalmente a velar por la zarevna herida.

La puerta se cerró.

El silencio que quedó detrás fue distinto.

Más real.

El lekár seguía trabajando sobre la herida, mientras uno de los ayudantes sostenía una lámpara más cerca.

—Se ha dado cuenta —comentó Milena.

Vanora sostuvo su mirada. —Sí.

Yelena levantó la cabeza, comprendiendo que la conversación ya no tenía nada que ver con la herida. Milena bajó la voz. —Nos ha visto juntas a estas horas.

Vanora apoyó la mano sana sobre la mesa, pensativa. —No es una mujer que deje escapar algo así.

Milena apretó ligeramente las mantas que envolvían al niño. —Entonces ya sabe que he elegido.

—Sí.

—¿Qué haremos?

—Actuar rápido.

Fuera, el pueblo seguía gritando su nombre. Y dentro del Kremlin, el tiempo para fingir lealtades acababa de terminar.



Los días siguientes trajeron una calma bastante falsa. La herida cerró con rapidez; el lekár había señalado que debía guardar reposo, pero el cuerpo de Vanora nunca había obedecido bien ese tipo de indicaciones. A la semana ya caminaba sin dificultad por sus estancias y, al décimo día, volvió a montar a caballo en el patio interior. El hombro todavía le dolía cuando levantaba demasiado el brazo, una punzada seca que le recordaba la punta de la flecha, pero ya no sangraba.

El intento de asesinato en la plaza no había desaparecido de las conversaciones. Al contrario. Cada día surgían nuevas versiones. En unas, la flecha había atravesado su capa sin tocarla. En otras, había matado a tres hombres antes de caer.

Al segundo día, uno de los pregoneros del palacio había sido enviado a la plaza. Desde los escalones frente a la puerta del Kremlin, acompañado por dos guardias, proclamó a voz en cuello que la zarevna vivía y que su herida no era mortal. La noticia se extendió por las calles con rapidez. El clamor no desapareció del todo, pero el temor de la multitud se aflojó lo suficiente como para que muchos regresaran a sus casas.

Dentro del palacio, las mujeres comenzaron a acudir a las estancias de la zarevna.

No lo hacían de manera oficial. Nadie convocaba audiencias para hablar de flechas ni de incendios. Pero una tras otra empezó a aparecer con excusas delicadas: preguntar por la herida, llevar miel, traer ungüentos, intercambiar noticias. Vanora las recibía siempre en la misma estancia, sentada junto a la ventana desde la que se veían los patios interiores del Kremlin

La primera en visitarla fue Anna Kurbátova. Llegó con su sonrisa prudente y un pequeño frasco de bálsamo que el lekár, tras examinarlo con atención, declaró completamente inútil.

—Toda la ciudad habla de vos —dijo con cautela—. Algunos dicen que Dios os protegió en la plaza.

Vanora no respondió a aquello. Solo inclinó ligeramente la cabeza, como si la explicación divina no requiriera comentario. Dos días después llegó Praskovia Ivánovna. No trajo ungüentos ni dulces. Simplemente entró, tomó asiento con naturalidad, observó la cicatriz reciente bajo el vendaje... y sonrió con esa media mueca torcida que ya había mostrado semanas atrás en el salón.

—Así que sobrevivisteis —dijo.

—Parece que sí.

Praskovia bebió un sorbo de vino antes de añadir con calma: —Eso complicará muchas vidas.

Vanora no preguntó cuáles. La viuda parecía disfrutar demasiado de sus propios pensamientos como para explicarlos.

Luego apareció Daria Mijáilovna. Daria recorrió la estancia con la mirada como si midiera cada objeto, cada joyero, cada cortina. —Habéis recuperado el color —comentó finalmente—. El lekár dice que la flecha entró limpia.

—Eso parece.

Las visitas se repitieron durante semanas. Siempre las mismas mujeres, siempre los mismos comentarios que parecían inocentes, pero no lo eran. Frases venenosas que, en realidad, servían para medir posiciones, tantear alianzas y descubrir qué estaba cambiando dentro del Kremlin.

Hasta que una tarde, mientras el sol de invierno comenzaba a descender tras los muros del palacio, varias de ellas volvieron a reunirse en la estancia.

Praskovia estaba sentada cerca de la mesa, jugando distraídamente con la copa entre los dedos. Anna Kurbátova examinaba otra copa como si buscara una imperfección en el cristal. Daria Mijáilovna permanecía junto a la ventana, mirando hacia los patios interiores. Milena, como casi siempre, guardaba su reserva habitual.

La conversación había derivado hacia asuntos aparentemente inofensivos: los mercados del Volga, el precio del grano, los rumores de guerra que llegaban desde el sur.

Entonces Daria habló.

—¿Ya lo sabéis?

Vanora levantó la vista con calma. —¿Saber qué?

Anna Kurbátova frunció ligeramente el ceño. —¿No os lo han contado?

Vanora negó con la cabeza. Daria intercambió una mirada con Praskovia, una de esas miradas rápidas que decían más de lo que cualquiera habría querido pronunciar en voz alta. Aunque ambas habían estado siempre próximas a la zarina, también comprendían bien cómo funcionaba el Kremlin: cuando ocurría una desgracia, los nombres comenzaban a circular con rapidez peligrosa. Acompañar a Vanora, interesarse por su salud, dejarse ver en sus estancias... era también una forma de protegerse, de mostrar ante el palacio que ni ellas ni sus familias tenían nada que ver con el fuego de la plaza ni con la flecha disparada desde las torres.

La viuda sonrió al fin, con esa media mueca que parecía más divertida que amable.

—El padre de la zarina ha muerto.

La estancia quedó inmóvil por un momento. Vanora apoyó lentamente la copa sobre la mesa.

—¿El señor Nagói?

—Sí.

—¿Cómo?

Praskovia inclinó la cabeza con gesto elegante. —Un accidente peculiar.

Daria completó la frase. —Su caballo cayó en un barranco mientras cruzaba un camino de hielo al norte de Kolomna.

Durante unos instantes nadie habló. Entonces Anna añadió en voz baja: —Murió en el acto.

Praskovia hizo girar la copa entre los dedos. —Una caída desafortunada.

Vanora no mostró emoción. —¿Y la fortuna?

Daria respondió sin dudar. —Pasa a su hijo mayor. Y su hermano nunca ha sido especialmente... devoto de su hermana.

Praskovia dejó escapar una risa breve. —Ni de sus ambiciones.

Anna Kurbátova bajó la voz. —Eso significa que la zarina ya no controla las rutas del Volga.

Daria volvió la mirada hacia Vanora. —Ni el dinero que financiaba muchas decisiones del Kremlin.

Por primera vez en años, Yevdokia Nagaya estaba sola. Praskovia levantó la copa con gesto casi ceremonial.

—Curioso cómo funcionan los accidentes en Moscú.

Vanora no sonrió.

Tampoco apartó la mirada.

En Moscú los hombres poderosos no solían morir simplemente porque un caballo resbalara en el hielo. Los barrancos existían, sí... pero las caídas que cambiaban el destino del Kremlin rara vez eran simples accidentes.

Las mujeres de la estancia lo sabían. Ninguna lo dijo.

Praskovia hizo girar lentamente la copa entre los dedos, Anna observó la ventana como si el crepúsculo mereciera toda su atención, y Daria dejó escapar un leve suspiro, casi pensativo.

Vanora permaneció inmóvil. La luz del invierno caía sobre su piel pálida y sobre la cicatriz reciente que el vendaje apenas ocultaba en el hombro. Nadie en la estancia podía saberlo.

Nadie debía saberlo.

Pero aquella noticia no había nacido del hielo. Había nacido de una decisión.

Días después del incendio en la plaza, cuando el Kremlin aún respiraba la calma engañosa de siempre, Vanora había enviado a un emisario hacia el norte. Un hombre discreto, acostumbrado a recorrer caminos que no figuraban en los mapas del palacio. No había sido un encargo sencillo. Ni barato. La mitad de las joyas que aún conservaba —piezas heredadas, brazaletes antiguos, un collar que había pertenecido a su madre— habían desaparecido en manos de intermediarios que no hacían preguntas.

El precio de una muerte rara vez era bajo. Sus manos ya estaban demasiado manchadas para fingir otra cosa: era una asesina.

Pero matar a Yevdokia... no.

Nunca. No con el hijo de Iván creciendo en su vientre.

Debilitarla, en cambio... Eso sí era posible. Cortar las raíces que sostenían su poder.

El dinero. Las rutas. Las alianzas de su familia.

De todos modos, el emisario había traído también otra noticia: el viejo Nagói estaba enfermo. Un anciano que apenas podía montar sin ayuda. Quizá el tiempo habría terminado el trabajo por sí solo.

Pero en Moscú esperar a que el tiempo actuara era un lujo que pocos podían permitirse.

Vanora sostuvo la mirada de las mujeres reunidas en la estancia. Ninguna habló.

Y ninguna necesitaba hacerlo.

CAPÍTULO 28

El llanto de Yevdokia

La puerta se cerró detrás de las damas de compañía con un sonido más fuerte de lo que Yevdokia se habría permitido en cualquier otro momento. Esta vez no dijo nada. Las dejó ir.

Durante unos segundos permaneció inmóvil en el centro de la habitación como si todavía estuviera rodeada de testigos, obligada a mantener la expresión correcta.

Luego sus manos comenzaron a temblar. No era un temblor elegante ni contenido. Fue brusco, casi violento, como si el cuerpo ya no pudiera sostener más falsedad.

Se llevó una mano al rostro.

—Padre...

La palabra se quebró.

Yevdokia caminó hasta el diván y se dejó caer sobre él con una falta de gracia que ninguna dama del Kremlin habría mostrado jamás en público. Durante unos segundos solo respiró con dificultad, intentando contener algo que se acumulaba en el pecho. No lo consiguió. El llanto llegó sin aviso.

No era un llanto delicado. Era áspero, irregular, lleno de rabia. Se inclinó hacia adelante y apretó la frente contra las manos.

Vasili Stepánovich Nagói estaba muerto.

El hombre que había sostenido su posición desde el primer día. El hombre que había financiado caravanas, comprado silencios, pagado campañas, abierto rutas cuando el tesoro del zar se vaciaba en guerras. El hombre que siempre había dicho:

"Mientras yo viva, nadie podrá tocarte."

Ahora estaba en el fondo de un barranco. Un caballo. Hielo. Un accidente.

Yevdokia dejó escapar una risa amarga entre lágrimas. —Accidente...

Sabía demasiado bien cómo funcionaba Moscú para creer en accidentes. Pero eso no era lo peor. Lo peor era lo que venía después.

La fortuna de su padre no era enteramente suya. Una parte, sí: joyas, rentas, propiedades menores que él había dejado bajo su control cuando se convirtió en zarina. Pero el verdadero poder —las rutas del Volga, las caravanas, el comercio de pieles, la red de comerciantes— ahora pertenecía a su hermano mayor.

A Piotr.

Y Piotr no la amaba.

Nunca lo había hecho.

Desde niños había detestado la manera en que su padre confiaba en ella, la forma en que la sentaba a su lado cuando hablaba de dinero y rutas, como si fuera un hijo más. Ahora todo aquello había terminado.

Yevdokia levantó lentamente la cabeza. Las lágrimas aún corrían por su rostro, pero su respiración empezaba a estabilizarse. Porque bajo el dolor comenzaba a crecer algo distinto.

Miedo.

El pueblo gritaba el nombre de Vanora.

Vanora.

La mujer que había sangrado en la plaza. La mujer que el zar respetaba. La mujer que protegía al bastardo de Dmitri como si fuera suyo. La mujer que ahora tenía algo mucho más peligroso que dinero: lealtad.

Yevdokia se llevó una mano al vientre. El movimiento fue automático.

Su hijo.

El heredero legítimo.

Su única ventaja.

Respiró una vez más.

Cuando se levantó, el rostro seguía húmedo, pero los ojos ya no eran los de una hija que lloraba. Eran los de una mujer que estaba pensando.

—Shuisky.

La puerta se abrió casi al instante. El boyardo había estado esperando. Entró en silencio y se detuvo a varios pasos de ella. Sus ojos se detuvieron un instante en el rostro de la zarina, en las lágrimas que no había intentado ocultar.

No hizo ningún comentario.

—Mi padre está muerto —dijo Yevdokia.

—Lo sé.

—Y su fortuna ya no está en mis manos.

Shuisky inclinó ligeramente la cabeza. —No del todo.

—No del todo —repitió ella—. Pero lo suficiente como para que media corte crea que estoy debilitada.

El boyardo no lo negó. Luego Yevdokia caminó hacia la ventana. Desde allí podía ver una parte de los patios interiores del Kremlin. Sirvientes cruzaban cargando cofres. Soldados cambiaban de guardia.

Todo parecía igual.

Pero nada lo era.

—¿Sabéis lo que pienso cuando oigo la palabra accidente? —preguntó.

—No.

—Que alguien ha tenido prisa.

Shuisky levantó la mirada. —¿Creéis que...?

—Creo —lo interrumpió ella— que la zarevna Vanora sobrevivió a un incendio y a una flecha en la plaza... y pocos días después mi padre murió en un barranco lejos de Moscú.

Shuisky habló con cautela. —No tenemos pruebas.

Yevdokia lo miró. —Ella tampoco las tuvo cuando decidió hacerlo.

El boyardo guardó silencio.

La zarina apoyó una mano sobre el marco de la ventana. —No puedo matarla.

—No.

—No ahora.

—No.

El pueblo la adoraba.

El zar la respetaba.

Y su muerte provocaría una tormenta imposible de controlar.

Yevdokia cerró los ojos un instante. Luego volvió a abrirlos.

—Entonces tendremos que hacer algo mejor.

—¿Mejor? —Shuisky frunció el ceño.

—Sí —La voz de la zarina se volvió tranquila, recuperando el temblor de su cuerpo.

Giró lentamente hacia él. —Si no puedo destruir a Vanora... destruiré aquello que la hace fuerte.

El boyardo esperó. —El pueblo —dijo.

—No.

—El niño bastardo.

—Tampoco, eso solo la convertiría en mártir —Yevdokia negó despacio—. Elyana.

Shuisky tardó un segundo en comprender. Luego su expresión cambió.

—La niña.

—La niña —repitió Yevdokia.

Caminó lentamente por la estancia.

—Una niña sin linaje claro —continuó— que vive bajo la protección de la zarevna —Se detuvo—. Una niña cuya sangre nadie ha demostrado.

Shuisky entendió. —La Iglesia.

Yevdokia sonrió por primera vez desde que había llorado. No fue una sonrisa amable. —Exactamente.

En Rusia un rumor político podía sobrevivir.

Pero una acusación espiritual...

podía destruir a cualquiera.

—Si esa niña no es quien dicen —continuó—, Vanora la protege.

—Y si la protege...

—la corte empezará a preguntarse por qué.

Shuisky permaneció en silencio. La zarina apoyó una mano sobre su vientre.

—No mataré a Vanora —La sonrisa desapareció—. Haré que el propio Kremlin la juzgue.

Y en Moscú... eso era mucho peor.



El primero en pronunciar la sospecha fue el archimandrita Pavel.

No lo hizo como una acusación abierta. En Moscú los hombres prudentes no hablaban de ese modo. La deslizó durante una conversación que parecía inofensiva, mientras los clérigos compartían vino y pan después de la oración.

La niña vivía entre ellos.

La niña no tenía padre conocido.

La niña estaba bajo la protección directa de la zarevna.

En otro tiempo quizá nadie habría prestado demasiada atención a esas tres cosas. El Kremlin siempre había estado lleno de historias a medio contar, de protegidos, de bastardos discretamente escondidos en casas nobles o monasterios.

Pero aquel no era un tiempo normal.

La guerra no iba bien.

Las noticias que llegaban del frente eran cada vez peores. Mensajeros cubiertos de polvo atravesaban las puertas de Moscú con cartas selladas que hablaban de retiradas, de ciudades perdidas, de ejércitos que avanzaban donde antes solo encontraban resistencia.

Por primera vez desde que Iván había tomado el trono, en los pasillos del Kremlin comenzaba a escucharse una palabra que hasta entonces parecía imposible. «Derrota».

Nadie la pronunciaba en voz alta. Pero se susurraba entre boyardos y entre soldados.

Entre los propios clérigos. Y en tiempos así, cuando Dios parecía retirar su favor de Rusia, los hombres comenzaban a buscar señales.

Culpas.

Pecados ocultos.

La niña vivía entre ellos. Una niña sin linaje probado.

Una niña cuya sangre nadie podía explicar.

Y protegida por la zarevna. El archimandrita Pavel dejó que esos pensamientos se asentaran en la mesa antes de hablar de nuevo.

—Decidme —preguntó con calma—, ¿qué ocurre cuando el Señor retira su mano de un reino —Nadie respondió. Pavel observó los rostros alrededor de la mesa—. La derrota —continuó— rara vez llega sola. Antes de ella siempre hay desorden. Pecados —Su mirada se volvió más dura—. Y una niña sin padre... criada bajo el amparo de la zarevna, acudiendo a misa como si nada... El origen de esa pequeña no es claro —dijo finalmente—. Y sin embargo se mueve por el Kremlin como si perteneciera a él.

Uno de los monjes frunció el ceño. —Es solo una niña —murmuró.

El archimandrita lo miró con paciencia. —En Rusia, hijo mío, las guerras comienzan por cosas más pequeñas.

Tomó un sorbo de vino antes de añadir, con voz tranquila: —Nadie ha presentado pruebas de su linaje.

La frase quedó suspendida en la estancia. Otro clérigo habló entonces, más bajo. —Se dice que la zarevna la protege.

Pavel inclinó la cabeza. —Exactamente —Dejó pasar unos segundos—. Y eso nos obliga a hacer una pregunta que nadie quiere hacerse —Las miradas se cruzaron alrededor de la mesa. El archimandrita apoyó lentamente las manos sobre la madera—. ¿Y si la niña es ilegítima? ¿Y si su sangre es más cercana a la zarevna de lo que creemos?

Un monje respiró hondo. —¿Insinuáis que...?

El archimandrita no sonrió. —Solo digo que, en tiempos de confusión, la Iglesia tiene el deber de proteger la pureza de la casa del zar.

Luego añadió, casi como si fuera una reflexión casual: —Y si esa niña fuera hija de la zarevna Vanora...

El silencio se alargó en la mesa. Los monjes ya no bebían. El vino permanecía intacto en las copas mientras cada uno meditaba lo que acababa de oír.

El archimandrita Pavel observó sus rostros con paciencia. Había plantado la semilla tal y como la zarina Yevdokia le había pedido que

hiciera. Ahora solo hacía falta dejarla crecer.

No era un favor menor.

Años atrás, cuando una inspección del zar había amenazado con cerrar varios monasterios acusados de corrupción, el suyo había estado entre los señalados. Los boyardos pedían confiscaciones, y los hombres del tesoro ya calculaban las tierras que pasarían a manos de la corona.

Fue Yevdokia quien intervino. Una sola conversación en el momento adecuado, una carta enviada a las personas correctas, y el asunto desapareció como si nunca hubiera existido.

El monasterio de Pavel había conservado sus tierras.

Sus rentas.

Su poder.

Desde entonces, el archimandrita sabía muy bien dónde estaba su lealtad.

Yevdokia no pedía favores sin ofrecer algo a cambio.

Esta vez tampoco.

Si la Iglesia demostraba celo en la pureza de la casa del zar, el monasterio de Pavel recibiría nuevas donaciones de tierra en las rutas comerciales del norte que la zarina había heredado. Un precio pequeño.

Demasiado pequeño.

—No digo que sea así —continuó con calma—. Solo digo que la Iglesia tiene la obligación de proteger el honor de la casa del zar.

Uno de los clérigos asintió lentamente.

—Entonces... ¿qué proponéis?

Pavel se limpió los dedos con el borde de la servilleta antes de responder. —Algo muy sencillo.

Miró alrededor de la mesa, deteniéndose un instante en cada uno de ellos. —Que se examine el origen de la niña. Que se presenten testigos de su bautismo. Que se confirme su linaje —Hizo una pausa —. Y que, hasta entonces...

Dejó la frase suspendida en el aire.

Otro monje la terminó en voz baja. —Sea retirada del Kremlin.

Pavel inclinó ligeramente la cabeza. —Solo hasta que la verdad quede clara.

Nadie volvió a hablar. El vino ya no sabía igual. Porque todos comprendieron lo que aquello significaba. No era un ataque contra una niña. Era un ataque contra la zarevna.

La decisión no tardó en salir de aquella mesa.

En el Kremlin, las palabras de la Iglesia no necesitaban proclamarse para viajar. Bastaba con que un monje abandonara la sala, con que un sirviente escuchara una frase a medias, con que un escriba repitiera una pregunta en voz baja mientras copiaba documentos a la luz de una vela.

Aquella misma noche, la duda comenzó a recorrer los pasillos.

Primero entre los clérigos. Luego entre los boyardos.

Después entre las mujeres de la corte, que sabían mejor que nadie cómo hacer que una historia encontrara siempre nuevos oídos.

La niña. Una niña sin linaje. Una niña protegida por la zarevna.

Al principio solo era una pregunta. ¿Quién era realmente? ¿De dónde había salido? ¿Quién había presentado testigos de su bautismo?

Pero los rumores en Moscú nunca permanecían quietos. Crecían. Cambiaban.

Para cuando la historia alcanzó los patios interiores del Kremlin, ya había adoptado otra forma. Algunos decían que la niña era bastarda. Otros afirmaban que nadie había visto jamás a un sacerdote nombrarla en una pila bautismal. Y otros, los más atrevidos, empezaron a repetir en voz baja una insinuación todavía más peligrosa: que la sangre de la niña estaba demasiado cerca de la zarevna.

Nadie sabía quién había sido el primero en decirlo. En Moscú nunca se sabía.

Pero, al amanecer, medio Kremlin ya lo había oído. Y cuando un rumor alcanzaba ese punto, dejaba de ser un rumor.

Se convertía en una amenaza.



Elyana corría por el patio de las caléndulas con un aro de madera entre las manos. El invierno había dejado el suelo duro y gris, pero el sol de la tarde aún calentaba lo suficiente para que los niños del servicio se atrevieran a jugar fuera.

Vanora observaba desde el banco de piedra. El vendaje del hombro era ya más pequeño; la herida tiraba al mover el brazo, pero el dolor era soportable.

Yelena permanecía de pie a su lado.

—Corre demasiado —murmuró.

—Es una niña.

—Es una niña que vive en el Kremlin.

Vanora no respondió.

Elyana levantó el aro y lo lanzó de nuevo por el patio. Cuando la niña rio, varias criadas volvieron la cabeza hacia ella.

En ese mismo instante, una de ellas dejó de sonreír. Otra se inclinó hacia la mujer que tenía al lado y le susurró algo al oído.

Vanora no alcanzó a oír las palabras.

Pero sí vio el gesto.

CAPÍTULO 29

La caída de los Invictos

El mensajero llegó poco antes de la oración de la tarde. No traía escolta militar ni llevaba la pompa de los emisarios del zar. Solo vestía el hábito oscuro de los hombres del patriarcado y sostenía en las manos un pequeño cilindro de pergamino sellado con cera roja.

Fue Yelena quien lo vio primero desde la galería.

—Tenemos visita.

Vanora levantó la vista del tablero donde Elyana intentaba colocar letras de madera en el orden correcto.

—¿Quién?

—La Iglesia.

La palabra no necesitó más explicación.

Vanora no respondió enseguida. Se limitó a observar cómo Elyana fruncía el ceño ante la letra que no lograba reconocer.

—No es una "A" —murmuró la niña.

—No —respondió Vanora con suavidad—. Es una "R".

Elyana sonrió al corregirse y volvió a intentar encajar la pieza en el tablero.

Mientras tanto, los pasos del monje resonaban ya en el corredor. No eran pasos rápidos. No eran pasos nerviosos. Eran pasos seguros, como los de alguien que sabe que la autoridad que trae consigo.

La puerta se abrió. El monje inclinó la cabeza con respeto antes de hablar. —Zarevna.

Vanora permaneció sentada. —Hablad.

El hombre extendió el pergamino. —Por orden de la Iglesia, se solicita que la niña Elyana comparezca para confirmar su bautismo y linaje en un tribunal eclesiástico.

La estancia quedó en silencio.

Elyana no comprendía las palabras. Seguía concentrada en su tablero de letras.

—¿Mi bautismo? —preguntó de repente, levantando la cabeza.

Vanora no apartó la mirada del monje.

—Continúe.

El hombre desenrolló el pergamino con calma.

—Hasta que se confirme su linaje, la niña deberá permanecer bajo custodia eclesiástica.

Ahora sí.

El silencio cambió de forma.

Yelena dio un paso hacia adelante sin darse cuenta.

—Eso significa...

—Lo que significa —respondió el monje con voz tranquila.

Elyana miró a uno y a otro sin entender.

—¿Custodia?

Vanora se levantó lentamente. No hubo gesto brusco, ni furia. Solo una quietud tan completa que incluso el monje pareció dudar por un instante. —¿Quién firma esa petición? —preguntó.

—El archimandrita Pavel.

El nombre no sorprendió a nadie.

Vanora caminó hasta situarse frente al mensajero.

—¿Y el zar?

—La Iglesia no ha considerado necesario molestarlo con este asunto —respondió el monje—. Es una cuestión espiritual. Y el zar está en el frente —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Además... las noticias de la guerra no son buenas. El ejército retrocede. No es momento de cargar al zar con asuntos menores.

Vanora lo observó en silencio unos segundos. —Comprendo —dijo al fin.

Su voz era tranquila. Demasiado tranquila.

—Así que Rusia pierde ciudades, los ejércitos se retiran... y la Iglesia ha decidido que el problema urgente del reino es una niña de seis años.

El monje no respondió. Vanora dio un paso hacia él. —Decidle al archimandrita Pavel algo de mi parte.

La mirada del mensajero se tensó. —Decidle que cuando los hombres empiezan a buscar brujas y bastardos en lugar de ganar batallas... es porque alguien ha empezado a temer al enemigo equivocado. —Y decidle también que si la Iglesia quiere una guerra... no debería sorprenderse cuando la encuentre.

El monje permaneció inmóvil, como si estuviera esperando algo más.

Vanora no se apartó.

La luz de la tarde entraba por las ventanas altas y se reflejaba en su cabello blanco. Sus ojos, rojos como brasas, sostenían la mirada del mensajero con una calma que no parecía humana.

—Transmitid también otra cosa —añadió.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza. —La zarevna habla.

—La niña no abandonará el Kremlin—. La frase no fue pronunciada con furia. Fue peor que eso, fue una decisión—. Si la Iglesia desea examinar su bautismo —continuó—, que traiga a sus sacerdotes aquí.

El monje frunció el ceño.

—La custodia eclesiástica es...

—La custodia eclesiástica —lo interrumpió Vanora con suavidad— se aplica a criminales, herejes o huérfanos sin protección.

Sus ojos rojos no parpadearon. —Elyana no es ninguna de esas cosas.

El mensajero guardó silencio. Vanora dio un paso más, acortando la distancia entre ambos.

—Decidle al archimandrita que si desea interrogar a una niña bajo mi protección tendrá que hacerlo delante de mí. Y si la Iglesia considera que eso es una ofensa, tal vez sea momento de recordar quién sigue repartiendo pan en las plazas de Moscú, quién abre los graneros cuando las caravanas no llegan y quién continúa dando comida al pueblo incluso después de que alguien intentara matarla en esa misma plaza. Porque mientras los ejércitos retroceden y los hijos de Moscú mueren en la guerra, es a mí a quien ese mismo pueblo bendice cuando les entrego el pan, así que decidle al archimandrita Pavel que piense con cuidado antes de decidir contra quién quiere abrir una guerra.

El monje inclinó la cabeza. Esta vez no fue un gesto de simple cortesía, sino más lento, como el de alguien que comprende que la conversación ha dejado de ser segura.



El humo llegó antes que los gritos.

Primero apareció como una mancha gris sobre la nieve, arrastrada por el viento que soplaba desde las aldeas incendiadas al otro lado del río. Después llegaron los caballos desbocados, los hombres cubiertos de sangre y las banderas desgarradas que el hielo arrastraba entre lanzas rotas y escudos abandonados.

La batalla se estaba torciendo.

Iván lo comprendió antes de que nadie se atreviera a decirlo.

Desde la colina, el zar observaba el campo de guerra. No llevaba corona, sino una pesada armadura de placas oscuras sobre la que caía su capa negra. La barba espesa estaba salpicada de sangre seca y nieve derretida. A su alrededor, los jinetes de la guardia imperial mantenían las lanzas bajas, formando un pequeño círculo de hierro en medio del caos.

Abajo, en el valle, la batalla se deshacía.

El río helado al sur estaba cubierto de hombres y caballos caídos. Algunos aún se movían, intentando arrastrarse sobre el hielo teñido de rojo. Otros ya no volverían a levantarse.

—Han roto el flanco izquierdo —dijo uno de los capitanes.

Iván no respondió. Su caballo resoplaba inquieto por el olor de la sangre y del humo. El viento agitaba los estandartes rusos que aún resistían en la pendiente.

A lo lejos se oyó el estruendo de otra carga.

Caballería.

—Están empujando hacia el puente —continuó el capitán—. Si lo toman, nos cortarán la retirada.

Esta vez Iván habló. —Entonces no habrá retirada.

La respuesta fue tranquila.

Demasiado tranquila.

Un grito atravesó el aire.

—¡Padre!

Dmitri apareció entre el humo con el caballo cubierto de espuma. La armadura del zarévich estaba abollada y manchada de barro oscuro. En el costado llevaba una hendidura profunda donde una lanza había golpeado sin atravesar del todo las placas.

—Los tártaros han rodeado la colina —dijo sin desmontar—. Nuestros hombres se están desbandando.

Iván lo miró.

—¿Y tú?

—Sigo aquí.

El zar asintió una sola vez.

Alrededor de ellos, los guardias imperiales ajustaban los escudos y bajaban las lanzas. Eran pocos. Demasiado pocos para sostener una línea entera.

Desde el valle llegó otro estruendo.

Un grupo de infantes rusos corría hacia la colina, perseguidos por jinetes enemigos. Uno cayó antes de llegar a la mitad del camino, atravesado por una lanza. Otro recibió un golpe de sable que le abrió el rostro desde la oreja hasta la barbilla.

Los jinetes los alcanzaron. La matanza fue rápida.

—Quieren que corramos —dijo finalmente Iván.

—Nos superan tres a uno —contestó Dmitri—. No teníamos en cuenta la unión de los dos bandos enemigos.

El zar escupió sobre la nieve. —Nos superaban cinco a uno cuando tomamos Kazán.

Dmitri respiró hondo. —Esto no es Kazán.

No lo era.

En Kazán habían atacado.

Aquí los habían obligado a reaccionar.

El enemigo había elegido el terreno: una llanura helada, abierta, perfecta para la caballería. Además, el invierno había retrasado las caravanas de suministros rusas. Muchos hombres llevaban días combatiendo con hambre y caballos exhaustos.

Y el enemigo lo sabía.

El viento trajo otro olor.

Carne quemada.

Más allá del río, varias aldeas ardían. Los enemigos habían prendido fuego a las casas para obligar al ejército ruso a abandonar sus posiciones defensivas.

Había funcionado. Los gritos de los campesinos llegaban hasta la colina.

Iván apretó la mandíbula, no estaba acostumbrado a perder, nunca lo había hecho.

—Que Dios se apiade de ellos —Luego miró a su hijo—. Porque nosotros no lo haremos.

Un mensajero apareció a caballo, cubierto de sangre hasta las rodillas.

—¡Mi gran Zar!

El caballo casi cayó al detenerse.

—Habla.

—El puente ha caído.

—Entonces estamos rodeados —comprendió Dmitri.

Iván asintió lentamente. —Sí.

El zar volvió a mirar el campo.

La nieve blanca se había convertido en barro oscuro bajo los cascos de miles de caballos. Las banderas rusas retrocedían hacia la colina mientras las enemigas avanzaban como una marea negra.

La derrota ya no era un rumor.

Era un hecho.

Uno de los boyardos se acercó.

—Debemos retirarnos antes de que sea tarde.

Iván lo miró. —¿Tarde para quién?

El hombre no respondió.

—Padre —Dmitri adelantó su caballo.

El zar levantó una mano. —Lo sé.

El viento soplaba ahora con más fuerza. El humo serpenteaba entre los cadáveres y las lanzas rotas. Iván levantó la espada. El acero oscuro capturó un instante de luz roja.

—Guardia —Los hombres cerraron filas alrededor de él—. Si hemos de retirarnos —dijo el zar— lo haremos atravesando su línea.

Dmitri sonrió. No fue una sonrisa alegre. Fue la sonrisa de un hombre que sabía que quizá no volvería a ver Moscú.

—Eso suena más a vos.

Iván espoleó el caballo. —Entonces cabalgad conmigo.

Desde el valle comenzaron a subir los jinetes enemigos. El choque llegó como una tormenta. Acero contra acero. Caballos chirriando. Hombres cayendo bajo las lanzas. Un soldado ruso recibió un golpe de hacha que le partió el casco y el cráneo en un solo movimiento. Otro fue arrastrado por el estribo de su caballo mientras intentaba levantarse.

Dmitri atravesó a un enemigo con la lanza. El hombre cayó hacia atrás, llevándose consigo el arma. Iván no usaba lanza. Usaba la espada.

La primera cabeza cayó antes de que el enemigo terminara de levantar su sable. La segunda llegó un segundo después. La sangre salpicó la barba del zar.

El combate se volvió confuso.

Hierro chocando.

Cuerpos cayendo.

Gritos ahogados bajo los cascos de los caballos.

Un caballo sin jinete atravesó la línea rusa antes de desplomarse con la garganta abierta.

—¡Dmitri! —gritó alguien.

El zarévich giró justo a tiempo para ver la lanza.

Demasiado tarde.

El golpe lo lanzó del caballo. La armadura absorbió parte del impacto, pero el aire abandonó sus pulmones al caer sobre la nieve. Un jinete enemigo se lanzó sobre él.

Iván lo vio.

Y gritó.

Un rugido que atravesó el caos de la batalla.

El zar espoleó su caballo directamente contra el enemigo. La espada cayó y el jinete se desplomó en dos movimientos brutales.

Iván desmontó de un salto. —¡Levántate!

Dmitri escupió sangre. Iván le tendió la mano. El zarévich se puso en pie.

A su alrededor la colina se había convertido en un matadero. Los hombres de la guardia imperial resistían, pero cada minuto eran menos.

El enemigo seguía llegando.

Iván miró el campo una última vez.

Y por primera vez desde que había empezado a reinar dijo algo que siempre había creído impensable. —¡Hacia el bosque! —rugió.

Los supervivientes comenzaron a abrirse paso entre los jinetes enemigos. No fue una retirada ordenada.

Fue una huida sangrienta.

Y mientras los últimos hombres del zar desaparecían entre los árboles ennegrecidos por el humo, la nieve del campo quedó cubierta de cadáveres rusos.



Durante los días que siguieron a la retirada, Moscú no volvió a ser la misma ciudad.

Los mensajeros llegaban cubiertos de barro y sangre, las campanas de las iglesias doblaban sin descanso por los muertos y en los mercados la gente hablaba en voz baja. Nadie decía que el zar había perdido una batalla. Eso era impensable. Pero todos repetían otra palabra.

Castigo.

Castigo de Dios.

Los sermones comenzaron casi de inmediato. Primero en monasterios pequeños, luego en las grandes iglesias de la ciudad. Los sacerdotes hablaban de la cólera divina, de reinos que habían caído por tolerar el pecado dentro de sus propios muros, de casas nobles donde la sangre se mezclaba con mentiras, de asesinatos sin

justificación, de desgracias como las de Borís y Sérguei, de bastardos como el pequeño Iván... y de Elyana.

En tiempos de victoria, esas palabras habrían pasado desapercibidas.

Pero Moscú acababa de oler la derrota por primera vez.

Y cuando un imperio sangra, empieza a buscar culpables.

El nombre de Elyana apareció en los pasillos pocos días después.

Una niña sin padre conocido.

Una niña protegida por la zarevna.

Una niña cuyo bautismo nadie había visto.

Para cuando el patriarcado anunció que debía celebrarse una audiencia eclesiástica para confirmar su origen, la ciudad ya estaba preparada para aceptarlo.

No lo llamaron juicio.

La Iglesia nunca utilizaba palabras tan vulgares.

Lo llamaron examen espiritual de linaje y bautismo.

Pero en el Kremlin todos sabían lo que era.

Un juicio.

La sala elegida no era el gran salón del palacio, sino una cámara más pequeña de la iglesia dentro de los muros del Kremlin. Un lugar frío, con muros de piedra desnuda y una larga mesa de roble donde aguardaban los clérigos. Velas altas ardían a ambos lados de la estancia.

El archimandrita Pavel estaba sentado en el centro.

A su derecha se encontraban dos monjes escribas con pergaminos preparados para registrar cada palabra. A su izquierda, tres clérigos mayores observaban en silencio. Detrás de ellos, de pie contra la pared, varios boyardos habían sido invitados como testigos, no como jueces, pero sí como ojos de la corte.

Entre ellos se encontraba Shuisky, con las manos cruzadas dentro de las mangas de su abrigo oscuro, el mismo boyardo que en los últimos meses se había vuelto inseparable de la zarina Yevdokia, y cuya mirada recorría la sala con una calma casi satisfecha, como si aquel interrogatorio fuera exactamente el desenlace que llevaba tiempo esperando.

Un poco más atrás, sentada en un banco alto junto a la pared de piedra, estaba Yevdokia.

No ocupaba lugar en la mesa de los clérigos ni había sido presentada como parte del tribunal. Pero nadie en la sala ignoraba su presencia.

La zarina vestía un traje claro bordado en oro pálido que contrastaba con la austeridad de los religiosos. Su cabello rubio caía recogido en una trenza gruesa sobre el hombro, y su rostro, hermoso y perfectamente compuesto, parecía el de alguien que asistía a una ceremonia aburrida.

Solo sus ojos observaban con demasiada atención.

Nadie hablaba.

El murmullo empezó cuando se abrió la puerta.

Vanora entró primero.

No llevaba corona ni joyas. Vestía un vestido oscuro y sencillo, pero su presencia llenó la sala como si hubiera entrado una tormenta. Su cabello blanco brillaba bajo la luz de las velas y sus ojos rojos recorrieron lentamente la estancia, deteniéndose en cada rostro.

Cuando llegaron a Yevdokia, se detuvieron un instante más.

La zarina le devolvió la mirada con una sonrisa leve.

Detrás de Vanora caminaba su doncella personal, Yelena.

Y entre ambas...

Elyana.

La niña miraba alrededor con curiosidad, sin comprender del todo por qué todos aquellos hombres la observaban con tanta curiosidad.

Vanora avanzó hasta el centro de la sala.

—Archimandrita —dijo con calma.

Pavel inclinó la cabeza. —Zarevna.

—Entiendo —continuó Vanora— que esta audiencia ha sido convocada para examinar el bautismo de la niña.

—Así es —respondió Pavel —Su voz era tranquila—. En tiempos de guerra y calamidad, la Iglesia tiene la obligación de asegurarse de que no exista sombra alguna sobre la casa del zar.

Algunos de los boyardos asintieron ligeramente. Desde el banco junto a la pared, Yevdokia cruzó lentamente las manos sobre el

regazo.

Vanora no apartó la mirada del archimandrita.

—Una responsabilidad muy conveniente —dijo.

Pavel ignoró el comentario.

—El examen será breve si no hay nada que ocultar.

Vanora sonrió. No fue una sonrisa amable.

—No hay nada que ocultar.

El archimandrita se volvió hacia la niña.

—Acércate.

Elyana miró a Vanora. Vanora asintió.

La niña dio un paso adelante.

Pavel la observó con atención, como si intentara leer en su rostro una historia que aún no se había contado.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Elyana negó con la cabeza.

—Dicen que quieren saber quién soy.

Un murmullo recorrió la sala. Desde el banco, Yevdokia inclinó ligeramente la cabeza, como si aquella respuesta la hubiera divertido. Pavel apoyó las manos sobre la mesa.

—Y eso es exactamente lo que vamos a averiguar.

Sus ojos se levantaron hacia Vanora. —Porque a veces, zarevna... —su voz se volvió ligeramente más dura—, no es la niña la que debe ser examinada. Sino la mujer que insiste en protegerla.

Nadie respiró durante un instante. Desde su asiento, Yevdokia observaba a Vanora con una calma casi satisfecha.

Vanora sostuvo la mirada del archimandrita.

—Entonces preguntad.

El archimandrita Pavel dejó que el silencio durara lo suficiente como para que todos sintieran el peso de la estancia.

No estaban solos.

Aquella mañana la sala se había llenado con una naturalidad demasiado estudiada como para ser casual. Nadie había sido convocado oficialmente, pero varios nombres importantes habían encontrado razones para aparecer.

Anna Kurbátova ocupaba un banco cerca de la ventana, las manos entrelazadas con elegancia sobre el regazo. A su lado,

Praskovia Ivánovna observaba la escena con la misma media sonrisa torcida que parecía acompañarla siempre que algo interesante estaba a punto de suceder.

Daria Mijáilovna permanecía erguida junto a uno de los pilares, con la mirada fija en la niña.

Más atrás, entre los boyardos, se distinguía el rostro de Fiódor Kurbátov. Ninguno hablaba. Ninguno parecía dispuesto a intervenir. Pero todos estaban atentos.

Porque en el Kremlin las decisiones importantes rara vez se tomaban en privado.

Y aquella mañana todos comprendían que algo importante estaba ocurriendo.

Milena también estaba allí.

No se había sentado junto a las damas principales. Permanecía algo apartada, de pie cerca de una de las columnas, el pequeño Iván se había quedado con la nodriza, muy lejos de lo que también podría a llegar su propio destino si las cosas seguían torciéndose.

Sus ojos no se apartaban de Elyana.

No había sido invitada a hablar.

Pero su presencia no era casual.

El archimandrita volvió a hablar. —Comencemos con algo sencillo.

Sus ojos volvieron a posarse en Elyana. —¿Quién te crio?

La niña miró a Vanora. —Mi padre.

Un leve murmullo volvió a recorrer la sala. Pavel asintió lentamente.

—¿Y tu padre?

Elyana dudó.

—Murió.

—¿Cómo se llamaba?

La niña frunció el ceño.

—¿Cómo se llamaba?

La niña frunció el ceño, buscando la respuesta entre recuerdos que eran demasiado antiguos para su edad.

—No lo sé —admitió al fin—. Yo era muy pequeña.

Un leve murmullo recorrió la sala.

El archimandrita Pavel inclinó la cabeza.

—Pero alguien debió traerte al Kremlin.

Elyana asintió.

—Mi primo.

—¿Tu primo?

La niña miró a Vanora un instante antes de responder.

—Borís Andréievich.

Ahora el murmullo fue más fuerte.

Varias miradas se cruzaron entre los boyardos presentes. Incluso Shuisky levantó la cabeza con atención.

Borís Andréievich no era un nombre menor en aquella sala.

Había sido consejero del zar.

Había muerto en circunstancias que todavía incomodaban a más de uno.

Pavel no mostró emoción.

—Entonces afirmas que el boyardo Borís Andréievich era tu pariente.

—Sí.

—¿Y él te trajo a vivir aquí?

—Sí.

El archimandrita levantó lentamente la mirada hacia Vanora.

—Curioso —Vanora no respondió—. Porque el boyardo Borís Andréievich —continuó Pavel— nunca mencionó tener una prima bajo su protección en los registros oficiales del Kremlin.

Praskovia dejó escapar un leve suspiro.

—Los registros del Kremlin no siempre recogen las obligaciones de los hombres —murmuró con ironía.

Anna Kurbátova le lanzó una mirada rápida, pero no la contradijo.

Pavel ignoró el comentario.

—¿Y por qué —preguntó finalmente— la zarevna decidió encargarse personalmente de una pariente tan lejana de un boyardo?

—Archimandrita —dijo Vanora con calma—, ¿acabáis de insinuar algo?

La pregunta no fue pronunciada con indignación.

Fue peor.

Fue clara.

Pavel sostuvo su mirada.

—Solo intento comprender los hechos.

Vanora se acercó a él lentamente.

El movimiento hizo que varias personas en la sala enderezaran la espalda.

—Permitidme comprender yo también —continuó—. Traéis a una niña ante la Iglesia. Cuestionáis su linaje. Y ahora preguntáis por qué un hombre leal al zar confió su protección a la esposa del heredero —Sus ojos se volvieron más fríos—. ¿Es eso lo que está ocurriendo aquí? —Pavel no respondió. Vanora dio un paso más hacia la mesa—. Porque si vuestra pregunta sugiere lo que parece sugerir... —La pausa fue breve. Pero suficiente—. Entonces no estáis interrogando a una niña —Sus ojos recorrieron la sala. Boyardos. Clérigos. Damas. Y finalmente se detuvieron en Yevdokia. —Estáis insinuando que la esposa del zarevich ha cometido adulterio —lo dijo tan claro, que toda la sala palideció, incluido el archimandrita.

—Nadie ha dicho eso —fue lo primero que se le ocurrió contestar al clérigo, gordo como un tonel, con aspecto sudado y adicto a la comida más que a la lectura de los textos sagrados. Bien pagado por la zarina, por supuesto. Y algunas lenguas decían que, incluso, disfrutaba de los placeres carnales con hombres.

Vanora inclinó ligeramente la cabeza.

—Me alegra oírlo —Sus ojos regresaron a Pavel—. Porque acusar a la esposa del heredero del trono no es una cuestión espiritual —Su voz se volvió más dura—. Es una acusación contra la casa del zar.

Nadie respiraba. El collar de la Casa Vasíliev de Zmeygorod destacaba sobre su piel pálida, herencia de otros miembros anteriores de su linaje, personajes retratados en los cuadros del palacio a los que todos admiraban.

Desde su asiento, Yevdokia ya no sonreía.

Vanora apoyó las manos sobre la mesa frente al archimandrita.

—Así que permitidme hacer una pregunta a vos, archimandrita —La sala entera parecía inclinada hacia adelante—. ¿Habéis venido aquí a examinar el bautismo de una niña... o a acusar públicamente a la esposa del zarevich Dmitri? Permitidme recordaros algo —dijo con una calma que resultaba más peligrosa que cualquier grito.

Sus ojos recorrieron lentamente la estancia.

Boyardos.

Clérigos.

Damas.

—Soy Vanora Vasílievna de Zmeygorod.

El nombre cayó en la sala como una campana.

—Heredera de la casa Vasíliev de Zmeygorod —continuó—, una casa que servía al trono cuando algunos de los aquí presentes todavía no habían nacido.

Uno de los boyardos bajó la mirada. Vanora no levantó la voz. No hacía falta.

—He derramado mi propia sangre por este reino —añadió—. Algunos de vosotros estabais en el Kremlin cuando lo hice.

Varias cabezas asintieron sin querer.

—El zar vive porque yo acepté pagar el precio de su salvación.

La frase no necesitó más explicación. Todos recordaban aquel episodio.

—Soy esposa del zarevich Dmitri —prosiguió—, el general de los ejércitos. También soy la mujer que alimenta a los pobres cuando el invierno llega a Moscú.

La mirada de varias damas se volvió incómoda.

—Cada noche se reparten pan y caldo en los barrios bajos del río, pagados con mi dinero.

Una pausa breve.

—No con el vuestro.

Praskovia dejó escapar una respiración lenta.

Vanora continuó:

—El pueblo de Moscú me conoce. Me ve. Y sabe quién soy.

La luz de las velas caía sobre ella como si hubiera sido hecha para su figura. Su piel, blanca como nieve recién caída, parecía casi luminosa contra el vestido oscuro que llevaba. El cabello, largo y completamente blanco, caía sobre sus hombros como una cascada de plata, un rasgo que en otros habría resultado extraño, pero que en ella tenía algo legendario, casi mítico, como si perteneciera a una historia más vieja que la propia ciudad.

Y luego estaban sus ojos.

Rojos.

No el rojo de la sangre ni de la ira, sino el rojo profundo de una brasa encendida bajo la ceniza. Ojos que no parecían humanos cuando se detenían sobre alguien, porque no titubeaban, no se apartaban, no pedían permiso para existir.

Muchos en la sala habían oído hablar de ellos.

Pocos los habían visto de cerca.

Y ahora comprendían por qué los soldados murmuraban su nombre alrededor de las hogueras como si fuera el de una criatura nacida de las viejas leyendas del norte.

Había en ella algo que no podía enseñarse ni heredarse.

Una presencia.

Algo que hacía que incluso hombres armados se enderezaran cuando entraba en una estancia.

No era solo belleza.

Era autoridad.

Sus ojos regresaron al archimandrita.

—Así que permitidme repetir mi pregunta.

La voz fue tranquila.

Pero la sala entera parecía tensarse.

—¿Habéis venido aquí a examinar el bautismo de una niña... o a acusar públicamente a Vanora Vasílievna de Zmeygorod?

Nadie habló. Incluso los monjes parecían haber olvidado cómo respirar.

Desde su asiento, Yevdokia permanecía inmóvil. Porque en ese instante comprendió algo que no le gustó en absoluto. Aquella sala ya no estaba escuchando al archimandrita. Estaba escuchando a Vanora.

Y si nadie respondía, aquella mujer saldría de allí convertida en algo mucho más peligroso que una acusada.

Se pondría por encima de todos, y eso no podía consentirlo.

Yevdokia se levantó.

El leve roce de su vestido contra la madera rompió el silencio.

—Ningún miembro de ninguna casa —dijo con voz clara— está por encima de la ley de Dios.

Varias cabezas se giraron hacia ella. El archimandrita Pavel no había hablado.

La zarina sí.

Yevdokia avanzó unos pasos. Su cabello rubio brillaba bajo la luz de las velas y su rostro era tan hermoso como frío. Cuando habló de nuevo, su tono fue suave.

Demasiado suave.

—Ni siquiera la casa Vasíliev de Zmeygorod —La frase cayó en la sala como una piedra. Vanora no se movió. Yevdokia la observó con calma, como si recordara algo que nadie más se atrevía a mencionar —. Después de todo —continuó—, todos recordamos cómo terminó el padre de la zarevna.

Algunos boyardos bajaron la mirada.

Otros miraron a Vanora.

—Un hombre acusado de traición —añadió Yevdokia con tanta tranquilidad que asustaba— y ejecutado por orden del propio zar.

Las palabras no eran un grito.

Eran un recordatorio.

Uno cruel.

—Así que permitidme disentir de una idea que acaba de insinuarse aquí —prosiguió la zarina—. La sangre antigua, el nombre de una casa o los servicios prestados al trono no colocan a nadie por encima del juicio de Dios... ni del juicio de este reino —Sus ojos claros se clavaron en los de Vanora, sin miedo. Perder a su padre le había dado a Yevdokia la última excusa para convertirse en el verdadero ser maligno que era—. Si la Iglesia desea examinar el origen de esa niña, lo hará —Una pausa breve—. Porque la historia nos ha enseñado que incluso las casas más antiguas pueden ocultar traiciones y Elyana, querida, no figura en ningún registro.

El desafío quedó suspendido en el aire. Ya no era un interrogatorio. Era algo mucho más peligroso. Por primera vez su enfrentamiento se había vuelto público.

Y toda la corte estaba allí para verlo.

Vanora no respondió.

Sus ojos rojos permanecían clavados en la zarina, inmóviles, ardientes, como carbones que nunca terminan de apagarse. No

había inquietud en su rostro. Solo una calma peligrosa, la de alguien acostumbrado a caminar entre amenazas sin bajar la cabeza.

Durante unos instantes nadie habló.

Entonces Yevdokia hizo algo que nadie esperaba.

Sus labios se curvaron.

No fue un gesto amplio ni cordial. Fue pequeño y frío, el gesto de quien acaba de recordar una pieza clave en un juego que los demás todavía no comprenden. —Sin embargo —dijo con calma— quizá estemos haciendo preguntas equivocadas.

Varias cabezas se alzaron.

—Tal vez la Iglesia no necesite investigar el origen de la niña. Tal vez baste con preguntar a quién podría conocerlo.

Pavel frunció ligeramente el ceño. —¿A qué os referís, majestad?

Yevdokia giró lentamente hacia la puerta. —A un hombre que ha viajado muy lejos para estar aquí.

El archimandrita abrió la boca para intervenir, pero ya era tarde. La puerta comenzó a abrirse.

Un guardia empujó las hojas de madera y el sonido de las bisagras atravesó la sala.

Un hombre entró.

Era alto y vestía un abrigo oscuro de viaje bordado con símbolos que no pertenecían a Moscú. El cabello negro caía hasta sus hombros y en el cinturón llevaba una espada corta con empuñadura de plata.

Al verlo, varios boyardos intercambiaron miradas.

No era ruso.

Y Vanora lo reconoció.

Sus ojos no cambiaron.

Pero su cuerpo se tensó.

—Príncipe Aleksander Radziwill —anunció Yevdokia con una dulzura calculada—. Heredero de la casa de Radziwill.

Un linaje poderoso de las tierras occidentales, más allá de las fronteras rusas.

El príncipe avanzó unos pasos y luego inclinó ligeramente la cabeza.

—Zarevna —dijo.

Sus ojos no se apartaron de Vanora. Varias voces comenzaron a alzarse en susurros inquietos, porque muchos recordaban la historia. Años atrás, antes de que Vanora se casara con Dmitri, se había hablado de una alianza entre la casa Vasíliev y los Radziwill.

Un compromiso.

Nunca llegó a celebrarse después de que el zar decidiera que su sobrina se casara con su hijo. Yevdokia permitió que la expectación creciera antes de hablar de nuevo.

—Tengo entendido —dijo con aparente inocencia— que en otro tiempo vos y la zarevna estuvisteis... muy cerca de un matrimonio.

La mirada de Aleksander no se movió.

—Así es. la estuve cortejando.

Vanora seguía inmóvil, erguida como una reina forjada en guerra.

—Y también tengo entendido —continuó la zarina— que vuestra relación terminó de forma... abrupta.

El príncipe tardó un segundo en responder. —Se me dijo que la zarevna había cambiado de opinión.

—¿De verdad? —preguntó Yevdokia.

Entonces el príncipe pronunció algo que hizo que varias personas contuvieran el aliento.

—No —Sus ojos seguían clavados en Vanora—. No fue exactamente eso.

Pavel frunció el ceño. —¿Qué queréis decir?

Aleksander respiró despacio.

—Quiero decir —dijo— que cuando abandoné Moscú... —Su voz no subió, pero cada palabra cayó en forma de mentira—. la zarevna Vanora y yo seguimos manteniendo el contacto.

El golpe atravesó la sala como una ola violenta.

Varios boyardos hablaron a la vez.

Yelena dio un paso adelante, con los ojos encendidos.

—Eso es mentira.

Pero Aleksander no la miró. Solo miraba a Vanora y Vanora solo podía preguntarse qué le había prometido Yevdokia a cambio de arriesgarse a mentir de esa forma.

—He venido —continuó— a llevarme a mi hija.

Las voces comenzaron a elevarse por toda la estancia. Y entonces ocurrió algo peor. Otra voz habló desde el fondo de la sala.

—Dice la verdad.

Las cabezas se giraron. Una mujer avanzaba desde una puerta lateral.

Alta. Cabello rojo. El rostro demasiado parecido al de Vanora como para negar el parentesco.

Adriana.

La hermana que siempre había vivido a su sombra.

Siempre comparada con ella. Siempre considerada menos brillante.

—Yo estaba allí —dijo—. Su mirada pasó de Vanora al archimandrita—. Yo vi cómo comenzó esa relación. Por eso mi hermana no ha podido dar un heredero al zarevich, porque está maldita por el adulterio.

Las conversaciones crecieron entre los bancos.

Yevdokia no dijo nada.

No lo necesitaba.

Adriana continuó, con una serenidad que resultaba casi cruel. —Mi hermana siempre fue... impulsiva —La palabra sonó casi amable. Pero no lo era—. Cuando el compromiso se rompió... nadie quiso explicar por qué —Miró directamente a Vanora—. Ahora todos lo saben.

La sala entera quedó paralizada.

Porque en ese instante ya no había una sospecha.

Había dos testigos.

Y ambos señalaban a Vanora.

El archimandrita Pavel respiró despacio.

Y comprendió algo que lo inquietó profundamente.

Aquella audiencia ya no estaba examinando el bautismo de una niña.

Estaba juzgando a la mujer más peligrosa de Moscú.

Y el golpe...

acababa de caer.

CAPÍTULO 30

El error del Kremlin

Vanora no se movió. Pero dentro de su cabeza todo empezó a encajar y empezó a mirar hacia la salida de la sala religiosa.

Sus ojos rojos no se apartaron del príncipe, pero ya no lo miraban a él. Miraban a través de él.

¿Cuánto? La pregunta no tuvo forma de palabra, pero se impuso igual. ¿Cuánto había pagado Yevdokia?

Porque aquello no era solo ambición. No era solo orgullo herido. Era riesgo. Aleksander Radziwill no era un hombre cualquiera. Era heredero de una casa poderosa. Mentir en el Kremlin, delante del clero, delante de boyardos... no era un juego. Era exponerse.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Adriana... Vanora no necesitaba detenerse en ella. Su hermana no había sido comprada. No hacía falta. A Adriana le bastaba con ese instante, con aquella sala, con todas esas miradas por fin posadas en otra cosa que no fuera su propia insignificancia. Aquello no era un acto de lealtad a Yevdokia. Era algo más simple. Más antiguo. Más sucio.

Envidia.

Vanora no giró la cabeza. No concedió a nadie el gesto de reconocerlos, ni siquiera a su hermana, porque entendía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Cuando Shuisky habló, su voz no fue fuerte, pero bastó para ordenar: —Lo prudente sería tomar testigos formales.

Vanora lo escuchó sin mirarlo. Recoger declaraciones. Poner por escrito la mentira. Convertirla en algo sólido, en algo repetible, en algo que pudiera sobrevivir más allá de aquella sala. Y el archimandrita Pavel lo entendió al instante. La Iglesia no juzga sin

orden, sin proceso, sin apariencia de justicia, porque la apariencia era lo único que necesitaban. Vanora lo vio con una claridad casi cruel. No iban a destruirla de golpe. Eso sería torpe. Iban a hacerlo bien. Primero la duda. Después el procedimiento. Y cuando ya no quedara nada firme bajo sus pies... entonces el veredicto, lo mismo que habían hecho con su padre.

Inspiró despacio, no para calmarse, sino para pensar, porque el error de todos ellos era creer que la habían acorralado, y no lo habían hecho. Sus ojos se deslizaron, por fin, hacia Yevdokia. La zarina no sonreía, no necesitaba hacerlo. Su rostro permanecía tranquilo (como siempre), casi aburrido, como si aquello no fuera más que una obligación tediosa, pero en sus ojos había algo distinto: expectativa, cálculo, la satisfacción de quien cree haber ganado por fin.

Vanora sostuvo la mirada de la zarina un instante más, sin inclinar la cabeza, sin conceder un solo gesto que pudiera confundirse con sumisión.

Entonces algo la sacó de sus pensamientos. Fue el susurro de la tela al desplazarse. Un movimiento leve, casi imperceptible para cualquiera.

Elyana.

La niña había retrocedido un paso. Luego otro. Sus dedos pequeños, temblorosos, buscaron la falda de Vanora y se aferraron a ella con una fuerza desesperada, impropia de su tamaño.

—¿Qué está pasando...?

Ya no había curiosidad en su voz infantil. Solo miedo. Vanora no apartó la vista de Yevdokia. No de inmediato. Pero su mano descendió, lenta, segura, hasta posarse sobre la cabeza de la niña. No fue una caricia. No fue consuelo. Fue posesión.

—Nada que debas temer —dijo.

Mentía. Y la niña lo sabía. Los niños siempre lo sabían.

Fue Yevdokia quien habló: —La niña no debería permanecer aquí.

No lo propuso. Lo decretó. El archimandrita Pavel guardó silencio. Y con ese silencio eligió bando.

Vanora lo entendió antes de que nadie se moviera. Sus dedos se tensaron en el cabello de Elyana. —La niña se quedará conmigo o no

habrá testimonios necesarios.

Yevdokia giró la cabeza hacia ella, despacio, con la precisión de quien ya se cree vencedora.

—No.

Una sola palabra.

Suficiente.

Desde los márgenes de la sala, las figuras comenzaron a avanzar. No hubo órdenes audibles, pero todos obedecían. Marfa iba en cabeza, como siempre. Marfa, la doncella impuesta, la presencia que nunca había sido elegida por Vanora, pero que la espiaba por órdenes de Yevdokia. Detrás de ella, dos mujeres más y un guardia. No llevaban armas visibles.

No las necesitaban. Elyana se apretó contra Vanora, temblando. —No... —susurró—. No quiero.

Entonces sí, Vanora bajó la mirada. Y algo cambió. No en su rostro. Su rostro seguía siendo piedra. Pero en sus ojos... ardía algo que nadie podía reconocer.

—Nadie la tocará.

Marfa se detuvo a unos metros al oírla. No por respeto. Por estrategia. Yevdokia no se inmutó. —La niña será protegida hasta que su linaje sea confirmado.

«Protegida».

—Apartaos —reiteró Vanora.

Esta vez no hubo suavidad. Fue más firme.

Más agresiva.

Elyana rompió a llorar. No con ruido, sino con ese llanto ahogado que duele más, que se clava como una astilla bajo la piel. —¡Mamá...! —la llamó por primera vez y algo en el interior de Vanora se rompió en mil pedazos. Nadie, jamás, la había llamado así. No había tenido el privilegio de ser madre, y sabía perfectamente que esa niña recogida de la calle no era su hija, pero así la sentía, y estaba dispuesta a todo por ella.

Marfa cogió la niña y sus dedos resbalaron al intentar sujetarse a su falda. La tela cedió. Vanora no se movió. Ni un paso. Ni un gesto.

Pero su mano descendió con la velocidad de una serpiente y atrapó la muñeca de Marfa antes de que tirara con más fuerza.

No fue un golpe. Fue peor. Fue control.

—He dicho que no.

Y entonces... el acero respondió.

La espada salió de su cinto que había escondido entre los pliegues de su vestido oscuro con un sonido limpio, inevitable, casi sagrado, como si aquella hoja hubiese aguardado durante años el instante exacto en que por fin se le permitiría hablar. La luz de las velas se quebró sobre el filo y, durante un latido largo, brutal, nadie en la sala pareció recordar cómo respirar.

El archimandrita Pavel se quedó inmóvil.

Los dos monjes escribas no escribieron.

Los tres clérigos mayores se miraron entre sí, incapaces de decidir si aquello seguía siendo una audiencia de la Iglesia o si acababan de convertirse en testigos de algo mucho más peligroso.

Vanora no dudó mientras Marfa retrocedía horrorizada.

Se inclinó y, en el mismo movimiento en que enderezaba la espalda, alzó a Elyana en brazos. La niña se agarró a su cuello con un sollozo roto, escondiendo el rostro contra su pecho como si quisiera desaparecer dentro de ella.

—No mires —susurró Vanora, firme, seca, con la voz de quien no consuela: ordena.

El primer guardia reaccionó por puro reflejo, adelantando una bota sobre la piedra. Demasiado tarde. Vanora ya estaba en movimiento. No atacó con furia. No había rabia ciega en ella. Lo suyo era otra cosa.

Disciplina, a pesar del dolor que todavía tenía en el hombro.

Memoria, a pesar de lo mucho que la habían intentado anular.

Y lo atravesó con su espada. Derribándolo en el acto delante de todos, incluidas las mujeres y viudas que se llevaron las manos a la boca horrorizadas. Yevdokia palideció, pero no retrocedió, solo dio una orden para que todos los guardias la apresaran mientras el archimandrita Pavel corría lejos de Vanora y Shuisky daba dos pasos atrás disimuladamente.

El primer guardia reaccionó. Luego el segundo. Luego todos.

Esta vez sí.

El cerco se cerró de golpe.

El sonido de las botas sobre la piedra rompió cualquier resto de elegancia y de falsedad. El acero salió de las vainas con un sonido seco, multiplicado por los muros desnudos de la iglesia. Varias manos se extendieron hacia ella al mismo tiempo, calculadas, rápidas, sin intención de matarla, pero sí de someterla.

No había duda ya.

Iban a reducirla.

A arrastrarla.

A arrebatarle a la niña ya sentenciarle, si podían, a muerte por traición.

Vanora giró sobre sí misma, ajustando a Elyana contra su pecho con un movimiento instintivo, firme, como si aquel cuerpo pequeño fuera el eje sobre el que giraba todo lo demás. Su espada se alzó.

No retrocedió.

Esperó.

Como le habían enseñado.

El primer hombre llegó demasiado rápido.

Error.

Vanora desvió el golpe, giró desde la cadera y respondió sin titubeo. El acero chocó, resbaló y descendió con precisión quirúrgica. El guardia perdió el arma y cayó de rodillas, más sorprendido que herido.

El segundo intentó entrar por el lado ciego.

Su movimiento fue corto, eficaz, suficiente para romper el avance y devolver al hombre contra la trayectoria de los demás.

Pero eran demasiados.

Uno avanzó por la derecha.

Otro por detrás.

Un tercero fue directo al cuerpo, ignorando la espada, buscando el peso, la caída, la inmovilización.

La sala dejó de murmurar. Praskovia estaba rezando de rodillas, Daria solo podía mirar la escena inmóvil y el resto de las mujeres ya habían empezado a salir corriendo del lugar, al igual que muchos hombres.

La sala respiraba violencia.

—¡Basta!

La voz atravesó la estancia como un golpe seco, rompiendo el momento antes de que se consumara. No era la de Pavel.

No era la de ningún clérigo.

Era una voz vieja. Grave. Autoritaria.

Una voz que no pedía permiso.

Las cabezas se giraron al mismo tiempo.

La puerta lateral no se había abierto.

No.

Era peor.

Ya estaba dentro.

Nadie lo había visto entrar.

Maksim Yúrievich Volkov.

Vestía ropas de piel simples, oscuras, ceñidas al cuerpo, como un hombre que no necesitaba adornos para recordar quién era. El cabello blanco, recogido sin concesiones, caía limpio sobre la nuca. En la mano llevaba una espada de entrenamiento.

Pero nadie en aquella sala la confundió con algo inofensivo.

Porque todos sabían quién era. El capitán de la guardia del zar legítimo.

El hombre que había sobrevivido cuando otros desaparecieron.

El que había entrenado a Iván.

El que nunca se había inclinado.

Shuisky dejó de sonreír.

Pavel palideció visiblemente, los labios entreabiertos, incapaz de encontrar palabras que no lo traicionaran. Yevdokia... no se movió.

Pero sus ojos cambiaron. Volkov avanzó un paso.

Solo uno.

Y fue suficiente.

—¿De verdad vais a poner vuestras manos sobre la zarevna? —No gritó. No hizo falta. Alzó apenas la espada, señalando. No a Vanora. A ellos. A todos—. Porque si lo hacéis... —la pausa cayó dolorosa— entonces no estáis deteniendo a una mujer —Sus ojos recorrieron a los guardias, uno por uno—. Estáis empezando una guerra.

El silencio fue absoluto.

Uno de los guardias dudó. Otro bajó ligeramente el arma, casi sin darse cuenta. Nadie avanzó.

Vanora no lo miró. No lo necesitaba. Lo sintió, como se siente una muralla alzarse a la espalda, como se reconoce una lealtad que no necesitaba palabras.

Volkov giró levemente la cabeza hacia ella. Y por un instante dejó de ser un capitán. Fue lo que siempre había sido: el último hombre de su padre, a pesar de que su padre no había sido muy bueno con ella, pero él era el último vestigio real de su casa, el último bastión que podía defenderla.

No sonrió. No habló. No hacía falta.

Vanora avanzó.

Y esta vez el cerco se rompió, dejándola pasar con la niña en los brazos.

Yelena aprovechó y se abrió paso con movimientos secos, apartando cualquier intento tardío de interponerse. Milena echó a correr hacia la puerta, con las manos temblorosas y el aliento entrecortado, pero sin detenerse. Alcanzó el cerrojo, lo alzó con un golpe torpe y urgente, y empujó la madera.

—¡Aquí!

Vanora cruzó el umbral con las lágrimas de la niña en el hombro y la espada en la mano, sin mirar atrás. Yelena pasó tras ella. Milena dudó apenas un instante antes de seguirlas.

Y detrás de ellas, Volkov no se movió.

Se quedó en el centro de la sala, entre clérigos, boyardos y guardias, como una advertencia, como un recuerdo encarnado de que el pasado no estaba muerto, no todavía.

Y de que, en aquel instante preciso, acababan de cometer un error del que no habría regreso.

Volkov esperó un latido. Solo uno. El suficiente para asegurarse de que Vanora había cruzado el umbral.

Entonces se movió.

La puerta aún no había terminado de abrirse cuando el primer guardia imperial se lanzó contra él. No hubo advertencia ni palabras, solo acero directo al cuerpo. Volkov no retrocedió. La espada de entrenamiento no era un juguete; en sus manos era muerte

contenida. Desvió el golpe sin esfuerzo, giró la muñeca con precisión y el guardia cayó con la clavícula rota antes de comprender qué había ocurrido.

—¡Traición! —gritó alguien desde el fondo de la sala. Y entonces llegó la orden. La voz de Yevdokia. Fría. Cortante—. ¡Que no salgan del Kremlin! —No necesitó alzar más la voz. ¡Capturadlos! ¡A todos!

La orden se extendió por los pasillos como un incendio.

Y fuera... todo estalló.

Vanora no corría. Nunca corría.

Avanzaba.

Rápida, firme, implacable.

Elyana todavía iba pegada a su pecho, el rostro enterrado en su cuello, empapando su piel con lágrimas. Sobre aquella piel, casi translúcida, la sangre destacaba con una crudeza aún mayor. Su albura —antinatural, casi espectral— convertía cada mancha en una declaración de guerra. Sus ojos rojos no temblaban. No dudaban.

Cuando doblaron el primer corredor, los estaban esperando. Guardia imperial.

No dos. No tres. Una línea.

Acero desenvainado.

Yelena no se adelantó.

No tenía armas.

No era su lugar, pero no iba a abandonar a su señora.

Se mantuvo un paso detrás de Vanora, demasiado cerca del peligro y, al mismo tiempo, completamente indefensa dentro de él.

El acero estalló en el aire con un sonido brutal. Un guardia se lanzó hacia Vanora, otro cerró desde el lateral, y en ese cruce desordenado, en ese instante donde todo se volvió confuso y violento, la lanza apareció.

No iba dirigida a Yelena. Ni siquiera la habían visto.

Pero estaba ahí. Demasiado cerca. Demasiado expuesta.

La punta le atravesó el costado antes de que nadie pudiera reaccionar.

Yelena se quedó inmóvil, los ojos abiertos por la sorpresa, como si su cuerpo no terminara de comprender lo que acababa de ocurrir.

Volkov llegó un segundo después. Demasiado tarde para evitarlo.

Pero no para arrasarlo. Entró en la línea como una embestida.

No luchaba. Aplastaba a pesar de su edad.

Un guardia cayó con el cuello abierto antes de alzar la espada. Otro fue lanzado contra el muro con tal fuerza que el cráneo sonó hueco al romperse.

Pero eran muchos.

Demasiados.

Y venían más.

—¡No dejéis que crucen el patio! —gritó un capitán.

Vanora miró con horror a su doncella, a Yelena, a la única mujer que le había sido fiel en el Kremlin desde que tenía memoria. La vio caer junto a ella, había recibido el impacto de la lanza que iba dirigida a ella. Yelena no dejó de mirarla a los ojos, y Vanora se permitió dejar caer una lágrima, diciéndole con ese gesto todo lo que no podía decirle en palabras. Yelena cayó a sus pies, muerta.

Vanora tragó saliva, y con ella todas las lágrimas que quería derramar. Todos los gritos que quería lanzar. Pero no retrocedió.

Nunca lo hacía.

Ajustó a Elyana con un brazo, sujetándola con firmeza contra su cuerpo, y alzó la espada con el otro. Y entró en la lucha.

No tenía la fuerza de Volkov, pero no la necesitaba.

Era más precisa. Más rápida. Más fría. El primer hombre que se lanzó hacia ella intentó sujetarla.

Error.

La hoja entró bajo la axila, limpia, directa al pulmón.

El segundo intentó arrebatarle a la niña. Vanora giró.

Demasiado rápido. Le abrió la mano hasta el hueso.

Elyana gritó. Un sonido agudo, desgarrado, que atravesó el caos.

La sangre no era suya.

Pero la cubría. Le manchaba el rostro, los labios, las mejillas. Sobre su piel infantil aquel rojo parecía aún más violento.

—No mires —volvió a ordenar Vanora.

Pero la niña ya estaba viendo. Demasiado.

—¡Vanora! —gritó Milena, que los había estado siguiendo desde atrás —Estaba pálida. Descompuesta. Temblando—. ¡Mi hijo!

Vanora no giró. —¡Tenemos que salir!

—¡Mi hijo! —repitió, al borde del descontrol—. ¡Iván! ¡Está cerca!

Un golpe casi alcanzó a Vanora. Lo esquivó. Respondió. Cortó. Otro cuerpo cayó. Respiró.

Y entonces dudó. Un instante. Solo uno.

El suficiente. Volkov lo vio. —¡No!

Pero ya era tarde.

Vanora giró la cabeza. Sus ojos rojos se clavaron en Milena. Y asintió.

—¿Dónde?

—La torre este... con la nodriza...

—Vamos.

Volkov maldijo entre dientes. —¡Nos van a encerrar!

Vanora ni siquiera lo miró. —Entonces muévete.

Y avanzó. El combate cambió.

Ya no era huida.

Era penetrar más adentro. Más peligro. Más guardias. Más muerte.

Volkov se colocó delante, abriendo camino, matando sin pausa, sin error, sin emoción.

Vanora detrás. Cubriendo flancos. Protegiendo a la niña. Matando también.

No como él. Pero suficiente.

Siempre suficiente.

Los pasillos del Kremlin se llenaron de gritos, de acero, de cuerpos cayendo, de sangre arrastrada sobre la piedra.

Y en medio de todo... una figura pálida, casi fantasmal, cubierta de rojo.

Una mujer que no se detenía.

Y una niña aferrada a ella como si fuera lo único que quedaba en el mundo.

Desde una galería superior, Yevdokia observaba. No gritaba. No corría.

Pero sus dedos se cerraron.

Porque lo sabía.

Si salían del Kremlin...

lo perdía todo.

—Cerrad las puertas —ordenó.

—Majestad...

—¡TODAS!

Esta vez sí hubo miedo. Porque no se estaba protegiendo.

Los estaba atrapando. Dentro.

Abajo, Volkov lo entendió. —Nos encierran.

Vanora también. Pero no se detuvo.

Sus ojos rojos ya no eran solo furia.

Eran decisión.

Fría.

Irrevocable.

—Entonces no saldremos.

Volkov la miró, incrédulo. —¿Qué?

Vanora ajustó a Elyana contra su pecho. La sangre le cubría los brazos, el vestido, el rostro. Sobre su piel blanca, casi luminosa incluso en medio del caos, parecía una visión imposible.

—Terminaremos esto aquí.

Y avanzó. Directo hacia el corazón del Kremlin.

CAPÍTULO 31

El último refugio

Llegaron a la torre este sin aliento, pero no se detuvieron. La puerta cedió bajo el golpe como si supiera que no debía resistirse. Dentro todo estaba demasiado tranquilo para todo lo que estaba ocurriendo fuera.

La nodriza se giró al oírlos entrar, con el niño aún en brazos. Durante un segundo, su mente no comprendió lo que veía. Solo percibió la sangre. Demasiada. En la piel pálida de Vanora, aquella sangre resultaba antinatural, casi obscena. En sus manos. En su vestido. Incluso en el rostro de la niña que llevaba aferrada contra el pecho. Retrocedió, como si el horror pudiera contagiarse.

—¿Qué...?

La palabra murió antes de nacer. Volkov cerró la puerta de un empujón seco.

—No hay tiempo.

Milena ya se había lanzado hacia ella.

—¡Dámelo!

No fue una súplica. Fue una orden arrancada del miedo. Le arrebató al niño sin cuidado. El pequeño dejó escapar un gemido al cambiar de brazos, pero no llegó a llorar. Milena lo apretó contra sí con una desesperación casi salvaje, besándole la cabeza, la frente, el cabello, una y otra vez, como si necesitara asegurarse de que seguía vivo, de que aún no se lo habían arrebatado.

—Estoy aquí... estoy aquí... —Su voz se quebró un instante, breve y traicionero. Luego respiró, hondo, y levantó la cabeza—. Mi zarevna...

No terminó. No hacía falta. El sonido llegó entonces.

Botas.

Muchas.

Demasiadas.

Volkov giró la cabeza, escuchando más allá de la madera.

—Ya están aquí.

Vanora no respondió al instante. Sus ojos recorrieron la estancia con una calma que no tenía nada que ver con la paz. No era miedo lo que había en ellos, sino memoria. La cama. La mesa. El arcón. El tapiz. Ahí.

Se movió sin vacilar. Cruzó la habitación en dos pasos y arrancó la tela con un tirón seco. El tejido cayó al suelo, revelando la piedra desnuda. A ojos de cualquiera, no había nada. Pero ella sí lo veía. Sus dedos encontraron la hendidura exacta. Presionó. Un sonido bajo, antiguo, como si despertara algo que llevaba siglos dormido. La piedra cedió. Una abertura estrecha, oscura, se abrió en el muro.

La nodriza se quedó inmóvil, atrapada entre el miedo y la incredulidad.

—¿Qué es eso...?

—Una salida —respondió Vanora.

Simple. Fría. Indiscutible. Volkov la observó, y lo comprendió sin necesidad de más.

—¿Desde cuándo...?

—Desde que mis antepasados construyeron estos muros —respondió ella sin mirarlo.

Los golpes comenzaron a sacudir la puerta. Primero uno. Luego otro. La madera crujió como si fuera a partirse. —¡Abrid!

Vanora se giró. —A dentro, todos.

Milena no dudó. Entró la primera, con el niño pegado al pecho. La nodriza vaciló un segundo, pero el sonido de la puerta cediendo la empujó a seguir. Volkov esperó, como siempre, cubriendo la retaguardia y Vanora pasó.

La piedra se cerró tras ella y Volkov. Y el mundo cambió.

El pasadizo olía a tierra húmeda y a siglos olvidados. El aire era frío, espeso, y las paredes obligaban a avanzar de lado en algunos tramos. No había casi luz, solo un hilo débil que se filtraba desde grietas invisibles. Milena respiraba demasiado rápido.

—No... no puedo ver...

—Sigue —dijo Vanora.

No alzó la voz, pero no dejaba espacio para la duda. Volkov avanzaba detrás, vigilando, protegiendo. —¿A dónde lleva? —preguntó.

—A fuera.

El pasadizo descendía, giraba, volvía a ascender. Era antiguo, más antiguo que ellos, más antiguo que el propio Kremlin. Un camino concebido para una sola cosa: huir o morir.

La salida no fue gloriosa. Fue miserable. Una losa mal encajada, un hueco bajo, indigno de cualquier historia que mereciera ser contada. Vanora empujó. La tierra cedió. El aire cambió.

Más frío.

Más libre.

Salieron uno a uno.

El cielo los recibió gris, como si el mundo entero contuviera la respiración. Moscú ya no sonaba igual. Gritos. Campanas. Órdenes. El Kremlin estaba en alerta.

—Rápido —dijo Volkov.

Los establos de servicio estaban cerca, olvidados por todos. Dos guardias. Solo dos. Volkov no habló. No dudó. No necesitó más de un paso. Uno cayó. El otro ni siquiera alcanzó a gritar.

Vanora no miró. Nunca lo hacía. Se acercó a los caballos y eligió sin pensar, como quien reconoce lo que le pertenece por derecho.

—Este.

Ayudó a Milena a montar con el niño. Luego alzó a Elyana y la sentó delante de ella. La niña temblaba, pero el llanto ya no lloraba. Volkov montó el último.

—Van a cerrar la ciudad.

—Saldremos antes.

Vanora tensó las riendas y cabalgó.

Salieron de Moscú antes de que pudieran imaginar donde estaban. Detrás, el Kremlin ardía en órdenes, en miedo, en furia. Delante, solo el campo abierto, el frío y la guerra. Vanora ajustó a Elyana contra su cuerpo, sintió su respiración, su calor, y entonces habló:

—Vayamos en busca del zar.



El campamento no tenía forma de victoria. Ni siquiera de ejército. Era un puñado de fuegos débiles clavados en la nieve. Las tiendas, vencidas por el viento, se sostenían con dificultad: algunas medio derrumbadas, otras apuntaladas con lanzas astilladas. El frío lo atravesaba todo. Arrastraba ceniza, hielo... y ese olor espeso, persistente, de la sangre que ni la nieve lograba borrar.

Los hombres no hablaban.

Comían en silencio, cuando había algo que llevarse a la boca. Dormían con la mano cerca de las armas, aunque ya no quedara enemigo inmediato al que enfrentarse.

No era descanso.

Era una tregua sin fe.

Iván permanecía de pie, como siempre. No se sentaba cuando los demás lo hacían. No se permitía parecer cansado. Pero el cansancio estaba ahí, aferrado a él como una segunda piel. La barba, más larga, se había endurecido bajo el hielo. La armadura había perdido todo brillo, devorada por el barro seco y la sangre vieja. Sus ojos recorrían el horizonte sin buscar nada concreto.

Solo vigilaban.

Como si pudiera vencer todavía.

Dmitri estaba cerca, sentado sobre un tronco ennegrecido con el brazo vendado y la mirada fija en el fuego. No había hablado en mucho tiempo, quizás desde hacía días. Como general, era responsable de las tropas que cada día estaban más débiles; como hijo y súbdito, no podía ordenar una retirada definitiva hasta que su padre lo hiciera.

—Han enviado otro mensajero —dijo al fin uno de los capitanes —Iván no respondió—. Dicen que Moscú... —el hombre dudó—. Que hay disturbios, pero no llega información clara.

Dmitri alzó la vista. —¿Disturbios?

—Rumores... la Iglesia... el pueblo...

Iván levantó una mano. Silencio. No quería rumores. No ahora.

El viento bufó más fuerte, barriendo el campamento como si quisiera borrar lo poco que quedaba en pie. Y entonces vio algo en la lejanía, una figura tallada en mármol blanco que se confundía con la neblina helada.

—¿Lo veis?

No fue un grito. Fue peor. Fue incertidumbre.

Algunos hombres se giraron.

Al principio, no era más que una sombra en el horizonte. Blanquecina. En movimiento. Demasiado lenta para ser una carga. Demasiado recta para ser un error.

—Exploradores, quizá —murmuró alguien.

Dmitri ya estaba en pie. Entrecerró los ojos. —No.

No era una formación militar. No había orden en ese avance. Había necesidad. El viento cambió de dirección, y la figura se definió.

Un caballo. Luego otro. Luego otro más.

Y en el primero... algo que no encajaba. Demasiado erguido. Demasiado inmóvil.

Iván no se movió. Pero su mirada se endureció.

—Esperad —ordenó.

Nadie avanzó. Nadie respiró. Los jinetes se acercaban. El sonido de los cascos comenzó a quebrar el silencio del campamento.

Uno.

Dos.

Tres.

Cada golpe contra la nieve sonaba como un tambor. Iván dio un paso adelante.

Y entonces la vio. No fue su rostro.

Fue el cabello. Blanco. Como la estirpe de la Casa Vasíliev de Zmeygorod que no se doblegaba ante nadie. El viento lo agitaba tras ella como un estandarte que no pertenecía a ningún rey.

Después vio la niña. Iván inspiró despacio. Profundo. Como si el aire se hubiera vuelto más fácil de respirar a pesar de soplar en abundancia.

—No puede ser... —murmuró para sí mismo.

Pero lo era. El caballo no se detuvo al llegar al campamento. Se abrió paso entre los soldados como si ninguno de ellos tuviera derecho a cerrarle el paso. Como si la guerra misma se apartara ante ella: ante Vanora. El viejo Volkov venía detrás. Cubierto de sangre. De heridas. Pero aún en pie.

Milena también. Con el bebé y una mujer torpemente montada detrás de ella. Apenas consciente. Y entonces Vanora estiró de las riendas.

El caballo se detuvo en seco frente a él, con espuma en la boca; se notaba que Vanora había cabalgado con único fin: llegar a él.

Durante un instante... nadie habló.

Nadie se movió. Vanora no desmontó. Sus ojos, rojos y cansados, encontraron los de Iván primero. Como iguales. Como fuego reconociendo fuego.

La niña en sus brazos temblaba, aferrada a ella, manchada de sangre que no le pertenecía del todo. Iván dio un paso hacia ella como si viera un espejismo en mitad de su agonía, en mitad de la derrota. ¿Había muerto por congelación y ahora Dios lo castigaba con espejismos imposibles?

—Vanora... —gruñó él, todavía incrédulo.

Vanora habló. Y su voz no tembló, sacándolo de su ensoñación. —Mi gran zar, vengo en busca de su protección —Vanora descendió de su montura, para alivio del caballo que llevaba días cabalgando sin descanso, y junto a la niña, se arrodilló ante él. Cayó frente al zar delante de todos los presentes como un ser místico.

El viento cruzó entre ellos, afilado y frío, pero Iván no hizo pregunta alguna, no porque no quisiera respuestas, sino porque no las necesitaba; le bastó con ver la sangre, con reconocer el estado de Volkov, con fijarse en la niña aferrada a Vanora, y en ese instante lo entendió todo.

—¿Quién? —preguntó.

Vanora sostuvo su mirada. Sin apartarse. Sin ceder. —Vuestra esposa, mi gran Zar. Me acusa de traición. Y yo vengo en busca de vuestra justicia.

Iván apretó la mandíbula. Y esta vez... no hubo duda en sus ojos.

—Levantad el campamento, partiremos de regreso a Moscú mañana al amanecer. Preparad las provisiones.

Dmitri no pudo evitar mirar a Milena y al niño. Su hijo. Expuesto. A la intemperie. A la guerra. A ojos de todos. Algo en su mandíbula se volvió violento.

¿Quién se había atrevido a hacerlo sin su permiso?

Alzó la vista hacia el campamento.

—Preparad a los hombres.

La orden no fue alta, pero corrió como un alivio entre los soldados. No era solo obediencia. Era necesidad. Después de la derrota, nadie quería quedarse allí más tiempo.

Volvían a casa.

Y esta vez, no como vencedores.

El campamento empezó a moverse, pero no con la precisión de antes, no con la disciplina de un ejército que aún cree en lo que hace, sino con algo más crudo, más urgente. Los hombres recogían en silencio, sin intercambiar palabras, sin hacer preguntas. No hacía falta. Todos habían visto quién había llegado. Y en qué estado. Volkov desmontó, herido, y se apartó del grupo.

Vanora seguía en los pies del zar. —Levantaos, zarevna —ordenó Iván, sin inclinarse a pesar de desear hacerlo, de desear abrazarla como nunca—. ¿De qué traición se os acusa?

—De adulterio —dijo Vanora sin titubeos, incorporándose despacio hasta quedar frente a Iván, sosteniéndole la mirada como si no existiera nadie más en el mundo, como si solo deseara su atención, su amparo, su protección.

Ni siquiera miró a Dmitri, su esposo.

Él permanecía a un lado, alto, apretando los puños, con la presencia de quien ha sido educado para obedecer y no para interrumpir. El cabello negro, largo hasta los hombros, recogido en una coleta baja al estilo de los generales de guerra, dejaba al descubierto su rostro afilado, endurecido por el frío y las campañas. Se llevó una mano a la nuca, tensando ligeramente el recogido, no por descuido, sino por contener su necesidad, la necesidad de que Vanora lo mirara al menos una vez.

Iván parpadeó una sola vez.

Breve.

Pero suficiente.

Porque el recuerdo no fue inmediato... fue físico.

Un destello.

Un instante robado meses atrás.

Y ahora, de pronto, tenía sentido.

—Me acusan de haber engendrado a Elyana con mi anterior prometido, el Príncipe Aleksander Radziwill —aclaró Vanora, leyendo el mismo recuerdo en los ojos del zar.

El caballo, aún cubierto de espuma y sangre seca, resoplaba a su espalda. Ella permanecía firme, con la niña ya lejos de ella, con la nodriza que los había acompañado hasta allí y un par de hombres dispuestos a ayudar a las mujeres que acaban de llegar.

—Dmitri —interrumpió Milena, al borde del desmayo, tendiéndole al niño con manos temblorosas.

Dmitri reaccionó sin dudar. Dio un paso al frente y la sostuvo antes de que cayera, atrapándola contra su pecho mientras recogía al bebé con el otro brazo, firme, seguro, como si aquel gesto le fuera natural. El peso de ambos lo ancló al instante. Bajó la mirada.

El niño estaba débil.

Demasiado quieto.

Alzó la vista, y su voz salió baja, pero cortante. —¡Corred! Ayudadlos.

No tuvo que repetirlo.

Dos hombres se adelantaron primero, curtidos, de manos firmes y rostro grave: uno llevaba colgado al cuello un pequeño estuche de cuero, el otro ya desenrollaba paños limpios. Detrás de ellos, otros dos se apresuraron a abrir paso.

—Traed agua caliente —ordenó uno—. Y vino.

—Y luz —añadió el otro—. No veo nada.

Se alejaron sin mirar atrás, llevándose al niño y a Milena sin mirar atrás. Milena apenas se sostenía. Dmitri la mantuvo en pie un instante más, asegurándose de que no caería, antes de entregarla a otros brazos. —Cuidad de ella.

No fue una orden.

Fue algo más personal.

Solo cuando ambos —Milena y el niño— desaparecieron tras la lona de una tienda, Dmitri se quedó inmóvil.

El ruido del campamento volvió a filtrarse alrededor. El viento. Las voces. El acero. Los hombres replegándose para regresar a casa.

Pero él ya no estaba en nada de eso. Giró despacio.

Miró a su padre.

Luego a Vanora.

Y se dio cuenta de como se miraban; ambos estaban demasiado cansados, demasiado derrotados para seguir fingiendo en mitad de la ventisca.

Y en ese instante... algo en él se asentó por fin.

No fue derrota.

Fue comprensión.

—Padre —dijo al fin, con la voz firme, sin rastro de la tensión de otros días—. Sé que juzgaréis con justicia a mi esposa de lo que se le acusa —No miró a Vanora al decirlo. No aún—. Os pido permiso... para cuidar de mi hijo.

El silencio que siguió fue distinto. Más limpio. Más claro.

Vanora lo miró entonces, por primera vez. De verdad.

No como marido.

No como obstáculo.

Como hombre.

Y comprendió que, por primera vez, no había reproche en él.

No había exigencia.

Solo una verdad que llegaba tarde... pero llegaba.

Dmitri ya no intentaba retenerla e Iván no respondió de inmediato, sino que lo observó durante un buen rato, midiéndolo en silencio hasta que finalmente asintió una sola vez y fue suficiente. Dmitri inclinó la cabeza y se marchó sin mirar atrás y cuando la lona de la tienda cayó tras él el espacio pareció vaciarse, el ruido quedó lejos y el mundo también, dejando a Iván y Vanora frente a frente, solos.

—Seguidme, zarevna.

No fue una orden. Tampoco un ruego. Fue algo que sonó a necesidad... como una cuerda a punto de ceder.

Iván no la miró al decirlo. Se limitó a apartar la lona de la tienda, y el aire frío irrumpió dentro, trayendo consigo el olor de la ceniza, del hierro, de todo lo que se había perdido. Entró sin esperar respuesta.

Vanora lo siguió. Despacio.

No por obediencia.

Sino porque había algo en él —en la forma en que sostenía el cuerpo, en cómo parecía mantenerse en pie por pura voluntad— que la arrastraba.

Dentro, la tienda ya no imponía. Era grande, sí. Pero el poder, los hombres, la multitud, se había quedado fuera.

Las telas pesadas colgaban como si hubieran olvidado su propósito, apagadas, sin brillo. El suelo, cubierto de pieles, estaba desordenado, marcado por pasos inquietos. En el centro, la mesa seguía en pie, pero el mapa que la cubría estaba arrugado, clavado con dagas como si alguien hubiera intentado sujetar algo que ya se escapaba.

Había vino.

Derramado.

Otra copa intacta.

Una armadura descansaba contra el poste principal, sin cuidado, manchada, abierta. No parecía pertenecer a un zar. Parecía haber sido arrancada de alguien.

El fuego apenas resistía en el brasero, lanzando una luz débil que no calentaba, solo iluminaba.

Iván avanzó hasta la mesa y apoyó las manos en ella con los nudillos tensos y la espalda rígida como si en cualquier momento fuera a romperse... o a volver a levantarse.

Vanora no se acercó de inmediato.

Lo observó.

Como se observa a algo que se ha amado... y que ya no se reconoce del todo.

—¿Qué hacéis aquí... mi gran zar... si habéis sido derrotado?

Su voz fue baja. Sin dureza.

Iván no respondió.

Durante un instante, solo se oyó el viento golpeando la lona y el leve crujido del fuego.

Luego habló.

—Sigo vuestras órdenes, zarevna —le clavó sus ojos de serpiente, sus ojos verdes con pupilas verticales y ella contuvo el aliento—. Mi dijisteis que no regresara si perdía.

Vanora dio un paso. Pequeño, pero suficiente. No había corona. No había ejército.

Solo dos cuerpos que sabían demasiado el uno del otro.

Dos voluntades que nunca habían aprendido a rendirse... ni siquiera cuando todo lo demás ya había caído. El fuego crepitó.

—Ambos hemos perdido —murmuró Vanora. Dio un paso más. Y esta vez no se detuvo. Alzó la mano con una calma que no era fragilidad, sino dominio, y la apoyó en su mejilla. Sus dedos, pálidos, finos, marcados por la batalla en el Kremlin, se deslizaron entre la aspereza de su barba como si reconocieran cada línea de su rostro... como si aquel gesto no fuera nuevo, sino inevitable—. Y aun así... aquí estamos.

No había consuelo en su voz. Había algo más peligroso. Algo que no había caído con sus ejércitos. Iván sonrió con la comisura de los labios ladeada al sentirla tan cerca, tan suya. Y la besó sin más dilación, la besó con furia, con las ganas de vivir que casi se le extinguían en ese campamento de derrotados. Ella se aferró a su cuello como si todo lo que necesitara para vivir y para respirar fuera aquel cuerpo de hombre, aquel zar, apodado ya el Terrible.

Fue un beso sin ruido, profundo, hondo; un beso que lo llevó a él a cogerla por la cintura y sentarla sobre la mesa, empujando los mapas hasta hacerlos caer al suelo, como si ya nada importara. Luego él, hambriento, se cernió sobre su cuello, pero encontró allí un corte, una herida hecha con una espada.

Se enfureció. ¿Cómo se habían atrevido a tocarla? Ella percibió su ira, y se inclinó ante él, con lágrimas en los ojos, él era el único... el único con el que podía confiar. El único que la había salvado de su padre, que la había casado decentemente dentro de los muros del Kremlin, salvándola del lejano príncipe Aleksander Radziwill, el único que la había amado a pesar de la sangre que los unía, de las

diferencias de poder, de los matrimonios impuestos, a pesar de su infertilidad, de sus decisiones...

Iván tomó el colgante que él mismo le había regalado una noche, ese colgante de la Casa Vasíliev de Zmeygorod y volvió a sonreír de lado, como siempre hacía. Vanora enterró sus manos en su pelo negro, peinándolo hacia atrás, obligándolo a mirarlo a los ojos. Él accedió a mirarla, accedió a no ser duro por una vez, a mostrarse vencido. Y Vanora vio debilidad por primera vez en esos ojos, por primera vez vio al hombre, al humano, detrás de ese joven que se había ganado la corona a base de mancharse las manos.

—Dime quién fue —susurró él contra su piel—. Y juro que esta derrota será lo último que recuerden antes de morir.

—Que el mundo arda si quiere —murmuró—. Yo sigo en pie. Y tú también. Eso es lo único que importa.

Iván no se apartó.

No después de sus palabras.

Su mano subió desde el colgante hasta su cuello, deteniéndose justo bajo la herida, sin tocarla del todo. Conteniéndose.

—No —dijo al fin, muy bajo—. Eso no es lo único que importa — Sus ojos no eran los del zar en ese instante. Eran peores. Más claros. Más peligrosos.

Vanora no apartó la mirada.

No retrocedió.

Pero algo en ella cedió.

No como una rendición.

Como una elección.

Sus dedos descendieron desde su cabello hasta su nuca, sosteniéndolo allí, cerca, sin permitirle escapar de sus ojos.

—Entonces hazlo —susurró—. Levántate. Reclama lo que es tuyo.

Iván exhaló y volvió a besarla. —Debí casarme contigo.

—¿Y perder el favor de la iglesia? —Vanora lo besó con más fuerza.

Iván soltó una breve risa sin humor, apenas un aliento. —La Iglesia... —murmuró contra su boca, como si aquello ya no tuviera peso alguno.

Sus manos descendieron por su espalda con lentitud. Vanora lo sintió y soltó un pequeño gemido. Se inclinó hacia él, reclamando su boca de nuevo, pero distinto. No con urgencia. Con decisión. Como si cada beso fuera una elección consciente, no una necesidad.

Iván respondió. Pero ya no con furia.

Con algo más peligroso.

Sus dedos se cerraron en su cintura, atrayéndola hacia él hasta borrar cualquier espacio entre ambos. No había prisa ahora. No había guerra fuera. Solo ese instante robado, sostenido a base de pura voluntad.

Iván apoyó la frente en la suya, respirando hondo, como si intentara memorizarla.

—Siempre fuiste un error —susurró, pero no sonó a reproche.

Sonó a verdad. Vanora sonrió, rozando su boca.

—Y aun así... siempre volviste.

Sus manos descendieron por su pecho, desabrochando su armadura y su camisa sin prisa, sin titubeo, como si conociera cada gesto de memoria. Como si ya hubiera estado allí antes... mil veces.

Iván la observó.

No la detuvo.

No esta vez. Cuando la tela cedió bajo sus dedos, él sintió que volvía a nacer.

Vanora lo notó.

Y eso fue suficiente.

Se inclinó de nuevo, pero esta vez no buscó su boca. Buscó su cuello. Su piel. Ese lugar donde el poder dejaba de existir y solo quedaba el hombre. Iván cerró los ojos un instante.

Solo uno.

Como si aquello... fuera más peligroso que cualquier campo de batalla. Sus manos subieron entonces, más firmes, menos contenidas, sacándola el vestido manchado por el viaje y la batalla, liberando sus pechos albinos y sus pezones blancos como escarcha.

No había delicadeza.

Pero tampoco violencia.

Había historia.

Había algo que no se rompía... por mucho que lo intentaran ejércitos enteros.

Vanora se aferró a él, no para sostenerse... sino para arrastrarlo. De vuelta. A ella.

—No me mires como a tu zar —murmuró él, muy bajo, contra su oído, sintiendo sus pechos contra su torso repleto de heridas.

—Iván —lo tuteó ella, abriendo las piernas, invitándolo a aliviarse. Él no lo pensó dos veces, se bajó el pantalón y la penetró con un placer inexplicable. Como si fuera un muerto que no podía morir, como si estar dentro de ella fuera toda la redención posible. Ella gimió al sentirlo, y se abrazó a él con fuerza —. Iván —volvió a tutearlo.

—Vanora —susurró él contra su oído mientras la embestía, mientras se endurecía más y más, hasta el punto de ser doloroso para ambos, tan doloroso como placentero. Vanora apoyó las manos en la mesa y se arqueó hacia atrás mientras se le escapaban las lágrimas. Él pasó su mano entre sus senos y la cogió por la nuca, sosteniéndola, sin detenerse en su embiste. Iván hubiera besado los pezones blancos y puntiagudos de Vanora, hubiera apretado sus senos abundantes, pero todos esos actos eran demasiado vulgares para esa unión. Vanora y él no necesitaban recrearse; que él estuviera dentro de ella eso era suficiente para llenarlos a ambos, para deleitarlos, para hacer que el mundo temblara y el cielo se volviera rojo como el fuego.

Vanora abrió los ojos después de gemir, y se encontró con los de Iván.

La estaba mirando.

Fijo.

Demasiado.

Y entonces lo vio.

Las lágrimas.

No muchas. No evidentes. Pero estaban ahí, contenidas, aferradas a ese orgullo que nunca se permitía quebrarse del todo. Aquello la detuvo.

No el cuerpo.

No el deseo.

Algo más profundo.

Sus manos, contra la mesa de mapas, se suavizaron. No se apartó, pero cambió la forma de sentirlo. Como si, de pronto, no estuviera frente al zar... sino frente al hombre que se estaba rompiendo.

—Iván... —murmuró, apenas un aliento.

Él no respondió.

No podía.

Porque en ese instante no había órdenes, ni guerra, ni corona que sostener.

Solo ella.

Y todo lo que había perdido.

Apoyó la frente contra la suya, cerrando los ojos un segundo, como si aquel gesto fuera lo único que le quedaba para no caer del todo.

—No he sabido salvar nada —dijo, en voz baja, áspera—. Ni a mi ejército... ni a mí mismo.

Vanora negó despacio, rozando su rostro con el pulgar, llevándose consigo una de esas lágrimas que él no iba a reconocer. —A mí sí.

Sus manos se cerraron en ella con más fuerza, no como posesión, sino como si necesitara asegurarse de que seguía ahí. De que no era otra cosa que también iba a perder y la penetró con más fuerza, más dentro, más unidos que nunca. Vanora se mordió los labios, cerró los ojos y alcanzó el clímax al mismo tiempo que él la llenaba con su semen. Ella jamás se había sentido tan llena, tan satisfecha, tan agotada; apartó las manos de la mesa y se abrazó a él, dejándose caer sobre su torso, quedándose dormida al instante.

Él, en cambio, estaba más despierto que nunca.

La alzó con cuidado, como si por una vez algo en sus manos mereciera no romperse, y la tendió sobre la cama. Tiró de la manta y la cubrió despacio, deteniéndose un instante más de lo necesario, observándola como quien memoriza lo único que no está dispuesto a perder.

Luego se incorporó.

El cuerpo le pesaba. Las heridas. El frío. La derrota.

Pero nada de eso logró doblarlo. Se irguió por completo.

Y en ese gesto... volvió a ser el zar.

No el que había entrado en aquella tienda.

Otro.

Más frío.

Más claro.

Más peligroso.

Sus ojos se alzaron hacia la lona que temblaba con el viento, hacia la ventisca que aguardaba fuera, y esta vez no había duda en ellos.

Si el mundo había decidido arder...

Él sería quien encendiera la última llama.

Aunque fuera lo último que hiciera.

CAPÍTULO 32

Antes de Moscú

Milena era joven, y en su caso la juventud no era solo una cuestión de edad, sino de resistencia. El dolor no había tenido tiempo de echar raíces en ella. Su cuerpo, ágil y obstinado, se aferraba a la vida con una facilidad casi insultante.

Tenía el cabello castaño claro, suelto ahora en mechones desordenados que enmarcaban un rostro demasiado hermoso para aquel lugar. No era una belleza delicada, sino limpia, serena, de esas que no necesitan esfuerzo para imponerse. Incluso agotada, incluso herida, había en ella algo intacto.

Por eso se recuperó rápido.

O eso parecía.

Sobre todo, cuando Dmitri apartó la lona de la tienda improvisada y entró, después de asegurarse de que el niño estaba a salvo, con la nodriza.

Milena no se incorporó de inmediato. Pero lo miró.

Y en esa mirada ya no había fiebre.

—Mi zarévich —se incorporó lentamente.

El movimiento le costó más de lo que quiso admitir, pero no dejó que se notara. Se sostuvo con una mano, la espalda recta por pura voluntad.

Dmitri seguía siendo tan atractivo como siempre. Eso no había cambiado. Ni el porte, ni la forma en que ocupaba el espacio, ni esa presencia que arrastraba miradas incluso en mitad de la miseria.

Lo que había cambiado era ella.

Milena ya no era la joven que lo miraba como si todo empezara y terminara en él. Aquella ilusión se había roto en algún punto entre la sangre, el miedo y las decisiones que nadie debería tener que tomar.

Y aun así...

Lo amaba.

Eso no podía negarlo.

Pero ya no era un amor que la cegara. Era uno que dolía... y que veía.

—Has ayudado a mi esposa —constató él.

—¿He errado? —preguntó.

Lo hizo sin temblar, aunque la respuesta ya la conocía. No buscaba absolución. Buscaba oírlo de sus labios.

Porque en aquel mundo, la verdad nunca bastaba si no venía respaldada por poder.

Milena sostuvo su mirada.

Sabía que no se había equivocado.

En el Kremlin, donde la justicia era un concepto maleable, casi siempre al servicio de quien podía imponerla, la esposa del zarévich había sido lo más cercano a algo justo que había conocido jamás.

No perfecta.

Pero sí firme.

Y, sobre todo, peligrosa para quienes confundían el poder con impunidad.

—Quizás en el pasado lo habrías hecho; ahora no. Sin ella, nuestro hijo no sería más que un bastardo sin apoyo.

—No sé si ese era su plan, zarévich... —dijo, bajando la voz—. El de darle tanto poder a su esposa.

No había burla en sus palabras. Tampoco reproche abierto.

Solo una verdad dicha con demasiado cuidado.

Milena no apartó la mirada. Ya no era esa clase de mujer. No después de todo.

—Creo que te has equivocado de hombre, Milena —se acercó a ella hasta quedar a un palmo—. No soy un hombre de planes más allá de las estrategias del campo de batalla.

—Lo supe en cuanto sentenció a mi padre a muerte sin merecerlo —lo enfrentó directamente, sin miedo.

—Amo demasiado a mi esposa.

—Lo sé.

—Y respeto demasiado a mi padre.

—Lo sé.

Dmitri clavó sus ojos grises y fríos en los ojos oscuros de Milena. —Quizás tú seas lo único que me pertenece realmente, sin condiciones.

Milena lo miró sin temblar.

Y entonces lo vio de verdad.

La armadura marcada, el metal oscurecido por golpes y polvo, las uniones tensas donde la sangre había encontrado camino. No era el príncipe que recordaba. Era un hombre que había atravesado la guerra... y no había salido ileso, tenía el brazo herido.

No preguntó, dio un paso hacia él y alzó la mano.

—Sentaos —dijo en voz baja, pero firme.

No era una orden.

Pero tampoco una súplica.

Lo guio hasta el borde de la cama improvisada, empujando apenas su hombro, lo justo para que cediera. Cuando Dmitri se dejó caer, el peso de la armadura pareció hundirlo un poco más en sí mismo.

Milena se arrodilló frente a él.

Sus dedos, más suaves de lo que aquel lugar permitía, buscaron los cierres. No había prisa, pero tampoco vacilación. Desabrochó una hebilla, luego otra, trabajando con precisión, como si aquel gesto lo hubiera hecho antes... o como si lo hubiera imaginado demasiadas veces.

El metal cedió poco a poco. Primero el peso de los hombros. Luego el del pecho.

Cada pieza que retiraba parecía arrancarle un fragmento de guerra. Cuando la coraza cayó a un lado con un sonido sordo, el silencio entre ellos cambió.

Milena alzó la vista.

No dijo nada.

Durante un instante, el silencio se volvió ardiente, casi consciente de lo que iba a ocurrir.

Luego se puso de pie.

El gesto fue lento, deliberado. Sus dedos encontraron el cierre del vestido sin titubeos, como si no hubiera nada que pensar, nada que

justificar. La tela cedió con suavidad, resbalando por sus hombros, por sus pechos, por su cintura, hasta caer al suelo.

No había provocación en ello.

Tampoco vergüenza.

Solo una decisión.

La luz tenue de la tienda dibujaba su figura sin adornos, sin artificios, como si también ella se hubiera despojado de todo lo que no era esencial.

Milena no apartó los ojos de Dmitri. Había en su mirada algo firme, casi sereno... pero también algo más profundo, más peligroso. No era la joven que se entregaba.

Era la mujer que elegía y Dmitri lo entendió.

—Seamos lo que seamos, mi zarevich, este momento es nuestro.

Él alzó las manos hasta su cadera.

El contacto fue áspero, marcado por la guerra, por el frío, por todo lo que traía consigo. Sus dedos recorrieron su piel con una mezcla de deseo y rendición.

Milena no retrocedió.

El cuerpo le respondió, inevitable, con una sacudida que no pudo ni quiso reprimir, pero no se dejó arrastrar por ella. Se mantuvo firme, entera, como si incluso en ese instante necesitara recordar quién era ahora.

Se inclinó hacia él.

Sus manos buscaron su cabeza, se aferraron a su cabello negro con una necesidad que no era solo deseo. Era anclaje. Era reconocimiento. Dmitri se dejó llevar por la juventud de su amante, por su dedicación y su lealtad a pesar de todo; y quizás, muy en el fondo, la amara un poco. Al fin y al cabo, era la madre de su único hijo. Por eso, cuando notó la humedad resbalante de su intimidad entre el frío, él se complació, se complació en el deseo de Milena, en su placer y siguió abriéndose paso entre sus pliegues, entre su carne más joven y más tierna mientras ella gemía contra su nuca, y le ofrecía sus senos generosos; senos que él no dudó en besar y en lamer mientras seguía complaciéndola hasta que ella empezó a sudar y a enrojecerse.

Milena se sentó sobre él para besarlo y al mismo se deslizó sobre su miembro, apartando con decisión la tela del pantalón; lo notó terriblemente delicioso. Él, en cambio, la notó tierna, estrecha y completamente embriagadora; mejor que mil vinos. La cogió de las caderas y la ayudó a moverse encima de él. Entonces la notó, la notó como se iba. Pero Milena podía aguantar mucho más; por eso, loco de placer, la cogió en volandas y la tumbó sobre la cama para penetrarla hasta que no hubiera tope, la embistió una y otra vez mientras ella gritaba y gritaba hasta dejarse ir dentro de ella. Milena, rebosante de energía, volvió a alcanzar el clímax cuando él lo hizo.

Pero no hubo calma.

Los gritos del zar a fuera, los obligó a separarse y a vestirse con rapidez.

El amanecer no llegó.

Se arrastró.

Gris. Sucio. Como si el cielo mismo se negara a mirar lo que iba a ocurrir.

El campamento despertó a gritos del zar, que se abría paso entre los hombres con pasos rápidos y seguros. Algunos solo veían su pelo negro recogido en una coleta, baja, otros veían su perfil duro.

Los hombres ya estaban en pie cuando el primer cuerno rompió el silencio. El barro se pegaba a las botas como si quisiera retenerlos. Como si la tierra reclamara lo que iba a recibir.

Iván había salido de su tienda sin escolta.

No la necesitaba.

Su figura cortó el aire frío con una presencia que no dependía de adornos ni de títulos. No llevaba corona. No llevaba manto. Solo acero, sangre seca... y una voluntad que no conocía retirada.

Los hombres lo vieron. Uno a uno.

Y se enderezaron. No porque se lo ordenaran.

Porque no podían hacer otra cosa. Aquel no era un rey lejano. Era el hombre que iba a caminar hacia la muerte con ellos.

Iván avanzó entre las filas. Lento. Mirando. No por encima. A los ojos. A cada uno. Como si contara cuántos le iban a quedar cuando terminara el día. Como si ya supiera la respuesta.

Se detuvo sobre una pequeña elevación de tierra, apenas un montículo levantado por ruedas y cadáveres enterrados a medias. Desde allí los vio a todos.

Y ellos lo vieron a él. El viento agitó su pelo y corta capa, desgarrada en un lado. No la corrigió.

No hacía falta.

Nada en él necesitaba parecer perfecto.

Solo real.

—El otro día—empezó sin gritar, sabiendo que no podían volver a Moscú sin un botín, sin dinero. Y menos ahora que sabía que Yevdokia ya no tenía a su padre que había financiado gran parte de las campañas; ya no era una cuestión de dinero tampoco, era una cuestión de dignidad—, perdimos, hermanos míos —Silencio. No había consuelo en sus palabras. Ni lo pretendía—. Perdisteis sangre. Tierra. Orgullo —Un hombre bajó la mirada. Otro apretó la mandíbula. Iván dio un paso adelante—. Yo también perdí todo eso, y más —Eso los detuvo. Porque un zar no hablaba así. Un zar no compartía la caída. Pero él no era un zar de palacio. Era un zar de guerra.—. Podríamos volver —continuó—. Podríamos retirarnos. Decir que hemos luchado lo suficiente —Escupió a un lado. Desprecio.—. Y vivir.

La palabra quedó en el aire.

Pesada.

Tentadora.

Algunos la sintieron.

Muchos.

Iván alzó la cabeza.

Sus ojos recorrieron la línea enemiga a lo lejos, apenas visible entre la bruma.

—Pero no viviríais como hombres.

El golpe fue seco. Sin adornos. Verdad desnuda. —Viviríais recordando este día. Recordando que os arrodillasteis cuando aún podíais sostener una espada.

Ahora sí. Los rostros cambiaron. La duda se tensó. Dmitri, todavía cerca de su tienda de campaña, se cuadró mientras Milena observaba la escena a su lado.

Iván desenvainó.

El sonido del acero no fue fuerte.

Pero atravesó el campo.

—Yo no volveré a Moscú con la cabeza baja. No volveré a Moscú... si no es con victoria.

Clavó la espada en la tierra frente a él. Fuerte. Como si jurara algo que no podía deshacerse.

—Así que hoy...

Alzó la vista y miró hacia Vanora, que estaba de pie entre los hombres, cerca de él.

Y por primera vez, hubo fuego.

—Hoy no luchamos para sobrevivir.

Silencio absoluto.

—Hoy luchamos... para que nos recuerden.

El rugido no fue inmediato. Nació. Creció. Se rompió.

Y cuando lo hizo, ya no era un ejército cansado. Era algo más peligroso.

Algo que ya no temía morir. Iván arrancó la espada de la tierra y el viejo Volkov se colocó al lado de Vanora, alzando su espada también, dispuesto a luchar. Vanora lo imitó y el resto de los presentes los siguieron.

No esperaron al sol. La orden no se dio con trompetas ni con gritos, sino que pasó de hombre a hombre como pasan las cosas peligrosas, en susurros, en miradas, en ese entendimiento seco que no necesitaba palabras. El cielo era aún una masa oscura cuando comenzaron a moverse, apenas rasgada por una línea gris en el horizonte que no llegaba a ser amanecer. Avanzaron bajos, silenciosos, con el acero envuelto para no delatarse, con la nieve pegándose a las botas como si la tierra misma intentara retenerlos un instante más, como si supiera lo que iba a beber.

Iván iba delante, como siempre, sin necesidad de girarse, sin necesidad de ordenar nada, porque su sola presencia arrastraba a los hombres. Dmitri lo siguió con la herida aún fresca, con la mandíbula tensa, sin permitirse el lujo de sentirla. Y entonces alguien la vio. No fue un anuncio, ni un gesto grandilocuente. Fue un soldado que, al alzar la vista en mitad de la carrera, se quedó un

segundo más de lo debido mirando hacia un punto que no encajaba. Luego otro. Luego un tercero. Vanora no estaba detrás. No estaba protegida. No estaba donde debía estar. Corría entre ellos, con la espada desnuda, el cabello suelto golpeándole la espalda, sin bajar la cabeza, sin pedir paso. Un hombre murmuró algo que no llegó a entenderse. Otro soltó una risa seca, incrédula.

—¿Qué hace aquí? —dijo alguien, más cerca esta vez.

—Lo mismo que tú —respondió otro, sin mirarlo siquiera.

Nadie tuvo tiempo de decir más. El primer grito enemigo llegó tarde, quebrado por el sueño y la confusión, y cuando quisieron reaccionar ya los tenían encima. El impacto fue brutal, sin forma, sin orden. Lonas que se desgarraban, hombres que tropezaban al salir, fuego mal encendido que arrojaba sombras rotas sobre cuerpos a medio vestir.

Iván fue el primero en golpear, un movimiento seco, limpio, sin emoción, y el hombre que tenía delante cayó antes de comprender siquiera que estaba despierto. Dmitri entró después, bloqueando, empujando, abriéndose paso con esa violencia contenida que solo tienen los que ya han aceptado lo que puede pasar. Pero no fue ninguno de ellos quien quebró algo en el campo.

Fue Vanora.

Un enemigo alzó una lanza hacia ella al verla, más por instinto que por decisión, y durante un instante pareció que alguien iba a gritarle que retrocediera, que aquello no era su lugar, que aquello no era para ella. No lo hizo nadie. Vanora giró sobre sí misma, rápida, precisa, como si su cuerpo recordara antes que su mente, desvió el golpe y avanzó en el mismo movimiento, acortando distancia con una determinación que no tenía nada de elegante y todo de necesaria. La espada encontró carne. El hombre cayó. Y ella no se detuvo. No miró atrás. No buscó aprobación. Siguió. Uno más. Otro. Otro. No luchaba como una dama ni como una figura que debía ser contemplada, sino como alguien que ya había cruzado demasiadas líneas como para retroceder ahora.

Un soldado cercano se lanzó hacia ella para cubrirle el flanco.

—¡Atrás! —intentó.

Vanora lo apartó con el antebrazo sin siquiera mirarlo. —No.

La palabra fue baja, pero suficiente. Y entonces ocurrió algo que ninguno de ellos habría podido prever en otro momento. No fue un grito organizado. No fue una orden. Fue un reconocimiento. —¡Zarevna! —salió de algún punto de la línea. Luego otro. Luego varios. El nombre prendió entre los hombres como prende el fuego cuando encuentra aire, y en cuestión de segundos ya no era una rareza, ya no era un error, ya no era algo que debía corregirse. Era algo que había que seguir. Porque ella no retrocedía. Y si ella no retrocedía, ninguno podía hacerlo. El miedo cambió de lugar sin hacer ruido.

Los hombres que un instante antes dudaban ahora avanzaban un paso más, y luego otro, empujados no solo por Iván, sino por esa figura imposible que no debería estar allí y, sin embargo, estaba. Iván lo vio. Vio el punto exacto en el que la línea enemiga empezó a romperse, en el que la confusión se convirtió en retirada, en el que el equilibrio se inclinaba. Alzó la espada sin necesidad de decir mucho más.

—Ahora.

Y esta vez no fue una orden. Fue una liberación. El grito que siguió ya no era de miedo ni de rabia contenida. Era otra cosa. Más peligrosa. Más limpia. Los hombres cargaron con lo que les quedaba y con lo que no sabían que tenían, empujando, golpeando, avanzando como si ya no hubiera vuelta atrás posible. Vanora siguió entre ellos, cubierta de barro y sangre, sin detenerse, sin romper el ritmo, y en ese instante dejó de ser una anomalía para convertirse en otra cosa, en algo que no se discutía ni se cuestionaba, en algo que se veía y se entendía sin palabras. Más tarde podrían decir lo que quisieran, podrían discutirlo en salones, negarlo, adornarlo o condenarlo. Pero allí, en medio de la nieve y el acero, no había duda.

El último en caer no gritó. Solo dejó de sostener la espada.

Y entonces... el campo quedó en silencio. No un silencio vacío.

Uno lleno. De cuerpos. De aliento roto.

De hombres que seguían en pie sin entender todavía por qué. El enemigo había sido vencido.

Primero desordenado. Luego en huida.

Y cuando lo hicieron de verdad... ya era tarde.

Iván no los persiguió. No hizo falta.

Ya habían ganado, y jamás creyó que Vanora podría haberlo ayudado a hacerlo. La miró en la lejanía, cerca del viejo Volkov, manchada de sangre, de barro, agotada, con su pelo blanco ennegrecido y la espada en la mano. Y su corazón se llenó de orgullo, ya no quedaba nada de la niña que un día fue, ni de la joven, ahora era una mujer; no solo una mujer, sino la mujer más fuerte que había visto jamás.

Pero la victoria no traía paz.

Nunca lo hacía.

El viento arrastró el olor de la sangre y la tierra removida, y con él... el recuerdo de lo que les esperaba.

Moscú.

Iván apartó la mirada.

Porque allí no lo aguardaba la guerra.

Lo aguardaba algo peor.

Yevdokia.

Embarazada.

Con testigos.

Con una acusación ya en marcha.

Vanora había sido señalada.

Y aquella niña... aquella niña que no debería significar nada, pero que ya lo significaba todo... sería apartada.

El campo había sido conquistado.

Pero el verdadero combate... acababa de empezar.

CAPÍTULO 33

West Coast

Las puertas de Moscú se abrieron, no con júbilo, sino con necesidad. El hierro crujió al separarse como si la propia ciudad tuviera miedo de lo que estaba por venir. Iván no redujo la marcha. Entró primero con su armadura, como siempre, pero no volvía como un conquistador, sino como un hombre que había sobrevivido, y Moscú lo sabía.

El ejército avanzaba detrás, más corto de lo que debería. Las filas eran irregulares, con huecos demasiado evidentes entre los hombres y caballos sin jinete que caminaban sin rumbo. No había estandartes capturados ni botín que exhibir. A su lado, Fiódor Petrovich Kurbátov ajustó las riendas con un gesto serio y, sin apartar la vista del frente, murmuró:

—Dicen que hemos ganado... —comenzó a informar a su zar, con una calma que incomodaba más que cualquier acusación—. Pero no como otras veces. No hablan de victoria, sino de necesidad. De una retirada que no podía sostenerse... de un regreso obligado.

Hizo una leve pausa.

—También dicen que atacamos de noche. Mientras dormían.

Alzó la mirada hacia el zar.

—Y que eso no fue vencer... sino simplemente negarse a volver con las manos vacías.

Iván no respondió. Siguió avanzando.

A ambos lados del camino, el murmullo del pueblo empezó a crecer, bajo, como si nadie quisiera ser el primero en decir lo que todos pensaban. Se hablaba de hombres perdidos, de demasiadas bajas, de que ya no era como antes. El nombre de Iván el Terrible aparecía incompleto en las frases, como si ni siquiera hiciera falta

terminarlo. Ya hacía tiempo que le pueblo pedía paz, que pedía un alto en las guerras que Iván el Terrible había iniciado. Y ahora, esa derrota, parecía el argumento perfecto para que, de una vez por todas, detuviera su sed de conquista.

Dmitri cabalgaba al otro lado de su padre, recto, firme, joven. La comparación flotaba en el aire sin necesidad de palabras. Kurbátov, con la prudencia de quien sabe que pisa terreno inestable, añadió a media voz que algunos incluso insinuaban que quizás había llegado el momento de que el heredero asumiera más poder. Iván giró la cabeza solo un instante, pero fue suficiente para que el consejero, Kurbátov, bajara la mirada y no dijera nada más.

El pueblo los observaba sin la admiración absoluta de otras veces, y eso era lo verdaderamente peligroso.

—El carruaje —murmuró uno de los capitanes que iban detrás del zar, sin apartar la vista del camino—. Nadie deja de mirarlo.

—¿Qué dicen? —preguntó otro capitán, en voz baja.

El primero dudó un instante, pero acabó hablando.

—Que dentro va la zarevna, la del pan —respondió alguien más —. La que luchó junto al pueblo cuando hubo un ataque.

—También dicen que mató a hombres de la guardia imperial, que traicionó a la zarina —comentó el capitán que había hablado primero —. Y que huyó del Kremlin.

—Y que está maldita.

El murmullo entre los hombres creció un momento... y luego se apagó, como si todos recordaran demasiado tarde quién cabalgaba delante. Nadie se atrevió a mirar a Iván.

Pero él había oído cada palabra. No se giró. No dijo nada.

—Digan lo que digan... la zarevna es una heroína —dijo Kurbátov al lado del zar, con la voz baja pero segura—. Ya corre por las filas que hemos vuelto gracias a ella. Que luchó como uno de los nuestros —Hizo una breve pausa—. Y a quienes luchan a nuestro lado... se le es fiel, mi gran Zar.

—¡Es ella! —gritó alguien entre la multitud mientras el zar avanzaba seguido por sus hombres y el carruaje—. ¡La del pan!

—¡La que no nos dejó morir! —añadió otro, alzando el brazo.

El carruaje avanzó un poco más. Las voces empezaron a superponerse, creciendo, chocando.

—Dicen que luchó con ellos.

—Que no retrocedió.

—Que sangró como cualquiera... y siguió en pie.

Entonces habló él. Un campesino. Grande. Con las manos aún marcadas por el trabajo... y por la guerra. Dio un paso al frente, abriéndose paso entre los demás. —Yo estuve allí —dijo, con voz ronca—. En la plaza. El día que intentaron matarla —El murmullo se apagó—. Y no huyó —continuó—. No pidió ayuda. Se mantuvo en pie cuando todos retrocedían —Alzó la voz entonces, como si aquello no fuera solo recuerdo, sino juramento—. ¡No es solo la del pan!¡Es la princesa del invierno!

Alguien repitió el nombre.

—La princesa del invierno...

—¡La que no cae!

—¡La invicta!

El nombre prendió.

—¡La princesa del invierno!

—¡La invicta!

—¡La zarevna!

—¡Nuestra salvadora!

Algunas cabezas se inclinaron. Algunas manos se alzaron como si la amaran, aclamando el carruaje en el que Vanora viajaba junto a Milena, la nodriza y Elyana.

Incluso un par de rodillas tocaron el suelo.

Y no lo hicieron por el zar.

Lo hicieron por lo que avanzaba dentro del carruaje.

Por la leyenda que ya no podían negar.

Dentro del carruaje no había movimiento, o eso parecía a simple vista. La madera crujía con cada irregularidad del camino y el hierro respondía con un temblor natural, casi terco, como si el propio vehículo se resistiera a avanzar. Aun así, en su interior, todo permanecía en silencio. Cerrado. Aislado del mundo por orden del zar. Iván había ordenado a las mujeres viajar en carruaje, incluso Vanora.

Vanora no miraba por la ventana. No le hacía falta. Conocía ese ruido que se filtraba incluso a través del vehículo: voces que no distinguía, pero que intuía. Nombres que empezaban a repetirse. Historias que otros estaban contando por ella.

Estaba sentada con la espalda recta, inmóvil, sosteniendo una dignidad que no le había sido otorgada por nadie, pero que tampoco podían arrebatarle. El vestido, cambiado a toda prisa, prestado por alguna dama del camino, no era elegante, pero era blanco, blanco impoluto, como su piel llena de cicatrices y golpes.

A su lado, Elyana dormía.

O algo parecido a dormir.

A Vanora no le complacía en absoluto aquel regreso. Había tenido que sacarla del Kremlin a filo de acero, arrancarla de sus propios muros... y ahora volvía a llevarla dentro por orden del mismo hombre al que ella había implorado ayuda, justicia.

El zar.

Desde el campo de batalla, Iván apenas le había dirigido la palabra. Se había limitado a dar órdenes, a reorganizar lo que quedaba del ejército, a imponer estructura donde había caos... y a levantar, una vez más, esa muralla invisible que lo separaba de todo lo que no podía controlar.

Incluida ella.

Y, sin embargo, Vanora no era lo que él temía.

O quizá sí.

Porque Iván la amaba. De eso no había duda. No en la forma sencilla de los hombres que pueden permitirse amar sin consecuencias, sino con esa intensidad peligrosa que solo poseen los que lo arriesgan todo al hacerlo. La había visto en el campo. La había visto resistir, sangrar, liderar como ningún boyardo se habría atrevido. La había visto convertirse en algo que ya no necesitaba su protección.

Y ahí estaba el problema.

Vanora ya no era una figura que pudiera mantenerse a su lado sin alterar el equilibrio. No era solo la zarevna. Era un símbolo. Un nombre que el pueblo empezaba a pronunciar con demasiada

facilidad; la esposa de su hijo joven, del hijo al que todos empezaban a reclamar en el trono.

Demasiada devoción.

Demasiado poder.

Y el poder, en Moscú, nunca era inocente.

Menos aun cuando tenía ojos rojos y una espada que había probado ser más eficaz que muchos hombres.

Iván lo sabía. Por eso la distancia. Por eso el silencio.

No porque no sintiera.

Sino precisamente porque sentía demasiado.

Porque cada palabra de más podía ser interpretada. Porque cada gesto podía alimentar rumores que ya corrían como pólvora: la princesa que luchaba como un hombre, la mujer que el pueblo empezaba a alzar por encima de los suyos, la figura que, sin proponérselo, eclipsaba incluso a la zarina, la esposa del zar: Yevdokia.

El nombre no necesitaba ser pronunciado para pesar en el aire.

Vanora no solo regresaba al Kremlin.

Regresaba al centro de un conflicto que no era ya militar, sino político. Personal. Peligroso.

La esposa del zar seguía allí.

Embarazada.

Con su lugar intacto.

Iván caminaba sobre hielo. Y lo sabía. Amarla era una debilidad. Protegerla en público, un riesgo.

Acercarse demasiado... un error que podía costarle el trono. Por eso ordenaba. Por eso se endurecía. Por eso volvía a ser el zar antes que el hombre, por el bien de todos.

Vanora mantenía una mano sobre Elyana, firme, como si ese contacto fuera la última verdad que aún le pertenecía. Frente a ellas, Milena guardaba silencio. Sus ojos se alzaban a veces, casi sin querer, para detenerse en Vanora, y luego se apartaban con la misma rapidez hacia su bebé. No era miedo exactamente. Tampoco respeto. Era otra cosa. Algo más incierto. Como si no terminara de reconocer que tenía delante.

La nodriza rezaba en voz baja.

Una sacudida más brusca atravesó el vehículo. La cortina se deslizó lo justo para dejar entrar un hilo de luz. Durante un instante, el rostro de Vanora quedó expuesto. No había rastro de miedo en él.

Maksim Yúrievich Volkov cabalgaba junto al carruaje sin apartarse, como una sombra que hubiera decidido no desaparecer nunca más. Los años habían encorvado a muchos hombres, pero no a él. Su espalda seguía erguida, su mirada alerta, recorriendo tejados, esquinas, rostros. No necesitaba girarse para comprobar el carruaje.

Un hombre se acercó más de lo debido al camino. Volkov giró la cabeza, pero suficiente. El desconocido se detuvo al instante, retrocediendo sin necesidad de palabra alguna.

Aquello no era vigilancia. Era una amenaza.

Nadie tocaría ese carruaje. Nadie lo detendría. No mientras él siguiera respirando.

Dentro, Vanora cerró los ojos.

No para descansar.

Para volver.

El campo aún estaba allí, adherido a su memoria. La sangre, el barro, la nieve, el frío, el peso de cada decisión. Y, sobre todo, aquella voz que no había pedido y que, sin embargo, ya la reclamaba. Princesa del invierno.

Las puertas del Kremlin tampoco se abrieron con el estruendo de la victoria a pesar de los tambores que anunciaban el regreso del zar.

El zar no detuvo su caballo hasta el punto exacto donde debía hacerlo. Ni un paso antes. Ni uno después. El hierro de su armadura aún llevaba la guerra encima, y su presencia, aunque intacta, ya no imponía de la misma manera.

Porque allí, en la escalinata, había otra fuerza.

Yevdokia; vestida de negro absoluto por la muerte de su padre.

No se movió cuando él llegó. No inclinó la cabeza de inmediato. Esperó. Con la serenidad de quien sabe que no necesita adelantarse para dominar una escena.

Iba rodeada.

La guardia imperial formaba tras ella, rígida, impecable, como si la guerra no hubiera existido más allá de esos muros. A un lado, el archimandrita Pavel, inmóvil, con la mirada fija, no en Iván... sino más allá; en el carruaje. Como si ya estuviera juzgando algo que aún no había ocurrido, al igual que Shuisky.

Y no estaban solos. Los miembros de la Iglesia ocupaban su lugar como testigos inevitables. No hablaban, pero su presencia era más elocuente que cualquier palabra. Aquello no era una bienvenida.

Alekséi Iványovich Belski permanecía ligeramente adelantado, con las manos recogidas, la postura exacta de quien no se permite ni un gesto de más. Sus ojos, atentos, recorrían la escena con cálculo frío. No miraba a Iván como a un hombre que regresaba.

Las cortes extranjeras observarían cada movimiento. Una vacilación, una demora, una duda... y Moscú dejaría de ser temida para empezar a ser cuestionada. Belski no lo dijo. No hacía falta. Su sola presencia lo sostenía en el aire. La guerra no terminaba en el campo.

Continuaba allí.

Vasili Grigórievich Morózov se mantenía a un lado, ligeramente apartado, como si no terminara de pertenecer a aquel grupo. No compartía la rigidez del resto. No compartía la expectativa; era fiel a Vanora.

Se notaba en la tensión en las miradas que, a pesar del protocolo, se desviaban hacia la entrada. En la forma en que algunos dedos se tensaban sobre las empuñaduras.

No era una recepción.

Era una espera.

Yevdokia dio entonces un paso al frente.

Uno solo.

Suficiente para marcar la distancia.

—Mi gran zar —dijo al fin, inclinando la cabeza con una precisión impecable—. Moscú os recibe.

No había emoción en su voz. Ni alivio. Ni orgullo. Solo control.

Iván la observó un instante. Solo uno. El tiempo justo para entender lo que ya estaba desplegado ante él.

Aquello no era un reencuentro.

Era una declaración.

El carruaje cruzó entonces las puertas.

El sonido de las ruedas sobre la piedra resonó más de lo que debería. Demasiado presente. Demasiado... observado.

Nadie lo miraba abiertamente, pero todos lo hacían.

Iván fue el primero en detener su caballo y besar la mano de su esposa cuando esta le hizo una reverencia dramática frente a todos.

Detrás, Dmitri tocó el suelo con un salto sonoro. Y en ese instante... la diferencia se hizo visible.

No era ya el hijo.

Era el hombre.

Alto.

Recto.

La armadura aún marcada por la batalla, la herida sin cerrar del todo de su brazo, el rostro endurecido no por el frío... sino por la decisión. Los hombres lo miraron, su ejército todavía no se había retirado, seguía a sus espaldas.

Y entendieron.

—Capitán —dijo con voz clara, pero Yevdokia no se inmutó, no podía hacerlo, Dmitri era el general de los ejércitos rusos, el hijo de su esposo, no podía contradecirlo en público.

No fue una orden.

Fue un juicio.

El capitán de la guardia imperial avanzó entre las filas. Seguro. Sin sospechar. Se detuvo frente a él y se inclinó.

—Mi zarévich.

Dmitri no respondió. Lo observó. Como se observa a alguien que ya está muerto... pero aún no lo sabe.

—Fuiste tú —dijo al fin con voz alta y clara que llegó hasta el archimandrita Pavel y todos los presentes.

El capitán, con su capa bien limpia y elegante de color rojo, dudó. Apenas un instante. —Mi señor, yo.

No terminó. Dmitri alzó la mano y le arrancó el casco de hierro de la cabeza.

—Fuiste tú —repitió, más bajo— quien entró en el Kremlin. Quien intentó arrestar a la zarevna.

El capitán tragó saliva. —Cumplía órdenes.

El golpe llegó entonces. Seco. Directo. Dmitri lo golpeó con el mismo casco de hierro con una fuerza brutal, rompiéndole el pómulo, haciéndolo sangrar y salpicando la sangre sobre algunos vestidos, incluido el de la zarina Yevdokia, que estaba al lado.

El capitán cayó al suelo antes de poder sostenerse. Y Dmitri no se detuvo.

No gritó.

No dudó.

Avanzó sobre él y lo golpeó de nuevo. Y otra vez. Y otra. No había furia descontrolada.

Había decisión. Cada impacto era una sentencia pública, desgarradora, brutal, violenta.

El hombre intentó cubrirse, decir algo, pero la sangre ya le llenaba la boca. Uno de los soldados dio medio paso adelante. Se detuvo.

Porque nadie se movía. Nadie iba a interponerse.

Dmitri lo agarró por el cuello de la armadura y lo levantó del suelo, lo suficiente para que lo mirara.

—Expones a mi esposa... —su voz fue baja, helada— y pones a mi hijo en manos de otros —El capitán ya no respondía. Pero Dmitri no hablaba para él. Hablaba para todos—. Y esperas seguir respirando.

Lo soltó. El cuerpo cayó sin resistencia. No se levantó. El silencio se volvió total.

Dmitri se incorporó despacio, respirando hondo, con la sangre del otro en el casco que no tardó en tirar al suelo. No se limpió.

No hacía falta.

Alzó la mirada.

Primero hacia los soldados.

Luego... hacia Iván.

Y por un instante no hubo padre ni hijo.

Solo dos hombres que entendían exactamente lo que acababa de ocurrir.

Dmitri habló.

—Nadie —dijo— toca lo que es mío.

Pausa.

—Nadie decide sobre mi hijo.

Otra pausa.

Más pesada.

—Ni siquiera la Iglesia.

El mensaje quedó suspendido en el aire.

Y esta vez...

Nadie dudó de quién sería el próximo zar, ni siquiera Iván.

Yevdokia no se movió. El vientre, visible bajo las telas negras de su vestido, no restaba firmeza a su presencia. Al contrario. La reforzaba.

Sus ojos recorrieron la escena. La sangre. El cadáver. Los hombres inmóviles.

Dmitri.

—Comprendo vuestro enojo, zarévich —dijo, con voz suave. Demasiado. No había reproche. No había miedo. Solo una calma que resultaba más ofensiva que cualquier grito. Una leve pausa. Sus labios casi sonrieron—. Es una cualidad... admirable —El veneno no estaba en las palabras. Estaba en cómo las pronunciaba. Su mirada se deslizó hacia el cuerpo en el suelo—. Aunque quizás... excesiva —Volvió a Dmitri. Directa. Firme—. Sin embargo, hay asuntos que no se resuelven con los puños —Silencio. Y entonces lo dijo—. La zarevna ha sido formalmente acusada ante la Iglesia.

No alzó la voz.

No hizo falta.

—No es un rumor. No es una intriga de la corte.

Pausa.

—Es un proceso eclesiástico iniciado bajo juramento.

Algunos hombres bajaron la mirada. Otros se tensaron. Yevdokia dio un paso adelante. —El archimandrita Pavel ha abierto causa. Con testigos. Con declaración escrita. Con la solicitud expresa de verificar el linaje de la niña a pesar de la actuación de la zarevna de escapar traicionando a la zarina, traicionando a la corona —Sus ojos no se apartaron de Dmitri. Y cuando la Iglesia abre causa sobre sangre... —su voz descendió— ya no se trata de una mujer —Otra pausa. Más fría—. Se trata de la legitimidad de una casa.

Eso cayó.

Fuerte.

Inevitable.

—Si la acusación es falsa —continuó—, será desmentida.

Tranquila.

Impecable.

—Pero si no lo es...

No terminó la frase.

No hacía falta.

—El juicio no puede detenerse —sentenció—. No sin cuestionar la autoridad de la Iglesia.

Ahora sí.

Miró a Iván.

—Y no sin colocar al trono... por encima de Dios.

Silencio absoluto. Ese era el punto. No era Vanora. No era Dmitri. Era algo mucho más grande.

—Podéis matar a todos los capitanes que queráis —añadió con suavidad, volviendo a Dmitri—. Otra pausa. Pero no podéis golpear a la Iglesia. ¿No es así, mi gran zar?

Dejó que el silencio respirara.

Y entonces remató.

—Y, desde luego... no podéis ignorar la traición.

Eso sí cambió el aire. Algunos hombres alzaron la cabeza.

Otros se tensaron. Yevdokia no elevó la voz. No lo necesitaba.

—Porque la zarevna no solo ha sido acusada de adulterio —continuó—. Eso, en sí mismo, ya sería suficiente para abrir causa —Pausa. Fría. Precisa—. Ha atacado a la guardia imperial —Los ojos se movieron. Hacia Dmitri. Hacia el cadáver. Hacia el carruaje—. Guardia que actuaba bajo órdenes legítimas —añadió—. Mis órdenes —Otra pausa—. Ha abandonado el Kremlin sin autorización. Y ha puesto en riesgo la estabilidad de la casa real en un momento de guerra —Entonces lo dijo. Claro. Sin adornos—. Eso no es desobediencia —Sus ojos se clavaron en Iván, en los ojos de serpiente de su esposo—. Es alta traición —El impacto fue físico. Se sintió. Como si el suelo se hubiera desplazado bajo los pies de todos

—. Y la alta traición —continuó, con la misma serenidad— no se discute —Pausa—. Se sentencia.

Maksim Yúrievich Volkov no desmontó. No lo necesitaba.

Su figura, aún sobre la montura, se alzó por encima de la mayoría. Viejo, sí. Pero no quebrado. Su mirada, endurecida por demasiadas guerras, recorrió a los presentes... y se detuvo en Yevdokia.

—Entonces acusadme también a mí —dijo. Su voz no fue alta. Pero atravesó el espacio—. Porque fui yo quien la sacó del Kremlin. Fui yo quien derribó a vuestros hombres —continuó—. Y fui yo quien decidió que no caerían ni ella... ni la niña —Su mano descansaba cerca de la empuñadura de su arma. No como amenaza. Como hecho—. Si eso es traición... —Pausa—. Entonces soy culpable.

Nadie se movió.

Nadie habló.

Y dentro del carruaje...

Vanora había escuchado cada palabra.

No se levantó.

No apartó la mano de Elyana.

Pero sus ojos...

Se abrieron.

Lentos.

Rojos.

Iván no se movió de inmediato.

Sus ojos recorrieron el cadáver a los pies de Dmitri. Luego a Volkov. Después al carruaje.

Y, por último, a Yevdokia.

Cuando habló, no alzó la voz.

No le hizo falta.

—Basta.

La palabra cayó como una hoja. Nadie respiró. El hierro de su armadura sonó grave contra el silencio del patio. Dio un paso. Luego otro. No miró primero a su esposa. Ni a su hijo. Miró al archimandrita Pavel.

—En mi ausencia —dijo— se ha derramado sangre en mi casa, se han alzado acusaciones contra la esposa del zarevich, se ha

pronunciado la palabra traición y, por lo que veo, algunos han confundido el celo con autoridad —Pavel bajó la cabeza, pero no habló. Iván se volvió entonces hacia Yevdokia—. La Iglesia abre causa. No sentencia a la sangre de mi casa en mi puerta sin que yo lo oiga de su propia boca—Luego miró a Dmitri. La sangre del capitán seguía en sus manos—. Y tú —dijo, con esa frialdad de padre que no rebaja al hombre— has recordado a todos que el heredero del trono no tolera humillaciones sobre su casa. Bien. Pero no volverás a convertir este patio en un matadero mientras yo respire —Dmitri no bajó la mirada. Iván lo aceptó y siguió. Entonces su voz cambió ligeramente al mirar el carruaje. No fue ternura. No delante de todos. Pero sí algo más hondo. Más peligroso—. La zarevna Vanora Vasílievna de Zmeygorod no será tocada —dijo—. Ni hoy. Ni por mano eclesiástica. Ni por mano cortesana. No mientras esta causa no sea oída ante mí.

El golpe fue inmediato. Algunos hombres alzaron la cabeza. Yevdokia no se movió, pero sus dedos se tensaron sobre la tela negra de su vestido.

Iván continuó:

—Si ha habido adulterio, se probará. Si ha habido falsedad, también. Si ha habido traición, la veré yo mismo. Y si alguien ha usado el nombre de Dios para resolver rencores humanos... rezará para que la Iglesia lo ampare mejor de lo que yo lo haré.

Ahora sí.

Ahora el miedo cambió de sitio.

Iván se giró del todo hacia Yevdokia.

—Mi zarina, habéis hablado de legitimidad. Yo también. Y os recuerdo que la legitimidad del trono no se sostiene cuando una esposa sentencia por adelantado a la esposa de mi heredero ni cuando se arrastra a una niña al centro de una guerra de adultos.

No gritó.

No necesitaba hacerlo.

—La causa sigue —sentenció—. Pero desde este momento deja de pertenecer a vuestros pasillos, a vuestros susurros y a vuestros clérigos comprados. Me pertenece a mí.

Silencio.

Brutal.

Completo.

Después, por primera vez, miró hacia el carruaje como hombre y no solo como zar. Solo un instante. Lo suficiente para que quien supiera mirar entendiera la violencia de lo que estaba reteniendo.

—Que la zarevna sea conducida a sus aposentos —ordenó—. Con honores. No con vigilancia. La niña permanecerá con ella. Volkov también quedará bajo mi palabra hasta nueva orden. Ambos han luchado a mi lado en la batalla, ambos merecen ser respetados como héroes de guerra, no como vulgares traidores.

Volvió la cabeza hacia Pavel.

—Y mañana al amanecer escucharé a vuestros testigos. A todos. Bajo juramento. Delante de mí. Y si uno solo miente...

No terminó la frase.

No hacía falta.

Porque Iván el Terrible no amenazaba en vano.

CAPÍTULO 34

Perjurio

El agua aún estaba caliente cuando Iván entró en sus aposentos.

El vapor se había disipado, pero el olor a hierro seguía pegado a su piel, como si la guerra no pudiera desprenderse de él ni siquiera dentro de sus propios muros. Ahora vestía de negro. Limpio. Impecable. La tela pesada caía recta sobre su cuerpo, devolviéndole algo que el campo de batalla le había arrancado: autoridad sin esfuerzo.

No llevaba corona.

No la necesitaba.

La estancia estaba en silencio.

Demasiado.

Iván se acercó a la mesa sin mirar a nadie, sirviéndose vino sin preguntar si debía hacerlo. Bebió sin prisa. Como si cada gesto estuviera calculado para recordar dónde estaba. Y quién era.

—Mi gran zar.

Yevdokia no esperó a ser anunciada. Cruzó el umbral de sus aposentos con la seguridad de quien siempre había tenido derecho a estar allí. El vestido negro se ajustaba a su figura, marcando con dramatismo el vientre que ya estaba muy abultado bajo las telas. Su cabello rubio caía ordenado, perfecto, como si nada en el mundo pudiera descomponerla.

Se detuvo a unos pasos de él.

—Habéis regresado —dijo, con una suavidad amorosa—. Moscú —Iván no la miró. Siguió bebiendo. Eso fue suficiente para romper algo. No en el aire. En ella. Aun así, avanzó. Un paso—. El pueblo necesitaba veros.

Iván dejó la copa sobre la mesa. El sonido fue seco. —El pueblo —repitió él. Ahora sí la miró. Y no había nada en sus ojos. Ni rabia. Ni afecto. Solo claridad—. Siempre necesita algo.

Silencio.

Yevdokia sostuvo su mirada.

No retrocedió.

—Y vos se lo dais —respondió, manteniendo el tono—. Siempre lo habéis hecho. Os he echado de menos —se acercó más a él, acostumbrada a entregarse al zar cuando regresaba de la guerra, a sellar esa unión después de cada separación como si fuera un ritual.

Iván inclinó la cabeza hacia ella con una reverencia burlona. —No siempre —Pausa. Breve. —No ya.

Aquello no era una conversación. Era un aviso y Yevdokia lo entendió. Pero no cedió. Nunca lo hacía.

—Mi padre... —empezó. Error. Pequeño. Pero suficiente.

Iván dio un paso hacia ella. Y la diferencia de altura, de peso, de presencia... se hizo evidente. —Vuestro padre —dijo— ya no está — No fue duro. Fue peor. Fue definitivo—. Ni su oro.

Silencio.

El golpe cayó sin necesidad de elevar la voz.

Yevdokia mantuvo la barbilla alta.

—Mi sangre sigue siendo la que es y mi padre me dejó muy buena herencia —respondió—. Y el hijo que llevo...

Ahí.

Lo usó.

Como debía.

Como siempre había sabido.

—Será vuestro heredero.

Iván la observó un instante. Largo. Como si evaluara algo. Como si midiera su valor real por primera vez. —¿Cómo podéis estar tan segura de que será un varón? Hasta ahora solo me habéis dado hijas, zarina —dijo al fin.

Yevdokia no se movió.

Pero algo en sus ojos cambió.

Mínimo.

Peligroso.

—¿Lo dudáis?

Iván no respondió de inmediato. Se giró. Caminó despacio por la estancia, alejándose de ella.

—Dudo —dijo finalmente— de muchas cosas últimamente —Pausa—. De lo que ocurre en mi casa cuando no estoy. De quién da órdenes en mi ausencia.

Yevdokia sintió el golpe. Pero no lo mostró, no le sorprendía la actitud de su esposo, siempre había estado del lado de Vanora. —He protegido lo que es vuestro —respondió, con una firmeza elegante —. He actuado como corresponde a mi posición.

Iván se detuvo, de espaldas a ella.

—¿Protegido? Curiosa forma de proteger —añadió—. Abrir causas. Señalar a mi sangre. Llamar traición a lo que aún no se ha juzgado.

No dijo su nombre. No hacía falta. Vanora estaba en cada palabra. Yevdokia lo supo.

—La Iglesia actúa por necesidad —replicó—. No por capricho. No podemos permitirnos una maldición en nuestra casa, mi gran Zar. Esta derrota... está manchada por esa niña bastarda.

Iván la miró. —La Iglesia actúa —dijo— cuando alguien le indica dónde mirar. Y alguien —añadió— ha decidido mirar muy cerca de mi familia.

Ahí estaba.

No acusaba.

Pero no dejaba espacio a la duda.

Yevdokia sostuvo su mirada.

Firme.

—¿Insinuáis que no debo hacerlo?

Iván avanzó. Un paso. Solo uno. Pero suficiente.

—Insinúo —dijo— que olvidáis vuestra posición. Sois mi esposa — La cogió por el mentón sin afecto, más bien con autoridad y desprecio—. No mi voz. Y desde luego... no mi juez.

Iván la soltó con asco y Yevdokia no retrocedió. Pero por primera vez... No avanzó.

Iván la rodeó. Sin tocarla.

Pero desplazándola. Apartándola de su camino como si fuera... una molestia.

—Descansad —dijo—. Lo necesitaréis.

Se detuvo junto a la puerta. Sin mirarla.

—Mañana hablaremos de lo que importa —Pausa—. Y de lo que sobra.

Salió. Yevdokia se quedó sola.

Erguida.

Impecable.

Intacta por fuera.

Pero por primera vez...

Consciente.

De que algo había cambiado.

Y que no iba a recuperarlo... con facilidad.



El amanecer no trajo luz.

La arrastró consigo, lenta y sucia. La claridad entraba a través de los ventanales del salón en un tono gris, apagado, incapaz de imponerse.

Aquel salón no pertenecía al zar.

No hacía falta que nadie lo dijera. Se percibía en la disposición, en el centro ocupado, en las miradas que no buscaban permiso. El archimandrita Pavel se alzaba ligeramente por encima del resto, no lo suficiente como para imponerse por altura, pero sí por intención. A su lado, Shuisky permanecía rígido, atento, con esa quietud calculada de quien comprende que aquello no era una ceremonia, sino una jugada.

Los boyardos estaban presentes, sí, pero no dominaban el espacio. No ese día.

Fiódor Petrovich Kurbátov observaba en silencio, con la misma mirada que en el campo de batalla. Alekséi Ivánovich Belski

mantenía la postura impecable, casi irreal, consciente de que cada gesto, cada palabra, cada silencio sería repetido más allá de Rusia. Aquello no terminaba allí.

Nunca lo hacía.

Vasili Grigórievich Morózov no miraba a nadie en concreto. Sus ojos recorrían el salón como quien calcula trayectorias, consecuencias, pérdidas. No estaba allí para escuchar.

Estaba para anticipar.

Y entonces Iván entró.

No fue anunciado.

No hizo falta.

La sala lo sintió antes de verlo. El aire cambió, como si todos los presentes recordaran, al mismo tiempo, quién seguía siendo el zar... aunque no ocupara el centro.

Vestía de negro. Limpio. Sin corona. Sin adornos.

Sin concesiones.

No avanzó hacia el lugar que le correspondía por derecho. No reclamó el espacio. Se detuvo a un lado. Presente.

Pero no dueño.

Y aquello, más que cualquier gesto de autoridad, lo decía todo.

A su lado —no detrás— Dmitri. Alto, firme, sin la rigidez impostada de los jóvenes que aún buscan aprobación. No miró al clero. No miró a los boyardos. Su mirada fue directa al centro, como si comprendiera que lo que iba a suceder allí... también lo alcanzaba.

También le pertenecía.

Entonces las puertas volvieron a abrirse.

Y Vanora entró.

Sola.

El blanco que vestía no hablaba de pureza.

Hablaba de desafío.

La tela, sencilla, sin artificio, contrastaba con su piel marcada. No había ocultado los golpes. No había cubierto las cicatrices recientes. Su cabello caía suelto, indómito, sin someterse a manos ni normas, y la tiara antigua de la Casa Vasíliev de Zmeygorod descansaba sobre

su cabeza como si el tiempo no hubiera pasado por ella... o como si ella no hubiera permitido que lo hiciera.

No caminaba como una acusada.

No bajaba la mirada.

No buscaba permiso.

Avanzó hasta el centro y se detuvo, erguida, como si aquel lugar no fuera un tribunal, sino un territorio que aún no reconocía su dueño.

Y cuando alzó la vista, no fue hacia Iván.

Ni hacia Yevdokia, que estaba sentada con otras damas de la corte en un lado.

Fue hacia Pavel.

—Zarevna Vanora Vasílievna de Zmeygorod —pronunció el archimandrita —Su voz no tenía emoción. Ni dureza. Ni compasión —. Se os juzga ante Dios —Una pausa leve—. No ante hombres —Mentira. Pero sostenida con la suficiente autoridad como para que nadie la desafiara—. Las acusaciones han sido presentadas —continuó—. Y hoy serán oídas.

Yevdokia no ocupaba un lugar casual.

Nada en ella lo era.

No estaba sentada como esposa, ni situada como figura secundaria. Estaba colocada. En el punto exacto donde podía ser vista sin parecer que intervenía, donde su presencia pesaba sin necesidad de palabra.

—La Iglesia no busca destruir —dijo uno de los otros eclesiásticos que venían desde Roma, con suavidad—. Busca esclarecer —Su voz no era fuerte. Pero estaba dirigida—. Por eso hemos traído testigos.

Alzó la mano al mismo tiempo que Iván apretaba los puños sin que nadie lo viera.

—Príncipe Aleksander Radziwill.

El hombre avanzó con seguridad, sin vacilar, como alguien que había ensayado aquel momento más de una vez.

—Tuve relación con la zarevna antes de su matrimonio —dijo—. Y esa relación... no fue interrumpida —Dmitri tensó la mandíbula. No por la duda. Sino por la certeza. Sabía que era mentira. Sabía a quién pertenecía realmente el corazón de su esposa, y aquel hombre

no formaba parte de ello. Ni entonces. Ni ahora. Pero no habló. No podía. A su lado, Iván no se movió. Ni un gesto. Ni una mirada. Como si aquella acusación no tuviera peso... o como si el peso fuera demasiado grande para mostrarlo—. La niña podría ser mía.

Y entonces sí. El aire cambió. —Yo lo vi —añadió Adriana, dando un paso al frente cuando el archimandrita Pavel le hizo una señal para que se acercara —Su voz no tembló. No alzó el tono. No necesitó hacerlo—. Se encontraban en secreto. Lo ocultaban —Sus ojos se posaron en Vanora—. Siempre quiso más de lo que le correspondía.

Pavel asintió con satisfacción. —Las declaraciones coinciden.

—No —La voz no fue alta. Pero quebró la estructura. Vasili. El comerciante. Avanzó donde no debía. Pero nadie lo detuvo—. No todas —Colocó los documentos con firmeza. El sonido del pergamino al tocar la superficie resonó con la aprobación del zar, quien había pedido a Vasili que investigara el asunto con premura—. Pagos. Firmas. Transferencias —Nadie respiraba—. Dinero que salió de la herencia de la zarina —Ahora sí. Las miradas se movieron—. Hacia Radziwill. Incluso hay un par de rutas de comercio que pertenecían a la zarina hasta hace poco y que ahora están a nombre del heredero del reino de Radziwill.

El silencio aún no se había asentado cuando Fiódor Petrovich Kurbátov, el hombre de la guerra en el consejo del zar dio un paso al frente. No pidió permiso. No miró al archimandrita.

Miró al zar.

—Mi deber es hablar —dijo, con la voz firme de quien ha sobrevivido a demasiadas batallas como para temer un salón—. No como boyardo. Como capitán de los ejércitos de Rusia —Nadie lo interrumpió. Porque nadie podía hacerlo—. Estuve allí —continuó—. En el campo. Donde no hay testigos comprados ni palabras ensayadas. Donde los hombres mueren... o dicen la verdad —Sus ojos se desviaron hacia Vanora. Solo un segundo—. La zarevna lideró el ataque. No se ocultó. No pidió protección. Luchó donde otros retrocedían. Sangró donde otros caían. Y mantuvo la línea cuando ya no quedaba línea que mantener e inspiró a muchos soldados a continuar luchando cuando ya no les quedaba fuerza—.

El ejército de Rusia la vio —añadió—. Y el ejército no olvida a quien le salva la vida —Ahora sí miró al archimandrita Pavel. Directo—. Jamás, en toda Rusia, he visto a los hombres seguir a una mujer noble como la han seguido a ella. Así que si en este salón existe la más mínima duda sobre su honor... —hizo una pausa— entonces este tribunal debe asegurarse de ser digno de juzgarlo.

Pavel entrecerró los ojos. —Medid vuestras palabras, capitán —dijo, sin elevar la voz.

Kurbátov no retrocedió. —Las mido mejor que muchos rezos, santidad. Porque yo también tengo pruebas —añadió—. Y no hablan de la zarevna —Ahora sí. La sala reaccionó—. Hablan de vos.

El golpe fue limpio.

Inesperado.

Pavel no se movió.

Pero algo en su rostro cambió.

—Cuidado —advirtió, indignado, enrojeciéndose.

—No —respondió Kurbátov—. Cuidado ya no.

Hizo un gesto. Y las puertas se abrieron.

No con solemnidad. Con ruido. Con realidad. Las primeras en entrar no vestían seda.

Ni símbolos.

Vestían lo que eran: mujeres. Algunas cubiertas. Otras no. Ojos bajos. Ojos desafiantes.

Y entre ellas... también otras. Mejor vestidas. Demasiado conocidas.

El murmullo estalló. —Hablad —ordenó Kurbátov.

Una de ellas dio un paso al frente.

—Nos recibió —dijo, sin mirar a nadie en concreto—. En nombre de la fe.

Otra.

—Nos pidió silencio a cambio de favores que nada tenían que ver con la iglesia.

Otra más.

—Y nos pagó por él.

El aire se volvió irrespirable. Pavel no habló. No podía.

Por primera vez... no podía.

—Basta —intervino Yevdokia ante la mirada de Daria, y sus otras damas de compañía. Se levantó despacio. Sin perder la compostura —. ¿Esto es lo que queda de la justicia? —preguntó—. ¿Traer a cualquiera para ensuciar un juicio? —Su mirada recorrió a las mujeres. No con desprecio. Con cálculo—. ¿O es esto un intento de desviar la atención?

—Lo es.

La voz no pertenecía a Pavel, y eso se percibió antes incluso de que nadie se atreviera a girarse. Era una voz más fría, más autoritaria, pronunciada con la seguridad de quien no necesita imponerse porque ya lo está. El enviado de Roma dio un paso al frente, separándose del grupo de eclesiásticos que estaban redactando todo lo que ocurría, y en ese leve desplazamiento la sala entera pareció reordenarse sin necesidad de órdenes ni gestos, como si cada hombre recordara de pronto cuál era su lugar y quién tenía derecho a ocupar el centro.

—Este no es un juicio contra la Iglesia —continuó—. Ni contra sus representantes.

Sus ojos recorrieron a las mujeres presentes sin detenerse realmente en ninguna, no con desprecio, sino con una indiferencia tan limpia que resultaba más hiriente que cualquier insulto. Aquella mirada no las negaba, simplemente las consideraba irrelevantes.

—Ni un lugar donde cualquiera pueda venir a manchar nombres con historias que no han sido verificadas.

Se permitió una breve pausa, medida con precisión, como si incluso el tiempo obedeciera a su voluntad.

—Aquí se juzga a la zarevna.

La frase cayó con la firmeza de una sentencia ya escrita.

—Su conducta. Su honor. Su fidelidad como esposa de un hombre elegido por Dios, el heredero del zar —Giró el rostro hacia Vanora, lo suficiente para señalarla sin necesidad de alzar la mano—. Su posible adulterio, su pecado. Y la legitimidad de una niña a la que la princesa se empeña en proteger bajo su apellido sagrado y ungido. Los escándalos de una princesa casada no pueden perderse entre acusaciones de testigos... inverosímiles. Si existen faltas dentro de la Iglesia —añadió— serán tratadas por la Iglesia —Su mirada se

desplazó entonces hacia Kurbátov, deteniéndose un instante, el suficiente para marcar el límite sin necesidad de insistir—. No por soldados.

Y en ese momento quedó claro hasta dónde podía llegar cada uno, y hasta dónde no.

—Retirad a esas mujeres.

La orden no se repitió. No hacía falta. Sin embargo, durante un instante que pareció alargarse más de lo debido, nadie se movió. La guardia vaciló, atrapada entre la autoridad que acababa de imponerse y otra más antigua, más peligrosa.

Las miradas no se dirigieron al enviado.

Se dirigieron al zar.

Iván no hizo gesto alguno, no inclinó la cabeza ni movió un músculo que delatara su decisión, pero sus ojos se desplazaron, un movimiento mínimo hacia la puerta, y aquello bastó. Fue suficiente para que la duda se resolviera sin necesidad de palabras.

Las mujeres fueron retiradas.

El sonido de sus pasos, el roce de las telas, la interrupción leve que dejaron al abandonar la sala, no fue estridente, pero sí incómodo, como una presencia que desaparece sin haber terminado de decir lo que debía.

El enviado de Roma regresó a su lugar con la misma serenidad con la que había avanzado, como si nunca hubiera abandonado su posición.

—Continuemos.

Pavel pareció recuperar algo que había perdido durante unos instantes: la respiración, la firmeza, el control que creía incuestionable. Cuando habló de nuevo, su voz había recuperado la estructura que la sostenía.

—Las declaraciones ya han sido presentadas —dijo—. Y han sido corroboradas.

Esta vez no evitó mirar a Vanora. Lo hizo de forma directa, deliberada, sin disfrazar la intención.

—Tenéis oportunidad de responder.

Vanora no se movió de inmediato.

No bajó la cabeza.

No unió las manos.

Permaneció en el centro con la espalda recta, con ese porte que no había aprendido en ningún salón, sino en la cuna. La luz gris de la mañana se deslizaba por su piel pálida, casi traslúcida, dejando ver los contornos de los golpes recientes como si fueran parte de ella. El cabello blanco, largo, cayendo más allá de sus caderas, se extendía sin orden sobre el vestido, indomable, ajeno a cualquier norma de corte.

Y sus ojos.

Rojos.

No brillaban.

Observaban.

Uno a uno.

Cuando habló, lo hizo despacio y con una voz aguda, una voz que no parecía de ese mundo.

—Responderé —No era una concesión. Era una advertencia. Sus dedos rozaron apenas el collar antiguo de su casa, no como gesto nervioso, sino como quien recuerda de dónde viene antes de hablar —. Pero antes de que esta sala me juzgue... —continuó, desplazando la mirada, no hacia Pavel, sino más allá— debe asegurarse de que aquello que se presenta como verdad... no está manchado.

Pavel frunció el ceño.

—Explicaos.

Vanora inclinó la cabeza.

No en sumisión, sino por inteligencia.

—Se han presentado testigos —dijo—. Bajo juramento —Sus ojos se deslizaron entonces hacia el príncipe Radziwill. Se detuvieron. Un instante más de lo necesario en ese hombre con el que había estado prometida años atrás y apenas había hablado más que un par de veces—. Y se nos pide que los tomemos como válidos... ante Dios —Ahora sí. Giró el rostro. Muy lentamente. Hasta encontrar a Yevdokia. No la señaló. No la nombró. Pero toda la sala supo hacia dónde miraba e Iván sonrió de lado, sin apartar la mirada de Yevdokia como si fuera una presa, como si jamás la hubiera tenido en su lecho, como si fuera capaz de matarla con sus propias manos,

pero no lo haría, porque era el zar, y debía comportarse—. En un juicio de esta naturaleza —continuó—, cualquier testimonio obtenido bajo influencia, presión... o interés, no es solo inválido —Pausa. Su voz no subió. Se agudizó para el placer de Iván—. Es pecado —Eso cayó peor que cualquier acusación directa—. Perjurio —añadió—. Y corrupción de la verdad.

Algunos hombres se movieron incómodos.

No por ella.

Por lo que implicaba.

—Y si la verdad ha sido comprada... tal y como confirman estos documentos que el boyardo Vasili ha presentado —prosiguió, sosteniendo la mirada de Yevdokia sin pestañear— entonces no soy yo quien está siendo juzgada aquí, ni una niña inocente.

—¿Estáis insinuando que este tribunal ha sido manipulado? —reclamó Pavel.

Vanora no respondió de inmediato. Y en ese instante se permitió algo. Una leve inclinación de la cabeza. No hacía Pavel. Hacia el enviado de Roma. —No me corresponde a mí afirmarlo —dijo—. Otra pausa—. Pero sí a vos... impedirlo.

Eso fue magistral.

No acusó.

Obligó.

Y entonces, sin apartar la mirada, terminó:

—Antes de responder por mi honor... aseguraría que quienes me acusan pueden responder por el suyo.

Yevdokia avanzó un paso, solo uno, lo justo para reclamar su lugar en la escena sin invadirla, como si entendiera que el poder no siempre residía en imponerse, sino en saber exactamente cuándo mostrarse. —No —dijo al fin, con calma—. No pagué por una mentira. Pagué... para que la verdad tuviera valor suficiente como para ser dicha. Los hombres como el príncipe Radziwill —continuó— no hablan por deber. No cuando hacerlo implica manchar su nombre... o enfrentarse a esta corte.

Entonces sí lo miró.

De frente.

Sin vacilar.

—Necesitan... un motivo.

Radziwill no sostuvo su mirada.

—Yo se lo di. No para que inventara nada —añadió, con la misma serenidad—. Sino para que no callara. Confirmadlo, príncipe.

Radziwill dudó. Pero en una sala como aquella, el tiempo no se medía igual. Ese breve titubeo fue visto, calculado, absorbido por cada mirada presente.

Sus ojos se movieron. Primero hacia Yevdokia. Después hacia el clero.

Y luego... hacia Vanora.

Y en ese momento se quebró algo que no debía romperse.

Porque ella no lo miraba como a un enemigo, ni como a un testigo al que desacreditar. No había urgencia en su expresión, ni rabia, ni siquiera desprecio.

Solo certeza.

Una certeza fría, inamovible, que no pedía respuesta porque ya la sabía.

Radziwill tragó saliva. —No miento —dijo finalmente—. Nadie me obligaría a reclamar a una niña que no es mía.

La voz no le falló, pero había perdido algo convicción.

—Fui recompensado por venir.

Se detuvo un instante.

—Pero lo que he dicho... es verdad.

Vanora no apartó la mirada. No lo desmintió. No lo atacó. No lo necesitaba.

La afirmación de Radziwill no llegó a asentarse del todo. Quedó flotando de forma inestable.

Suficiente para sostener la acusación... pero no para cerrar el juicio.

Y entonces Iván se movió.

No lo hizo con brusquedad ni con intención de imponerse de forma evidente. Dio un solo paso al frente, pero fue suficiente para que la sala, casi de forma instintiva, volviera a reorganizarse a su alrededor. No necesitaba más. Nunca lo había necesitado.

No miró al archimandrita Pavel ni al enviado de Roma. Su mirada fue directa, sin rodeos, hacia Vanora, como si en aquel instante todo

lo demás hubiera dejado de tener importancia.

—Solicito palabra.

No fue una exigencia, ni siquiera una interrupción. Fue algo más incómodo que eso: una petición formulada con tal precisión que negarla habría resultado imposible. El archimandrita dudó, un instante, pero lo suficiente para que todos lo notaran. El enviado de Roma inclinó levemente la cabeza.

—El zar puede hablar.

Iván no agradeció ni hizo gesto alguno. Avanzó un paso más, con la misma calma que lo caracterizaba, con su presencia indiscutible, sus hombros anchos, su rostro hercúleo.

—Se han presentado testigos —dijo— y han sido escuchados —Su voz no era fuerte, pero se extendió por la sala con una claridad que no dejaba espacio a interrupciones—. —Permítaseme presentar uno más —No esperó respuesta. No la necesitaba. Giró la cabeza hacia las puertas—. Que entre.

Las puertas se abrieron sin ceremonia. El hombre que cruzó el umbral no imponía como lo hacían los nobles presentes. No llevaba el peso de un título ni la seguridad de quien ha sido criado para ocupar un lugar en aquel salón. Su ropa, limpia pero gastada, hablaba de caída. Sus manos, ásperas, de trabajo. Su rostro, endurecido por los años, de una vida que no había concedido treguas.

Algunos lo reconocieron.

Tarde.

Pero lo hicieron.

Un murmullo bajo recorrió la sala, contenido, inseguro.

Iván no intervino. No lo presentó. Dejó que lo miraran, que lo recordaran por sí mismos.

—Habla —El hombre tragó saliva antes de alzar la voz—. Mi nombre es Putin Andréievich —No necesitaba más volumen. El silencio hacía el resto—. Primo de Borís Andréievich.

Aquello sí tuvo peso. El nombre cayó en la sala como algo conocido, imposible de ignorar. La vieja Praskovia susurró que lo recordaba de alguna cena con el difunto Borís Andréievich

El hombre alzó la vista, no hacia el zar, sino hacia el archimandrita. —Fui yo quien dejó a la niña bajo su cuidado —Se hizo una pausa, breve, casi involuntaria—. Elyana... es mi hija —El impacto fue seco, sin adornos, sin preparación. No hubo forma de amortiguarlo, el príncipe Radziwill empezó a temblar mientras buscaba ayuda con los ojos en una Yevdokia que había palidecido por completo—. Me arruiné —continuó—. Lo perdí todo. No podía mantenerla. Borís aceptó criarla como propia. La zarevna... no hizo más que proteger lo que ya existía.

Las miradas empezaron a moverse: hacia el príncipe Radziwill, hacia Yevdokia, hacia el clero.

Iván no apartó los ojos de Vanora ni un instante y Vanora supo que aquel testigo también era comprado, lo había comprado el zar; para ella, a su favor. Vanora le devolvió la mirada a Iván con fuerza, con unión.

—Ahora —dijo el zar finalmente, con esa calma que no era paz sino control— ya no hablamos de sospechas que reclaman la cabeza de mi sobrina, de la hija de mi medio hermano, de la esposa de mi hijo. Hablamos de perjurio.

No alzó la voz.

No hizo falta.

El peso de cada palabra cayó con una precisión incómoda como si no dejara espacio a réplica sin consecuencias. Entonces inclinó apenas la cabeza hacia el enviado de Roma.

Un gesto leve. Casi respetuoso.

—Permitidme, santidad —añadió— que me adelante a la justicia de la iglesia como hombre elegido por Dios.

No esperó respuesta. No la necesitaba.

El acero sonó antes de que nadie pudiera moverse.

No fue un gesto descontrolado. Fue limpio. Decidido. Como si ya hubiera ocurrido en su mente mucho antes de suceder en la sala. Iván desenvainó su espada.

Y en el mismo movimiento avanzó. Radziwill no tuvo tiempo de reaccionar. Un paso atrás, torpe, inútil. Sus labios se abrieron, quizá para hablar, quizá para suplicar.

Nunca se supo. La hoja atravesó el aire con una rapidez imposible de detener.

Un golpe. Solo uno.

Seco.

Preciso.

La cabeza cayó antes de que el cuerpo entendiera lo que había ocurrido. Rodó sobre la piedra con un sonido hueco, impropio de un hombre que, hasta un instante antes, representaba un reino.

El cuerpo quedó en pie un segundo. Luego se desplomó mientras Yevdokia se dejaba caer en una silla entre Daria, Praskovia y otras damas que, instintivamente se levantaron alejándose de ella, dejándola sola.

El silencio fue absoluto.

No de sorpresa.

De comprensión.

La sangre comenzó a extenderse despacio sobre el suelo del salón, ajena al orden, al protocolo, a la Iglesia. Iván no limpió la espada de inmediato.

La sostuvo un instante, dejando que la imagen de lo que acababa de hacer se asentara en cada uno de los presentes.

Luego miró.

No al cadáver.

A Vanora, y Vanora lo miró de vuelta con complicidad. —El perjurio —dijo, dirigiéndose al archimandrita Pavel—, ya ha sido castigado —Su voz no cambió—. Podemos continuar —resolvió, limpiando la espada y regresando a un lado del salón. Junto a su hijo.

Y fue entonces cuando todos entendieron que aquello ya no era un juicio.

Era el territorio del zar.

CAPÍTULO 35

Donde nace el verdadero poder

La cabeza no se detuvo al instante.

Rodó un poco más de lo que habría sido digno, como si incluso en la muerte se negara a obedecer. Golpeó una irregularidad en la piedra, cambió de dirección con un giro torpe y acabó deteniéndose junto a uno de los pilares, ladeada, con los ojos abiertos hacia la sala, como si todavía pretendiera presenciar lo que quedaba del juicio.

Nadie se acercó al principio.

Nadie quiso ser el primero.

El silencio que siguió no fue de horror, sino estratégico. De ese tipo de quietud que nace cuando todos comprenden, al mismo tiempo, que algo ha cambiado y que todavía no saben en qué dirección. Fue un sirviente joven quien terminó por moverse. Demasiado pálido, demasiado consciente de las miradas que pesaban sobre él, avanzó con pasos inseguros. Dudó a medio camino, giró levemente la cabeza, buscando una orden que no llegó.

—Cógela —murmuró alguien, sin molestarse en mirarlo.

El muchacho obedeció.

No con destreza.

Con cuidado.

Como si la cabeza aún pudiera reaccionar, como si los dientes todavía pudieran cerrarse sobre sus dedos. Cuando la levantó por el cabello, los labios del príncipe quedaron entreabiertos, congelados en una palabra que nunca llegaría a pronunciarse. El sirviente tragó saliva y apartó la vista.

—Al menos ya no tendrá que mentir más —comentó un boyardo en voz baja.

No hubo risas. Pero algo oscuro, incómodo, parecido a una aprobación, se deslizó entre los presentes. El cuerpo fue retirado después, arrastrado sin ceremonias, dejando tras de sí un rastro que nadie se apresuró a borrar. No hacía falta. Aquella mancha también hablaba.

Y, de algún modo, todos entendían el mensaje.

El enviado de Roma fue el primero en devolver forma a la sala. Avanzó con serenidad, como si la sangre no existiera, como si lo ocurrido no alterara en absoluto el orden que él representaba. No miró el suelo. No miró el cadáver.

Miró a Vanora.

—La acusación de adulterio —dijo, con una voz firme y limpia— ha quedado comprometida —No fue una concesión. Fue una delimitación—. Y en ausencia de testimonio fiable, la Iglesia no puede sostenerla ante Dios —Hizo una pausa breve, suficiente para que cada palabra se asentara—. La zarevna queda absuelta si su esposo no quiere presentar ninguna acusación al respecto.

Dmitri dio un paso al frente: —El honor de la zarevna no debería haber sido puesto en duda.

Vanora no inclinó la cabeza ni agradeció. Permaneció erguida, respirando, como si aquello no hubiera sido una victoria, sino el fin de una etapa que nunca había elegido. Y entonces habló.

—Entonces hay otro perjurio que debe ser juzgado —No alzó la voz. No lo necesitaba. La sala entera se inclinó hacia ella sin moverse. Sus ojos encontraron a Adriana—. Mi hermana —El nombre cayó sin calor—. Ha mentido bajo juramento.

Pavel vaciló. No por justicia, sino por equilibrio.

—Ese asunto será tratado —dijo— en un procedimiento posterior.

Vanora no apartó la mirada. —Será tratado —repitió—. Pero no ignorado.

El enviado de Roma intervino con rapidez, esta vez sin dejar espacio a que la duda creciera.

—Será arrestada —Los guardias avanzaron sin vacilar. Adriana dio un paso atrás, solo uno, pero suficiente para delatar lo que hasta entonces había ocultado: que ya no tenía a nadie detrás.

—No podéis... Tengo tres hijos varones y un esposo en el sur que... —empezó.

No terminó.

Las manos que la sujetaron no fueron violentas, pero sí firmes, inevitables. Y eso resultó peor que cualquier fuerza. Mientras la retiraban, buscó con la mirada a Yevdokia.

No encontró refugio.

Solo distancia.

Sus pasos se alejaron con un sonido molesto, y cuando desaparecieron, dejaron tras de sí una ausencia más incómoda que su presencia.

Pavel habló de nuevo, aferrándose a lo poco que aún podía sostener. —La absolución de un cargo no extingue los demás —Sus ojos se clavaron en Vanora—. Queda pendiente la acusación de traición a la corona. Huisteis del Kremlin. Atacasteis a la guardia imperial. Derramasteis sangre bajo órdenes legítimas de la zarina.

Iván sonrió. No fue una sonrisa abierta. Fue algo más fino, más frío, como si hubiera esperado ese momento. Avanzó un paso.

—Decidme —dijo, girando hacia el enviado de Roma—, ¿los asuntos de mi guardia imperial... también son de Roma?

La pregunta no buscaba respuesta. La imponía.

El enviado sostuvo su mirada sin titubear. —No.

Fue suficiente. Pavel lo comprendió. Demasiado tarde.

Iván giró la cabeza con lentitud.

—Entonces... —Su voz se volvió más afilada—. Retirad al archimandrita de mi palacio y enviad a uno que no esté comprado por mi esposa.

Esta vez los guardias no dudaron. La orden ya no estaba envuelta en fe.

Era pura. Directa.

Pavel retrocedió instintivamente. Buscó apoyo donde siempre lo había encontrado.

En Yevdokia.

Pero no halló nada. Las damas habían bajado la mirada o se habían apartado. Incluso quienes antes la rodeaban evitaban ahora su cercanía. Yevdokia no se movió, estaba sentada y sola: derrotada.

No habló. No intervino, por su propia seguridad.

Los guardias rodearon a Pavel y lo condujeron fuera sin brusquedad, pero sin opción. Y al abandonar la sala, ya no parecía un hombre con poder. Solo era un hombre. Y aquello, en ese lugar, era una caída absoluta. El sonido de sus pasos se desvaneció.

Entonces Iván avanzó hacia Yevdokia.

Sin prisa. Sin alzar la voz.

Con la misma determinación con la que había atravesado el cuello de un príncipe, se detuvo frente a ella, demasiado cerca para que el gesto pudiera interpretarse como cortesía. Praskovia, Daria y Anna Kurbátova llevaron sus manos al cielo, rezando para que el zar no las relacionara con su esposa ni con sus planes que acababan de quedar expuestos.

—Seréis trasladada —dijo. No había ira en su voz. Ni emoción—. A un convento —La pausa fue breve—. Lejos de Moscú —El golpe fue limpio. Irreversible—. Cuando la criatura nazca, será traída al Kremlin —Sus ojos no se apartaron de los de ella—. Vos no. No regresaréis.

Nadie habló. Nadie se movió porque todos entendieron que aquello no era un castigo sino un destierro.

—Los hijos siempre vuelven a sus madres, mi zar —fue lo último que dijo la zarina antes de que Iván hiciera un gesto hacia Marfa y las viejas damas de compañía de la zarina para que la escoltaran fuera de la sala.

Dmitri no se movió enseguida. Permaneció donde estaba mientras los guardias rodeaban a Yevdokia, mientras Pavel era conducido fuera del salón despojado por fin de toda autoridad, mientras las últimas palabras del zar terminaban de asentarse en la piedra, en las columnas, en los rostros de los presentes. Siguió erguido, inmóvil, con esa quietud suya que nunca parecía indecisión, sino imposición hacia los demás. No miró a su padre. Tampoco a los eclesiásticos, ni al rastro de sangre que aún manchaba el suelo. Miró a Vanora.

Solo a Vanora.

Ella seguía en el centro de la sala, recta, tranquila en apariencia, casi intacta a ojos de cualquiera que no supiera mirar. Pero Dmitri sí lo sabía. Veía la tensión bajo la quietud, el esfuerzo contenido en la

forma en que sostenía los hombros, el precio que le había costado mantenerse allí sin ceder ni una sola vez. Por primera vez, no la veía como a su esposa, ni como a una mujer a la que no podía dominar. La veía como lo que realmente era: un miembro indiscutible de su casa, de su estirpe y de su linaje. Su padre lo había obligado a casarse con ella; no se había ganado su amor. Pero había ganado un gran nombre escrito a su lado.

Al final fue hacia ella, no con brusquedad ni con el impulso de un hombre que pretende rescatar a nadie, sino con la seriedad de quien ha comprendido demasiado tarde que lleva mucho tiempo llegando tarde. Algunos levantaron la vista al verlo avanzar. No por él únicamente, sino por lo que representaba aquel movimiento en una sala donde todo había sido juzgado, sobre todo el honor de Vanora.

Cuando se detuvo frente a ella no invadió su espacio. La miró con sus ojos grises y fríos durante un momento que pareció eterno, como si no necesitara comprobar que seguía en pie, sino entender de una vez que lo había hecho sola, que había resistido sola desde siempre, y que había vencido sola.

—No debisteis estar aquí —dijo al fin, perdonándola por no amarlo, perdonándola por amar a otro, aunque se otro jamás saldría a la luz pública.

No sonó a reproche. Sonó áspero, sí, pero también más íntimo de lo que convenía delante de todos. Vanora sostuvo su mirada sin pestañear.

—Y aun así lo he estado.

Dmitri bajó apenas la cabeza, no derrotado, sino como quien acepta una verdad contra la que ya no tiene sentido seguir luchando. Cuando volvió a hablar, la firmeza en su voz ya no era la del general ni la del hijo del zar, sino la de un hombre que había decidido cuál iba a ser su lugar a partir de entonces.

—Habéis sido juzgada. Y absuelta —No necesitó alzar el tono para que toda la sala lo oyera—. Nadie volverá a poner en duda vuestro nombre mientras yo respire, esposa.

Aquello no fue una promesa hecha al calor del momento. Fue una declaración. Una toma de posición pronunciada delante de todos los

que importaban. Luego le tendió la mano con una calma que no pedía nada y, precisamente por eso, lo arriesgaba todo.

Vanora no se apresuró. Miró esa mano como lo habría hecho con cualquier otra cosa importante: no como alguien necesitado de ayuda, sino como una mujer que decide por sí misma qué acepta y qué no. Y al final la aceptó, tomó la mano de Dmitri, aceptando ese nuevo modo de vivir su matrimonio.

El gesto fue sencillo. Casi sobrio. Pero bastó.

Dmitri no la atrajo hacia sí ni intentó colocarse delante de ella como si tuviera que protegerla del mundo. Se situó a su lado, exactamente a su lado, y en ese lugar dijo más de lo que cualquier discurso habría podido decir. No estaba detrás de su esposa. No estaba por encima de ella. Estaba con ella.

Y todos lo entendieron.

Entendieron que la zarevna ya no se quedaba sola en medio de la sala, expuesta a los juicios de otros. Entendieron que el heredero del trono acababa de escoger bando delante del zar, de la Iglesia y de toda la nobleza de Moscú. Entendieron, sobre todo, que a partir de aquel instante cualquier mano que volviera a alzarse contra Vanora no tendría que vérselas solo con su nombre, ni con su casa, ni con la leyenda que empezaba a crecer a su alrededor.

Tendría que vérselas con ambos.



El frío del invierno entró con violencia esa mañana.

Los días no habían devuelto la paz.

Habían impuesto orden.

Que no era lo mismo.

El Kremlin había recuperado su ritmo, pero no su inocencia. Los pasillos volvían a llenarse de pasos miedosos, de voces bajas, de puertas que se abrían solo lo necesario. Todo funcionaba... pero todo observaba.

Como si cada piedra recordara lo ocurrido.

Como si nadie hubiera olvidado que la zarina había sido encerrada en un convento lejos de allí y que el zar había perdido su última guerra en el sur. El Kremlin estaba débil por primera vez después de décadas bajo el dominio de Iván el Terrible.

El zar había sobrevivido a más inviernos de los que otros hombres podían soportar, había enterrado enemigos, aliados y sangre propia sin inclinar la cabeza, y había aprendido demasiado pronto que el poder no se conservaba siendo justo... sino siendo temido.

Decían que estaba loco.

Que hablaba solo.

Que veía traiciones donde otros veían lealtad.

Y quizás era cierto.

Pero también era el único hombre en Moscú capaz de atravesar una sala llena de enemigos... y hacer que todos bajaran la mirada antes de que él hablara. No necesitaba gritar. No necesitaba convencer. Su sola presencia bastaba para recordar a todos lo que ocurría cuando se equivocaban.

Había levantado un reino a base de hierro, sangre y voluntad, y aunque ahora sus enemigos susurraban su derrota, nadie —ni en Moscú ni fuera de ella— se atrevía aún a tratarlo como a un hombre acabado.

Porque Iván no era un rey que cayera.

Era de los que arrastraban a otros con él cuando lo intentaban.

Y en eso... seguía siendo invencible.

Iván no llamó a nadie. No lo necesitaba. Sus aposentos estaban en orden, como siempre, como si incluso las paredes supieran que aquel no era un día para el desorden. Vestía de negro, limpio, sin armadura, sin corona. No porque no le correspondiera, sino porque ya no le hacía falta demostrar nada. Antes de salir, se detuvo, no ante un espejo, sino ante ellas.

Sus hijas estaban allí, cerca de sus aposentos, en silencio. Demasiado jóvenes para comprender del todo lo que significaba aquel momento, pero lo bastante mayores como para percibir que algo estaba cambiando. No se acercaron. No corrieron hacia él. Iván

las miró una a una, sin arrodillarse, sin inclinarse, sin gestos que suavizaran lo que era.

—Recordad quién sois.

Nada más. No hubo abrazo. No hubo despedida. No era un padre que se marchaba. Era un zar que dejaba atrás algo que ya no necesitaba sostener. Y salió. Solo.

En otra ala del Kremlin, otra puerta se abrió. Dmitri no dudó. Ya estaba vestido, no como hijo, sino como gobernante. La estancia que ocupaba no tenía nada de provisional, pero tampoco nada de definitivo. Era un espacio en tránsito, como él mismo. No miró atrás al salir.

Milena ya estaba en pie, con el niño en brazos. No había ceremonia en ellos, pero sí una unión que ya no necesitaba explicarse. No habló. No preguntó. Solo caminó a su lado cuando él avanzó, no detrás, sino a su lado. El niño, ajeno a todo, apoyaba la cabeza contra su madre. Dmitri no lo miró, no porque no le importara, sino porque ya lo había asumido. Todo.

Vanora no abrió la puerta de inmediato. Primero se oyó el roce de la tela. Después, el paso de la niña. Elyana salió sin miedo cuando una doncella abrió la puerta, con un vestido opulento, con esa forma de caminar que ya no pertenecía del todo a una infancia común. Y entonces la siguió ella.

Vestía de blanco. No el blanco suave de las ceremonias, sino el blanco limpio, implacable, sin adornos, sin concesiones. El tejido caía recto sobre su cuerpo, marcando cada línea sin ocultar nada, ni la forma ni la historia. Su piel, pálida hasta lo imposible, parecía fundirse con la tela, mientras el cabello blanco descendía libre, más allá de sus caderas, como si ninguna mano hubiera intentado nunca someterlo. El collar de su casa descansaba sobre su cuello, antiguo, indiscutible. Sus ojos rojos no buscaban. Observaban y lamentaban la ausencia de Yelena.

Tomó la mano de Elyana y avanzó. Sola.

El salón del trono estaba lleno. No de ruido, sino de expectación. Boyardos, eclesiásticos, embajadores, hombres que habían venido a ver... y a recordar. Nadie hablaba, no en voz alta.

Cuando las puertas se abrieron, el primero en entrar fue Iván. No anunció su presencia. No la necesitaba. Cruzó el salón con paso firme, sin mirar a los lados, sin conceder nada a nadie. No ocupó el trono de inmediato. Se detuvo frente a él, de pie, como si el trono fuera algo que ya no tenía que reclamar.

Uno a uno fueron entrando los demás. Dmitri. Milena. El niño. No hubo sorpresa. Hubo atención. Luego Vanora, con la niña. El contraste fue inmediato, no por el color, sino por lo que representaban.

Cuando todos estuvieron dentro, las puertas se cerraron.

Entonces sí, Iván habló.

—He convocado a esta corte —dijo— para que vea lo que viene —No alzó la voz. No hacía falta—. Rusia no se sostiene en lo que fue —Hizo una pausa breve—. Se sostiene en lo que decide ser —Sus ojos se movieron hacia Dmitri, luego hacia Vanora—. Mi hijo ha probado su valor en el campo. Y su voluntad en esta casa —Sus ojos de serpiente se movieron por la sala—. —Y su esposa, la zarevna... —añadió— ha hecho lo que muchos hombres no se atrevieron a hacer, es amada por el pueblo —. Iván dio un paso atrás, no como retirada, sino como parte de su estrategia para seguir en el poder sin que nadie reclamara su abdicación. —Desde este momento —continuó—, el poder no descansará únicamente en mí —Aquello sí se sintió en los presentes—. Se ejercerá a través de ellos—. El aire cambió—. Dmitri —dijo— gobernará en mi nombre —No hubo proclamación. No hacía falta, aunque los escribas se apresuraban en dejar constancia de lo que allí estaba ocurriendo—. Hablará con mi voz. Y lo que él decida... será ley. Siempre y cuando no me contradiga.

Los ojos se alzaron.

Ahora sí.

Ahora entendían.

Iván no estaba cediendo el trono.

Estaba ampliándolo.

Su mirada se deslizó hacia Vanora.

—Y la zarevna... —No hubo prisa en la palabra— no será sombra de ese poder —Breve silencio—. Será su imagen —añadió—, la que

el pueblo reconoce... y la que el pueblo seguirá —Eso pesó más que cualquier título—. Iván giró entonces hacia el trono y se sentó, ocupándolo sin esfuerzo, como si nunca hubiera dejado de pertenecerle—. Salid al balcón —ordenó—. Mostraos ante el pueblo que os espera —Pausa—. Y que vean en vosotros lo que yo decido que vean.

Dmitri no respondió de inmediato. Sostuvo la mirada de su padre un instante más, no como hijo, sino como alguien que acababa de comprender el verdadero alcance de lo que se le entregaba. No era un ascenso. Era una exposición.

Luego asintió.

Una sola vez.

Suficiente.

Giró levemente la cabeza hacia Vanora. No necesitó llamarla. No necesitó explicarle nada. Todo lo que había que entender ya estaba en el aire, en las palabras de Iván, en la forma en que el poder acababa de ser repartido... sin dejar de pertenecerle a él. Dmitri extendió la mano.

El contacto fue firme. Sobrio. Sin afecto visible. Pero no hubo duda en él. No hubo resistencia en ella. Y eso... fue lo que todos vieron.

Caminaron juntos hacia las puertas del balcón.

No delante uno del otro.

No detrás.

A la misma altura.

Cuando los guardias las abrieron, el sonido del exterior irrumpió como un golpe.

No era murmullo.

Era masa.

Era un pueblo que llevaba demasiado tiempo esperando ver algo... creer en algo... y que ahora alzaba la voz sin medida, sin control, sin orden. Salieron al balcón. El frío los recibió primero.

Luego el ruido. Dmitri avanzó un paso y Vanora con él.

Y durante un instante, apenas un instante, el mundo pareció contener el aliento.

Después estalló.

—¡Vanora!

No fue un grito aislado.

Fueron cientos.

Miles.

—¡Vanora!

—¡Vanora!

—¡Vanora!

El nombre se repitió como un tambor. No había títulos. No había protocolo. Nadie gritaba "zarevna". Nadie gritaba "zar".

Solo su nombre. Crudo. Directo. Reconocido.

Dmitri no apartó la mirada del frente.

Pero lo oyó. Claro. Demasiado claro. Su mano no se soltó.

Pero se tensó un poco. Como todo lo demás.

Vanora no sonrió. No saludó. No hizo ningún gesto que reclamara aquello.

Simplemente se quedó de pie. Visible. Innegable.

Y el pueblo respondió como si aquello bastara.

Porque bastaba.

Dentro, desde la penumbra del salón, Iván observaba.

No avanzó hacia el balcón. No se mostró. No compartió la escena. Se quedó donde estaba.

De pie.

Mirando sus espaldas.

La de su hijo. La de ella.

El sonido no entraba limpio en la sala, pero llegaba lo suficiente. Lo necesario.

Iván no sonrió. Pero algo en su mirada se afiló. No era orgullo. No era duda. Era estrategia pura y dura. Porque entendía, mejor que nadie, lo que significaba que un pueblo no gritara el nombre del zar.

Sino el de ella.

Y aun así... no intervino.

No corrigió. No detuvo nada porque aquello también formaba parte de su decisión.

Del riesgo. Del juego.

Y, sobre todo, del poder.

Vanora tenía demasiado.

Y él... acababa de dejar que el mundo lo viera.

El ruido no desapareció de golpe, ni se quebró como algo que se extingue sin dejar rastro, sino que se fue apagando poco a poco. Cuando las puertas del balcón se cerraron, el nombre de Vanora aún parecía adherido a la piedra, a las columnas, a cada rincón del salón, como si aquel lugar no pudiera desprenderse de lo que acababa de presenciar.

Dmitri fue el primero en soltarse.

No hubo brusquedad en el gesto, pero sí intención. Sus dedos se separaron de los de ella como quien toma una decisión que no admite marcha atrás.

—Vendrán a por nosotros —dijo en voz baja, sin mirarla.

Vanora no respondió. No porque no tuviera palabras, sino porque no las necesitaba. Aquello no era una posibilidad. Era un hecho. Dmitri se giró entonces y se alejó sin esperar nada más junto a Milena y su hijo. No había espacio entre ellos para lo que aún no podía decirse, no delante de todos, no en un lugar donde cada mirada pesaba tanto como una sentencia.

Cuando el último de los presentes abandonó el salón, lo que quedó no fue vacío, sino otra cosa: el zar y la zarevna.

Y entonces habló él.

—¿Lo entendéis ahora, zarevna?

Iván no se había movido del trono.

Seguía sentado, pero no como un rey que descansa en su asiento, sino como un hombre que lo ocupa por derecho natural, casi insolente. Los brazos reposaban abiertos sobre los laterales, sin rigidez, sin ceremonia, como si aquel lugar no exigiera respeto... sino que lo impusiera por sí mismo. Había en su postura algo antiguo. Algo peligroso.

No era la dignidad fría de un monarca intocable. Era otra cosa.

Una forma de abandono calculado, de comodidad que rozaba la provocación, como si en cualquier momento pudiera levantarse y romper el equilibrio de la sala solo por el placer de hacerlo. Vanora lo recordaba así.

Más joven.

Más imprevisible.

Cuando aún no era el zar que todos temían, sino el hombre que jugaba con el poder como otros jugaban con el fuego, sin quemarse... o sin importar quemarse.

La inclinación leve de su cabeza, la forma en que sus ojos recorrían la estancia sin fijarse en nadie demasiado tiempo, todo en él transmitía esa misma sensación: no estaba allí para sostener el orden. Estaba allí porque podía destruirlo.

Y, aun así, no lo hacía.

No por incapacidad.

Por elección.

Y eso era lo que lo hacía peligroso.

Más que nunca.

Vanora no se giró de inmediato. Su mirada permanecía fija en las puertas cerradas del balcón, en el pueblo, en el lugar donde su nombre había sido pronunciado con la fuerza de una ley que ya no podía deshacerse.

—Lo he entendido siempre —respondió al fin—. Entonces sí se giró. Sus ojos rojos encontraron los de él sin ceder un solo instante, sin buscar nada, sin pedir nada—. La diferencia es que ahora... también lo han entendido ellos.

Iván la observó durante un largo momento, sin prisa, como quien mide no la fuerza de alguien, sino el alcance de lo que representa.

—El pueblo no es leal —dijo—. Es hambre. Es miedo. Es necesidad. ¿Podréis con él?

—No he podido engendrar a un heredero y sigo aquí, creo que podré resistir un poco más, mi gran zar.

Iván no apartó la mirada de ella. Y en ese gesto había algo que no encajaba con el hombre que era ante los demás.

Porque el zar podía imponer, podía castigar, podía someter... pero no sabía fingir cuando algo le importaba de verdad.

Y Vanora lo sabía. Lo había visto antes.

Lo veía ahora. Iván la amaba.

No de la forma en que aman los hombres que entregan, que ceden, que se inclinan. No era un amor limpio ni sencillo. Era un amor hecho de la misma materia que lo había llevado hasta el trono:

deseo, posesión, necesidad... y una violencia contenida que no siempre tenía que ver con la guerra.

La amaba como se ama algo que no debería existir. Como se ama algo que amenaza con alterar el orden de todo. Pero no era lo único que amaba.

Porque Iván amaba el poder. No como un deber sino como una extensión de sí mismo.

El poder no era algo que tuviera. Era lo que era. Y ahí estaba el límite.

Vanora podía enfrentarse a él, podía sostenerle la mirada, podía incluso hacer que dudara durante un instante... pero no podía competir con eso.

Ni lo intentaba. Porque lo entendía. Entendía que no había elección real entre ambos.

No porque ella valiera menos. Sino porque el poder no era una opción para Iván.

Era una necesidad.

Y quizás, en el fondo, él la amaba tanto como amaba ese poder.

Pero ese "tanto" no significaba lo mismo. El poder siempre exigiría primero.

Siempre reclamaría más. Y siempre ganaría.

No porque Iván no pudiera elegirla. Sino porque dejar de elegir el poder... sería dejar de ser quien era.

Y eso, Vanora lo sabía con una claridad que no dolía menos por ser cierta.

Por eso no luchaba contra ello.

Por eso no le pedía nada.

Porque lo único que podía romper a Iván... no era perderla a ella.

Era perder el control.

Y ella nunca iba a ser la causa de eso.

—Matadme —dijo.

No alzó la voz. No hizo falta. Las palabras cayeron con una claridad incómoda, demasiado limpias para ser ignoradas, demasiado ciertas para no entenderse. Iván no se movió, pero algo en su expresión se tensó.

—Matadme —repitió ella, dando un paso más hacia él, sin temblor, sin urgencia—. Yo soy lo único que os separa del poder absoluto.

No había desafío en su voz. Había comprensión.

—Mientras yo exista —continuó—, no seréis solo el zar.

Sus ojos rojos no parpadearon.

—Seréis un hombre que duda.

Aquello sí era peligroso. No la acusación. La verdad.

—El pueblo me mira —añadió—. Dmitri me elige. La Iglesia me teme o me odia... —hizo una pausa breve—. Y vos... vos no podéis ignorarme.

El silencio que siguió no fue vacío, sino lleno del perfume de ella, irresistible.

—Matadme —terminó—. Y todo vuelve a su sitio. Sin grietas. Sin preguntas. Sin elección.

Iván la observó durante mucho rato, como si por un instante no estuviera valorando sus palabras, sino la posibilidad real de hacerlas verdad, como si midiera cuánto perdería y cuánto ganaría si extendía la mano y acababa con todo aquello. Pero no se levantó. No alzó la mano. No dio la orden.

Iván no respondió de inmediato.

El silencio no se rompió; se tensó.

Y entonces se levantó.

Despacio.

No como un rey que se alza para dictar sentencia, sino como un hombre que decide acercarse a aquello que podría destruirlo... o completarlo. La madera del trono crujió bajo su peso al abandonarlo, y el sonido, seco, resonó más de lo que debía en la estancia vacía.

Descendió los escalones sin prisa.

Sin apartar los ojos de ella.

Había algo en su forma de caminar que no pertenecía al poder, sino a algo más antiguo. Más peligroso. No la rodeó. No la obligó a retroceder. Se detuvo frente a ella como si siempre hubiera sido ese su lugar. Cerca. Demasiado.

Alzó la mano.

No para ordenar. No para herir.

Sus dedos encontraron el collar en su cuello, y lo tocaron con una lentitud que no era duda, sino reconocimiento. Como si aquel objeto no fuera más que una excusa para rozarla. Para asegurarse de que seguía ahí. De que era real.

Vanora no se movió.

No bajó la mirada ni sus pestañas blancas.

Iván deslizó los dedos, siguiendo la línea del collar hasta su piel, deteniéndose justo donde el pulso latía. Lo sintió. Y eso fue suficiente.

Se inclinó entonces, sin apartarla, sin pedir permiso, y besó su mejilla. No fue un gesto suave. Tampoco brusco. Fue... necesitado. Como todo lo que había entre ellos.

No dijo nada al principio.

Cuando finalmente habló, su voz no fue la del zar.

Fue más baja.

Más cerca.

—Si os matara...

Se detuvo, apenas un aliento contra su piel.

—...no quedaría nada que mereciera la pena gobernar.

No era una confesión.

No del todo.

Pero tampoco era mentira.

Se separó lo justo para mirarla de nuevo, sin soltar del todo el collar, como si aún necesitara ese vínculo físico para sostener lo que no podía decir abiertamente.

Y esta vez no apartó la mirada.

Porque ahí estaba la verdad.

No en el poder.

En ella.

CAPÍTULO FINAL

La tierra seguía húmeda, oscura, removida de forma reciente, como si aún respirara. No había pasado suficiente tiempo para que el suelo olvidara, ni para que el aire dejara de reconocer lo que allí había sido enterrado. La tumba era de Yelena. Una piedra sencilla, sin escudo, sin nombre tallado con orgullo, apenas una marca discreta que la distinguía.

Vanora permanecía de pie frente a ella.

No se arrodilló.

No extendió la mano.

No tocó la tierra.

Había algo en su quietud que no era frialdad, sino resistencia. Como si supiera, con una claridad insoportable, que un solo gesto, uno solo, bastaría para romper algo dentro de ella de una forma que no podría recomponer jamás. Su espalda estaba recta, su respiración medida, sus ojos fijos en ese punto donde la tierra se había cerrado demasiado pronto.

A su lado, Elyana sostenía su mano.

No con suavidad.

Con fuerza.

No lloraba. No preguntaba. Miraba. Con esa seriedad impropia a su edad. Sus dedos pequeños se aferraban a los de Vanora como si ese contacto fuera lo único estable en un mundo que acababa de moverse sin avisar.

El viento cruzaba el cementerio sin respeto, arrastrando el frío, inclinando las hierbas, colándose entre las piedras antiguas como si no hubiera diferencia entre los que yacían allí desde hacía siglos y esa tumba nueva que aún no había aprendido a serlo. No había corte. No había guardias. No había nombres que se inclinaran ni ojos que observaran. Solo tumbas. Solo tierra. Solo un silencio que no era paz, sino ausencia.

Vanora bajó la mirada por primera vez.

No hacia la piedra.

Hacia la tierra que quedaba al lado de Yelena.

—No te olvido —dijo, mirando la tumba de su hija Elyana.

No fue un susurro. No fue una disculpa. Fue una verdad.

La niña que estaba a su lado apretó más su mano. —Mamá...

Vanora cerró los ojos un instante. Solo uno. Lo suficiente para permitir que algo la atravesara sin quedarse del todo. Cuando los abrió de nuevo, no había lágrimas. No había temblor. Solo esa misma fuerza que había sostenido todo lo demás.

Ya no había nada que decir.

Se giró.

Sin ceremonia.

Sin despedida.

Porque había pérdidas que no admitían palabras, y otras que no admitían ni siquiera un último gesto. El camino de salida era estrecho, irregular, marcado por raíces que asomaban entre la tierra y piedras que obligaban a medir cada paso. Elyana caminaba a su lado, sus pasos eran cortos pero decididos, como si entendiera, de alguna manera que no necesitaba explicación, que no podía detenerse.

Antes de cruzar el umbral del cementerio, una figura salió a su encuentro. No llevaba insignias ni armas visibles, pero su presencia era conocida. Era el viejo Volkov. Alguien que no necesitaba ser nombrado para que Vanora supiera que podía dejarle lo único que todavía le quedaba intacto.

Vanora se detuvo. Elyana alzó la vista hacia ella, sin miedo, solo con esa atención plena que reservaba para su madre, porque así la consideraba.

Vanora se inclinó ligeramente, lo justo para quedar a su altura. Sus manos rodearon el rostro de la niña, despacio, como si memorizaran cada línea.

—Ve con él —dijo.

No hubo explicación. No hacía falta.

Elyana dudó un instante. No por desconfianza, sino porque separarse de ella no era algo natural. Sus dedos aflojaron, muy

despacio, como si soltarla fuera un acto que necesitara aprender.

—¿Volverás? —preguntó.

Vanora sostuvo su mirada.

—Siempre.

La niña asintió. Se volvió hacia el hombre y le tendió la mano. Él la tomó con respeto, sin apresurarla, sin arrastrarla. Elyana no miró atrás al alejarse. No porque no quisiera, sino porque confiaba en que no hacía falta.

Vanora la siguió con la mirada hasta que desapareció entre los árboles.

Entonces avanzó. Y al cruzar el límite del cementerio, lo vio.

El carruaje.

Oscuro.

Sin emblemas.

Esperando.

Iván estaba delante del carruaje, no dentro, no protegido, sino de pie, solo, como si la intemperie le perteneciera más que cualquier sala cerrada. Vestía una armadura de piel oscura, curtida, marcada por el uso, ceñida al cuerpo como una segunda piel que no buscaba adornar, sino proteger. No había corona, no había símbolos visibles de poder... y, aun así, todo en él lo proclamaba. El viento agitaba los bordes de la piel, levantaba su capa con violencia, pero él no parecía notarlo. Sus ojos estaban en ella desde antes de que Vanora cruzara el límite del cementerio, como si no hubiera dejado de mirarla ni un solo instante.

Vanora se detuvo a unos pasos.

No por duda sino por reconocimiento.

El espacio entre ambos no era grande, pero estaba cargado de todo lo que no se había dicho, de todo lo que no podía resolverse con palabras, de todo lo que seguía existiendo incluso cuando ninguno de los dos lo nombraba.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

Su voz no exigía, pero tampoco cedía. No era una pregunta nacida de la necesidad de saber, sino de la voluntad de decidir. Iván la miró.

Y durante un instante, no fue el zar.

No del todo.

Fue algo más crudo. Más cercano. Más peligroso.

—A donde no nos conozcan —respondió, ofreciéndole la mano. Hubo una pausa breve, casi imperceptible. El viento levantó el cabello blanco de ella, desordenándolo sobre sus hombros, como si intentara borrar la imagen que el mundo había aprendido a reconocer—. Hasta que tengamos que tu esposo nos suplique que regresemos.

Vanora sostuvo su mirada y, por primera vez en mucho tiempo, algo cambió en su expresión. No fue una sonrisa abierta, ni amable, ni siquiera fácil de reconocer. Fue un gesto mínimo, breve, casi impropio de ella... pero real. No nacía del consuelo ni de la debilidad, sino de algo más inesperado: una chispa de ironía, de comprensión, incluso de cierta incredulidad ante la osadía de Iván.

Como si, por un instante, no estuviera viendo al hombre que sostenía un imperio con puño de hierro, sino a ese otro que aún era capaz de tomar decisiones impulsivas, casi insolentes, con la ligereza peligrosa de un zagal que no teme las consecuencias.

Y eso... le hizo gracia.

No porque fuera ingenua.

Sino porque lo entendía demasiado bien.

Vanora posó su mano enguantada —forrada en la piel de armiño más blanca de Moscú— sobre la de él, con un gesto firme, sin vacilación, como si aquel contacto no fuera un gesto de cercanía, sino una decisión.

Iván no sonrió. No suavizó el momento ni lo vistió de nada que no fuera. Simplemente reaccionó. Se movió. Abrió la puerta del carruaje con un gesto seco, preciso, desprovisto de toda galantería, como todo en él cuando no tenía necesidad de fingir.

Vanora subió.

Sin mirar atrás.

Sin buscar el cementerio.

Sin buscar nada.

Iván permaneció un segundo más a fuera. Solo un segundo. Su mirada se deslizó hacia el camino que dejaban atrás, hacia la entrada del cementerio, hacia el Kremlin.

Luego subió.
La puerta se cerró.
El carruaje se puso en marcha.
Sin escolta.
Sin anuncio.
Sin historia.
Por primera vez...
sin Rusia.

El camino se abrió ante ellos, cubierto por una luz pálida, indecisa, como si el día no terminara de imponerse sobre la noche. Dentro, el espacio era reducido, cerrado, ajeno a todo lo que habían sido hasta ese momento.

No había trono.
No había guerra.
No había nombres.
Solo dos cuerpos frente a frente.
Respirando.

Iván no se acomodó como un rey. Se dejó caer apenas contra el respaldo, con esa forma descuidada y peligrosa de ocupar el espacio, como si cualquier postura le perteneciera. Sus ojos no se apartaron de ella.

Nunca lo hacían.

Y durante un instante que no pertenecía a nadie más, eso... fue suficiente.

💌 **Mensaje De La Autora**

Gracias Por Llegar Hasta Aquí.
Por Leer, Por Sentir, Por Acompañar A Vanora En Cada Una De Sus Pérdidas, Y De Sus Decisiones... Y De Sus Batallas.

Si Esta Historia Te Ha Emocionado, Si Te Has Quedado Con Ganas De Más, Me Ayudarías Muchísimo Dejando Tu Opinión En Amazon. Tu Comentario No Solo Apoya Este Libro, También Permite Que Otras Lectoras Puedan Descubrirlo.

Y Ahora Quiero Preguntarte Algo Muy Importante...

¿Te Gustaría Una Segunda Parte?

Déjamelo En Las Opiniones. Te Leo Siempre.

Gracias Por Estar Aquí.

— MARIBEL 🤍

Lee mis siguientes novelas:

EL NACIMIENTO DE LA EMPERATRIZ



Corría el año 1801. Aquel fue un año excepcional. Diversos indicios en la tierra auguraban extraordinarios acontecimientos. Pablo, el zar, fue asesinado y su primogénito, Alejandro, lo sucedió. Napoleón se preparaba para invadir Europa y dentro de sus planes estaba el de hacerse con Rusia.

En medio de tantos y tantos sucesos que pasarían a la historia, nació Anastasia. La segunda hija del zar Alejandro I. Por costumbre, por falta de tiempo o, quizás, por una triste anécdota del destino... la Gran Duquesa fue enviada a un convento a la corta edad de nueve años. Allí, lejos de su madre y de sus hermanos fue educada con la severa disciplina y la infinita compasión de las monjas cristianas

ortodoxas con la esperanza de que la princesa se convirtiera en la dama más piadosa y bondadosa de la familia.

La niña de pelo rojo y ojos azules como el cielo era la primera de su clase. Y no era porque las monjas la favorecieran dada su condición principesca, sino porque era inteligente, astuta y sabía cómo concentrarse en sus objetivos. En cualquier actividad física también destacaba por su agilidad, presteza y fuerza casi sobrenatural. No era una joven corpulenta, pero gozaba de una salud regia y de unas piernas robustas.

Sus mechones rojos como el fuego saltaban por la estepa rusa ajenos a la invasión napoleónica, a las guerras y a las crudas revoluciones de los siervos campesinos.

No por ello, por estar lejos de su hogar y de su familia, se permitió el lujo de olvidar quién era. De hecho, las mismas monjas se lo recordaban a diario. Ella era una princesa, la Gran Duquesa, una zarevna. Como tal, mientras otras niñas de su edad descansaban entre clase y clase, ella seguía instruyéndose para una futura vida en la que la tranquilidad del convento no tendría cabida. Su educación iba más allá de la que cualquier mujer debía obtener. Así lo había dispuesto su padre, el zar, que nunca quiso tener a hijas melindrosas después de haber tenido como ejemplo a su abuela, Catalina la Grande. Amaba aprender, Anastasia era un devoradora de ideas, de libros y de conocimientos. No era indolente a la hora de convertirse cada día en una persona más y mejor cualificada. A los dieciséis años ya dominaba el ruso, el polaco, el alemán, el francés y hacía sus mejores esfuerzos con el inglés.

Muchas veces a escondidas y en contra de la voluntad de las hermanas religiosas, Anastasia entrenaba de sol a sol. Otra mujer, hija de una cosaca, se había convertido en su mentora y en su maestra de armas. Izabella le enseñó a defenderse con una daga, con el revólver e incluso le hablaba de temas que le estaban prohibidos. Era ella, Izabella, su punto de enlace con la corte aparte

de los mensajeros que le entregaban las cartas de su hermana o de su madre. Su padre no le había escrito nunca y mucho menos su hermano y futuro emperador, Sergey Románov.

Rusia, un país que se extendía desde la orilla del Dniéper hasta el Mar Negro y más allá hacia la Crimea de los tártaros. Era ese extenso dominio un país de cientos de etnias, religiones e idiomas turbulento y anticuado en comparación a sus países vecinos. Gozaba de aquellos antiguos aires medievales a pesar de haber entrado en el siglo XIX y muchos parecían no querer abandonar sus viejas costumbres por encima de los deseos de Pedro el Grande que siempre quiso hacer de su vasto imperio un país moderno.

—Anastasia —interrumpió una monja a la princesa cuando ésta se disponía a contraatacar a Izabella con su florete de esgrima.

—Hermana Clarissa —concedió la bella dama que se había convertido en toda una mujer de anchas caderas y cuerpo voluptuoso mientras se quitaba la máscara de combate y dejaba a la vista su belleza sin igual.

Tan solo quedaban aquellos ojos azules inhumanos de esa niña que un día ingresó en el convento.

—Ha llegado una carta —informó la novicia, entregándole un sobre con el sello imperial.

—Es de mi padre —se extrañó Anastasia, frunciendo ligeramente el ceño.

Rompió el sello del águila bicéfala y leyó el contenido de la misiva con un extraordinario temple considerando las pésimas noticias que acababan de llegarle: su madre, la zarina Anya, había muerto. Su padre le informaba de la muerte de su progenitora con tanta frialdad como le exigía que regresara de inmediato a palacio para cumplir con sus obligaciones reales.

—Es la hora —dijo Izabella, mirándola con seriedad a través de sus ojos dispares. Izabella tenía una cicatriz en la cara que le cruzaba el ojo derecho, dejándolo parcialmente cerrado. Era una mujer alta, de pelo canoso y rasgos turcos—. Tu verdadero cometido empieza aquí, zarevna. Debes ir al entierro de tu madre y afrontar tu destino.

Su madre, Anya Románova, estaba muerta. Y no tenía lágrimas que derramar. En lugar de lágrimas, tenía la garganta seca y el corazón oprimido. Le hubiera gustado poder despedirse de la mujer que la llevó en el vientre durante nueve meses. Con cierta melancolía, impropia de ella, recogió sus pertenencias y se dispuso a abandonar el convento. Ese edificio gris y tétrico que se había convertido en su hogar durante diez años.

Su padre, Alejandro I de Rusia, quería que cumpliera con sus obligaciones reales. Sabía perfectamente qué significaban aquellas palabras escritas con tanta presteza como desamor: un matrimonio por conveniencia. Su difunta madre la había advertido, en diferentes ocasiones, de que el día en que volviera a palacio sería para contraer nupcias con aquel hombre que la corte dispusiera para ella. Estaba preparada para cumplir con su destino, con su deber monárquico. No le temía al matrimonio ni a casarse con un hombre del que no sabía nada.

Haría frente a su hado con dignidad, sin dramas ni lloriqueos. Solo había llorado una vez en su vida y fue cuando tuvo que separarse de su hermana Tatiana. La recordaba vagamente y la conocía por las decenas de cartas que se habían mandado durante esos años.

El galopar de una treintena de caballos se hizo ensordecedor unas horas después. Era la guardia imperial, mandada expresamente para escoltarla hasta San Petersburgo. Con ella, llegaron las sirvientas y las doncellas. La ayudaron a subir al carruaje de grande ruedas y oro en las molduras y se despidió de sus amigas y hermanas ortodoxas.

—Vendré a verte —le prometió Izabella—. Te he enseñado bien, zarevna. Confía en ti misma. Desde que naciste, el mundo supo que Dios albergaba grandes hazañas para ti.

Anastasia asintió y observó al convento desaparecer mientras los corceles tiraban de su carroza en dirección al Palacio de Invierno, la residencia principal de los Románov.

La dinastía Románov llevaba en el trono ruso desde el siglo XVII. Desde entonces habían llevado la corona, el cetro y el orbe con orgullo y dignidad haciendo frente a los enemigos extranjeros y nacionales. La economía del país se basaba en las extensas laderas de tierra que eran cultivadas por los siervos. Los siervos eran esclavos que tenían pocos derechos. Catalina la Grande intentó liberarlos, pero los nobles se lo impidieron. Aquel, el del millón de personas sometidas, era un conflicto que Rusia arrastraba desde la antigüedad y que cada año se hacía más patente.

Anastasia observó desde la ventanilla la estepa rusa. ¿Qué la esperaba en San Petersburgo? ¿Por qué Izabella le hablaba de grandes hazañas cuando tan sólo iba a enterrar a su madre y a casarse con un desconocido? Lo único que la consolaba era que vería de nuevo a Tatiana, la mayor de los hermanos. Sergey nació el último. Era el pequeño, pero ya cumplía los dieciocho años. Era un extraño para ella, no lo había visto nunca... tan solo en retratos. ¿Cómo la recibiría el futuro emperador de Rusia? Y lo más importante: ¿cómo la recibiría su propio padre?

¿Qué hombre habrían atado a su vida?

—Nicolás von Wittlesbach —susurró Ekatarina Anhalt deslizándose bajo las sábanas con la elegancia que la caracterizaba hasta posicionarse encima del príncipe prusiano.

Ekaterina gozaba de una belleza extraordinaria, casi mítica. Hija de un noble venido a menos se había convertido en la amante oficial del zar Alejandro I y vivía en el Palacio de Invierno con más privilegios que la propia zarina. Corrían rumores de que el zar la desposaría pronto ahora que su esposa había fallecido. Sin embargo, las promesas de boda no limitaban a la bella Ekaterina a la hora de colarse en los aposentos de Nicolás, la serpiente alemana.

—¿No tienes que preparar una boda? —le preguntó Nicolás, clavando sus ojos con pupilas verticales sobre ella.

—¿Estás celoso?

Nicolás esbozó una media sonrisa cerrada, sin mostrar su dentadura y la miró con innata indiferencia. Al príncipe no le importaba lo más mínimo Ekaterina y ella lo sabía perfectamente aunque jugara a ignorarlo.

—Tengo asuntos importantes que atender —La apartó y se levantó del lecho completamente desnudo.

Era un hombre ágil, alto y fuerte. No era corpulento en exceso, sino que más bien presumía de unos músculos tonificados como la escultura de David de Michelangelo. Perfectamente proporcionado con un rostro diamante embellecido por una barba castaña que perfilaba su mentón con gracia y masculinidad era la perdición de las cortesanas, las doncellas y las damas de alta alcurnia. Por supuesto que su nariz romana lo advertía de que mujeres merecían su tiempo y cuales no. Ekaterina era buena en la cama y no lo pondría en problemas, por su propio bien. Detestaba a las féminas románticas que le juraban amor eterno por los pasillos.

—Hermano —Entró Klaus von Wittelsbach sin llamar a la puerta, ignorando la desnudez de la mujer que se levantaba del lecho.

—¿Ha llegado ya la zarevna? —preguntó Nicolás, abotonando su camisa negra a juego con su pelo.

—Está de camino —informó el hermano mayor y futuro rey de Prusia, dedicándole una mirada rápida y lasciva a Ekaterina que mostraba sus pechos sin ningún pudor mientras se colocaba una bata espesa.

—Bien, en cuanto se case con Mijail Speranski nuestros problemos se habrán acabado. Nos ha costado convencer al viejo Alejandro para que case a su hija con el reformista. Esperemos que con esta unión las ansias de liberalismo rusas se aplaquen y no lleguen hasta nuestro país. Si derrocan al zar, ¿cuántos días nos quedarán a nosotros en el trono prusiano? Los liberales son una plaga, una epidemia que hay erradicar. ¿Y que mejor forma de hacerlo que casando a su líder con la hija del zar?

—Además —carraspeó Klaus, asegurándose de que Ekaterina salía de la estancia—. No olvides lo que nos ha prometido el zar como pago por nuestras negociaciones y asesoramiento...

—No lo olvido. Por eso tenemos que asegurarnos de que la zarevna se case con Mijail.

—No tendrá otro remedio, es su obligación obedecer a su padre. Me han dicho que se ha criado en un convento... así que no será nada más que una muñequita de porcelana a la que vapulear a nuestro antojo. Nuestros intereses en esta corte van más allá que los de proteger a nuestro reino y cuento contigo para velar por ellos.

—Regresa a Prusia con tranquilidad hermano, yo me encargaré de que todo salga según lo planeado. Mientras Alejandro o su hijo Sergey estén en el trono... nuestro futuro está garantizado —afirmó la serpiente con seguridad.

—Sabes que no me iría si mi presencia aquí no fuera incómoda para algunos sectores liberales. Necesitamos aparentar nuestra máxima docilidad y conformismo antes de dar el golpe y cortarles la cabeza.

—Dale recuerdos a nuestra madre —ultimó Nicolás ya vestido y listo para su audiencia con el zar.

Alejandro I de Rusia era un hombre de complexión fuerte que rozaba la cincuentena. Él subió al trono después de que mataran a su padre, Pablo, por ser un soberano incompetente. Lo asesinaron a tan solo unas cuantas habitaciones de donde él dormía. Y acto seguido, los mismos asesinos vinieron a su encuentro para proclamarlo el nuevo zar.

Jamás pensó que asumiría tan pronto un poder personal tan absoluto, pero debía reconocer que no lo había hecho del todo mal. Pasaría a la historia como el hombre que venció a Napoleón y demostró a París que los rusos sabían cómo comportarse cuando ganaban.

La desgracia de su reinado, sin embargo, no estaba en las invasiones extranjeras. Sino en el propio pueblo ruso.

La servidumbre quería libertad. Ya no querían ni deseaban seguir siendo esclavos y mucho menos después de haber visto "la libertad" francesa con sus propios ojos. Los reformistas eran una plaga. Incluso su propio consejero era uno de ellos... Mijail Speránski. Un aristócrata que pensaba demasiado en los pobres y muy poco en la nobleza. Debía acabar con él; sus escritos, sus ideas y sus reuniones clandestinas eran un peligro para el poder autocrático, su poder y el de los Románov.

—¡Nicolás! —nombró con una exclamación el zar al ver a uno de sus mayores aliados, el príncipe de Prusia y futuro asesor real del

imperio. Confiaba más en él que en su propio hijo, Sergey. Por eso lo quería cerca del trono cuando él ya no estuviera. Los zares no solían ser muy longevos, al menos no tanto como su abuela, Catalina la Grande.

—Alteza imperial —reverenció la serpiente bajo su traje oscuro.

—Por favor, Nicolás... ¿Cuántas veces tendré que pedirte que me llames por mi nombre? —rio el viejo emperador mostrando su dentadura prácticamente opacada por un bigote rubio casi tan largo como su barba—. Somos familia, ¿recuerdas? Mi abuela era la hermana de tu bisabuelo. ¡Catalina la Grande! Dicen que envenenó a su propio marido para llegar al trono —susurró eso último, pasándole el brazo por los hombros a Nicolás después de levantarse del trono para recibirlo—. Ahora entiendo que los Románov debemos hacer sacrificios necesarios para la continuación de la dinastía...

—Su hija no sabrá nada, Alteza —dijo Nicolás con frialdad.

—Es mejor así, es mejor que no sepa nada. Su destino está en mis manos, yo soy su padre. Vino a este mundo para cumplir con sus obligaciones monárquicas y familiares. Sean cuales sean esas obligaciones... Afortunadamente, Anya ya no está aquí y nos ahorraremos el trabajo de consolarla cuando Anastasia muera. Unos deben morir para que otros podamos vivir —explicó sin un ápice de remordimientos.

—Alteza imperial —interrumpió un mayordomo real—. Su hija, la zarevna Anastasia está cerca. Los guardias han avistado su carruaje.

—Avisa a Sergey y a Tatiana, saldremos a recibirla en el patio principal. Una muerte honorífica merece un buen recibimiento —comentó en una voz tan baja que tan sólo Nicolás pudo escucharlo.

Sigue leyendo en este enlace.

PIEL DE LUNA



1840. Dos años después de que iniciara la era victoriana. Chatsworth House, Inglaterra.

Los Duques de Devonshire eran una de las familias más prestigiosas de la aristocracia inglesa. Eran inmensamente poderosos y ricos, además de poder presumir de una reputación intachable. Como no se esperaba menos de una familia de su estatus social, disponían de numerosas propiedades tanto en la ciudad como en el campo aunque la más majestuosa de todas ellas era la mansión de Chatsworth House —una imponente construcción rodeada por hectáreas de prados y de bosques— considerada la residencia habitual de la familia.

Sus salones albergaban una extensa y magnífica colección de obras de arte que habían alentado a la querida Audrey a desarrollar una

extraña afición por la pintura, no era un pasatiempo común entre las señoritas de la aristocracia inglesa, pero nadie se lo recriminó nunca aparte de su madre, por supuesto. Se podía decir que ese era el único "defecto" de Audrey, puesto que en su temprana edad se había convertido en una perfecta dama inglesa: educada en etiqueta, música, costura, danza, idiomas y administración del hogar. Además de poseer unos modales en sociedad impolutos, nunca se había podido hablar mal de ella y no era porque la sociedad inglesa fuese precisamente indulgente o que ella pasara inadvertida; al contrario, desde que había sido presentada en sociedad —el año anterior— todas las miradas habían recaído en ella siendo así el foco de atención. Y no era para menos, puesto que era la primera hija de la acaudalada familia Cavendish no sólo ostentaba una dote inmensa y un apellido prestigioso, sino que estaba bendecida por una belleza única e incomparable.

Su pelo cual azabache negro en contraste a su piel perlada, la habían convertido en la beldad de la temporada, aunque no cumpliera el prototipo de la época, el cual requería ser rubia. Nadie comprendía por qué una joven como ella no se había casado todavía. No había sido por falta de propuestas, desde luego que no. Ese pequeño detalle era el único que habría podido encender la mecha de los rumores; sin embargo, Audrey transmitía tanta serenidad y templanza que nadie se había atrevido a mencionar ese suceso en público.

En cambio, en el núcleo familiar, las aguas no estaban tan apaciguadas puesto que la Duquesa de Devonshire —Elizabeth Cavendish— se mostraba inquieta y cuestionaba a su hija el por qué de su declinación al sin fin de apuestos caballeros que habían pedido su mano. El padre, cariñoso y permisivo, no había querido dar la mano de su querida hija sin el consentimiento de la misma; pero si hubiera sido por Elizabeth, la joven ya ostentaría el apellido del Duque de Walton o del de Cornualles sin importar lo más mínimo su opinión al respecto.

El Duque de Devonshire —Anthon Cavendish— era un hombre que, a pesar de su edad, aún conservaba su buen porte y su elegancia: era alto, fornido, con el pelo negro y dos pequeños océanos que suavizaban sus endurecidas facciones; su primogénita, era su fiel copia, no sólo en porte sino en personalidad. A pesar de no tener un heredero, Anthon nunca se había lamentado por ello, siempre decía que sus cinco hijas eran lo mejor que le había sucedido en la vida y siempre las colmaba de afecto como de atenciones.

En cambio su esposa siempre se había lamentado por haber engendrado sólo a "damas inútiles", tal y como como solía decir. La rígida Elizabeth Cavendish, fue una beldad en su juventud y la debutante estrella de su temporada; de hecho, aún conservaba su impresionante melena dorada y su voluptuoso cuerpo; sin embargo, su personalidad avinagrada y su carácter excéntrico opacaban su belleza externa. La única preocupación de la Duquesa era la de educar y formar a sus hijas como mujeres comedidas y sumisas que pudieran ser vendidas al mejor postor y, el mejor postor, significaba un caballero poseedor de título y dinero para que, al menos, pudiera asegurarse su propio futuro si su marido algún día la dejaba. Ya que la falta de un heredero le haría depender de la compasión de sus yernos; debido a eso, Elizabeth, impartía una disciplina y educación estrictas exentas de cualquier muestra de afecto.

Capítulo 1

Encuentro inesperado

Audrey se encontraba en los jardines, concretamente en su parte del jardín, ella expresamente había ordenado a los sirvientes plantar gardenias en ese lugar de forma ordenada y precisa; cerca, se encontraba el gran lago, donde sus cuatro hermanas disfrutaban de la barquita que la pobre Señorita Worth intentaba dirigir. Desde su banqueta, observaba la situación y reflexionaba como sería su vida lejos de ahí una vez contrajera nupcias.

Sabía perfectamente que su madre no descansaría hasta que se casara en esa misma temporada, la cual sólo faltaba una semana para que empezara. La pasada temporada, hubo decenas de solicitudes para ella, pero ninguna le había convencido. Todos los jóvenes que había tenido el placer —si es que podía llamarse así— de conocer le habían parecido faltos de carácter e insulsos.

Sabía que soñar con un matrimonio con amor era cosa de esas novelas que su hermana Gigi solía leer, no era ese el motivo por el cual no había aceptado a ningún honorable caballero. A ella no le importaban esas cosas —sólo anhelaba un hombre que la respetara — no quería quedar en un segundo plano cuando se casase, y ninguno de esos caballeros la hubiera tomado en cuenta más que para engendrar a un heredero. Quería hacer algo con su título, no sólo ostentarlo, quería usarlo.

—¡Audrey! —nombró la hermana que la seguía, Elizabeth, o como todos la llamaban, Bethy—. ¡Audrey! ¡Acércate y sube al bote con nosotras!

—¡No creo que pueda subirme Bethy! ¡No llevo el vestido adecuado, este es muy pesado! –respondió ella con una voz modulada, ataviada con un vestido de volantes color crema y con una cofia para que el sol no manchara su impoluta piel.

—¡No importa! ¡Nosotras te ayudaremos, no seas aburrida hermanita! —instó la pequeña Liza.

Audrey no quiso desanimar a la más pequeña de sus hermanas, Liza, la cual había padecido una larga enfermedad de sarampión y era la primera vez en varios meses que salía; por ese motivo y sólo por ese, fue que decidió levantarse y acercarse al lago mientras la Señorita Worth —la institutriz de las damas— hacía esfuerzos para acercarse a la orilla y ayudarla a subir. La mayor no terminaba de concebir la idea de embarcarse en ese velero, pero ver la sonrisa de su pequeña Liza fue lo que le animó a empezar a poner un pie dentro de ese bote tambaleante con la ayuda de Georgiana y de Karen.

Cuando ya creía que lo tenía hecho, el bajo del vestido se quedó enganchado con un clavo mal puesto y perdió el equilibrio; segundos después, se vio zambullida en la fría agua del lago y sólo escuchaba los gritos de la Señorita Worth, las risas de Georgiana y de Karen, el llanto de Liza y los gritos de auxilio de Elizabeth. Sin embargo, de golpe, notó unas manos fuertes que la salvaron de una posible asfixia entre los pliegues de su falda acompañados por bocanadas de agua.

Cuando pudo haber expulsado toda el agua que había tragado y respirar, levantó la mirada para vislumbrar a su salvador: un hombre con el rostro más bello que jamás había visto.

—¿Se encuentra bien? —interrogó el dueño de ese rostro con voz grave, al mismo tiempo que sus hermanas y la institutriz bajaban del bote lo más rápido posible y se acercaban a ella corriendo.

Cuando su hermana Liza se tiró a sus brazos fue cuando reaccionó y pudo contestar al misterioso caballero que la había rescatado.

—Sí, gracias —consiguió responder de la forma más firme posible a pesar de la confusión y del frío.

Capítulo 2

Presentación

Entraron en la gran mansión con Audrey empapada de arriba a abajo y ayudada por el fuerte brazo de ese caballero que seguía siendo un desconocido para ella, aunque intuía que debía ser un noble debido a sus ademanes refinados, aunque no pomposos.

—¡Dios mío Audrey! ¿Qué te he ha pasado? ¡Rápido! Preparen una tina de agua caliente y súbanla a su habitación —ordenó la madre con notable nerviosismo y preocupación—. ¿Cómo has podido ponerte así? Desde luego esperaba esto de Karen o de Georgiana, pero nunca de ti.

—Madre —intervino Elizabeth—, Audrey sólo quería contentar a nuestra hermana pequeña subiendo al bote con nosotras, pero su vestido se enganchó y cayó al agua. Tuvimos suerte de que este respetable señor nos ayudara.

Todas las miradas recayeron encima del alto y apuesto joven que esperaba con actitud despreocupada en un rincón del vestíbulo. Su pelo castaño claro brillaba con los rayos de sol que entraban por los ventanales y sus ojos celestes podían intimidar a cualquier hombre o mujer que se interpusiera en su camino. Por sus espaldas anchas, se deducía que debía ser un hombre acostumbrado a realizar esfuerzos físicos, seguramente debido a su posición, debía ser un integrante

del ejército. La Duquesa de Devonshire no pudo reconocer al joven, por lo que muy discretamente empezó:

—Muchas gracias Lord...

—Lord Seymour, futuro Duque de Somerset y Teniente de la armada —respondió el Duque de Devonshire, quien entraba sonriente en ese preciso instante—. El joven Seymour, ha venido a visitarme hoy para informarme de algunos asuntos de Estado pero mientras dábamos un agradable paseo, hemos divisado la inminente catástrofe de mi querida Audrey—, relató mientras se acercaba a su hija y le acariciaba el pelo cariñosamente—. Por eso, Edwin fue a su rescate mientras yo llevaba los caballos al establo.

—Oh, muchas gracias, Lord Seymour. Le estamos muy agradecidos por su ayuda. Le presento a mi hija mayor Audrey Cavendish —dijo la Duquesa sin ningún reparo.

Audrey, que aún no había dirigido la palabra a su salvador porque no habían sido debidamente presentados, lo miró todo lo firme que pudo y consiguió decir:

—Encantada y déjeme agradecerle su oportuna intervención en el lago —ofreció su mano para ser besada como correspondía.

El caballero dotado de unas formas tan impolutas como ella, hizo una sutil reverencia al mismo tiempo que besaba el suave dorso de su mano enguantado y... ¡empapado!:

—Ha sido un placer poder ayudar a una dama en apuros, pero déjeme decirle Lady Cavendish, que estoy sufriendo de una terrible preocupación por vos. ¿No va a padecer de fiebres si sigue sin ir a cambiarse de vestuario? —dijo mirándola fijamente a los ojos con una mirada difícil de entender.

De pronto, sus mejillas se sonrojaron al advertir que todo el vestido

aún estaba empapado y que estaba pegado a su cuerpo mucho más de lo debido. ¡Dios mío! La obsesión de su madre por encontrarle un buen candidato ya estaba pasando de castaño a oscuro. No podía ser que su madre la hubiera presentado en ese estado.

Con toda la calma que consiguió reunir, se despidió sólo como una reina lo haría y subió todo lo rápido —y que las normas del decoro le permitieron— esas escaleras que se le hicieron infinitas. Cuando llegó a la habitación no esperó a que su doncella le ayudara a quitarse el vestido. Con una rabia que le supuraba a través de los poros se despojó del corsé y de las enaguas mientras odiaba profundamente a su "salvador". Él sólo la había considerado una dama en apuros a la que reprender en público.

Una vez en la tranquilidad de la tina repleta de agua caliente, rememoró lo sucedido una y otra vez hasta comprender que, en realidad, se había sentido cómoda en los brazos de ese tal "Edwin".

Sigue leyendo con este enlace.